HERVÉ LE CORRE

DESCENSO A LA NOCHE

«Una obra maestra».
LE MAGAZINE LITTÉRAIRE

Roja & Negra

DESCENSO A LA NOCHE

Hervé Le Corre

Traducción de
José Antonio Soriano Marco

Roja & Negra

es una colección de
RESERVOIR BOOKS

Corazones despedazados que hablan a los fantasmas.

LÉO FERRÉ

¡Mas, sí, ya he llorado bastante! Las Albas son penosas.
Toda la luna es atroz y todo sol, amargo:
El agrio amor me ha henchido de embriagador letargo.
¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Oh, que me haga a la mar!

ARTHUR RIMBAUD, *El barco ebrio*

A menudo, por la mañana, sobre las once y cuarto, aparcaba delante de la escuela, al otro lado de la calle, porque desde allí veía mejor el patio desierto, sus castaños y las ventanas de la clase, en el primer piso. Distinguía las figuritas de papel pegadas a los cristales, abetos, animales, hombrecillos de colores vivos. A veces veía la silueta de la maestra o una mano que se alzaba, y entonces el corazón le latía más deprisa y un amargor áspero le hacía un nudo en la garganta, así que tragaba la poca saliva que tenía en la boca y parpadeaba, porque le escocían los ojos de tanto mirar sin cerrarlos. Había cinco aulas en el primer piso del edificio, pero aquella cuyo fantástico bestiario veía galopar por el cristal había sido la de Pablo. La clase de cuarto de primaria del curso 1999-2000. Fila central, tercer pupitre. Era un aula bonita, con las paredes cubiertas de dibujos infantiles y reproducciones de arte moderno, de mapas y fotografías del mundo, como si alrededor de los chavales se hubiera ido alzando una especie de enciclopedia mural.

En la pared del fondo había un dibujo de Pablo. Lo había visto cuando había ido al aula, después. Pablo dibujaba a todas horas. Decían que tenía talento. Lo había pintado en un enorme cuadrado de papel de un metro de lado. Era una escena de safari fácilmente reconocible, llena de leones, elefantes, jirafas y antílopes: dos todoterrenos cruzaban a toda velocidad el pasto amarillento y un gigantesco rinoceronte azul derribaba de una cornada un tercer vehículo, cuyos ocupantes salían volando por los aires con las extremidades en cruz, como ranas diminutas. Al acercarse para fijarse en los detalles, el hombre no había podido evitar sonreír, porque el chico le había puesto a cada cara una expresión distinta, alegre, asustada o estúpida, y les había dibujado a los animales unos bonitos ojos dulces o fieros.

El hombre había sonreído y enseguida se había vuelto para secarse los ojos y contener los sollozos que le sacudían el pecho. Al día siguiente, la maestra llamaba a su puerta y le devolvía el dibujo, enrollado como un pergamino y sujeto con una cinta roja. Esa noche Ana y él habían

terminado enterneciéndose a la vista de los detalles del mural, extendido sobre la mesita baja del salón. Habían deslizado suavemente los dedos por los colores que su hijo había pintado con grandes y rápidos trazos o con un esmero meticuloso para reproducir, por ejemplo, las rayas de una cebra o para tocar a un cazador con un extraño sombrero adornado con una pluma azul. Luego se habían dormido en el sofá a base de lágrimas y abrazos desamparados, y al despertar en mitad de la noche se habían ido a la cama para no pegar ojo ya, cada uno con su abatimiento.

A las once y media la verja se abría y los niños que no comían en la escuela empezaban a salir. Algunos padres iban a buscarlos, casi siempre madres que solían hacerse cargo de varios niños y volvían a irse lentamente, rodeadas de enanos saltarines o protestones. También había hombres esperando, aprendices del arte de ser abuelo la mayoría. El hombre lo observaba todo desde el coche sin hacer el menor movimiento, con las manos apoyadas en el volante. A su lado, en el asiento del acompañante, oculta bajo un paño azul marino, había dejado una pistola calibre 9 mm provista de un cargador con quince balas, una de ellas en el cañón.

Seguía con la mirada a los niños que se alejaban de la escuela sin la compañía de un adulto y los urgía mentalmente a avivar el paso, a apresurarse a volver a casa, mientras espiaba a los viandantes, bastante escasos, y los vehículos, obligados por el badén a reducir la velocidad. Estaba dispuesto a saltar fuera del coche arma en mano y ponerle el cañón en la frente al primer individuo que mostrara un comportamiento extraño con un chaval, e incluso a abrir fuego sobre cualquier coche que se detuviera a la altura de un niño. Después, como no ocurría nada, arrancaba el motor, casi aturdido de rabia y de pena, y volvía al trabajo haciendo un esfuerzo para afrontar la violencia que surgía por todas partes, que lo envolvía y lo asustaba y acababa impregnando su espíritu y estancándose en cada rincón de su cerebro, junto a su inconsolable pena. Nada parecía poder detener todas aquellas llamadas a la centralita ni, en el despacho, todos los gritos, la sangre, las lesiones y las muertes que eso implicaba, siempre la misma miseria… era como si el tufo de esa transpiración de la sociedad enferma y sucia le inundara las fosas nasales en cuanto entraba en la flamante comisaría, colindante con el cementerio de la Chartreuse, un

arrogante castillo blanco en el que se anudaban y desanudaban negros destinos, tragedias sin luz ni telón rojo. No se le agarraba a la garganta como el olor a hombres y a fritanga en una cárcel. No, era más sutil e insidioso, mareante hasta la jaqueca.

Se llamaba Pierre Vilar. A su hijo Pablo no le gustaba comer en la escuela. Así que cuando Ana, su mujer, y él habían considerado que, con casi diez años, ya era lo bastante mayor para recorrer sin peligro los cuatrocientos metros que separaban el colegio de la casa, habían cedido. Una vecina, la señora Lucien, se ocupaba de él y le hacía la comida. Pablo la quería mucho. Aunque puede que quisiera aún más a Billy, su bóxer. A menudo, los días de lluvia por ejemplo, la señora Lucien iba a recoger a Pablo. A veces Vilar o Ana se las arreglaban para pasar ellos a buscarlo. No era habitual que el pequeño tuviera que hacer el trayecto solo.

El 20 de marzo de 2000, un martes, Vilar había quedado en recogerlo, pero se había demorado en el despacho a causa de un accidente ocurrido en un atasco en el bulevar, con el resultado de chapa abollada y un herido leve, como supo después, el tipo de cosas que ya no recuerdas por la noche, y había llegado a la escuela a las once y treinta y ocho.

Cuando llamó al timbre de la señora Lucien y la vio palidecer y abrir unos ojos como platos ante la pregunta que explotaba al mismo tiempo en su cabeza, «¿No está Pablo con usted?», echó a correr hacia la escuela siguiendo el recorrido, siempre el mismo, que había repasado veinte veces con el chico, y no lo encontró en la calle tampoco en la verja del colegio, donde sin embargo –posibilidad extravagante– podían haberlo retenido algún castigo o alguna herida sin importancia. Digamos que su mente se arrojaba esos salvavidas para no hundirse en el pánico, aunque ya entonces, pese a las búsquedas, que empezaron enseguida, duraron todo el día y luego días y semanas y no dieron resultado, pese al enorme despliegue de medios y el empeño que pusieron los policías en buscar al hijo de un compañero, lo comprendió. Lo supo. Pero como no siempre se cree lo que se sabe, ese día sintió abrirse bajo sus pies el abismo que se lo tragaría y siguió avanzando sobre el vacío por un puente de hielo, a veces atraído por ese abismo.

Pablo se había volatilizado en una esquina en la que había girado un coche con la carrocería metalizada, tal vez gris, tal vez verde, o azul celeste,

un Peugeot o un Citroën, conducido por un hombre, de eso estaban seguras las cuatro personas que habían visto algo.

A partir de ese momento, Pierre y Ana olvidaron lo que era dormir, comer, sonreír, amarse. Por la noche se derrumbaban en la cama y se hundían en un aturdimiento del que salían agotados y con dolor de cabeza. Llenaban el estómago y digerían. Sus caras eran máscaras de cartón animadas por expresiones reflejas comedidas, predecibles, en las que no tardaron en marcarse algunas arrugas, esas grietas móviles. Acabaron por dejar de mirarse, de susurrar a media voz palabras inútiles y dulces, de tranquilizar al otro cuando ellos mismos no creían lo que decían, de mentirse solo por el placer de probar un instante ese sabor engañoso, como quien busca la fruta en un caramelo ácido, delicioso y falso, solo para mantenerse en pie un poco más. No volvieron a tocarse, no volvieron a saborear las lágrimas del otro en sus rostros, se olvidaron de estrechar contra sí sus sollozos para apaciguarlos.

No pudieron volver a encontrarse; no habían encontrado a Pablo.

Vilar tomó la costumbre de pasar por la escuela a la menor oportunidad, con la absurda esperanza de sorprender al secuestrador, de ver materializarse sobre la acera, o dentro de un coche, su silueta y sus rasgos. Aparecerá. Estará ahí, encogido en el asiento, listo para ponerse en marcha y abordar a uno de los niños en cuanto salgan. Volverá a hacerlo, y yo estaré esperándolo.

Sabía que se trataba de una idea insensata que rayaba en el delirio. Saberlo era su trabajo. Y sabía asimismo que le hacía daño, que resquebrajaba poco a poco su ser y minaba sus fuerzas. Pero en las raras ocasiones en que dominaba su voluntad y renunciaba a la vigilancia, un dolor profundo, omnipresente, agotador, un verdadero mono, se apoderaba de su cuerpo, lo torturaba y hacía que a veces tuviera ganas de extirpar ese sufrimiento con un cuchillo. Intentó hablar con quienes lo rodeaban, pero se dio cuenta de que asustaba a los demás, que se apartaban de él y de aquella enfermedad contagiosa, capaz de despertar angustias agazapadas en el fondo de las cabezas como serpientes en invierno.

Dos años más tarde, durante una operación difícil, abrió fuego sobre un sospechoso. La bala se alojó entre dos vértebras. Consiguieron extraerla y la

víctima se benefició de un sobreseimiento y seis meses en una clínica de reposo. La investigación demostró sin dificultad que el disparo no estaba justificado por ninguna circunstancia de peligro inminente o legítima defensa. Estaba claro que el agente había perdido los nervios. Vilar alegó que aquel tipo, un atracador reincidente del que se sabía que siempre iba armado y disparaba a las primeras de cambio, un bestia obtuso, sospechoso de haber abatido a dos guardias de seguridad que escoltaban fondos y a un policía, no valía la bala que le había metido en el cuerpo. Se reprobó solemnemente la grave falta del policía, pero se prescindió de sancionar con más dureza al hombre, habida cuenta de la tragedia que había vivido y aún vivía, si es que vivir era el verbo adecuado. Le impusieron consultar con un psiquiatra, pero al cabo de unas cuantas sesiones los dos hombres constataron que nada de lo que dijeran o hicieran ayudaría a aceptar lo inaceptable y mitigar un duelo sin cuerpo. Se despidieron con educación, tras agradecerse mutuamente lo poco que habían aprendido el uno del otro.

Vilar se juró que no volvería a llevar un arma estando de servicio, pese a que el reglamento lo obligaba a hacerlo.

Salvo cuando iba a la escuela de Pablo a perseguir sombras.

1

Victor se lanzó hacia la penumbra de la casa, que tenía los postigos echados, cerró la puerta a su espalda con esfuerzo, como si luchara con un roedor que intentaba cruzar el umbral sobrecalentado, y suspiró aliviado cuando por fin logró mantener fuera aquella intromisión cegadora. Dejó caer de sus hombros la pequeña mochila roja, cuyas correas tiraron del cuello de su camiseta y dejaron al descubierto un hombro delgado y moreno que él volvió a cubrirse con un gesto vivo. Se quitó las zapatillas de deporte sin agacharse ni desanudar los cordones y olfateó el olor de sus pies, desnudos y húmedos. Los dedos se encogían de frío sobre las baldosas. Avanzó con cautela, imprimiendo a su paso unas huellas que se secaban al momento, y entró en la cocina, donde flotaba un olor a tabaco y lejía. Dos rayos de sol se filtraban por las persianas e iluminaban el polvo. Agitó la mano y sembró un desorden silencioso y microscópico en aquel oro tibio. En el frigorífico encontró una botella de refresco helado, la abrió cerrando los ojos ante el chisporroteo del gas liberado y bebió a largos tragos con la espalda apoyada en un armario. Luego soltó un eructo que forzó una mueca. Volvió al pasillo que atravesaba la casa y conectaba los dos jardincitos. Entonces vio que la puerta del dormitorio de su madre estaba entreabierta. Eso significaba que estaba sola, así que la llamó mientras se acercaba.

Su voz sorda y velada resonó en el silencio de arena, que la absorbió como si fuera agua. Debía de estar dormida. En las horas de calor, solía echarse cuando estaba en casa. Empujó la puerta, pero no llegó a ver nada en la penumbra de los postigos cerrados. Solo percibió un olor a sudor mezclado con un perfume de muguete. Vio la cama deshecha, con las mantas y las sábanas hechas un rebujo en mitad del colchón. Vio la cortina arrancada colgando de la barra apenas de dos o tres anillas. Vio ropa interior en el suelo y el pequeño televisor, volcado.

Y asomando por una esquina de la cama, los pies desnudos de su

madre. Un dolor se clavó en él y algo se paró y se agotó en lugar de sangrar. Ni el corazón ni la mente, sino algo profundo y vital, un fluido secreto desconocido para la química. Dio un paso más y la vio tendida boca arriba, totalmente desnuda, con un brazo sobre el abdomen y los finos dedos, en los que relucía un anillo de plata, posados en la redondez de la cadera. Volvió a llamarla en voz baja, pero por supuesto ella no reaccionó. Entonces se acercó para verla mejor, ahora que sus ojos empezaban a habituarse a la semioscuridad.

Se arrodilló.

Su madre tenía el rostro azulado, todo el lado derecho hinchado desde la sien hasta la mandíbula. El pómulo estaba partido e inflamado por debajo del ojo cerrado, tumefacto, casi negro. El arco ciliar había reventado y la sangre había resbalado y empezado a secarse en la mandíbula, alrededor de la oreja, en el cuello. También se había coagulado en el oído, taponado por una costra negruzca. Había sangre en el almohadón y las sábanas. Sus labios estaban deformados, partidos, entreabiertos sobre la lengua, que asomaba entre los dientes rotos.

Victor buscó la cara de su madre en aquel rostro destrozado, pero solo la encontró en la mejilla izquierda, donde el ojo, muy abierto, con la pupila inmóvil y apagada y las largas pestañas negras separadas, ya no miraba nada.

El resto del cuerpo, que apenas se atrevía a mirar, estaba cubierto de hematomas. Los pechos, las costillas… Tenía una pierna amoratada de la rodilla a la ingle.

Se levantó y se quedó unos segundos con las manos cruzadas en la nuca. De vez en cuando se oía pasar un coche por la calle; después el silencio era aún más abrumador. Volvió a acercarse al cuerpo de su madre y le pasó los brazos por debajo de las axilas para levantarle el torso, pero el peso lo hizo retroceder y chocar de espaldas contra la pared, en la que se apoyó para respirar y reunir fuerzas. Al cabo de un instante la alzó de nuevo, asegurando la presión de sus manos esta vez, y la cabeza cayó floja sobre su brazo. Estuvo a punto de gritar, pero lo único que soltó fueron lágrimas, mientras, apretando los dientes,

arrastraba hacia la cama el cuerpo, cuyos talones se deslizaban por la moqueta con una especie de siseo. Sorbiéndose y haciendo muecas por el esfuerzo y la pena, tocó al fin el colchón con las piernas y se dejó caer en la cama, con la cabeza de su madre entre los muslos. Luego, contorsionándose, consiguió apartarse de la cama y subir a ella las piernas de la mujer; por fin, se puso de pie y, tirando de los brazos, logró acostarla de forma más o menos normal y le puso un cojín bajo la cabeza.

Con el corazón acelerado y el sudor goteándole por la barbilla trató de recobrar el aliento y resopló varias veces, agachado, con las manos apoyadas en los muslos, dejando que los mocos le colgaran de la nariz, porque cada expiración era un sollozo. Cuando se irguió, secándose la boca y la barbilla con el dorso de la mano, cubrió con una sábana el cuerpo, que ahora parecía descansar realmente, se pasó la mano por el cuello, empapado en sudor, y se inclinó de nuevo sobre el cadáver de su madre para acariciarle la cara e intentar cerrarle los párpados con la yema de los dedos, aunque no lo consiguió, la mirada tenía una fijeza que no podía comprender, así que paseó el índice por los labios magullados y los dientes, y luego, conteniendo la respiración, le besó la frente con mucha delicadeza. Se apartó de la cama y se quedó unos segundos con los brazos colgando en medio de la habitación, en la que zumbaba una mosca que no pudo ver. Inmóvil, hacía esfuerzos para respirar a fondo, con la boca abierta, y llenaba a duras penas el delgado pecho.

El paso de un coche lo sobresaltó y pareció sacarlo de su letargo. Fue a sentarse al taburete giratorio colocado ante la cómoda y miró de nuevo el cadáver sin moverse, con los ojos brillantes; luego se volvió hacia el espejo y por un instante esperó ver animarse la imagen de su madre, contempló el perfumado y reluciente desorden de mujer desplegado sobre el tablero: cepillos, frascos, tubos, cajas de aspecto lujoso, joyas con reflejos dorados… Se aplastó las mejillas con las palmas de las manos, se estiró los párpados hacia abajo y deformó sus facciones para dar a su cara un aspecto grotesco o monstruoso. Haciendo muecas en el espejo, ya no tenía edad. Era demasiado viejo, o

estaba atrapado para siempre en ese día, encerrado en ese sombrío instante. Se puso en los dedos los anillos esparcidos por el tablero y extendió la mano hacia el espejo para ver cómo le quedaban, pero la penumbra de la habitación apagaba cualquier brillo, así que se los quitó con cierta dificultad, porque algunos le estaban pequeños. Luego paseó las manos y la mirada por los tarros de crema y los pintalabios, sintió en la piel la suavidad de los pinceles, que lo estremecieron con su textura de animales dóciles. Permaneció largo rato ante aquel muestrario de coquetería, registrando estuches con minuciosidad y precaución, sin hacer el menor ruido, espolvoreando hacia el espejo perfumes que el calor convertía en una maraña de pesados aromas.

Abrió cajones, buscó en ellos a tientas sin convicción, sacó cepillos, peines, pinzas para el pelo, horquillas, todo un arsenal, y durante unos minutos se concentró en desenredar los cabellos que habían quedado adheridos en ellos y enrollárselos con delicadeza en los dedos, para luego desenrollarlos e intentar deshacerse de ellos, pero los negros filamentos se pegaban a su piel húmeda, y luchó en silencio, casi jadeando por los esfuerzos que debía hacer. Al final se frotó las manos con impaciencia y siguió explorando los cajones. Encontró un bote de comprimidos, leyó la advertencia «No exceder la dosis prescrita» enmarcada en rojo y se guardó el medicamento en el bolsillo.

Se volvió hacia la oscuridad vacía, a punto de caerse del taburete, y contempló el cuerpo tendido en la cama, descansando, desfigurado, entre la palidez de las sábanas. Se levantó y corrió a la cocina. Allí, llenó de agua un vaso grande y, en tres tandas, se tomó todas las pastillas del bote sacudiendo la cabeza a cada trago, lívido. Después cerró del todo ventanas y postigos, echó los cerrojos, arrancó el cable del teléfono y fue a tenderse al lado de la cama de la muerta, en el sitio en que la había encontrado, donde se puso un cojín debajo de la cabeza y metió la mano bajo la sábana para coger la de su madre. Se durmió enseguida, con una vaga náusea en la boca del estómago, sin sentir las moscas que se le posaban en la piel y se frotaban las patas antes de alzar el vuelo de nuevo, pesadas y ruidosas, hacia lo que realmente las atraía.

Una cara reluciente de sudor flotaba sobre él, con los ojos muy abiertos y la nariz y la boca cubiertos por la concha blanca de una mascarilla. Le dieron unos golpecitos en las mejillas, oyó a gente que hablaba y luego vio rostros a su alrededor, todos con mascarillas idénticas, y pensó que estaba en el hospital, en una mesa de operaciones. Las voces resonaban sin eco, indistintas, y aquellas caras daban vueltas a su alrededor, como un lento tiovivo en cuyo centro se sentía flotar, sin peso ni realidad. Volvió a cerrar los ojos, pero bajo los párpados lo esperaba un resplandor azulado, un relámpago permanente que le consumía el cerebro. Un grito ronco lo devolvió a la claridad del día, que notó en ese momento en la blancura del techo, donde danzaban sombras sin contorno preciso.

El hombre inclinado sobre él le examinaba los ojos separándole los párpados. Luego alumbró sus pupilas con la luz cruda de una linternita.

–Está despertando –dijo una voz.

Victor intentó mover la cabeza, pero de inmediato sintió una rigidez helada en la nuca, al tiempo que un vértigo aceleraba el carrusel de siluetas que giraban en su campo de visión. Notó la presión del tensiómetro en el brazo, luego, casi enseguida, le quitaron el brazalete. A continuación lo cogieron de las axilas y vio que la habitación volvía de golpe a su sitio y todo dejaba de girar: la escena se inmovilizó, los hombres lo observaron con tristeza o asombro y él miró uno tras otro sus ojos, que, enormes sobre las mascarillas blancas, convergían en él y parecían sostenerlo como un haz de pértigas invisibles tendidas hacia alguien que se está ahogando, y oyó que le preguntaban junto al oído si estaba bien, si iba todo bien, y no supo qué contestar, quizá porque en ese momento ignoraba si algún día podría responderle a alguien, hacer vibrar sus cuerdas vocales para emitir algo que no fuera un gruñido o un grito. Pero la voz insistió, y un rostro apareció en su campo de visión, surgiendo por detrás de él, así que giró la cabeza, o más bien la echó hacia atrás, y consiguió encogerse de hombros.

La memoria le volvió al mismo tiempo que el olor a putrefacción

invadía sus terminaciones sensoriales, reconectadas una a una. Dio un paso vacilante hacia la cama, que le ocultaban tres hombres de bata blanca con el rostro cubierto con mascarillas quirúrgicas y provistos de guantes de goma. Se tambaleó y tuvo que detenerse, sintió en los costados manos dispuestas a sostenerlo. Miró sin comprender el tubo del gotero unido a su brazo y luego siguió avanzando, uno, dos, tres pasos, como si desafiara a aquellos tres hombres ajetreados, que no se habían movido. El silencio había vuelto a caer brutalmente sobre la habitación, ya no se oían más que respiraciones agitadas y carraspeos, y cuando por la calle pasó un coche cuyo estrépito penetró por la ventana abierta al calor del día, se lanzó hacia delante y tropezó con la pata de la cama, en la que no reconoció a su madre, con la piel azulada y cubierta de moretones, la cara hinchada y los labios ahora más retraídos en una expresión petrificada de horror, como si fuera consciente de su estado. Victor había caído al suelo de rodillas, así que se enderezó hasta el colchón, sobre el eje de las piernas ligeramente abiertas y buscando apoyo en la pata de la cama, mientras el estómago se le crispaba en vano, incapaz de expulsar el espanto que anidaba en él como un pájaro carnívoro. Tiraron de él hacia atrás recomendándole que no se quedara allí, pero él se resistió y se agarró a las sábanas con tal fuerza que hubo que soltarle las manos dedo a dedo y arrastrarlo fuera de la habitación entre susurros y palabras tranquilizadoras, hasta que, al llegar al vano de la puerta inundado de luz, se desvaneció, se arañó los brazos en un rosal trepador y se desplomó.

Todo era blanco. Techo y paredes. Una mujer lo miraba con las manos en los bolsillos de la bata blanca. Le sonrió, le dijo que había dormido dos días seguidos y que ahora estaba mejor, y le preguntó si necesitaba o le apetecía algo. Luego, ante su mutismo, se acercó, se sentó en el borde de la cama, lo auscultó y comprobó sus reflejos con un martillito de punta redondeada. El chico la dejaba hacer y la miraba mientras se ocupaba de él, pero sus ojos no expresaban nada, se limitaban a brillar, enormes, y absorber todo lo que abarcaban hacia abismos insondables.

La mujer se levantó y lo observó unos instantes sin dejar de sonreír, hasta que él volvió la vista hacia la ventana, en la que asomaban las cimas de unos álamos bañadas por el sol.

–Hay alguien que quiere hablar contigo. Un policía. Le gustaría hacerte unas preguntas sobre lo que ha pasado. ¿Estás de acuerdo?

Como el chico seguía callado, la mujer se volvió y le hizo señas a alguien para que pasara. Un hombre entró en la habitación y dio los buenos días, pero Victor no respondió, se limitó a mirarlo de arriba abajo sin cruzar en ningún momento la mirada, curiosa o sorprendida, que el policía había posado en él. El hombre era moreno y llevaba un polo negro, una chaqueta y un pantalón claro. Se sentó de inmediato en una pesada silla de acero cromado y escay, que arañó el suelo con un ruido desagradable.

El chico ya no le prestaba atención. Ahora dejaba vagar la mirada por una esquina de la habitación, como si buscara polvo.

–Hola, Victor. ¿Podemos hablar un poco? Soy el comandante Vilar. Estoy aquí para encontrar a quien… –Se interrumpió, porque Victor acababa de alzar hacia él sus brillantes ojos negros y parpadeaba más deprisa–. ¿Podemos hablar? ¿Te parece bien?

El chico asintió con la cabeza y a continuación empezó a rascarse los arañazos del rosal, concentrado en las pequeñas costras, que se arrancaba con cuidado con las uñas.

El policía no empezó a hablar enseguida; se limitó a observar al muchacho, que por su parte lo miraba de reojo. Entonces se deslizó entre ellos el rumor apagado de la agitación que reinaba en el hospital, formado por chirridos de puertas y llamadas ahogadas, y también risas, risas de mujeres que estallaban de pronto y se apagaban enseguida en un sombrío coro de voces graves. El hombre se sacó de un bolsillo de la chaqueta una libretita y un bolígrafo, cuyo pulsador accionó para hacer salir la punta, y con voz suave, incluso titubeante, le explicó que quería saber más sobre su madre para atrapar a quien le había hecho aquello (lo dijo así, y habría podido pensarse que hablaba de una simple agresión en la calle, sin atreverse a mencionar la muerte, ni su olor, ni el horror al que habían asistido dos días antes conteniendo una arcada

para devolverla al estómago), que quizá fuese algún conocido de ella, alguien a quien él había visto, u oído, alguien cuyo nombre se hubiera pronunciado en su presencia. Le pidió que intentara hacer memoria y pasara revista a las caras o los nombres, a los comentarios que la difunta hubiera podido hacer, realmente necesitaban su ayuda, era el testigo principal, así que tenía que esforzarse, aunque no fuera fácil, y el policía repitió sus preguntas, las reformuló llenándolas de palabras inútiles y frases alambicadas, salpicadas de una cautela articulada a media voz, de carraspeos y gestos tranquilizadores de las manos. Victor miraba aquellas manos, animales extraños o marionetas agitadas inútilmente para distraerlo, pero cuando el policía calló al fin y su respiración un poco jadeante tomó el relevo, no dijo nada, dejó que aquel reloj de aire, húmedo y entrecortado, desgranara los segundos.

Al cabo de un instante el policía reiteró sus preguntas, las reformuló en voz baja, inclinado hacia el chico como un confesor.

La doctora regresó a los quince minutos, igual de sonriente, y quedó enredada en aquel silencio saturado de preguntas murmuradas, sin eco, más incómodo que si nadie hubiera hablado, y al cabo de un momento, también en voz baja, aconsejó al policía que pusiera fin al interrogatorio, porque el chico estaba cansado. El hombre se levantó con esfuerzo, sin duda a regañadientes, y se despidió de Victor tendiéndole la mano, en la que el chico, levantando lentamente el delgado brazo, posó cinco dedos flácidos como un ramillete de flores marchitas.

2

El cuerpo estaba tendido al pie de un muro, encogido casi en posición fetal, con la cabeza apoyada en el brazo, como si durmiera. Se había desplomado delante de un sex-shop, cuyos neones de colores chillones dibujaban en los rostros de los presentes máscaras enfermizas y cambiantes. El muerto daba la espalda a los policías, a los curiosos, al tráfico de la calle ralentizado por el resplandor estroboscópico de los faros giratorios, al charco de sangre que se había extendido hasta el bordillo siguiendo la inclinación de la acera y brillaba también con reflejos malsanos bajo la iluminación porno. Todavía no lo habían cubierto, y la piel blanca de la parte baja de su espalda asomaba bajo la cazadora y la camiseta subidas. Al otro lado de la calle, gente que se dirigía con prisa a la cercana estación cargando bolsos o maletas volvía la cabeza y estiraba el cuello para ver algo entre el despliegue de vehículos y el ir y venir de los uniformes en el escenario del crimen.

Vilar se puso unos guantes y se agachó para examinar la cara del hombre y hacerse una idea de las heridas que le habían causado la muerte. Descubrió un corte en el cuello, bajo la oreja derecha, poco profundo y de varios milímetros de ancho, que por otra parte apenas había sangrado. Cuando abrió la cazadora vaquera cubierta de manchas oscuras, no vio más que una camiseta negra con la cara de Johnny Hallyday agujereada en tres puntos a la altura del pecho y totalmente empapada de sangre, espesada ya aquí y allá por la coagulación. Una de las cuchilladas lo había alcanzado a la izquierda del esternón. Vilar posó un dedo enfundado en látex encima de la herida y retiró la mano suspirando.

El rostro era el de un hombre joven, de unos veinticinco años. Pelo moreno, corto. Barba incipiente. Facciones finas. Como siempre que examinaba un cadáver, Vilar, inmóvil, contuvo la respiración y esperó unos segundos, por si un estremecimiento revelaba que la víctima no había muerto, que aún se podía hacer algo, pero por supuesto no pasó

nada. Volvió a maldecir aquel empeño irracional en negar lo evidente que lo dominaba a veces, aquel rechazo de lo irremediable que lo había llevado incluso, unos años antes en una sala de autopsias, a interrumpir con un grito el trabajo del forense cuando este se disponía a sajar un abdomen, porque le había parecido distinguir un temblor de los dedos lívidos que descansaban sobre la mesa de acero inoxidable. El forense no había mostrado la menor sorpresa y, por amabilidad o compasión, le había dicho sonriendo que a veces a él le pasaba lo mismo.

Vilar era uno de esos hombres que no se resignan a la muerte, que creen poder vencerla o abolirla. Mediante la voluntad, la memoria o la invocación de los fantasmas.

–Kevin Labrousse, nacido el 8 de julio de 1979 en Villeneuve-sur-Lot –dijo una voz detrás de él.

El jefe de equipo de la brigada de investigación criminal, que había sido el primero en llegar, tenía una cartera en la mano y agitaba entre los dedos el rectángulo plastificado de un carnet de identidad.

–Estaba caída junto al cuerpo. Hay un poco de dinero, cuarenta euros, y fotos. Una tarjeta de la seguridad social, una tarjeta de crédito, cosas así. Hemos buscado el cuchillo, pero no hemos encontrado nada.

Vilar miró la foto que su compañero le tendía, pero aquel rostro sonriente que miraba el objetivo desafiante, con la barbilla ligeramente alzada, ya no era el del muerto, así que apartó con suavidad la mano que sostenía la cartera, se levantó y se sacó del bolsillo un pequeño estuche transparente en el que el subinspector dejó caer los documentos de la víctima.

–Había alguien con él, ¿no?

–Un compañero de trabajo. Está conmocionado. Allí, en la ambulancia, con Pradeau.

Vilar se quitó los guantes y se dirigió a la furgoneta roja. Buscó con la mirada a Laurent Pradeau y vio que estaba interrogando a una chica deshecha en lágrimas. Llegaron dos técnicos de la policía científica cargados con sus maletines. Incapaz de recordar sus nombres, Vilar rebuscaba en su memoria mientras les daba la mano. Ya había trabajado con ellos en dos o tres ocasiones, especialmente en el caso

Dejean, una chica quemada viva delante de su casa, rociada con gasolina por su amiguito, que no soportaba que lo hubiera dejado. Se acordaba del estado del cadáver, arrumbado contra un cierre metálico, con el rostro deforme, casi fundido, hinchado o calcinado hasta los huesos. Un escalofrío le recorrió la espalda. También le vino a la cabeza el momento de la detención. La carrera escaleras abajo, arma en mano, detrás de aquel imbécil, armado con un sable. Detenido en el portal del edificio por un cochecito de niño dejado allí, con el que se hizo un lío. Dos o tres puntapiés para que se callara y se estuviera quieto, porque se resistía pataleando y haciendo molinetes con el sable, sin dejar de soltar obscenidades sobre la víctima. Vilar le rompió la nariz de un culatazo, y le habría estrellado la cabeza contra el suelo si tres compañeros no hubieran unido sus fuerzas para arrancárselo de las manos. El tipo lloraba, con la cara ensangrentada y presa de espasmos, con voz de niño. Vilar volvía a verlo todo, y un eco de la ira que había sentido aquel día hizo que su corazón latiera un poco más deprisa al recordar a aquella piltrafa que lloriqueaba por su suerte mientras el cadáver de la chica martirizada era evacuado por bomberos que apretaban los dientes y sudaban frío bajo los cascos. Todo le volvía a la memoria con una precisión casi dolorosa: el calor prematuro de aquel amanecer de junio, la dirección exacta del edificio… Pero los nombres de los dos sabuesos del escenario del crimen seguían escondidos en algún rincón inaccesible de su cerebro. Qué más daba. Le entregó la bolsa de pruebas al que llevaba la cámara de fotos colgada del cuello, el más joven, que le preguntó de qué se trataba exactamente y guardó los documentos del muerto en su maletín.

Vilar suspiró.

–Agresión con cuchillo. Múltiples heridas. El chico ha debido de morir en el acto, o casi. El corazón o la aorta. Voy a la ambulancia, a interrogar a su compañero. Lo han pisoteado todo, aunque sé que nadie ha movido el cuerpo.

–De todas formas, es lo que hay. Las agresiones en la vía pública son una mierda. No vamos a tomar muestras del asfalto…

Vilar los vio alejarse en dirección al cadáver y subió a la ambulancia.

Le pidió al sanitario de blanco que consolaba al testigo que los dejara solos, y el otro bajó del vehículo sin rechistar y se apresuró a encender un cigarrillo. Habían arropado al hombre, sacudido de vez en cuando por temblores, con una de esas mantas doradas de supervivencia que a veces lanzan vistosos reflejos de baile de sociedad en mitad de las catástrofes. Tenía unos cincuenta años: pelo entrecano casi al rape y con grandes entradas. Ancho de hombros, enorme, cuello de toro. La camisa y el pantalón estaban manchados de sangre. Al sentarse frente a él, Vilar pensó en un jugador de rugby y se preguntó cuánto mediría exactamente.

–Comandante Vilar. Me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Cree que podrá responderlas?

El hombre asintió. Aún no había alzado los ojos hacia él. Pradeau se acercó y le tendió una cartera suspirando. Vilar vio que tenía cara de cansancio y los párpados hinchados. Intentó buscar su mirada, trató de saber cómo estaba, pero Pradeau se las arregló para evitarlo.

–Su documentación –dijo señalando al hombre con un movimiento de la cabeza–. Había dos hombres y una chica. Las descripciones coinciden. El agresor, el que ha asestado las puñaladas, es un individuo alto, con la cabeza rapada, un pendiente en la oreja y pantalón de camuflaje. El otro…

–¿Cómo era la chica? –preguntó Vilar volviéndose hacia el testigo, que tiritaba en su asiento.

–Bajita, delgada, con el pelo teñido de rojo, una minifalda de cuero negro y unas Nike grandes.

–¿Está seguro de la marca?

El hombre negó con la cabeza y torció el gesto.

–Bueno, no… quería decir zapatillas de deporte grandes, con las suelas muy gruesas.

–¿Y qué hizo?

–Echó a correr en cuanto la cosa se puso fea. Intentó calmarlos, les dijo que lo dejaran, que iban demasiado colocados. Ya estaba lejos cuando ellos se fueron, después de… –Se detuvo de golpe y se mordió el labio inferior. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que se secaba con el

dorso de la mano.

Pradeau lo consoló con una palmada en el hombro y al fin dirigió a Vilar una mirada llena de cansancio, o de impaciencia, aunque la apartó enseguida para posarla en la libreta, algunas de cuyas páginas estaban repletas de notas.

–Eso se corresponde con otro testimonio que he recabado: el de una chica que salía de la estación para ir al instituto y ha presenciado lo ocurrido sin comprender en un primer momento qué pasaba. Los demás testigos han llegado después, justo cuando la víctima se derrumbaba en el suelo, y solo han visto huir a los dos fulanos. Tenemos coches patrulla dando vueltas desde aquí a Capucins y la Victoire, les he pasado la descripción de inmediato.

Vilar asintió. Pradeau le dijo que la suplente Darien acababa de llegar, pero que ya se encargaba él. Vilar apenas lo oyó, tenía toda la atención puesta en el hombre sentado frente a él, que, encogido bajo la manta dorada, se frotaba lentamente las palmas de las manos haciendo rodar entre ellas el pañuelo de papel con el que se había secado los ojos. Lo dejó caer a sus pies, luego se masajeó el cuello y se palpó con las yemas de los dedos, como si temiera haberse roto o dislocado algo. Vilar se inclinó sobre él. Según su documentación se llamaba Michel Vanini y había nacido en 1961 en Sainte-Livrade. Casado y padre de dos hijas de veinticuatro y diecisiete años.

Vanini contó con voz cansada, enronquecida por el agotamiento y seguramente también por el tabaco y el alcohol, que eran cuatro y estaban celebrando el final de unos trabajos de cableado eléctrico en el barrio del Lac. Él era el jefe del equipo. Tenían que volver a Agen en el día, habían estado de farra en un bar, el Black Jack, hasta cerca de las tres de la mañana. Al salir de allí, los otros dos se habían ido a dormir, pero Kevin, la víctima, y él tenían ganas de quedarse un poco más. El caso era que Kevin se casaba a la semana siguiente con una tal Vanessa, así que en cierto modo se estaba despidiendo de su vida de soltero; ahora a Vanini le mortificaba pensar en la pobre novia. Luego, como el policía, para distraerlo de su aflicción, le preguntó adónde habían ido, explicó que habían estado en un *peep-show*, no aquel ante el que había

caído la víctima, sino otro un poco más alejado, al principio del cours de la Marne. Solo querían cachondearse un rato, sin intención de nada más, llevaban once días trabajando duro, sin tiempo siquiera para volver a casa a darles un beso a la mujer y los hijos, únicamente contaban con el domingo para respirar, aunque las horas extra siempre venían bien, y además el jefe no les dejaba elección, era eso o buscarse otro sitio, así que, bueno, qué tenía de malo divertirse un poco.

El hombre iba sintiéndose más seguro a medida que hablaba, alzaba la cabeza, convencido de que los trabajadores honrados tenían derecho a disfrutar, y buscaba en los ojos de Vilar, que le devolvía una mirada lejana y vaga, la aprobación o la comprensión que entre hombres se concede de buena gana a ese tipo de correrías salaces, porque después de todo mirar no es tocar, pensaba quizá en esos instantes, y el hombre anonadado hasta ese momento por la muerte de su compañero esbozaba una sonrisa, su corpachón y sus hombros de jugador de rugby parecían ensancharse en el exiguo habitáculo.

Vilar estuvo a punto de preguntarle si al menos la chica era guapa, qué poses había adoptado, qué gestos había hecho, o, ya puestos, incluso si la creía más joven o mayor que su propia hija, y si pensaba visitar de nuevo el local la próxima vez que fuera a Burdeos. Imaginó a la mujer detrás del cristal de aquella pista de circo cerrada y obscena y se preguntó si sería rumana, búlgara o ucraniana, y si en ese mismo momento su chulo y el gerente del establecimiento se estarían repartiendo el dinero, mientras ella dormía, muerta de cansancio, en un colchón de dudosa higiene, o estaba ya en casa de su camello, ofreciéndole sus servicios para ahorrarse el precio de una dosis.

Seguramente aquel honrado trabajador y su compañero, para quienes esa noche la ciudad no era más que un inmenso terreno de juego, ignoraban, o preferían ignorar, ante qué miseria se habían excitado unas horas antes, del mismo modo que no podían imaginar que sus caminos se cruzarían, en medio de la neblina de cansancio que su noche en blanco había hecho elevarse, con el de un cretino aturdido por el alcohol y las drogas y dispuesto, en ese preciso instante, a clavarle el cuchillo en el corazón al primer desconocido que le negara

algo, porque en ese instante, precisamente, no aceptaría posponer ni un segundo la satisfacción de un deseo y, dejándose llevar por una especie de capricho, apuñalaría el cuerpo de aquel extraño convertido en hostil. Vanini había supuesto que iba a dar una vuelta por el zoo, pero las jaulas estaban abiertas, y después de haber temido que no escaparía de allí, creía haber salido bien librado.

Vilar tenía ganas de verle agachar las orejas. El hombre se revolvía en el asiento, impaciente quizá por que terminara aquel interrogatorio inútil.

–Cuénteme cómo ha ocurrido.

–Ocurrido ¿qué?

–¿A usted qué le parece? ¿Cree que quiero que me describa el culo de la chica del *peep-show*? ¿No ha pasado algo más importante después?

Vilar había alzado la voz. Sus palabras abofetearon a Vanini, que se hundió un poco en el asiento y encorvó los hombros.

Salían del bar donde habían tomado la última antes de ir a dormir un poco. Entonces oyeron la voz de aquel fulano a sus espaldas, preguntándoles si tenían un cigarrillo, y cuando se volvieron ya estaban los tres encima, muy cerca, dos tipos y una chavala que se apoyaba en el hombro del más cachas, con pinta de estar puesta hasta las cejas, sosteniéndose a duras penas sobre las delgadas piernas, acabadas en unas zapatillas de deporte enormes. Luego la secuencia es confusa: Kevin, que se saca el paquete del bolsillo; el otro, el bajo y delgado, nervioso, que se lo quita y se sirve él mismo; Kevin, que grita e intenta recuperar los cigarrillos, hasta que el tipo le pega un cabezazo y empiezan a zarandearse.

Luego comienza la pelea de verdad, los gritos de la chica, la navaja que aparece de pronto y golpea de punta, como una espada, y después de arriba abajo, y Kevin, que retrocede hasta el escaparate del sex-shop con cara de susto y las dos manos en el pecho, del que brota sangre, y empieza a caer lentamente, mientras el esmirriado sigue llamándolo hijo de puta y cabrón, con la navaja en la mano, y los otros se lo llevan gritando que lo ha matado, que hay que salir pitando de allí.

Después el compañero gimiendo en sus brazos, sangrando sin parar, y

el cuerpo de repente muy pesado que hay que dejar en el suelo, abandonado.

Vanini se había echado a llorar, la cara estirada por una mueca de pena y un llanto ahogado, los anchos hombros sacudidos por los sollozos.

Pradeau se había acercado y parecía estar esperando a que el hombre se callara para decir algo. Con un gesto de la cabeza, confirmó que todo aquello coincidía con las diversas informaciones y comprobaciones; luego pidió a Vilar que lo acompañara.

–Casi los tenemos, Pierre –le dijo al instante–. Esos tres gilipollas son conocidos en los garitos de la zona. Siempre están dando vueltas por el barrio. Esta noche los han visto jugando a las tragaperras y bebiendo como cosacos. Los tíos se llaman Jonathan y Cédric, y ella, Coralie. Se ve que viven entre Capucins y Saint-Michel. Los han visto salir del bar detrás de la víctima y su colega. Al menos sabemos que no son unos genios del crimen: tres imbéciles colocados que se cargan a un juerguista que iba por la acera equivocada. «On the wild side», como dijo aquel.

Vilar lo miró sin comprender.

–Sí, joder, Lou Reed. Habrás oído hablar de él, ¿no? «Take a walk on the wild side». Es una canción. Del disco *Transformer*.

Como sabía que era capaz de darle el nombre del bajista y del ingeniero de sonido, y hasta de recitarle la lista de agradecimientos, Vilar levantó la mano para interrumpirlo.

–Bueno, y tú ¿cómo estás? No tienes buena cara…

–Regular. Menudo par, tú y yo. Últimamente duermo mal.

–Tendrías que follar un poco…

–Lo intento, pero solo no es tan divertido, ¿sabes?

–Ya. Mientras esperamos que vuelva a juntarse la Velvet, encárgate de tomarles declaración al señor y a la chica. Por cierto, ¿dónde está?

Con un movimiento de barbilla, Pradeau indicó una dirección vaga.

–Allí, en el furgón de Emergencias. Es menor, están intentando contactar con los padres. No sabía que conocieras a los clásicos…

–Si han llegado hasta ti… –Vilar se interrumpió y miró su reloj. No

muy lejos de ellos, una ambulancia maniobró y luego se alejó. Los dos técnicos de la policía científica estaban guardando su material en una furgoneta–. Te dejo a cargo. Tengo que ocuparme de la muerta de Bacalan. Me parece que eso es bastante más retorcido que lo de estos tres mamarrachos, a los que tendremos pillados mañana. Dentro de dos días les saltamos encima y se los mandamos al juez. Hay suficientes indicios, no vamos a eternizarnos con esto.

–¿Cómo está el chaval? –preguntó Pradeau.

Vilar se encogió de hombros.

–No muy mal, creo. Bueno, físicamente, quiero decir…

–Joder, ese chico, medio en coma al lado de su madre descomponiéndose… Lo veo a todas horas. Estamos acostumbrados a lidiar con la sordidez y la miseria, pero lo suyo me parece demasiado triste. Un caso así siempre te lleva al fondo del pozo negro.

Vilar se encogió de hombros. Miró los edificios de la estación de Saint-Jean, a lo lejos, y pensó fugazmente en toda la gente que esperaba que un tren se marchara o llegara, en toda esa vida tan simple de reencuentros y destinos seguros, en las pequeñas alegrías tranquilas.

–Nos guste o no, ¿qué más da? Estamos aquí para limpiar la mierda, como tú dices. Así que evito plantearme el tema de la tristeza. Además, tu pozo no tiene fondo. Ya puedes cavar, compañero.

Esforzándose en sonreír, golpeó suavemente con el puño el hombro de Pradeau y se alejó hacia su coche. Vio que se llevaban el cuerpo, que no era más que una forma indistinta en la bolsa mortuoria, y desvió la mirada mientras buscaba las llaves en los bolsillos.

Antes de arrancar, permaneció unos segundos inmóvil, con las manos al volante y el estrépito exterior amortiguado por los cristales subidos. En el retrovisor, veía la fila de polis y bomberos que se dispersaban. Las puertas de los coches se cerraban en silencio, los hombres se daban la mano o se lanzaban adioses apresurados. Sintió en la boca un sabor metálico, a hierro o cobre, y juntó bajo la lengua un poco de saliva, que tragó con dificultad. En el momento en que ponía el coche en marcha, el sol asomó por encima de un tejado y lo cegó. Buscó casi a tientas las gafas, pero no las encontró; entonces recordó que se las había dejado

en el despacho, con el tabaco. Enfiló el cours de la Marne con los ojos doloridos y los párpados abrumados por la luz blanca que inundaba la ciudad. Volvió a pensar en el chico, Victor, mudo en aquella habitación de hospital; en el denso silencio que emanaba de él, en aquella brea inmaterial que, pese a todos sus esfuerzos, lo había enviscado. La imagen de Pablo se superpuso de inmediato y Vilar echó un vistazo al retrovisor para ver en él el rostro de su hijo. Antes siempre hacía eso, y se sentía tontamente feliz al ver la carita, seria o curiosa, concentrada en su consola de juegos o vuelta hacia el exterior, observando ávidamente a los viandantes o el paisaje. Ahora cerró los ojos con un doloroso encogimiento del corazón, porque en el espejo no había nadie, solo los cegadores reflejos del sol sobre el mar de coches.

«Pablo». Pronunciaba ese nombre en el tono de la evidencia, de la constatación. O de la invocación mágica. Y aunque no se producía ninguna aparición, la palabra le llenaba la boca como un agua fresca que, sin embargo, no podía hacer nada, durante el resto del trayecto, contra el nudo amargo y ardiente que le cerraba la garganta y hacía subir a sus mandíbulas un dolor insidioso.

Cuando bajó del coche, con la espalda agarrotada y la nuca rígida, llevaba a su hijo, ligero, a caballo, y alzó la mano hacia el cuello, empapado de sudor, para intentar rozar los dedos que se agarraban a él. En el ascensor coincidió con Bachir, un colega de estupefacientes alto, delgado y con los hombros encorvados. Apoyado pesadamente en la pared metálica, se frotaba los ojos con el mismo gesto que hacen los niños para ahuyentar el sueño. Le preguntó a Vilar cómo le iba con voz cansada y sin prestar la menor atención a la respuesta, porque ya estaba junto a la puerta del habitáculo, listo para salir en cuanto se abriera, con los ojos medio cerrados, a punto de quedarse dormido allí mismo.

Por el perfume que flotaba en su despacho supo que Marianne Daras, que dirigía el grupo, lo había buscado y le había dejado en el aire aquel leve rastro, y encima del escritorio, bien a la vista sobre una carpeta azul, un pósit verde fosforito con forma de mariposa en el que le pedía que la llamara. «Te dejo el informe de la autopsia. Nada nuevo. Tú

verás. Creo que también hay datos de la víctima, para cruzarlos. Habrá que hacer balance de la investigación en el vecindario». Vilar se dejó caer en su silla, abrió la carpeta, buscó el paquete de tabaco en el cajón, encendió un cigarrillo y se levantó para abrir la ventana, que daba al cementerio de la Chartreuse. Durante unos minutos siguió con la mirada a una mujer morena que recorría los senderos con un tiesto con flores en la mano. La vio detenerse ante una tumba, quedarse quieta con la cabeza gacha y el pelo ondeando bajo la brisa, y luego acuclillarse para quitar el polvo de la lápida y dejar en ella las flores rojas, que regó con una botellita de agua que llevaba en el bolso.

De repente se sintió mal por estar espiando a aquella desconocida. Manías de poli, quizá. No era la primera vez que se sorprendía observando a la gente en aquel cementerio. Había cogido esa costumbre enseguida, en cuanto instalaron allí la nueva comisaría. Antes, lo que miraba eran las palomas en los tejados y los alféizares de las ventanas, zureando sin parar y dejando sus excrementos por todas partes, sobre la piedra ennegrecida del viejo edificio.

Algunos visitantes caminaban con paso decidido, sin dudar sobre la dirección que seguir, pero otros vagaban, iban y venían, se detenían en distintas sepulturas para descifrar las inscripciones y luego seguían su camino, haciendo varios altos antes de llegar a su destino, y entonces los veía arrodillarse, o sentarse en la tumba, y acariciar el mármol con la mano o quedarse de pie mucho rato, y Vilar siempre se preguntaba a quién visitarían, si rezarían o hablarían con los muertos, y si, como él, se marcharían prometiendo volver pronto para tumbarse allí para siempre.

Pablo no estaba en ningún cementerio. No se podía ir a ningún sitio a hablarle, llevarle flores o llorar cerca de él.

Volvió al escritorio y abrió el expediente. La mujer se llamaba Nadia Fournier, nacida el 4 de agosto de 1972 en Gardanne, Bouche-du-Rhône. Padre: Michel Fournier, nacido el 3 de febrero de 1947 en Martigues, profesor de matemáticas en la Universidad de Aix-en-Provence. En una foto sin fecha, aparecía ante un micrófono, quizá se la habían hecho durante una clase en la facultad. Moreno, delgado, de

aspecto hosco. En la foto, unos cuarenta años quizá. Parecía mirar algo o a alguien de la sala, o tal vez en ese momento estaba absorto en pensamientos sombríos. Vilar examinó la imagen unos segundos intentando descifrar el enigma que le planteaba aquel rostro impenetrable. Se encogió de hombros y pasó a otra página.

La madre se llamaba Souad Kaci, nacida el 15 de noviembre de 1951 en Orán y muerta el 20 de septiembre de 1987 en Gardanne. Suicidio por ingesta de barbitúricos. Era maestra. Y no había más datos sobre ella. Tampoco foto. Solo la lacónica ficha. Aquella mujer ya no existía en absoluto, era una especie de abstracción. Muerta joven, como su hija. Trágicamente, igual que ella. Y también sola, al parecer. A Vilar le habría gustado ver su rostro, no sabía bien por qué. ¿Para buscar en sus ojos un brillo especial, premonitorio? ¿El reflejo del dolor, la sombra de una duda mortal?

La página siguiente llevaba la foto de Nadia, rescatada de un álbum o de encima de un mueble, sujeta con un clip. Vilar se estremeció: por un instante no fue capaz de saber qué muerta contemplaba. Recordaba las facciones hinchadas del cadáver al que había dudado en acercarse, un rostro que no se parecía más que a la muerte, cubierto con esa máscara horrible que es un alivio ver desaparecer bajo la cremallera de la bolsa mortuoria. Sin embargo, aunque no la había conocido, tuvo la sensación de estar viendo a Souad, la maestra suicida.

¿Souad o Nadia? La mirada hablaba y decía cosas oscuras, apenas iluminada por una media sonrisa impaciente o melancólica.

Nadia, Souad. Vilar supo que se parecían, más allá de todas las fotos que pudieran obtenerse de ellas. Madre, hija. Hija madre. Destinos confundidos a través de la distancia. El padre debería hablar.

Nadia Fournier, pues. En el vecindario, no le conocían otro trabajo que las tareas de limpieza que realizaba para la empresa SALI (Sociedad Aquitana de Limpieza Industrial), instalada en el polígono comercial de Bruges, en el barrio del Lac. Vivía de alquiler en la rue Arago: seiscientos euros al mes, con unos ingresos mensuales de más o menos ochocientos, seguridad social incluida. Examinarían la cuenta bancaria para intentar comprender cómo se las arreglaba. Y a eso lo

llaman ganarse la vida, se dijo Vilar. De todas formas, no había muchas explicaciones posibles, y eso por fuerza abriría pistas. Como rastros en una jungla.

Volvió a la foto. Le pareció ver amargura en la sonrisa de Nadia, y se preguntó si estaría metida en asuntos de droga o prostitución.

El informe de la autopsia confirmaba la muerte por estrangulación. Ninguno de los golpes que había recibido en la cabeza o el rostro, pese a su violencia, pese a las múltiples fracturas en la cara, había sido mortal. Le habían propinado puñetazos y patadas: equimosis en el estómago y a lo largo de las piernas. Después de matarla, habían movido el cuerpo. Ausencia de tóxicos. Ningún indicio de relaciones sexuales recientes. Había en marcha otros análisis sobre las muestras recogidas.

La investigación en el vecindario tampoco había revelado ninguna relación continuada, ni visitas frecuentes. A Nadia se la tenía por una solitaria. Amable y educada, servicial en caso necesario, pero solitaria. No tenía un horario regular, pero eso se debía a su trabajo: por las tardes, se iba en cuanto el chaval volvía de la escuela y regresaba hacia las once de la noche. Pero no siempre. Habían interrogado prácticamente a toda la calle, pero solo los cinco o seis vecinos cercanos entendían de qué les hablaban, y no tenían mucho que decir al respecto. Una tal señora Huvenne, la vecina del número 36, la casa contigua, echaba un ojo cuando Victor se quedaba solo por la tarde. Cuando era más pequeño cenaba con ella, lo que aliviaba su soledad de viuda con hijos desperdigados e indiferentes. No había dicho nada más. Victor no aprovechaba esas tardes solitarias para salir y callejear. De eso estaba segura. Lo llamaba de vez en cuando, como le había pedido Nadia. Y el chico respondía siempre. Decía que estaba haciendo los deberes, viendo la tele, jugando con la videoconsola…

En el colegio, Victor sacaba buenas notas y rara vez faltaba, no planteaba ningún problema especial en un centro considerado difícil. Tenía amigos que iban a su casa y lo invitaban a la suya. Habían hecho comprobaciones hasta con chicos con los que había tenido alguna fricción, simples empujones en el patio de recreo o a la salida.

Aparentemente, Victor, aunque poco hablador, sabía hacerse respetar. No se metían mucho con él. Su madre asistía a las reuniones con los profesores, era discreta y dulce, atenta y amorosa.

Vilar se dejó caer contra el respaldo del sillón y encendió otro cigarrillo maquinalmente, pero lo apagó en el cenicero cuando sintió la irritación y el repugnante sabor del humo en el fondo de la garganta. En resumen: señales de lucha, pero ninguna huella. La habían golpeado y, después, estrangulado. Su mente le daba vueltas a una evidencia: Nadia conocía a su asesino. Un merodeador que entra en pleno día por el jardín para robar cincuenta euros y, de paso, hace una carnicería con la ocupante de la casa era improbable. No habían forzado la puerta. Nada parecía fuera de su sitio. Cabía pensar en algún vecino que hubiera probado suerte con la atractiva morena y no hubiese soportado el rechazo. Ella abre, se sorprende al verlo allí a esas horas, él la apremia, la violenta, ella grita, él la golpea y le aprieta el cuello para que se calle. Otra cosa que comprobar. Había que comprobarlo todo. Incluso la pista de un asesino reincidente. Contrastar con otros casos no resueltos.

Vilar hizo malabarismos con hipótesis que se multiplicaban como balas que se le escapaban una tras otra para rodar por el suelo y desaparecer bajo los muebles. No era un buen malabarista y se sintió ridículo, solo en mitad de la pista de un circo vacío.

Y qué decir de aquel chico ejemplar que rompía todos los esquemas: debería haberse maleado al estar solo tantas tardes, sospechando lo que iba a hacer su madre, que no trabaja de abnegada cuidadora sino seguramente de puta, sí, era una hipótesis, pero ¿qué otra cosa tenía de momento? Vaya, el tipo de situación que perturbaría hasta a la psique más equilibrada, más serena. Vilar había visto a otros, feroces, convertidos en fieras más resabiados que una jauría de pitbulls, o locos hasta el derramamiento de sangre, en contextos menos terribles, o al menos sin un asesinato de por medio (se pregunta si, a veces, no habría sido mejor que lo hubiera, para aportar un poco de alivio o de justicia). Pero Victor no es así. Él hace sus deberes. El consejo escolar lo felicita. Un ejemplo a seguir. Por la tarde, mientras mamá trabaja, ¿ve

documentales de animales, solo? Demasiado bonito para ser cierto. No cuadra, no quiere decir nada.

Pregunta: ¿por qué un chico de trece años se porta tan sumamente bien? ¿Cómo puede un adolescente de hoy en día resistirse con tanta fuerza al canto de las sirenas que lo llaman desde fuera? ¿Miente la vecina mayor?

Vilar negó con la cabeza, suspiró y hojeó el expediente sin leerlo. Era mucho más tortuoso. Más íntimo. Más salvaje, quizá. Muertas las dos mujeres de la familia, habría que apañárselas con el padre y el hijo. Trinidad pagana e incompleta en la que la muerte hacía las veces de Espíritu Santo.

Cerró la carpeta de cartón y se levantó para echar mano de una guía telefónica. Luego marcó el número de la empresa de limpieza mientras buscaba con la mirada el paquete de cigarrillos, que no encontró. Cuando le contestaron, se presentó y explicó el motivo de su llamada, y le pasaron con un encargado que pareció impresionado por tener que vérselas con la policía. El hombre le propuso que se encontraran por la tarde, pero Vilar insistió en verlo cuanto antes. Sobre las once y media. Eso le dejaba una hora para llegar. A continuación llamó a Marianne Daras, oyó la grabación del contestador y le explicó en dos frases lo que iba a hacer.

En el pasillo se cruzó con Pradeau, que volvía para empezar a redactar su informe. Los testigos estaban convocados para primera hora de la tarde. Se acababa de identificar a uno de los agresores, un tal Jonathan Caussade, con antecedentes por un pequeño asunto de drogas y varias agresiones, con arma blanca precisamente. Bingo.

–Vive en Cenon, en casa de su madre. Le hemos puesto vigilancia. ¿Lo traemos o esperamos a que estén los tres juntos?

Pradeau hablaba deprisa, agitaba las manos, estaba sudando. Vilar tuvo que concentrarse en lo que le preguntaba. Iba a decir que le daba igual, pero como Pradeau lo tenía arrinconado y lo miraba fijamente aguardando su respuesta, suspiró:

–No sé… Podemos esperar a que los dos fulanos estén juntos, quizá. Según parece, son inseparables. La chica da igual, ya la pillaremos más

tarde. La haremos caer por encubrimiento, así aprenderá. Falta saber qué piensa Marianne, que es quien decide.

–Los dos tíos a la vez… Va a ser movidito.

Vilar buscaba algo que decirle, con la mente llena de una confusa excitación que se parecía al aburrimiento. Volvió a ver la foto de Nadia y recordó el olor del cuerpo. Sintió que algo se le hinchaba en el pecho. Tomó aire para hablar.

–Puede, pero eso nos hará ganar tiempo y simplificará las cosas. No nos vamos a eternizar con esto. Aseguramos el caso y se los mandamos al juez, así se pondrá contento. Simplemente utilizaremos más efectivos para echarles el guante.

Pradeau asintió y le dejó paso libre. Vilar oyó que le preguntaba si había avanzado con el caso de Bacalan. Se limitó a encogerse de hombros. Justo cuando salía del aparcamiento sonó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. Maniobró con dificultad para girar en dirección al bulevar, con el móvil estorbándole en la mano mientras cambiaba de marcha en medio del tráfico denso y rápido y un calor cegador.

–Soy Morvan –dijo una voz, temblona por la mala cobertura.

El corazón de Vilar dio un vuelco. Le dijo que lo oía mal, que estaba conduciendo.

–Tengo la batería en las últimas… ¡Mierda! ¿Me oyes?

–Sí, pero…

–¡No importa! Llámame a casa esta noche, tengo…

La comunicación se cortó. Alguien tocó el claxon detrás de él, porque había reducido la velocidad. Vio una silueta oscura levantando los brazos detrás de un volante y no tuvo fuerzas para mandarlo al carajo. Un poco más adelante colocó el faro giratorio en el techo, accionó el doble tono y salió disparado hacia Bruges, donde estaba la sede de la SALI, con un nudo en el estómago, sin ver siquiera el atasco que iba dejando atrás al paso del aullido de la sirena.

3

Durante los cuatro días que pasó en el hospital, Victor durmió mucho. La mayor parte del tiempo estuvo tumbado boca abajo, con la cara hundida en el almohadón, soltando gritos sordos o agitado por leves espasmos, como un perro cuando sueña. Tenía el torso desnudo, y un sudor permanente hacía relucir su espalda, incluso por la noche, pese al ligero frescor que atenuaba el calor del día. A veces se despertaba y miraba alrededor como si descubriera en cada ocasión dónde se encontraba, y recibía sin dar la menor muestra de reconocerlos a las enfermeras y los médicos que irrumpían en la habitación con pretextos diversos y palabras alegres, rodeándolo de gestos precisos y familiares.

El inspector Vilar iba a verlo todos los días y se sentaba en la pesada silla de escay con su libreta en las rodillas, pero Victor se limitaba a observarlo en silencio, quizá con más atención en cada visita, mientras el policía le recomendaba con suavidad que se lo contara todo, porque había que detener al hombre que había hecho aquello para que no volviera a las andadas, para castigarlo, ¿comprendes, Victor? Un día incluso pronunció la palabra «sentencia», y el chico lo miró con intensidad, con los negros ojos más brillantes que de costumbre, hasta que el policía lo aclaró y habló de justicia, condena, prisión. Tal vez ya lo hayas visto, sin sospechar nada, por supuesto, porque si lo supiéramos todo por adelantado… Tal vez tu madre te hablara de algún amigo y ya no lo recuerdes. Tenía amigos, ¿no? Y por las tardes, cuando se iba a trabajar, ¿te dejaba solo? ¿Alguien cuidaba de ti? Tu madre ¿tenía novio tal vez? Rubio, o alto, o gordo, o moreno con los ojos negros, o alguien que cojeara o llevara gafas. Vilar hablaba solo, pasaba revista a su repertorio de hipótesis, a la galería de retratos que se enriquecían un poco cada día, en cada visita, en un monólogo que se desplegaba como un árbol loco que inventara nuevas ramificaciones durante la noche. Pero al cabo de un rato el chico volvía los ojos hacia las cimas de los álamos, que el viento inclinaba fuera de su campo

visual, y dejaba que las especulaciones del policía se pulverizaran contra la densidad del silencio.

Un día Vilar hizo una pregunta prácticamente inútil cuya respuesta presentía.

–¿Dónde estaba tu madre cuando la encontraste? ¿Fuiste tú quien la subió a la cama?

El chico lo miró al fin a los ojos. Fija, detenidamente, con la boca entreabierta. Asintió con la cabeza de manera casi imperceptible.

–¿Por qué lo hiciste?

–Para que estuviera mejor, la pobre.

La voz de Victor se apagó con una ronquera que le hizo saltar las lágrimas.

–Tranquilo –dijo Vilar–. Hiciste bien.

Algunas noches los gritos del muchacho alarmaban al personal, y se lo encontraban al pie de la cama con los ojos desorbitados por el terror, o vagando por los pasillos con la aguja del suero todavía clavada en el brazo, y entonces farfullaba cosas confusas, inconexas, dirigidas a las paredes, al vacío, a la oscuridad jalonada por las luces de noche. Lo acompañaban de vuelta a la cama intentando tranquilizarlo, se afanaban a su alrededor unos instantes, le refrescaban la ardorosa frente con una compresa húmeda… Fue a verlo el psiquiatra, pero lo único que obtuvo de él fue aquella mirada vacía y cansada que dirigía a todo el mundo y el temblor de sus labios húmedos de baba. El hombre le pidió que dibujara, pero el bolígrafo permaneció inmóvil entre los dedos inertes del niño. Por temor a que sufriera convulsiones, le administraron un calmante. Luego se decidió que no se podía hacer nada más por él. Cuando una mañana la enfermera anunció que iban a darle el alta y que el inspector pasaría a buscarlo, Victor se levantó sin que hubiera que decírselo, se lavó enseguida y hasta se echó un poco de colonia que alguien le había llevado. Luego, esperó sentado en la cama, de espaldas al niño pequeño que el día anterior habían instalado en la otra cama y que le preguntaba adónde iba y si sus padres lo recogerían.

–¿Qué coche tienen tus padres, eh? Los míos tienen un Mercedes. Bueno, es de mi padrastro. –El chaval, con el brazo conectado al gotero,

se agitaba en la cama como un gato que se está estrangulando. Hablaba con media lengua debido a una herida en el labio y a los dientes que le faltaban–. Yo tengo un traumatismo craneal, pero el médico me ha dicho que es poca cosa. En cuanto se me pase me voy a casa, tengo que cuidar a mis conejos. Estos cabrones no me van a retener aquí. Me comprendes, ¿no?

Victor se volvió hacia él y contempló al diminuto chaval en la gran cama y los cambiantes bultos que formaban bajo la ropa sus piernas en constante movimiento. Él también miraba a Victor, con la cabeza un poco inclinada debido al ojo casi cerrado, el globo ocular rojo y un hematoma azul grisáceo alrededor. Eso hacía que esa parte de su cara pareciera la de un viejo, dispuesta a invadir toda su desgreñada cabeza de titís. Como en ese momento entró Vilar, Victor se acercó al chico y le tendió la mano. Él se la estrechó sorprendido, con la boca entreabierta y torcida.

–No dejes que vuelvan a tratarte así –dijo Victor con voz sorda.

–Es que hago muchas tonterías –murmuró el niño–. Mi madre dice que tengo que portarme mejor, pero no puedo evitarlo.

Victor dio media vuelta de repente y lo dejó con la mano en el aire y el ojo sano girando vertiginosamente en su órbita para seguirlo. Cuando Vilar abrió la puerta para salir, la voz del chaval sonó débilmente a sus espaldas.

–Me llamo David. David Boulet. –Dijo algo más, pero ellos ya estaban en el pasillo y Victor iba demasiado deprisa, tres metros por delante de Vilar, para prestarle atención.

Fuera, en el aparcamiento atestado de vehículos, los esperaba el sol, y Victor entrecerró los ojos y bajó la cabeza para evitar los fuertes destellos que lanzaban los parabrisas. En cuanto el policía le abrió la puerta del coche, buscó refugio en su interior y se encogió en el asiento. Mientras Vilar maniobraba para salir, Victor señaló el globo azul del faro giratorio que descansaba sobre el salpicadero.

–¿Podemos ponerlo?

–¿Ya hablas? Eso es nuevo.

–¿Podemos ponerlo?

–¿Sabes adónde vamos? –Victor dirigió la vista al coche aparcado junto a ellos–. Te lo imaginas, ¿no? –continuó el policía–. Cuando alguien muere hay que hacer cosas, ¿verdad? Tu madre tenía un seguro de defunción. ¿Lo sabías? ¿Te lo había dicho? –El chico negó con la cabeza. Bajo el ceño fruncido, su rostro era inescrutable–. Ahí es adonde vamos, Victor. Tu madre quería que la incineraran.

Circularon sin decir palabra en medio del calor de la ciudad, inundada de sol, casi blanca. Cuando no usaba la mano a modo de visera para mirar al frente, Victor entornaba tanto los ojos que parecía tenerlos cerrados durante minutos.

Delante del crematorio solo había tres automóviles, contando un flamante coche fúnebre, y en el velatorio, aparte de dos empleados de la funeraria, únicamente encontraron a un hombre de pelo canoso cortado al ras, rechoncho, que se acercó a ellos y les tendió una mano gruesa de dedos cortos. Se llamaba Bernard y era el educador que a partir de ese día se ocuparía de Victor.

A continuación, el ataúd se deslizó hacia el horno y el chico se levantó para tocar la caja, que acababa de inmovilizarse: acarició la madera blanca mientras sus labios musitaban algo que nadie entendió. Luego el ataúd volvió a ponerse en movimiento y Victor dejó que se deslizara bajo su mano y desapareciera tras el cortinaje azul marino, del que no apartó los ojos durante toda la cremación, inmóvil, de pie, tambaleándose por momentos, e inquietando a Vilar, que estuvo a punto de correr a su lado para sostenerlo. Al cabo de una hora, un empleado se acercó al policía y el educador portando una urna roja, que no supo a quién entregar. Vilar señaló al niño con un gesto de la barbilla.

Tras un instante de duda, el hombre de la funeraria se acercó a Victor para tenderle las cenizas de su madre. El chico se puso la urna sobre las rodillas y luego paseó las manos por su redondeada superficie: estaba caliente. Apretó el recipiente contra él y empezó a llorar despacio, con sollozos que la gran sala, vacía y desnuda, amplificaba.

Al poco el educador se acercó a él y le dijo que debían irse, que quedarse allí no servía de nada. El chico le preguntó qué hora era, y cuando el hombre le respondió «cerca de mediodía», miró alrededor con cara de asombro, los ojos hinchados, y se levantó para seguirlo, sin dejar de estrechar la urna contra su pecho. En el aparcamiento, Vilar garabateó algo en una tarjeta de visita y se la dio al chico.

–Mi nombre y un número de teléfono para contactar conmigo, por si tienes algo que decirme. Si no estoy, dejas un mensaje. Tú llamas y yo vengo. No me olvidaré de ti, ¿de acuerdo? Dentro de unos días, verás a un juez que hablará contigo sobre lo que vas a hacer, sobre dónde y cómo vas a vivir. Todo el mundo se ocupará de ti.

Victor cogió la tarjeta y la miró con atención. Luego alzó los ojos hacia el policía, que se había puesto de pie. Dobló la cartulina con cuidado y se la guardó en un bolsillo.

Era un edificio alargado de dos plantas rodeado de parterres y arbustos, en medio de un pequeño parque lleno de viejos árboles. Bernard le pidió a Victor que cogiera del asiento trasero una bolsa de deporte roja en la que habían metido algunos artículos personales recogidos en casa del chico, luego se acuclilló en mitad del aparcamiento e introdujo la urna en la bolsa con precaución, haciéndole una especie de nido entre la ropa.

–No sé qué habrán metido aquí –dijo–. Dentro de unos días podremos volver a tu casa y traernos lo demás.

El chico le cogió la bolsa, abultada por un lado a causa de la urna, y se la colgó al hombro mientras el educador cerraba el coche con llave. El hombre lo precedió por un vestíbulo amueblado con tres sillones de lectura tapizados de rojo y entró en una especie de portería para buscar una llave.

–Vamos primero a tu habitación y después te lo enseño todo. Ya verás, aquí no se está mal.

Victor bajó la cabeza y luego se volvió hacia la puerta de entrada, que había chirriado a sus espaldas. Un hombre que llevaba un maletín

entró como surgido de un bloque de luz dorada. Victor lo siguió con la mirada hasta que desapareció al fondo de un pasillo oscuro. Bernard quiso ayudarlo con la bolsa, pero el chico se resistió, sujetando las asas con fuerza, con la mirada vacía clavada en el suelo. El educador se volvió con un suspiro y lo adelantó por el pasillo.

Avanzaba con paso decidido, balanceando ligeramente los anchos hombros, con los gruesos brazos un poco apartados del cuerpo, como si se dispusiera a placar en un campo de rugby. El chico lo seguía, mirando su enorme espalda y su cuello de toro. Se le veía pesado y ágil a la vez, rápido y fuerte. Victor pensó confusamente en un boxeador. El parquet chirriaba y crujía, y cada paso que daban parecía levantar un tufo a lejía.

Entraron en una pequeña habitación amueblada con una cama con armazón de madera blanca, una silla roja y una mesa. Las puertas entreabiertas de un armario empotrado dejaban ver unos estantes forrados de plástico azul. En el papel pintado color crema se veían zonas descoloridas, salpicadas de agujeros de chinchetas o alfileres. El educador dejó la bolsa sobre la cama.

–Listo. Estás en tu casa. Enseguida será la hora de comer.

Victor se sentó al lado de la bolsa. Un muelle del colchón se quejó. Puso la urna en la mesilla de noche y apoyó las manos en la colcha malva. Por la ventana abierta le llegaba el canto de los pájaros en ráfagas entusiastas que parecían brotar del follaje de los árboles que veía desde allí. Estiró el cuello y pudo distinguir algunos frutos que brillaban al sol en lo alto de un cerezo. Todo vibraba de luz y ruidos entremezclados: gritos y risas, el sonido del tráfico de la avenida o la vía de circunvalación, no lejos de allí. Bernard le preguntó si tenía hambre. El chico se levantó de inmediato y lo siguió. Antes de salir, fue a guardar la urna en el armario, que cerró con cuidado. El educador le dijo que, si llevaba la llave de la habitación siempre encima, sus cosas no correrían ningún peligro. Después de comer tendría tiempo para organizarse un poco. En el pasillo, le enseñó dónde estaban las duchas y los aseos.

Enseguida les llegó un rumor de voces dominado por el tintineo de

los cubiertos y salpicado de risas. El comedor era amplio y estaba provisto de mesas para cuatro. En las paredes, unos cuantos pósters mostraban una naturaleza feliz, bañada por el sol y habitada por animales tranquilos. Una pareja de leones cuyas brillantes pupilas miraban el objetivo atrajo la atención de Victor, que aflojó el paso para verla mejor.

–Os presento a Victor –dijo Bernard con voz sonora, interrumpiendo las conversaciones por un instante–. Acaba de llegar. Cuento con vosotros para que le ayudéis a instalarse.

Se oyó una risa. Victor vio a un chico delgado, con espesos mechones negros cayéndole sobre la cara, que reía por lo bajo sin levantar la nariz del plato. Eran unos veinte, la mayoría encorvados sobre la ensalada de tomate, restregando confusamente las suelas de los zapatos contra el suelo. Las chicas, ocho o nueve, se habían agrupado en dos mesas y hablaban en voz baja con una seriedad subrayada por sus gestos, amplios y rápidos, y la atención con que se escuchaban. Algunas ya habían acabado de comer, pero seguían allí solo para asistir a la conversación. Bernard instaló a Victor con dos niños que apenas llegaban al suelo con los pies y que lo vieron sentarse con indiferencia. En un rincón, dos hombres y una mujer contemplaban la escena. Tras desearle buen provecho, el educador se sentó con ellos de modo que Victor ya solo lo veía de perfil.

Una mujer alta y delgada se acercó enseguida y le sirvió sin decir palabra. Victor se lo agradeció asintiendo con la cabeza. Aunque no sabía si tenía hambre, comenzó a comer. No miraba nada ni a nadie. Sus ojos se posaban aquí y allá como pájaros lentos y cansados, sin reparar en nada. Rebañó el plato con pan meticulosamente, y luego se entretuvo golpeando con suavidad el tablero de la mesa con los dientes del tenedor, que rebotaban en el hule con un ruido sordo. Sus dos compañeros tuvieron dificultades para separar la carne del hueso de sus costillas, y también para quitar la grasa, con la que hicieron dos montoncitos idénticos en el borde de sus platos. De vez en cuando un guisante rodaba por el hule, y ellos se lo metían a la boca con una mueca de indignación. A menudo hacían los mismos gestos al mismo

tiempo, o casi, como si jugaran a un juego mudo, o instintivo, cuyo objetivo aparente era imitar al otro. No hablaban entre sí. Intercambiaban miradas cómplices o interrogativas, acompañadas de risitas silenciosas.

Victor, que había acabado antes que ellos, observaba cómo se embadurnaban el contorno de la boca de queso fresco. Tenían los mismos ojillos negros, con los párpados casi desprovistos de pestañas, lo que daba a sus miradas una expresión un poco taimada y estúpida. No cabía duda de que eran hermanos, rubio uno y el otro con un pelo negro al que la luz arrancaba reflejos azulados. Era difícil saber cuál de los dos era menor. Quizá fueran gemelos. Cada tanto, el moreno se pasaba la larga y puntiaguda lengua por la boca para limpiarse. No paraba de sorberse la nariz, lo que le hacía torcer la cara hacia un lado. De vez en cuando el rubio, con el pelo cortado casi al rape y el cráneo recorrido por una gran cicatriz, se quedaba inmóvil con la cuchara en alto, contemplando con cara de tristeza lo que ocurría alrededor; luego hurgaba en su postre y se metía un bocado en la boca hasta casi morderse los dedos, antes de tragárselo ruidosamente.

Poco a poco, los chicos se fueron levantando y, tras dejar sus platos en un carro, abandonaron el comedor en parejas o grupos de tres. Al cabo de un rato Victor se quedó solo en la mesa: los dos mocosos, a una señal perceptible únicamente para ellos, habían saltado al suelo desde sus sillas con perfecta coordinación y se habían alejado con paso cauteloso, cargados con su plato y su vaso, que llevaban delante de ellos como santas reliquias. Desaparecieron por la misma puerta que los demás, de la que llegaban gritos y risas, ruido de golpes sordos en los tabiques y del arrastrar de mesas y sillas. No tardó en oírse la voz de un presentador de televisión, entrecortada por retazos musicales, aplausos y anuncios. En su rincón, los educadores charlaban en voz baja y fumaban. A veces reían, pero ahogadamente, con fingida timidez. Victor se dio cuenta de que solo había otro chico aparte de él, uno alto, el mismo que se había echado a reír cuando había llegado él. Estaba encorvado sobre la mesa y parecía dormir con la cabeza sobre los brazos cruzados. O tal vez lloraba, porque había momentos en que todo

su cuerpo se estremecía.

Victor se levantó y llevó su bandeja al carro. El tenedor se le cayó al suelo y el sonido hizo que los tres adultos volvieran la cabeza, lo miraran con curiosidad y no apartaran los ojos de él hasta que salió de la sala.

Cuatro chavales jugaban encarnizadamente al futbolín, mientras otros dos los animaban y repetían que pulverizarían a los ganadores en cuanto tuvieran ocasión. Todos los jugadores estaban inclinados sobre la mesa, acompañando sus furiosos golpes de muñeca con obscenidades proferidas de manera espontánea, sin objeto ni sentido. Victor se acercó un poco y siguió la partida durante unos minutos. La bola salió disparada del campo y rebotó a sus pies. Victor la cazó al vuelo y se la lanzó con suavidad a uno de los jugadores, que no le dio las gracias, ni siquiera pareció fijarse en aquel personaje nuevo que permanecía en silencio no muy lejos de él. En la sala, otros chicos veían, imitándolos a veces, los anuncios de televisión, poblados de mujeres atractivas y recorridos por coches rápidos y silenciosos, joyas rutilantes en suntuosos decorados. Victor se alejó del futbolín y dio una vuelta lenta por la sala. Los dos hermanos también estaban absortos en la contemplación de la pantalla, pero desde bastante lejos, repantigados en sendos sillones, hurgándose concienzudamente la nariz, cuyos residuos lanzaban lejos después de convertirlos en bolitas. El moreno seguía pasándose la lengua por la boca, como si, igual que a las serpientes, le sirviera para tomar muestras del universo de olores que lo rodeaba. Los pies de los dos hermanos no paraban de moverse, restregarse contra el suelo, bambolearse o, apoyados en la punta, sacudirse convulsivamente, transmitiendo esa continua agitación al resto del cuerpo, salvo a los ojos, fijos y redondos, que permanecían clavados en el televisor, pese a la distancia.

Victor se alejó de ellos, fue hasta la ventana y se detuvo delante. En el césped, bajo las ramas de un grueso roble, vio unos gorriones peleándose por comida. Daban saltitos, se peleaban, alzaban el vuelo de repente a la sombra del follaje, y después se dejaban caer pesadamente sobre sus congéneres. A su alrededor la luz era cegadora y brutal, desde

los destellos metálicos del cielo hasta la hierba baja que amarilleaba aquí y allá, todo permanecía en aquel denso calor. El propio Victor tampoco se movía; plantado allí de pie, casi tieso, las gotas de sudor empezaron a resbalarle por las sienes, hasta el cuello. Pero no hizo nada para secárselas, aunque seguramente aquel tibio cosquilleo le molestaba, hasta que la vista se le nubló, sus párpados empezaron a agitarse como locos y por último se cerraron de golpe, al tiempo que se deslizaba al suelo y empezaba a vomitar con los ojos cerrados, encogido por las arcadas, jadeando y con el cuerpo doblado por los espasmos.

Seguramente lo despertó el mirlo colérico que acababa de rayar el rectángulo de la ventana abierta con un grito negro. A no ser que fuese el frío contacto del tímpano del estetoscopio. Un hombre con expresión preocupada escuchaba las profundidades de su cuerpo y, al ver que abría los ojos, le sonrió. Luego, infló el brazalete del tensiómetro y, concentrado aún en los ruidos que percibía, observó el indicador. Aseguró que todo estaba bien y volvió a sonreír. Dijo que todo se debía al shock. Se incorporó y su rostro se alejó bruscamente de Victor, que parpadeó, sorprendido. El médico le anunció que iba a ponerle una inyección para relajarlo y le preguntó si le parecía bien. El chico agitó los párpados; luego, vio sin pestañear cómo se hundía la aguja en la vena y el émbolo bajaba lentamente en la jeringa.

Cuando fueron a buscarlo para cenar, emergió del duermevela en el que había flotado toda la tarde, a veces debatiéndose bajo la sábana, que se le pegaba al cuerpo, empapado de sudor. Quiso saber qué hora era, pero vio su reloj en un estante y no se atrevió a preguntarle al educador, que lo animaba a acompañarlo para comer algo. Se negó a bajar, y por toda respuesta a los ruegos que le hacían, se volvió de espaldas, se ovilló en la cama, tiró hacia arriba de la sábana y se escondió debajo. Permaneció aún unos minutos en esa postura, en el silencio de su respiración, imperceptible bajo aquella especie de sudario azul claro, con los ojos abiertos a la débil luz que atravesaba la

tela, meneando los dedos y mirándoselos como si fueran pequeños seres dóciles y secretos, al tiempo que sus labios se movían formando palabras que articulaba con un silbidito de saliva, confusamente acompasado con los cantos de los pájaros que le llegaban del exterior en ráfagas caóticas. Por fin, se incorporó y se quedó sentado en la cama un instante, con los ojos hinchados por el sueño, y miró el tranquilo espacio de la habitación a su alrededor. Extendió la mano, atrajo hacia él la bolsa de deporte y empezar el inventario. Aparte de algunas prendas de ropa, el policía había guardado en ella el pequeño walkman que su madre usaba a veces para oír música y unas cuantas casetes de viejos cantantes. Buscó en vano su reproductor de mp3, luego volvió a coger el walkman, que estudió desde todos los ángulos. Pasó un dedo por los botones, abrió el cajetín y sacó la cinta, que examinó dándole varias vueltas, seguramente porque no llevaba ninguna etiqueta identificativa. Volvió a introducirla, se puso los auriculares y pulsó la tecla de reproducción. Pero no pasó nada. Sacudió el aparato, sacó y volvió a meter la casete, y cerró los ojos. Ni música ni movimiento de la cinta. Entonces abrió el walkman por detrás y vio que el compartimento de las pilas estaba vacío. Metió el dedo para asegurarse y luego lanzó el aparato sobre la cama, se levantó de un salto, dio unos pasos por la habitación con las manos en los bolsillos, la espalda encorvada y los hombros encogidos, y se detuvo ante la ventana, tras la que la bruma de calor teñía el cielo de un velo sospechoso en el que se mezclaban el verde y el gris, mientras zonas de sombra agazapadas al pie de los muros anunciaban la llegada de la noche. A lo lejos se oía el sordo estrépito de la autopista. El metálico hálito de la ciudad vibraba en el aire tibio.

Victor permaneció así un buen rato, en esa inmovilidad total de la que ahora era capaz, apenas alterada por la respiración profunda y tranquila, un movimiento de párpados que daba vida a su rostro y la curiosidad inquieta de sus ojos, que acechaban lo poco que había que ver, árboles, pájaros, algunos insectos, pepitas zumbadoras a la luz del sol.

Detrás de él, en el pasillo, un fuerte ruido lo sobresaltó. Le pareció

que llamaban a su puerta. Fue a abrir y echó un vistazo al corredor, oscuro y vacío. De una habitación bajo cuya puerta se veía una franja luminosa en la que ondulaban sombras, escaparon risas ahogadas. Se aventuró por el tibio entarimado, cuyos crujidos delataban cada uno de sus pasos. A su derecha se abría un espacio claro en el que se oía un sordo golpeteo de gotas de agua. Entró con precaución, como en una trampa alicatada de blanco y azul claro. Avanzó junto a la hilera de lavabos, inspeccionó las cabinas de las duchas y los retretes, y se encerró en uno de estos para orinar. Mientras volvía a abrocharse los pantalones, justo a su lado sonó un portazo, y un suspiro de alivio precedió a todo un barullo íntimo cuyas repugnantes emanaciones le llegaron casi de inmediato. Enseguida oyó la cisterna, y la puerta volvió a golpear el marco con tal fuerza que los delgados tabiques que separaban los habitáculos temblaron. Mientras se dirigía a la salida, el desconocido eructó, y acto seguido empezó a silbar una melodía irreconocible y muy aguda. Unos goznes chirriaron y un pestillo chascó. Victor esperó un poco a que volviera el silencio y salió a su vez. Regresó a su cuarto a toda prisa y sin hacer ruido, temiendo que se abriera otra puerta, siguiendo suavemente los jirones de música que lo abandonaban para perderse en la penumbra.

Volvió a tumbarse mirando el techo y la oscuridad cada vez más densa que ensombrecía el cuadrado de cielo pálido que veía por la ventana. Alrededor, todo se volvía malva y gris. Las zonas de sombra de las esquinas se teñían de azul. Se puso una mano en el pecho y notó los latidos de su corazón, y sintió en su cabeza el mismo golpeteo sordo, zumbando como un gran insecto monótono. No alcanzó a ver cómo caía del todo la oscuridad, porque poco después estaba acurrucado junto a su madre, desnuda y tibia, que le acariciaba el pelo y le hablaba en voz baja, mi pequeño, mi tesoro, murmurando palabras tiernas, apenas un balbuceo, y besándolo por toda la cara. Él se dejó envolver en ese abrazo oscuro y silencioso, y hundió el cuerpo y el rostro en la blandura del colchón, entre gemidos, moviéndose lentamente, asaltado, de pronto, por un sueño avasallador.

Luego cayó. Fue una caída breve y brutal, de la que despertó boca

arriba, con los brazos en cruz, las manos abiertas y las piernas enredadas en la colcha, asfixiado por el terror. Se secó la humedad de la piel sacudiendo la tela de la camiseta, agitó los pies para liberarse, miró la oscuridad con los ojos desorbitados. Cuando se fue calmando se levantó, caminó hasta la ventana y se acodó en ella. Silencio susurrante. Casi ningún ruido. Del parque ascendía un frescor perfumado. Un soplo uniforme, tranquilo y suave. La muda respiración de las flores a oscuras. En las hojas, una brisa ligera alisaba el silencio. Victor miró el cielo, intentó apreciar el unánime deslizamiento de las estrellas hacia el oeste. Aguardó un cometa, buscó la luna, pero solo advirtió el eterno temblor que parecía mantenerlo todo con vida. De pronto, se estremeció. Le habían dicho que el universo era frío y absolutamente negro, que lo recorrían luz fósil y piedras que nadie había lanzado. Volvió la espalda a aquel enigma, demasiado grande para él, y con movimientos torpes se desnudó y se acostó. Casi enseguida empezó a gemir en sueños.

4

Al interrogar al personal de la SALI, Vilar averiguó que Nadia tenía como compañera y al parecer amiga a una tal Sandra de Melo: la empresa de limpieza las habían contratado casi al mismo tiempo y se habían incorporado al mismo equipo. Los jefes y jefecillos con los que se había entrevistado hablaban de los empleados como de una especie de rebaño indiferenciado y estúpido, y le costó lo suyo obtener de ellos datos un poco más personales sobre la joven, que había trabajado para la empresa desde hacía cuatro años. El hecho de que la hubieran asesinado inhibía a algunos, mientras que otros, ya puestos, se empeñaban en actuar como valiosos ayudantes de la policía, y Vilar tenía la persistente sensación de que creían que interpretaban un papel en una especie de ficción. En cualquier caso, la dirección apenas podía disimular el desprecio que le inspiraban los «recursos humanos» de la empresa, premiada el año anterior por la cámara de comercio por su dinamismo.

La confidencia sobre la supuesta amistad que unía a las dos mujeres se la había hecho el jefe de equipo que las había formado tras su incorporación. No tenía más que elogios para ellas e insistía en que había sido un placer trabajar con dos chicas tan guapas. A Vilar le asquearon sus sonrisas de complicidad y los silencios cargados de sobreentendidos, la tácita connivencia entre hombres que aquel tarado creía haber establecido con él.

Sandra de Melo vivía en una barriada de la periferia encajonada entre la autopista y las vías del tren, en un edificio triste y feo que el arquitecto había considerado conveniente alegrar rematando las entradas con marquesinas metálicas pintadas de colores vivos. El joven apoyado en el quicio de la puerta apenas se apartó para dejarlo pasar. Otro tipo estaba recostado en el cristal, agrietado por los golpes y un tercero fumaba sentado en la escalera, al lado del ascensor. El aire apestaba a hachís. Cuando Vilar estuvo en mitad del portal, sintió que

las miradas convergían en él, pero no alzó los ojos hacia ninguno de los tres y prefirió concentrarse en las etiquetas, ilegibles en muchos casos, de los buzones, algunos de los cuales estaban cerrados con candado, si aún había una puerta para proteger el correo de los inquilinos del edificio.

–¿Busca a alguien? –dijo una voz a sus espaldas.

«S. de Melo. Apartamento 317», leyó Vilar. El buzón estaba lleno a rebosar de publicidad. Ternera francesa a precios increíbles, ordenadores en oferta. Un coche que se sorteaba.

–Vaya, el muy mamón ni siquiera responde, ¿qué te parece?

Vilar sintió que una descarga eléctrica le recorría los omoplatos, se propagaba hasta su nuca y le erizaba el vello. Se volvió hacia el que había hablado, que seguía de pie junto a la puerta.

–Gracias, ya lo he encontrado. No quería molestarle.

Se esforzó en sonreír. El chico llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal blanco. Tendría dieciséis o diecisiete años, como sus colegas. El que estaba sentado en la escalera apagó el canuto con la suela de la zapatilla, agachando la cabeza y mirando a Vilar por debajo de la visera de la gorra.

–Esto es peligroso, señor –dijo de pronto el chico apoyado en el cristal–. La escalera y demás. Hasta el ascensor, cuando funciona. Hay delincuentes que molestan a la gente.

Los otros dos aprobaron asintiendo con la cabeza. Vigilaban la reacción de Vilar con una expresión burlona.

–Qué miedo… –dijo él poniendo los ojos en blanco y paseándolos por las paredes, cubiertas de grafitis–. Sois pero que muy valientes quedándoos aquí, con todo ese peligro.

–¡Sí, hay mucha inseguridad! –confirmó el porreta–. Pero los cabrones de los maderos no vienen…

Vilar asintió.

–Nunca están donde se los necesita. ¿Por qué no los llamáis?

Los tres figuras soltaron una carcajada.

–¡Joder con el payaso!

–No sabemos el número –dijo el del chándal blanco.

–Entonces no hay nada que hacer –respondió Vilar.

Dio unos pasos hacia la escalera. Le faltaba el aire, como si estuviera ascendiendo un sendero de alta montaña. Trató de recobrar el aliento, pero una opresión dolorosa, ahora familiar, le comprimía el pecho.

–Oye, payaso, ¿no te estarás quedando con nosotros por casualidad?

Vilar se volvió hacia el tipo del chándal blanco, que estaba en el centro del portal con las piernas abiertas, agitando las manos frente a él y gesticulando desafiante. El porreta se había levantado bruscamente y esperaba en el primer peldaño. El tercer elemento seguía apoyado en el cristal con la cabeza echada hacia atrás y los ojos al acecho bajo los párpados entornados.

Los miró uno tras otro, los valoró a los tres rápidamente e hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre ellos, porque se moría de ganas, porque se habría empleado a fondo en hacerles daño. Una electricidad caótica le recorría los músculos, el corazón quería salírsele por la garganta. Sentía ya sus brazos contraerse bajo la dureza de los golpes que les propinaría. Suspiró.

–Demasiado caro para mí –dijo al fin.

Avanzó hacia la escalera. El porreta había encendido un cigarrillo y lo miraba de arriba abajo con la cara torcida y el pitillo en la comisura de los labios.

Vilar iba a poner un pie en el peldaño cuando el chico extendió el brazo para cerrarle el paso. Estaban muy cerca el uno del otro. Vilar percibía el olor a hachís de su ropa.

–Déjame tranquilo. Estoy cansado.

Lo había dicho en voz baja, con un nudo en la garganta, medio ahogado por el esfuerzo de contener la rabia que sentía crecer en su interior. El chico se apartó, y Vilar empezó a subir la escalera lentamente y expulsó al fin todo el aire acumulado que le henchía el pecho. Al llegar al primer piso, se detuvo y echó un vistazo al largo corredor grisáceo en el que se encontraba, con la sangre zumbándole en los oídos, enturbiando el silencio.

Le abrieron enseguida. Sandra de Melo era una mujer guapa, menuda, delgada, muy morena, de ojos grandes y expresivos. Cuando le

enseñó la placa, ella asintió y, sonriendo, le explicó que el señor Dumas, su jefe, ya le había anunciado que la visitaría. Lo guio por un pasillo con un suelo de linóleo que imitaba el parquet. El empapelado de las paredes, a rayas verticales parduzcas, recordaba las fundas de un colchón. A la entrada de la sala de estar, un aspirador desplegaba todos sus accesorios; la mujer lo apartó con el pie y le rogó que se sentara donde quisiera, mientras recogía unas revistas repartidas por la mesita baja. Vilar se acomodó en un sofá, cuyo escay crujió bajo su peso. Sandra se instaló frente a él y encendió un cigarrillo. Con los ojos entrecerrados, aspiró con fuerza la primera calada. Parecía nerviosa o cansada y se esforzaba en disimularlo con la vivacidad de sus gestos y una sonrisa juvenil que suavizaba sus facciones.

–Estaba haciendo un poco de limpieza, para variar… Ha llegado en el momento oportuno, porque iba a descansar un poco. ¿Quiere café? Acabo de hacerlo.

Vilar aceptó y ella se levantó con energía. La oyó trastear en la cocina mientras miraba los muebles disparejos a su alrededor y el enorme televisor, que emitía, con el sonido apagado, una serie estadounidense. Cuando la chica regresó sosteniendo una bandeja con dos tazas, una cafetera y un cuenco de cerámica con azucarillos, le pareció que alguien daba golpes regulares en un tabique. Eran golpes débiles, pero rítmicos, amortiguados. Alguien estaba aporreando la pared con el puño. Un vecino, seguramente. Se acordó de su infancia en un edificio similar y el permanente guirigay del vecindario, los gritos, los portazos, el sonido de los televisores, demasiado altos después de las diez de la noche.

Se tomaron el café casi en silencio. Vilar dijo que estaba muy bueno y añadió que conocía a gente incapaz de hacer un café potable, lo que para él era un hándicap grave. Sandra sonrió entre parpadeos. Los golpes contra el tabique, que se habían interrumpido unos instantes, se reanudaron.

–Perdone –dijo la chica–. Vuelvo enseguida.

De pronto su cara se había tensado, como si hubiera envejecido, y Vilar la oyó suspirar con esfuerzo al levantarse.

La joven hablaba en la habitación contigua. Con un niño, sin duda. Demasiado pequeño aún para ir a la escuela, o enfermo. Vilar se levantó, se acercó a la ventana y contempló la geométrica fealdad de los edificios de la barriada y la irremediable tristeza de las hileras de ventanas y estrechos balcones –provistos sin excepción de antena parabólica–, a pesar de los tonos pastel con que se habían pintado las fachadas y las marquesinas de colores vivos que supuestamente adornaban las entradas. Se había intentado renovar, alegrar un poco, pero ahora el deprimente decorado parecía una idea desastrosa que ya no tenía arreglo, y Vilar se acordó de la banda de las Manos Rojas, tres cretinos de diecinueve años que habían dejado tras de sí dos cadáveres en la sucursal de un banco en Aviñón. Los habían trincado en los aseos de una gasolinera, donde intentaban quitarse de las manos la tinta roja que había brotado al abrir una caja fuerte trampa. En cuanto les pusieron las esposas empezaron a llorar a moco tendido y berrear que las escopetas solo eran para dar miedo, que no buscaban aquello, aquellas dos muertes y, menos aún, claro está, su detención, que parecía haber hecho que la tierra se abriera bajo sus pies. ¿Llorarían los arquitectos y sus contratadores al pasar ante los bodrios que habían erigido? ¿Estaban limpias sus cuidadas manos?

Minutos después, Sandra volvió llevando de la mano a un niño de corta edad que se le asemejaba mucho, flaco, casi enclenque, con unas piernas largas y delgadas que parecían sostenerlo apenas. Sus ojos negros se movían en todas direcciones y parpadeaban sin cesar, deslumbrados tal vez por la gran claridad de la sala. Arrastraba tras él un muñeco que representaba a un payaso.

–Le presento a José.

Vilar lo saludó de palabra y con un gesto, pero el niño no le prestó la menor atención, absorto en la contemplación de la cara gesticulante del payaso, que ahora movía delante de él con los brazos extendidos.

–Mira, José –le dijo la madre–, este señor es policía, como los de las películas. Es inspector, ¿sabes? Detiene a los ladrones y los asesinos. José, ¿me oyes?

El pequeño alzó los ojos hacia ella fugazmente y luego se dejó caer al

suelo, como un muñeco de trapo con un monigote en la mano, como si sus músculos se hubieran aflojado de pronto. Aterrizó con suavidad en la moqueta y luego se tumbó con los ojos clavados en Vilar.

–¿Te quedas ahí? ¿No quieres venir conmigo? Y ese ¿quién es? –le preguntó el policía señalando al payaso.

–Es Toto. Nunca se separa de él. Es la primera cosa a la que presta atención. Un día en que lo tenía en brazos y yo estaba feliz porque no chillaba ni pataleaba, empezó a cubrirlo de besos. Fue como si me los diera a mí.

Envió un beso a José con la mano, fue a sentarse enfrente de Vilar y volvió a servirse café. Las manos le temblaban un poco.

–Discúlpeme. Esta mañana hemos perdido el taxi y tengo que quedarme con él todo el día, no han podido mandar otro. Y como no tengo a nadie que lo cuide… Perdone, le estoy haciendo perder el tiempo.

–No, de ninguna manera…

Sandra se volvía constantemente hacia el niño, lo saludaba, sonreía, y él seguía en su sitio, tumbado de lado con la mejilla apoyada en la cabeza del payaso, mirando fijamente al policía.

–Sobre todo, porque ha venido por la pobre Nadia…

–No se preocupe, soy yo el que ha elegido un mal momento. Esperaba ver a algunos conocidos en el funeral, pero no había nadie, y ahora tengo que ir a molestar a la gente en su casa para hacer algunas preguntas. ¿Conocía usted bien a Nadia?

–Habíamos simpatizado un poco, pero no se puede decir que la conociera bien. Tomábamos un café de vez en cuando, hablábamos de nuestros hijos, del trabajo… Quería ir al entierro, bueno… la incineraron, ¿no? Pero no tuve fuerzas. Esas cosas me cuestan.

–Le cuestan a todo el mundo.

Sandra suspiró. Parecía reflexionar, buscar algo que decir.

–No dejo de pensar en Victor, tan solo ahora, el pobre…

–Aún tiene un abuelo, ¿no? El padre de Nadia.

Sandra negó con la cabeza.

–Creo que Nadia no lo veía desde hacía años. Vive cerca de Aix-en-

Provence, me parece. Bueno, si todavía vive…

–¿Y eso?

–No, quiero decir… Puede que haya muerto, no lo sé, Nadia había cortado los lazos hacía mucho tiempo. Creo que prácticamente no había vuelto a verlo desde que se fugó siendo una adolescente. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Cómo murió? –dijo sin darle tiempo a asentir–. ¿Qué le hicieron?

–¿Saberlo es importante para usted?

Sandra enrojeció un poco, pero le sostuvo la mirada.

–Sí. Saber si sufrió es importante para mí. No éramos verdaderas amigas, pero hablábamos mucho, nos contábamos nuestras penas y a veces comíamos juntas, en su casa o aquí. Victor y José se entienden bien. Sí, me gustaría saber qué le hicieron, aunque eso no cambie nada.

Le brillaban los ojos. Volvió a servirse café rápidamente, con movimientos bruscos, casi temblando.

–La golpearon y luego la estrangularon.

Sandra de Melo inclinó la cabeza y se quedó inmóvil, con la taza en la mano y los ojos bajos. Vilar dejó que encajara el golpe, que se imaginara lo que Nadia había tenido que soportar durante esos últimos instantes. Cuando vio que volvía a llevarse la taza a los labios, le preguntó con suavidad:

–Hace un momento ha hablado de una fuga… ¿Puede contarme algo más al respecto?

Sandra dudó unos instantes. Se volvió hacia su hijo, que abrazado al muñeco gateaba lentamente bajo la mesa.

–Sí. Nadia me contó que se fue de casa a los dieciséis años. Fue a partir de entonces cuando su vida dio un vuelco. Parece que en el instituto era buena estudiante y todo eso, que las cosas le iban bien. Hablábamos de nuestros estudios a menudo. A mí tampoco se me daba mal la escuela, me gustaba. Incluso me saqué el bachillerato. En fin, el caso es que estaba muy unida a su madre, que era maestra, creo.

–Su madre se suicidó, ¿no?, ¿después de la partida de Nadia? Porque usted ha hablado de fuga, pero parece más bien una marcha definitiva. De hecho, ha dicho usted que «se fue de casa»…

–No lo sé. No me atreví a preguntarle. Todavía se le saltaban las lágrimas cuando hablaba de eso. Pero a su padre, no sé… era como si lo odiara.

Había algo. El padre era el único superviviente de aquella familia. Su hija huye, su mujer se suicida y él sigue ahí. ¿En qué estado? ¿Cómo se sobrevive a eso? Vilar dibujó en su libreta una decena de círculos superpuestos alrededor de la palabra «padre». En esa época, Nadia era menor. Por fuerza habían tenido que buscarla. Puede que quedara algún rastro de la investigación.

–¿No tiene idea de qué le reprochaba?

Sandra apretó los labios en señal de ignorancia. Echó un vistazo al pequeño. Ahora estaba debajo de la mesa, tumbado en posición fetal, dándole la espalda.

–Se va a dormir. Después me cuesta mucho sacarlo de ahí debajo. Se está haciendo mayor, ¡y pesa! Y si lo despierto, a veces coge un berrinche y ya no hay forma de calmarlo.

Vilar miró la espalda encorvada del niño, dormido bajo la mesa como un animalillo. A Pablo, cuando apenas andaba, le encantaba meterse debajo de los muebles para esconderse y tocarte los pies cuando pasabas, y en cuanto te agachabas echaba a correr riendo para refugiarse entre las patas de las sillas, como si fueran un bosque impenetrable, y fingía gritar de miedo si intentabas atraparlo, chillando «¡El lobo, el lobo!», y de pronto, presa de verdadero miedo, corría a acurrucarse en tus brazos, sofocado y jadeante. Se dio cuenta de que la joven esperaba, cafetera en mano.

–Ahora está tranquilo. ¿Quiere más café?

Vilar estuvo a punto de preguntar quién estaba tranquilo, pero hizo un esfuerzo para volver a la realidad y le tendió la taza farfullando una disculpa. Tragó con dificultad el líquido aún caliente, cuyo gusto, no obstante, lo reanimó.

–Me asusta verlo crecer –dijo Sandra–. Él…

–No diga eso jamás.

La frase sonó dura. La joven se quedó quieta con la taza en los labios y enseguida bajó la mirada.

–Yo… no quería… Ya sabe usted que estos niños se hacen grandes pero nunca adultos.

Vilar se levantó, dio un paso hacia la ventana y miró fuera sin ver. La luz del exterior le hería los ojos. Tuvo que recobrar el aliento para hablar de nuevo. Se volvió hacia la mujer.

–Perdone. Yo también tengo… tenía un hijo, y… –Volvió a sentarse y negó con la cabeza–. No la molestaré mucho más. Otro par de preguntas y la dejo ocuparse de su hijo. Veamos… –Consultó sus notas. Poco a poco, su mente consiguió separar el grano de la paja–. Ha dicho usted que la vida de Nadia dio un vuelco después de su fuga. ¿Pasó algo?

Sandra dudó. Por un momento pareció desconcertada. Luego suspiró.

–Más vale que se lo diga, si eso puede ayudar a… No le resultaba fácil hablar de ello, pero sus palabras lo dejaban traslucir. Unos tipos la violaron y después la obligaron a prostituirse.

Lo había dicho de un tirón, seguramente para librarse cuanto antes de esas palabras que tenía que pronunciar.

–¿En Marsella?

–No lo sé. En la región, supongo.

–¿Lo dejó?

Sandra se puso tensa, como si la pregunta le pareciera absurda.

–Sí, claro, por supuesto… Estaba criando a su hijo, trabajaba…

–A tiempo parcial, según me han dicho en la SALI. Solo por las noches.

–¡Y no todas! –dijo la joven sin pensar; luego hizo una mueca de despecho y se mordió el labio inferior.

Vilar se inclinó hacia ella.

–Explíqueme eso.

–La he traicionado. Hablo demasiado. Ella está muerta y yo solo digo estupideces.

Sandra se tapó la cara con las manos.

–Usted no traiciona a nadie. Tiene que comprender que solo intento atrapar a quien se ensañó con ella, la golpeó y luego la estranguló. Nada de lo que pueda decir para ayudarme perjudicará la memoria de

su amiga. De todas formas, ya sabemos que el sueldo de la SALI no le bastaba para cubrir sus gastos, incluso si no llevaba un tren de vida exagerado. El alquiler, el coche, entre otras cosas… de alguna manera tenía que pagarlos, y es evidente que solo podía hacerlo con otros ingresos. Así que, si no tenía más actividad laboral, y una vez descartadas la herencia y las ganancias en algún juego, falta saber de dónde sacaba el dinero. Lo que puedo decirle es que sus vecinos la veían salir hacia el trabajo prácticamente todas las noches, a la misma hora. ¿Adónde iba cuando no iba a limpiar oficinas para la SALI? En este momento todas las hipótesis están abiertas, y es usted la única que puede evitar todo tipo de suposiciones sobre Nadia, si en verdad no quiere traicionar su memoria.

Sandra lo miraba con intensidad mientras jugaba con un mechón de pelo, enroscándolo en el dedo.

–Tenía un amante.

Vilar se estremeció.

–¿Quién?

–No lo sé. Hablaba de un tal Thierry, eso es todo. Lo veía regularmente, pero estaba casado… Tenía dinero, según ella. Decía que la ayudaba, que quería sacarla de allí. Podía hacerlo, era empresario o algo así, gerente de una compañía, ese tipo de… Lo conoció una noche en que él se había quedado en su despacho hasta tarde y la invitó a una copa para disculparse, y una cosa llevó a la otra… Yo le decía que no me parecía bien, pero Nadia opinaba que había que espabilar, que el fin justificaba los medios. Era su gran frase. Decía que quería que a su hijo le fuera mejor en la vida.

Sandra cogió otro cigarrillo y lo encendió. Volvían a temblarle las manos, evitaba la mirada de Vilar.

–¿Llegó a ver usted a ese hombre?

–Una vez, de lejos. En un Mercedes. La esperaba a la salida del trabajo, a distancia. Era moreno, creo, y llevaba gafas de sol.

Vilar negó con la cabeza.

–Con eso no vamos a ninguna parte. ¿Qué tipo de Mercedes?

–No tengo ni idea. No entiendo nada de automóviles. Uno de esos

coches medio deportivos, de dos puertas, como los hacen ahora. Era negro. Sí. Negro.

Vilar pensaba. Tenía algo, una pista, un sospechoso quizá: el caballero despechado que se enfada, golpea y mata, rompe su juguete, y arruina de paso sus veleidades de buen samaritano… Pero vete a saber, puede que la amante sometiera al señorito a un odioso chantaje, y entonces, ¿cuánto pesan la paz familiar y la tranquilidad social frente a la fantasía acariciada de una aventura un poco sucia concluida con una muy hipotética redención? ¿Un crimen perfecto? Todos se creen capaces de cometerlo. Imaginan que, al no dejar ninguna huella tras de sí, desaparecen para siempre, casi como un niño travieso que se convence a sí mismo de que ya no lo ven porque ha ocultado la cara entre las manos. Al día siguiente, el tal Thierry, cliente de la SALI y de una de sus empleadas, se desharía en confesiones lloriqueando sobre su vida destrozada, sus pobres hijos y su mujer, que lo llamaría cabrón y lo maldeciría por los siglos de los siglos. Luego tendría todo el tiempo del mundo para montarse su película, para perfilar un guion en el que el malo no se deja coger, sencillamente porque es más listo que malo.

Vilar dejó que se desvaneciera ese guion ideal sabiendo que no valía nada. La atención de Sandra de Melo volvía a estar en el niño, que se había despertado. De espaldas a los adultos, movía un poco las piernas y se adivinaba que jugaba con su payaso, murmurándole cosas en voz baja. El policía se levantó, dio las gracias a Sandra por lo que le había contado y volvió a felicitarla por el café.

Ella lo acompañó a la puerta, y cuando el policía pasó junto al niño y se inclinó sobre él para despedirse, se quedó sorprendido al ver que la criatura se volvía y posaba en él sus grandes ojos vacíos.

En el portal, comprobó aliviado que los tres pintas habían abandonado el puesto. El olor a porro seguía flotando en el aire, como una marca invisible de su territorio. Mientras caminaba hacia el coche, los vio en la otra punta del edificio, mirándolo desafiantes. Uno de ellos blandió en su dirección el dedo corazón erguido y gritó algo inaudible, ante lo que Vilar se limitó a encogerse de hombros.

Al salir de la barriada llamó a Ana, que descolgó casi de inmediato.

Acababa de llegar del trabajo, estaba agotada, había sido un día duro y aún faltaba un mes para las vacaciones. Vilar notaba la tensión y el cansancio en su voz entrecortada.

–¿Puedo pasar a verte? Solo un momento. –Ella no respondió enseguida. A Vilar le pareció oír que suspiraba–. Bueno, si estás sola, claro.

–Estoy sola prácticamente siempre. ¿Dónde estás tú?

–En Pessac. No he parado en todo el día. Esta mañana ha habido una agresión con arma blanca cerca de la estación, a la hora del desayuno.

–Lo he oído en la radio a mediodía. Están pirados… Pásate, te espero aquí.

Ana colgó sin más y, como siempre, a Vilar le pareció insoportable ese silencio, que una vez más corría entre ellos su gruesa cortina.

Cuando abrió la puerta, sonriente, él le dio un rápido beso en la boca, posando los frescos dedos en su cuello. Hizo amago también de pasarle el brazo por la cadera, pero ella lo esquivó con un quiebro y sacudió la masa de pelo negro.

–Perdona lo de hace un momento. Estaba molida. Pero ya está. Me he dado una ducha.

Mientras avanzaba delante de él por el pasillo, intentaba recogerse el pelo en una especie de moño y cogió de encima de un zapatero una gran pinza roja, que se colocó en lo alto de la cabeza. Llevaba un pantalón pirata de algodón blanco y un top negro con tirantes finos. Caminaba torpemente, arrastrando unas viejas chinelas de cuero negro que se le salían de los pies. A él le encantaba verla de espaldas. Aquellos gestos de coquetería apresurada, aquella precipitación desmañada. Aquella gracia. Le habría encantado que se volviera para estrecharla en sus brazos, para decirle que era hermosa. Le venían a la boca palabras manidas y cursis. Ella lo precedió hasta el salón y se sentó en el borde de un sillón, pero se levantó enseguida para ofrecerle algo de beber. Vilar declinó. Ella se encogió de hombros y anunció que se alcoholizaría sola tomándose un bourbon.

Se esforzaba en mostrarse animada, pero Vilar sabía interpretar las sombras que cruzaban de vez en cuando sus ojos y acababan dejándole un haz de arruguillas bajo los párpados.

Ana volvió a sentarse y le dio un sorbo a la copa, haciendo una mueca.

–¿Por qué bebes eso? Nunca te han gustado esas cosas.

–He tenido un día espantoso –respondió ella–. A grandes males, grandes remedios. Ha habido que buscar alojamiento con urgencia a dos hermanos cuyos padres se han largado una semana a Metz dejándoles comida preparada en el congelador. Seis y ocho años, niño y niña. Estaban castigados sin salir porque al parecer este año no se han esforzado en la escuela. Los vecinos los oyeron aporrear la puerta y llamaron a la policía. Llevamos tres días con esto, y hoy, entrevista con los padres, gritos, lloros y, de propina, amenazas. Espera… Voy a por algo para tomar con el bourbon.

–¿Por qué Metz? ¿Qué hacían allí?

–No lo sé muy bien –dijo ella desde la cocina–. Creo que una tía suya estaba enferma, o moribunda. Parece que hace dos años ganaron una estancia en Martinica e hicieron la misma jugada. Doce años de edad mental entre los dos.

Volvió con un cuenco lleno de aceitunas. Vilar empezó a picar. Se dio cuenta de que tenía hambre. Le apeteció beber algo, pero no se atrevió a desdecirse de su previo rechazo.

–¿Tú cuándo te vas de vacaciones?

Vilar agitó la mano vagamente.

–He cogido tres semanas entre finales de agosto y principios de septiembre, pero no sé… A mí irme solo… ¿Y tú?

–Unos compañeros han alquilado un sitio en la Toscana y me han invitado a acompañarlos. Así sale más barato, porque los precios de las casas, allí… La segunda quincena de julio. Suzanne y Samuel, ya sabes. Y otra pareja que no conoces.

–Qué bien… –dijo Vilar.

Estuvo a punto de mencionar sus vacaciones cerca de San Gimignano, antes de casarse, antes de que naciera Pablo. Antes. Volvió

a ver la campiña italiana bañada por la luz de mayo y no recordó haber sentido nunca tanta armonía en otro lugar. Se le hizo un nudo en la garganta, una vez más. Tragó con dificultad el poco de saliva que le humedecía la boca.

Ana lo miró con una expresión preocupada.

–¿Estás bien, Pierre? Pareces, no sé…

–No. No es nada, me… me pasa a veces. Estas ganas de llorar por tonterías, ya sabes. No es nada, enseguida se me pasa. Seguramente es porque estoy contento de estar aquí contigo. Disculpa.

Ella dejó el vaso en la mesita. Vilar pensó que estaba a punto de levantarse para ir a sentarse a su lado. Deseaba abrazarla y que ella lo atrajera hacia sí, pero sabía que no lo haría, que era superior a sus fuerzas. Durante unos segundos no dijeron nada, se limitaron a mirarse con una ternura triste. Luego Vilar se dejó caer en el respaldo del sofá.

–Me ha llamado Morvan.

Ana negó con la cabeza.

–No, Pierre. Déjalo ya. Ya te he dicho que…

–Cuando me llama es porque hay algo –continuó Vilar como si no la hubiera oído–, algo que siempre merece la pena verificar.

–Pierre…

–Sigue buscando, no se rinde. Desde que dejó la gendarmería trabaja a tiempo completo. Sigue teniendo contactos en todas partes, contrasta montones de información. Y ya no ha de lidiar con la jefatura. En el año que lleva trabajando solo, ya ha conseguido resolver un caso.

Ana había dicho algo a media voz, y ahora se tapaba la cara con las manos. Alzó la cabeza y miró a Vilar a los ojos, con el torso inclinado hacia él.

–Pablo está muerto –dijo con suavidad–, igual que los niños que encontró Morvan.

–¿Ah, sí? ¿Has visto el cuerpo? ¡Tú qué sabes! –contestó él casi sin aliento. Se obligó a respirar hondo porque se sentía al borde del desmayo.

–Lo sé –insistió Ana–, lo siento con todas las fibras de mi ser, Pierre. Fui yo quien lo llevó en su vientre durante nueve meses, lo sé, algo

dentro de mí sabe que está muerto. –Seguía mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

–Gilipolleces –dijo Vilar–. Todo eso del instinto materno y la intuición son gilipolleces. Joder, Ana, no es posible conformarse con eso. Diré que está muerto cuando tenga pruebas, cuando… –Se interrumpió, paralizado por la macabra visión que acababa de formase en su mente: un cuerpecillo yaciendo en un agujero. Cerró los ojos; le faltaba el aire–. No puedo –consiguió decir–. Lo encontraré… aunque solo sea para llorarlo.

–Pero ¡si ya lo lloras!

–¡Precisamente por eso! ¡No, no lo consigo! ¡Me ahogo, me asfixio, pero no suelto una lágrima! Es como una desgracia que no tiene fin… Ya… ya no sé si estoy furioso o triste. Podría matar a alguien o morir, a veces es parecido. Es peor que el duelo, creo.

Ana se había encorvado y con los hombros encogidos y la cabeza vuelta hacia el fondo del salón, se mordía los labios con el rostro surcado de lágrimas.

–No vivo más que para buscarlo, ¿entiendes? Al menos quiero saber cómo… qué le pasó, qué le hicieron.

Ana se estremecía.

–Déjalo… Por favor…

Vilar se arrepintió de haber dicho eso. Los dos vivían la misma pesadilla, día y noche, gastaban toda su energía en combatirla, cada uno a su manera y cada uno por su lado. Se levantó y se quedó con los brazos caídos, jadeando, delante de Ana, que lo miraba con los ojos brillantes.

–Voy a irme. Te ruego que me perdones. Cada vez que nos vemos nos hacemos daño.

Intentó sonreír y le tendió una mano, que ella rozó con la yema de los dedos.

En el coche, pese a que ya había oscurecido, el calor persistía, sofocante y pegajoso. Abrió todas las ventanillas, rodó a buena velocidad por las estrechas calles sin conseguir sentir el menor frescor en la piel y se sumergió en el aparcamiento de su edificio, donde

reinaba una penumbra bochornosa. Llamó a Morvan y le dejó un mensaje en el contestador, luego se infligió una ducha fría bajo la que resopló hasta que su cuerpo se relajó y se convirtió en una masa amorfa y pesada que le costó arrastrar, antes de adormilarse delante de la tele con un sándwich en la mano, soñando a ratos, incapaz de moverse siquiera para irse a la cama.

5

Llamaron a la puerta. Dijeron su nombre. Se preguntó dónde estaba. El rombo de luz que se había tendido a su lado en la cama se onduló cuando el chico movió las piernas. Oyó a Bernard, el educador, preguntando si podía entrar, y un peso aplastante lo hundió en el colchón mientras la voz se le apagaba en la garganta antes de que pudiera articular una sola palabra. Como no respondía, el hombre hizo girar su llave en la cerradura. Victor se incorporó en la cama con rapidez y parpadeó a la luz, intensa y ya caliente.

–Deberías haber cerrado los postigos. –Bernard se acercó a la ventana, echó un vistazo fuera y se volvió hacia él–. Es la hora del desayuno. ¿Tienes hambre? Te hemos dejado dormir un poco más. ¿Has visto? Hace buen día…

En el pasillo, y después en la escalera, Bernard le dio unas palmaditas en el hombro para asegurarle que todo iría bien. Le preguntó por qué no le hablaba. Victor se encogió de hombros y entrecerró los ojos al entrar en el comedor lleno de luz, donde el calor ya se había acumulado, y se sentó ante un cuenco blanco envuelto en un leve resplandor. Bernard le sirvió chocolate, y él le dio las gracias con un hilo de voz, una voz débil enronquecida aún por el sueño. Desayunó con apetito mientras, en la misma mesa, el hombre le daba sorbos a su taza de café y, de vez en cuando, posaba en él una mirada preocupada que Victor rehuía para escrutar la tostada, el fondo del cuenco o la pared de enfrente, donde había una gran foto de un grupo de leones acosados por sus crías.

–Ya hace calor –dijo Bernard–. Y solo estamos a mediados de junio.

Victor volvió la cabeza hacia la ventana. El sol condensaba toda su fuerza en los estores medio bajados.

–Dentro de un rato tenemos cita con la jueza –dijo de pronto Bernard–. Una jueza de menores. –Victor alzó hacia él unos ojos asombrados–. No, no es lo que crees. Solo va a estudiar tu caso para

tomar una decisión, porque no puedes quedarte aquí indefinidamente, ¿no?, aunque este sitio no sea tan terrible. Como nadie puede ocuparse de ti, tendrá que confiarte a personas que serán como tu nueva familia. Hablará contigo de lo que te apetece hacer, de lo que te gustaría, ¿comprendes?, te hará preguntas y tendrás que esforzarte para responderle. ¿Estás de acuerdo?

En la foto, un cachorro de león mordisqueaba el lomo de su madre, que soportaba su ataque con las fauces abiertas y los ojos cerrados. El chico se acabó el cuenco y se puso a hacer montoncitos con las migas de pan.

–¿Me oyes, Victor?

–Sí –dijo él con voz sorda.

El hombre sonrió. Sonreía raras veces, así que, cuando lo hacía, casi parecía otro.

–¿Lo ves? Vamos progresando.

Victor bajó la cabeza y miró cómo se movían sus pies. Meneó los dedos un instante dentro de las zapatillas, mientras el educador se levantaba, recogía los cuencos y los cubiertos y le pedía que lo ayudara encargándose del cestillo del pan y el tarro de mermelada. Victor obedeció de inmediato y fueron a dejarlo todo al fondo de la sala, en una camarera.

Estuvo un buen rato debajo de la ducha, con la cara alzada hacia el chorro, fuerte y casi frío; luego se restregó todo el cuerpo, hasta que la piel se le puso roja en algunos puntos. Olisqueó su ropa antes de ponérsela y se peinó el negro pelo hacia atrás delante de un espejito pegado a una de las puertas del armario. Cuando volvió a bajar al vestíbulo, Bernard le dijo que estaba muy guapo: suponía que en el colegio debía de tener mucho éxito con las chicas. Victor se encogió de hombros y lo siguió por el patio, donde el sol lo obligó a cerrar los ojos casi del todo, hasta un coche rojo que arrancó de inmediato.

La ciudad se esfumaba a su paso. Observó el inexorable derrumbe de edificios y escaparates, y a los viandantes, impelidos fuera de su campo

de visión por la velocidad. Bernard volvió a hablarle de la jueza con palabras demasiado sencillas que lo complicaban todo y que no escuchó. En un determinado momento, mientras esperaban delante de un semáforo en rojo, le pidió que pusiera la radio. Al instante, la voz nasal de un cantante invadió el habitáculo. Cantaba sobre la cabaña de un pescador, y el educador silbó la melodía por lo bajo, hasta que la señal de la radio se perdió al entrar en un aparcamiento subterráneo frente a las columnas del palacio de Justicia. Bernard le anunció que casi habían llegado. Victor observó con curiosidad el enorme espacio, casi vacío, delimitado por pilares de hormigón y rampas con fluorescentes lívidos. De vez en cuando se oían chirridos de neumáticos o golpes de portezuelas que se cerraban y cuyo origen era imposible determinar, porque a su alrededor no había un alma y los pocos coches aparcados allí parecían abandonados desde hacía días.

Los hicieron esperar en un pasillo provisto de bancos e iluminado por altas ventanas sucias tras las cuales, de vez en cuando, pasaban palomas sobre el fondo azul del cielo. El educador procuraba tranquilizarlo y aseguraba que la jueza era muy amable, atenta y humana, Victor podría preguntarle cuanto quisiera. El chico se limitaba a asentir con los ojos clavados en el embaldosado blanco y negro, que formaba una especie de damero. No levantó la cabeza hasta el momento en que fueron a sentarse frente a ellos un adolescente y su escolta, un gendarme enorme y barrigudo, a punto de estallar dentro de una camisa azul pálido que se tensaba sobre su estómago. Estaban esposados el uno al otro y tenían las palmas de las manos apoyadas en el banco, sin que la corta cadena que los mantenía unidos pareciera molestarles. El joven preso, con la cabeza gacha, llevaba el pelo cortado casi al rape y exhibía una larga cicatriz en zigzag en lo alto del cráneo. Bajo la descolorida camiseta roja, los huesudos hombros se le marcaban a ambos lados del largo cuello y lo hacían parecer un buitre disfrazado. Cuando levantó la cabeza, unos ojos muy azules, casi transparentes y con pupilas tan grandes como la cabeza de un clavo, miraron a Victor con perplejidad; luego se volvió suspirando para preguntarle la hora al gendarme, que le respondió entre dientes.

Mientras esperaban, apenas pasó nadie por el pasillo: un abogado, dos policías, gente que andaba deprisa con los brazos cargados de carpetas… Victor los observaba a todos e intentaba comprender por qué parecían preocupados o cansados, luego los seguía con la vista hasta que desaparecían tras una puerta o en una escalera. Se hacía preguntas confusas respecto a ellos a las que no buscaba respuesta, o se entretenía intentando adivinar en qué parte de la ventana surgiría la próxima paloma. Cuando por fin los llamaron, trató de captar de nuevo la mirada del joven preso, pero este, que ahora tenía la cara casi sobre las rodillas, se rascaba lentamente el pelo cortado al cepillo sin mostrar el menos interés por lo que pasaba a su alrededor; parecía un penitente meditabundo a punto de encerrarse totalmente en sí mismo para buscar el nudo gordiano de su pecado.

La jueza, vestida con una chaqueta roja y una blusa negra, era joven. Tan pronto sonreía como se ponía seria, y no paraba de tomar notas en un cuaderno sin apartar los ojos de Victor, que se preguntó cómo conseguía escribir así, sin mirar el papel, porque él no podía hacerlo sin que su letra se desparramara por la página, rebasando las líneas o la cuadrícula. La jueza escribía incluso durante los silencios, que fueron muchos, y entonces solo se oía el rasgueo del bolígrafo sobre el papel, y las respiraciones o los crujidos de las articulaciones al menor movimiento de aquella mujer, que parecía tener un esqueleto de mimbre. Puede que tomara notas sobre ese silencio, mientras el prematuro calor de la mañana penetraba por la ventana entreabierta y empezaba a hacer brillar las caras. Victor solo contestaba a sus preguntas con síes o noes, sin más comentarios; después, se limitaba a mirar a su señoría directamente a los ojos con la boca abierta y la saliva reluciéndole en el labio inferior. Tras un silencio más largo quizá que los otros, la jueza le preguntó si le gustaba el colegio y mencionó sus buenas notas y las esperanzadoras valoraciones de sus profesores. Victor asintió con la cabeza y pensó de inmediato en sus compañeros, en Mourad, en Camille, tan rubia, que se sentaba delante de él y agitaba las trenzas en su cara; Camille, que una vez lo había besado en la boca y le había hecho cosquillas con la punta de la lengua. Recordó

la luminosidad de la sala de dibujo cuando, inclinado sobre una cartulina enorme, se esforzaba en hacer trazos con tinta china, y los recreos del invierno anterior, tan fríos, y sus discusiones sobre si nevaría o no. Pensó en esos días en que todo iba tan bien, y se dio cuenta de que no se acordaba de todos. Le habría gustado tener una memoria infalible a la que recurrir cuando quisiera para hacerla funcionar como un DVD, porque de pronto echaba de menos muchos recuerdos y tuvo la desagradable sensación de que su vida estaba llena de lagunas, de que solo había vivido lo que podía recordar, es decir, muy poco, como si el resto del tiempo hubiera estado dormido, inconsciente o muerto.

La jueza le estaba hablando de una familia de acogida, del campo y el aire puro, y Victor tuvo que aparcar sus escasos recuerdos para concentrarse en aquello, porque sentía vibrar aquellas palabras cerca de sus oídos como moscas que amenazaban con posarse encima de él, iguales a la que había visto volar por la habitación de su madre.

–Una familia con niños de tu edad para corretear por los bosques y los prados, con el océano no muy lejos, playa casi todos los días, con este calor, ya verás, Victor, la vida continúa y yo te ayudaré, todos te ayudaremos, tu referente, quiero decir tu educador, te seguirá, ¿comprendes? Siempre te ayudaremos, si tienes dificultades puedes telefonearme, y hablaremos de ellas, pero me sorprendería, por lo general todo va bien, son personas acostumbradas a niños como tú, que necesitan que les echen una mano para volver a empezar. ¿Sabes que es posible construirse una nueva familia, poco a poco? ¿Estás de acuerdo?

Volvió a hacerse el silencio, más denso y pegajoso que nunca, y el chico se sintió acribillado por sus miradas convergentes, así que se rascó el dorso de la mano con una uña y, con los hombros un poco encogidos, buscó desesperadamente algo que decir, como cuando en clase un profesor le preguntaba por sorpresa, y se llenó los pulmones para susurrar al fin:

–¿En el campo?

–¿No te gusta el campo? –le preguntó Bernard.

Victor se encogió de hombros. El campo, seguía repitiéndose cuando,

finalizada la entrevista, se levantaron y su señoría le dio unas palmaditas en lo alto de la cabeza y le estrechó la mano con solemnidad, vamos, Victor, tú eres un chico valiente, tan valiente que casi eres un hombre, y la valentía es una cualidad muy valiosa en la vida, ¿no crees?

–Ocho o diez días –añadió dirigiéndose al educador–. En estos momentos la cosa está tranquila, va rápido. Hablaré con el señor Castet, de servicios sociales.

–¿Has oído, Victor? No estarás mucho tiempo en el centro. ¿Has oído lo que ha dicho la señora jueza?

Victor murmuró que sí y salió al pasillo mientras los dos adultos intercambiaban a media voz algunas frases, que no intentó oír. Recorrió con la mirada los bancos esperando ver al preso y el gendarme grueso, pero el pasillo estaba vacío y reinaba una gran calma, que solo perturbaban los chirridos de puertas lejanas.

Después de comer pasó la tarde a bordo del Nautilus, viendo desfilar centenares de peces ante el ventanal del submarino en compañía de Aronnax. Escuchó la muda tristeza del capitán Nemo, cantada por las quejas del órgano. Se había echado en una tumbona bajo un gran roble e interrumpió la lectura varias veces para observar la agitación de los pájaros en la densa sombra de las ramas o para dormitar. De esa forma, el tiempo pasó bastante deprisa. Esperaba la llegada de la noche sin saber bien por qué, quizá debido al calor. Pensó en su madre. A veces convocaba su imagen temiendo no poder encontrarla, luego pasaba revista a los recuerdos que tenía de ella, tan numerosos y tan nítidos, y les daba mil vueltas en la cabeza, pero a veces las páginas de ese álbum, demasiado pesadas, se negaban a revelarse y se mezclaban, y las confusas imágenes se volvían indescifrables. Cuando podía aislar una de ellas, limpia, clara y luminosa, la dulzura de una mirada, el brillo del sol en su pelo, aquella extraña sonrisa triste que le dirigía a veces, se la repetía, la recorría en todos sus detalles y se esforzaba en guardarla en un rincón de su cerebro, como cuando recitaba un poema

que tenía miedo de olvidar.

Dejó pasar la velada al acecho de los otros, observando el desorden de sus gestos. Los dos hermanos no se separaban nunca, los gestos de uno desencadenaban los del otro, incluidas sus miradas, que sin acuerdo alguno se volvían en la misma dirección y convergían en el mismo punto con los mismos parpadeos, que tanto podían expresar indiferencia como temor. En un momento determinado se levantaron con un movimiento sincronizado y se dirigieron juntos a la escalera que llevaba a las habitaciones con pasitos rápidos. Los más mayores se habían juntado, de nuevo con alboroto, alrededor del futbolín, pero esta vez Victor se mantuvo alejado de los rebotes de la bola y se limitó a observar sus aspavientos, acompañados de golpes sordos y maldiciones que traducían violentamente el encarnizamiento de las partidas.

Bernard y otro educador se acercaron, se sentaron junto a él y le preguntaron cómo estaba, y el chico respondió: «Bien, estoy bien», pero cuando Bernard quiso saber qué pensaba de la entrevista con la jueza, Victor se limitó a encoger los hombros y lo miró con tanta intensidad, con los ojos brillantes mitad de tristeza, mitad de angustia, que el educador tuvo que apartar los suyos, le dio un suave puñetazo en el brazo sonriendo de manera forzada y acabó dejando caer su enorme mano en la mesa blandamente. El otro educador, que se llamaba Farid, le propuso una partida de ping-pong, «nosotros solos, tranquilamente», pero Victor declinó negando con la cabeza con los ojos bajos, así que los tres se quedaron en esa burbuja de silencio y ya no se movieron, los dos adultos con los ojos posados en el chaval encorvado, que tenía la cabeza entre las manos, inclinada hacia el suelo. Al cabo de un rato, el chico dijo a media voz que iba a acostarse, y los dos hombres le dieron las buenas noches. Victor se alejó con rapidez, impulsado por alguna urgencia misteriosa, pasando ante los dos hermanos, que ladearon la cabeza para no perderse nada de lo que ocurría en la televisión.

Sacó la urna del armario, se sentó en la cama con ella sobre las rodillas y pasó la mano por la superficie lisa, enrojecida por la luz tenue del atardecer. Permaneció así largos minutos, con la mirada

perdida en un punto oscuro de la habitación, y luego lloró en silencio, con la frente apoyada en la tapa del recipiente, agitado por breves sollozos, balbuceando y sorbiéndose la nariz, como un creyente rezando a su dios.

Los demás subieron a las habitaciones poco antes de las diez, y se oyeron portazos, ruidos sordos, golpes en las paredes, los zumbidos del agua en las cañerías. En el pasillo estallaron gritos, risas, insultos. Victor prestó atención a ese guirigay que lo había sacado de su postración, de pie en medio de la habitación, inmóvil y tenso, en alerta. Miraba despavorido la puerta cerrada, que vibraba con el estrépito, con el corazón oprimido por el miedo a que apareciera alguien para robarle lo poco que le quedaba en el corazón del desastre.

Pero sus escasas pertenencias y sus reliquias no interesaban a nadie y no tuvo que defenderlas. Pronto no se oyeron más que voces ahogadas, chirridos de puertas, vagos ecos de música dominados por el ritmo de los bajos; al cabo de una hora todo había quedado en silencio y la noche tomó el relevo con el murmullo de los árboles, el rumor de los coches y los cláxones de los camiones en la autopista. Durante mucho rato Victor escuchó en la oscuridad toda esa vida numerosa y tozuda de la ciudad concentrando la mirada en el estante donde estaba colocada la urna, distinguiendo a veces su brillo carmesí, o más bien su irradiación, porque ninguna luz era capaz de adherirse a la superficie metalizada.

No sabía qué hora era, pero era el momento. Se había adormilado, y se levantó de un salto y en tres pasos se plantó ante la ventana. Subido al alféizar, se agarró al borde con las dos manos, giró lentamente hasta quedar colgando en el aire y, por fin, se soltó para dejarse caer al suelo, del que lo separaban tres metros. Aterrizó en el césped, rodó por él y se quedó un instante a cuatro patas, sintiendo la suavidad de la hierba en las manos. Se volvió hacia el edificio y miró las ventanas a oscuras. Nada se movía. Corrió en la oscuridad hacia la verja, que daba a la avenida, y la escaló ágilmente. Echó a andar en dirección al norte.

Hacia su casa. Al pasar bajo las primeras farolas que encontró, metió la cabeza entre los hombros y tiró en vano de las solapas de la cazadora para subírselas. En las calles peor iluminadas que recorrió a continuación, entre casas dormidas en mitad de los jardines en las que a veces un perro se acercaba a ladrar a la verja enseñando los colmillos, ya no tomó esa precaución, pero atravesaba a toda prisa las avenidas anchas, que lo dejaban al descubierto, doblado por la cintura como si temiera los disparos de tiradores emboscados. Habría podido cruzarse con algún coche de policía, pero no encontró ninguno. Vio la hora en un panel luminoso: la una y media. La ciudad estaba desierta, el único ruido era un vapor sonoro, una respiración tranquila que delataba la vida ralentizada del monstruo.

Tardó casi dos horas en llegar. Al atravesar la zona de las dársenas, pasó miedo. El agua se agitaba en la oscuridad produciendo ruidos bucales que, por un instante, le hicieron temer la amenazadora presencia de criaturas viscosas. El sudor le resbalaba por la espalda en forma de gotas cosquilleantes, que aplastaba con los dedos a través de la camiseta. Cuando dejó atrás la base submarina y se adentró en la rue Blanqui, le entraron ganas de correr para tragarse los últimos centenares de metros y superar las últimas esquinas, pero las piernas se negaron en redondo a obedecerle, y avanzó por las aceras de su infancia a zancadas, lanzando alrededor miradas inquietas de fugitivo, con la sensación de caminar en sentido contrario por un pasillo rodante. También observaba el cielo, donde en cualquier momento, pensaba, podía producirse la traición azul del alba, que arrancaría de su sueño a los inofensivos durmientes.

Se detuvo en la esquina de su calle, jadeando súbitamente. Miró su casa, vio los postigos oscuros de la señora Huvenne, se la imaginó dando vueltas en la cama, con las piernas entumecidas por el reúma. Los recuerdos invadieron su mente como una multitud desordenada.

Por primera vez, pensó en su vida en pasado.

Escaló la verja, como hacía antes cada vez que se olvidaba las llaves, y saltó al jardín resollando, rozado por las perfumadas cabezas de los rosales, que eran hidras familiares inclinadas hacia él, y rodeó la casa

para detenerse bajo la albizia y aspirar el olor de la hierba alta. Trató de calmar los latidos de su corazón respirando hondo con la boca abierta; luego buscó a tientas debajo de una maceta con flores, encontró el manojo de llaves, abrió uno de los postigos de la puerta y arrancó los precintos que había puesto la policía. Se detuvo en el umbral, casi sin aliento. El olor seguía allí. Flotaba en la oscuridad como un fantasma fétido que lo empujó al exterior con el estómago revuelto y le hizo escupir mucosidades biliosas, doblado en dos.

Victor se armó de valor y volvió a entrar en la casa. Abrió de par en par las dos hojas de la puerta y agitó ante él una mano incapaz de disipar lo que subsistía allí dentro y seguía hurgándole en el estómago y estrujándole los pulmones con sus impalpables e inmundas manos. Encendió la luz y avanzó con paso más seguro por el pasillo que cruzaba toda la vivienda. Entró en la cocina, se acercó a un cajón situado junto al fregadero y lo registró metódicamente hasta encontrar un paquete de pilas cilíndricas, que se metió en un bolsillo de la cazadora. Echó una mirada a aquel decorado familiar, los armarios con las puertas combadas, la planta que se mustiaba junto a la ventana por falta de agua, el gran calendario que reproducía carteles de películas, detenido en *Los niños del paraíso*, al que se acercó para escrutar el rostro soñador de Arletty y, tras ella, las caras de Jean-Louis Barrault y Pierre Brasseur delante de una muchedumbre alborozada en el bulevar del Crimen. No sabía nada de aquellos actores ni de la película, pero le sorprendió leer el nombre de Jacques Prévert en los créditos. Pasó la hoja para ver lo que anunciaba el mes siguiente, julio, y era *La jungla de asfalto*. En primer plano se veía a Sterling Hayden, inquieto, tenso, medio envuelto en la oscuridad. Aquello tampoco le decía nada, y descolgó el calendario y lo dejó sobre la encimera al lado del escurridor, en el que hacía mucho tiempo que habían acabado de secarse dos platos y dos vasos, los últimos que habían utilizado. Levantó un vaso y lo examinó al trasluz de la bombilla que colgaba del techo, rematada por una pantalla de tela verde, para buscar en él una mancha de carmín, la postrera huella que su madre podía haber dejado la última vez que había bebido. Pero no se veía nada, el borde

redondeado tenía una transparencia perfecta, sin esperanza.

Recorrió su habitación, indeciso, rozando con la yema de los dedos los objetos que encontraba a su paso. Se sentó ante el ordenador e hizo ademán de encenderlo para leer sus mensajes, pero renunció y se limitó a mirar su confuso reflejo en la pantalla negra. Todo aquello ya no importaba. Las horas pasadas jugando en universos ficticios que se habían vuelto familiares, con sus códigos, sus criaturas y sus combates feroces e irrisorios, todo ese tiempo que a veces robaba para acudir, suspirando de felicidad, al lindero de un bosque maldito o a la cita fijada con un adversario para librar una encarnizada batalla mientras charlaba con otros jugadores, tronchándose de risa o irritándose ante la agilidad de tal o cual maestro de las tinieblas, todo eso le parecía ahora muy lejano, un pasado zanjado, un recuerdo arrugado, una hoja de papel que se tira a la papelera, una infancia muerta.

Se levantó lentamente y se acercó a la estantería donde estaban sus libros para contemplar una foto tomada el invierno anterior: su madre y él miraban el objetivo con cara seria, acurrucados uno junto al otro en el sofá. Se podía ver cuánto se parecían: los mismos ojos oscuros y enormes con densas pestañas, el mismo pelo negro, la boca dibujada igual. Hasta el punto de que podría habérselos tomado por hermano y hermana, algo sobre lo que ella bromeaba a menudo, hasta el día en que él le preguntó si podría ser a la vez su hijo y su hermano. Ella se quedó mirándolo y luego negó con la cabeza como si se deshiciera de una telaraña que le hubiera caído encima, y al fin respondió, con una sonrisa divertida, que por supuesto eso era imposible, ¡piénsalo un poco, borriquito mío! Solo nos faltaba eso. Luego le taponó el oído con un sonoro beso y él meneó la cabeza riendo para ahuyentar el silbido que le provocaba.

Sacó la foto del marco y la guardó en una mochila; luego, fue a buscar más pilas nuevas para el walkman en el fondo de un cajón y dos casetes que le había dado ella pero que nunca escuchaba, varios bolígrafos, un cuaderno nuevo y la navajita que le había regalado el año anterior, un Laguiole, cuyo filo examinó a la luz de la lámpara tras acariciar con el dedo la abeja de cobre grabada. Se sentó en la cama y

pasó unos minutos mirando las fotos de los jugadores de fútbol, músicos y cantantes colgados de la pared, por encima de la hilera de libros de texto, y el gigantesco póster de *El señor de los anillos*, que había visto en abril. Recorrió los pocos metros cuadrados en los que su vida se había estancado. Se dejó llevar por el caos de los recuerdos, que le acudían a la mente sin que él lo pretendiera. Volvían sensaciones e imágenes precisas que no podía retener y que sabía periclitadas para siempre. Le habría gustado llorar para expulsar el amargo dolor que le hacía un nudo la garganta. Le dieron ganas de dormir allí, en su cama, por última vez. De fingir que no había pasado nada. Despertarse en la prometedora penumbra de la mañana y quedarse acostado un poco más observando los esfuerzos de la luz por deslizarse a través de las persianas. Confiar, quizá, en que la puerta de la habitación se abriera: «¿No te levantas? ¿Has visto qué hora es?». La voz cantarina de su madre resonó en su interior, y Victor recordó la dulce pereza que lo hacía darse la vuelta y buscar la posición ideal, en la que podría volver a dormirse de inmediato, y se estremeció ante ese placer fantasmal.

Apartó la colcha y se tumbó en posición fetal, con la mejilla en la frescura de la almohada. Apagó la luz y permaneció en la oscuridad, escuchando el silencio, esperando el murmullo de una voz, el roce de una tela, un milagro, en fin, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, en la que tal vez se obraría el prodigio.

Sin duda soñó. No había pasado nada. Estaba en su cama como siempre, rodeado de los objetos familiares de su habitación, habitando aquel volumen del que conocía hasta el último centímetro cúbico. No sabía dónde empezaba ni acababa el sueño. Se sentía al borde de un paréntesis sin signo.

Se levantó con viveza y se quedó de pie en el impenetrable silencio. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–¿Mami?

Su voz sonaba extraña, ronca, ahogada. Puede que no produjera ninguna vibración en el aire. Alrededor, todo le pareció denso y pesado.

Sin embargo, un ruido le respondió. Un carraspeo. Casi una tos.

Enderezó el cuerpo y aguzó el oído. Volvió a llamar, casi con timidez, como quien hace una pregunta a alguien que quizá duerme. En el aire, hubo un gemido. Una leve queja, apenas perceptible. Victor ya no se atrevía a respirar.

Luego percibió el olor a tabaco.

Entreabrió la puerta de la habitación y se asomó al pasillo con cautela. La luz de la cocina estaba encendida. Alguien fumaba. No sabía si debía tener miedo. Avanzó en la penumbra hacia la claridad anaranjada, deslizando los dedos por la pared.

Estaba sentada con un codo apoyado en la mesa frente a la ventana, que miraba pensativa soltando el humo, con la cabeza un poco echada atrás. Llevaba un pantalón de lona beis y una ancha camiseta negra de manga corta. El paquete de cigarrillos estaba cerca del cenicero, junto al que había un pequeño mechero azul, de pie.

Victor la había visto fumar en silencio en esa posición decenas de veces. En momentos así, ella no lo oía llegar y no se volvía hacia él hasta que adivinaba su presencia en el umbral, disimulando con una sonrisa la melancolía que tiraba de sus facciones hacia abajo y formaba un pliegue amargo en su boca. Victor no dijo nada, aprovechó la ensoñación en que parecía absorta para mirarla y volver a encontrarla hermosa, como siempre, o quizá más que nunca.

Ella extendió la mano hacia el cenicero para echar la ceniza y sacudió su negra melena.

–¿Mami?

Ella no reaccionó. Se limitó a pasarse la mano por el pelo, a la altura del cuello, alzando su oscura cabellera tornasolada de reflejos azules.

–¿Mamá? ¿Eres tú?

Victor agitó la mano para atraer su atención y de pronto todo se apagó, la oscuridad lo envolvió y lo obligó a retroceder hasta la pared. Se apoyó en ella, pero se apartó enseguida gimiendo para erguirse y entrar en la cocina al tiempo que apretaba el interruptor.

Rodeó la mesa jadeando, con los ojos llenos de lágrimas. Se puso en el sitio exacto donde acababa de verla, apartó la silla de la mesa, palpó el asiento, buscó con los ojos el cenicero, que descubrió junto al

fregadero, colocado boca abajo para que se secara. Giró, dio una vuelta completa sobre sí mismo y luego se sentó y adoptó la misma postura, frente a la ventana, con un codo en la mesa, esperando que el cuerpo de su madre se materializara allí mismo, sobre él o en él, por obra de aquella magia del lugar y la posición. Aguardó con la respiración entrecortada, llorando y moqueando sin cesar.

–Ven, mamá, ven –murmuraba, pero estaba solo con su pena y sus súplicas desesperadas.

Al cabo de un instante se levantó y miró una vez más alrededor; luego puso la cabeza bajo el agua fría y bebió a grandes tragos del grifo del fregadero. Chorreando y arrastrando los pies, volvió a su habitación en busca de la mochila. Metió primero libros, *Soy leyenda*, *La isla misteriosa* y *Moby Dick*, y luego su reproductor de mp3. Comprobó que tenía todo lo que quería, miró por última vez el cuarto y cerró la puerta con cuidado.

Al echar un vistazo en las demás habitaciones, le sorprendió que los registros realizados por la policía no hubieran provocado más desorden. Desde luego, las puertas de los armarios y algún cajón que otro habían quedado abiertos y mostraban un desbarajuste mal contenido, pero aquello no se parecía en nada a lo que había visto en la televisión y el cine. En el amplio aparador de la sala de estar buscó en vano los álbumes de fotos que condensaban toda su vida, toda la vida de ambos desde hacía trece años; la poli debía de habérselos llevado. Victor se preguntó de qué podían servirles las fotos de un bebé en su cochecito, o de un niño dándose un chapuzón o jugando a la pelota. Se conformó con las tres o cuatro fotografías de su madre, sola o con él, que encontró sobre los muebles: cuando las hubo sacado con cuidado de los marcos, dejó estos exactamente donde los había encontrado, abiertos como ventanas vacías.

No entró en la habitación donde la habían asesinado. Se quedó en el umbral, paralizado por aquel bloque de oscuridad total y tan compacta que la luz del pasillo parecía incapaz de atenuarla. Allí el olor le pareció más denso, así que retrocedió, presa del pánico frente a aquel antro súbitamente maléfico, y siguió retrocediendo por el pasillo hasta

llegar a la puerta abierta al frescor de la noche, que sin embargo no sintió soplar en su nuca porque tenía la mente llena de imágenes del horror, mientras los crujidos habituales del armazón y los tabiques, de los revestimientos y los suelos de madera, parecían dar testimonio de una vida secreta y amenazadora de la casa. De nuevo salió al jardín, jadeando junto al pasillo iluminado, del que no surgía ningún espectro pero que ya habían empezado a invadir las mariposas nocturnas. Apagó la luz y empujó la puerta con todo su cuerpo hasta que oyó chascar la cerradura, como si luchara con las fuerzas maléficas que al otro lado de los batientes de madera querían salir y apoderarse de él. Luego se metió en un bolsillo las llaves, ya inútiles, y huyó calle adelante.

Victor pasó todo el día siguiente oyendo las casetes de su madre en el walkman, alimentado por las pilas que había llevado de casa. Salvo durante las comidas, permaneció en su habitación, o fue a sentarse en la hierba bajo el mismo roble y leyó un centenar de páginas de *La isla misteriosa*. Por la tarde, cuatro chicas se instalaron alrededor de un reproductor de CD, sentadas o tumbadas en toallas de baño, pasándose los auriculares para oír canciones que se sabían de memoria y canturreando las letras de amor mientras balanceaban lentamente la cabeza. Discutían sobre qué cantante debía continuar participando en un concurso televisivo que seguían con asiduidad. Victor las miraba de reojo y se hacía el indiferente en cuanto una de ellas se volvía en su dirección, pero las chicas no tardaron en mirarlo con insistencia tronchándose entre ellas y diciéndose cosas que les hacían reír a carcajadas, armar jaleo y caerse de espaldas, con lo cual Victor notó que se ponía rojo y sudó aún más, incapaz de concentrarse en la lectura.

Fingió interés por el partido de fútbol que jugaba no muy lejos una docena de chicos envueltos en una nube de polvo. Pedían el balón, se insultaban y se entusiasmaban cuando conseguían marcar. Eran los mismos gritos de las partidas de futbolín, los mismos insultos, pero enronquecidos por el cansancio y exacerbados por el calor. Se caían a

menudo, sobre todo los pequeños, lanzados al suelo por los más fornidos, y aquello parecía más bien una especie de batalla primitiva, una caótica justa en la que estaban permitidos casi todos los golpes y cuya única ley era la del más fuerte.

El griterío de los chicos, las canciones y las risas de las chicas –toda esa algarabía de la vida que no puede evitar seguir adelante– se fueron apagando poco a poco, y Victor, con la cabeza apoyada en la basta tela de la tumbona, permaneció largo rato con la mirada perdida en el follaje del roble, donde brillaban jirones de luz, y a veces quedaba cegado por un rayo de sol que le caía en los ojos como una astilla de cristal ardiente, y entonces guardaba bajo los párpados, protegidos por sus manos, la rojiza llaga de esa herida y dejaba que se cerrara lentamente y ennegreciera para no dar paso más que a una noche recorrida por una lluvia de fosfenos. Luego reanudaba su guardia, perturbado a menudo por un soplo de aire caliente. Al cabo de un rato acabó durmiéndose y dejando caer el libro al suelo, y murmuró entre sueños palabras incomprensibles formadas en el fondo de su garganta, que ascendían como bolas de sonidos sofocantes y luego le dejaban la boca abierta en un estupor inexplicable o un grito mudo.

Se despertó solo bajo una batalla de pájaros, envuelto en una claridad que ya había amarilleado e iba a extenderse a sus pies. Se levantó con dificultad del fondo de la tumbona y miró alrededor. Sobre el campo de fútbol desierto seguía flotando un poco de polvo. Imaginó que era el superviviente de una catástrofe de la que lo había salvado el sueño y dio unos pasos paladeando el sabor ficticio de esa poderosa soledad. Una avispa se acercó a revolotear ante su cara, y él agitó las manos y la vio caer al suelo, donde la aplastó con la punta de la alpargata. Recogió el libro y caminó hacia el edificio, en el que habían cerrado ventanas y postigos para intentar mantener algo parecido al fresco en el interior. Transpiraba, la camiseta se le pegaba al cuerpo, y la sacudió para secarse un poco el sudor, que ahora goteaba de los pliegues y los huecos en los que se había acumulado. Tal vez dentro se estuviera mejor. Tenía ganas de sombra y oscuridad. También, de darse una ducha, y se acordó de que en casa podía ducharse a cualquier hora

del día, con agua casi fría, para luego salir al jardín sin haberse molestado en secarse, solo para sentir la caricia del fresco en la piel durante unos minutos. Desechó esa idea para concentrarse en lo que ahora le estaba permitido, o era posible: aquellas cabinas de azulejos gélidos en las que siempre resonaban las voces, los resoplidos y los silbidos de otros.

Subió los peldaños de tres en tres para ir a encerrarse en la penumbra de su habitación, pero cuando introdujo la llave en la cerradura la puerta chirrió sobre sus goznes y su corazón dejó de latir mientras trataba de distinguir quién se movía entre las sombras.

Sentada en la cama, vio una silueta encorvada. Vio la urna abierta sobre las rodillas del intruso y la mano, que se apartó de ella rápidamente.

–Deja eso.

–¿Qué es? –preguntó el otro chico.

Se llamaba Nicolas. Era alto, delgado, solo con músculos duros en los brazos y las piernas. Y manos largas que repartían golpes al azar. La tarde anterior, Victor lo había visto hacer de las suyas junto al futbolín. Sus ojos brillaban débilmente en la oscuridad, rota tan solo por una línea vertical blanca entre los postigos cerrados. Eran muy azules y muy grandes, y estaban muy abiertos, debido a la sorpresa o el miedo. Mucho más alto y más fuerte que Victor, lo miraba sin embargo con expresión inquieta, en absoluto desafiante, quizá porque presentía algo que no acababa de comprender. Cerró la urna y la apretó contra su cuerpo mientras se frotaba una mano y después otra contra las bermudas para limpiarse lo que las cubría y se les había pegado debido al sudor.

–Déjalo –dijo Victor entre dientes.

El aire ya no le pasaba de la garganta. Dio dos pasos y empujó al otro chico en el momento en que dejaba a su lado, sobre la colcha, el recipiente rojo. El intruso cayó de espaldas al pie de la cama agitando brazos y piernas, y su cabeza chocó contra la pared de enfrente. Victor saltó sobre su estómago con los pies juntos y el otro ni siquiera pudo gritar, solo palparse confusamente el estómago y las costillas, mientras

respiraba ronca y entrecortadamente. Victor lo agarró del cuello, sus dedos apretaron la carótida como tenazas de hierro mientras sentía sobre las muñecas las manos del intruso, todavía llenas de las cenizas de su madre, y entonces echó todo el peso de su cuerpo a esos dedos, crispados sobre la garganta, endurecida por el miedo. En ese momento habría sido capaz de hacer reventar la piel y hurgar en el pulso mismo de la sangre, que seguía latiendo bajo sus uñas a un ritmo demencial; acercó la boca al rostro ya hinchado por la asfixia con unas ganas súbitas de arrancarle un trozo para volver a escupírselo a la cara, pero en el instante en que iba a morder, mientras sus labios rozaban la parte alta de la mejilla, justo debajo del ojo derecho, tiraron de él, e instintivamente Victor agarró con toda la mano un mechón de pelo negro, de modo que, mientras caía hacia atrás, vio llegar hacia él el rostro congestionado del otro chico, con los ojos desorbitados y fijos, llenos de un terror que bien habría podido hacerlos saltar como tapones de un odre fermentado. Victor se zafó de las manos que lo habían agarrado, y aún pudo propinarle un cabezazo al rostro congestionado. El otro soltó un gruñido y cayó hacia atrás. De su nariz, o de su boca, manaba sangre, y Victor le golpeó el cráneo contra la pared, haciendo temblar el tabique con el impacto y provocando gritos de pánico detrás de él. Sintió que un brazo le aferraba la garganta y le cortaba la respiración, y entonces soltó a su presa, mientras le gritaban que parara, que se calmara, ¿es que te has vuelto loco?, ¿qué te ha dado, joder?, ¡para ahora mismo!

Separaron a los dos chicos, uno estremeciéndose de dolor y de miedo y el otro paralizado por la rabia, petrificado y silencioso, como una estatua furiosa hecha de músculos y nervios.

Lo apartaron de un empujón y rodó hasta la puerta del armario, contra la que se quedó ovillado, con las manos sobre la cabeza y los dedos crispados en torno al mechón de pelo, que al final había arrancado. Oyó al otro chico jadear y toser y quejarse con sollozos de niño pequeño. Cerró los ojos y dio la espalda a la cacofonía de voces que farfullaban, sin orden ni concierto, frases preocupadas o tranquilizadoras, inútiles o ininteligibles entre las que ya no se oían los

gemidos del chico, al que ahora llamaban Thomas.

Alguien se inclinó por encima de su hombro para decirle que habría que hablar de todo aquello, porque era grave, y de pronto la agitación cesó en el cuarto y Victor pudo oír, en el denso silencio, su corazón que latía con odio y le sacudía todo el pecho. Se quedó así, tumbado en la moqueta, mucho rato, quizá una hora, sin hacer otro movimiento que el de extender la mano hacia la urna volcada para atraerla hacia él y apretársela contra el cuello. Dejó que los recuerdos acudieran a retazos: algunas imágenes, algunas sensaciones felices. En su interior resonaron voces, dominadas por la de su madre; su timbre era tan preciso en cada una de sus inflexiones que por un momento creyó oírlas en la misma habitación, y casi estaba seguro de que, si se volvía, vería a todos aquellos desconocidos que le manifestaban suavemente al oído esa dulce familiaridad a la que él sonreía a su pesar, así que no se volvió enseguida, para prolongar ese placer, casi como cuando se desenvuelve lentamente el papel de un regalo inesperado para saborear el momento único de su aparición.

Sin duda lo había soñado. Una vez había visto una película en la que unas voces que era imposible ubicar surgían o se desvanecían sin previo aviso, precediendo la aparición de fantasmas tristes que exigían al superviviente que llevara a cabo una venganza por los sufrimientos que les habían hecho soportar. Se preguntó si la muerte no lo estaría llamando desde el otro lado, y esa idea, que al principio lo asustó, acabó pareciéndole tranquilizadora, porque responder a esa llamada era muy fácil, solo que él no creía en ningún más allá, en ninguna salvación, y volviéndose hacia la habitación vacía, negó con la cabeza. Lo que quedaba de los vivos –estaba más convencido que nunca– se encontraba en la urna: la abrió para examinar el polvo gris profanado un momento antes y se echó a llorar, y sus lágrimas cayeron en el recipiente y dejaron gotas oscuras, como una llovizna sobre la tierra seca.

Por la noche, durante la cena, estuvo solo en la mesa. Tras dirigirse hacia él, los dos hermanos se lo pensaron mejor y se sentaron a cierta distancia mirándolo muy serios con el tenedor en el aire, antes de

ponerse a comer con los mismos gestos mecánicos. Las conversaciones le parecieron menos ruidosas. Las chicas estaban más calladas que de costumbre, y sorprendió sus miradas sobre él, que se apartaban en cuanto se las devolvía, pero no reían, se limitaban a hablar en voz baja sacudiendo el pelo.

Se levantó para ir a dejar el plato y los cubiertos en la camarera y entró en la sala de la televisión, cuyo sonido dominaba las voces de quienes ya estaban allí, niños pequeños que habían tomado el futbolín al asalto antes de que los mayores los echaran, como siempre hacían. El chico al que llamaban Nicolas no estaba. Victor se sentó en uno de los sillones rojos cerca del ventanal abierto de par en par, por el que entraba una brisa caliente, estiró las piernas y, con los talones apoyados en la moqueta raída, dejó vagar la mirada por las masas verde oscuro del parque, recortadas contra un cielo sin color, gris y verdoso a un tiempo, manchado por nubes altas que tal vez anunciaran la llegada de una tormenta. No pretendía ver nada, no pensaba en nada, o pensaba en tantas cosas imposibles que acababa siendo lo mismo, solo intentaba aislar en el magma sonoro que lo rodeaba el sordo fragor de los coches que pasaban por la avenida.

Al día siguiente el director lo recibió en su despacho, acompañado por Bernard y Farid, y los tres le preguntaron por lo que había ocurrido el día anterior. El director no paraba de pasarse una mano inquieta por el pelo gris, cortado muy corto, casi al cepillo, y manifestaba su irritación ante los silencios del chico o sus balbuceos incomprensibles, inspirando hondo y luego reteniendo el aire mientras fruncía los labios, con las aletas de la nariz dilatadas y los ojos redondos y fijos tras los gruesos cristales de las gafas, antes de recostarse pesadamente en el respaldo del sillón de escay.

Con la cabeza agachada, mirándolos a hurtadillas de vez en cuando, Victor repitió, con las mandíbulas apretadas, que el otro chico no tenía por qué tocar la urna. No nombraba el recipiente. Daba vueltas alrededor de él con sus palabras y con los silencios que puntuaban sus frases balbuceadas.

Los tres adultos le explicaron que no se podía actuar con tanta

violencia, que no se podían resolver las diferencias de esa manera. Desde luego, lo que había vivido, lo que le habían hecho a su madre, era atroz, terrible, pero eso no era una justificación. Él era inteligente, podía comprenderlo. No podía reproducir, en cierto modo, la violencia de la que había sido víctima su madre, de la que él mismo era una víctima indirecta, o la cosa no tendría fin, sería el cuento de nunca acabar. Hablaron de un círculo vicioso. Se pasaron el relevo pacientemente, y sus palabras, que pretendían calmarlo, pronunciadas con idéntica suavidad pese a la diferente tesitura de cada voz, solo conseguían envolverlo en una bruma ronroneante que acabó deshilachándose como una tela sobre una punta de acero, hasta que se pusieron a buscar las palabras que no conseguían renovar, o simplemente encontrar, y al final se callaron en medio del tozudo silencio que les oponía el chico.

Al llegar la noche, tumbado en la cama frente a la ventana abierta, oyó un poco de rap en su reproductor de mp3. Cuando se cansó de las machaconas proclamas del gueto, cogió el walkman de su madre e introdujo una de las cintas que los policías habían cogido al azar, en la que ella había grabado a algunos de aquellos viejos cantantes, un poco poetas, cuyos estribillos canturreaba cuando sonaban en la radio, siempre soñadora y triste.

Cuando esas melodías llegadas del pasado enmudecieron, advirtió que el silencio, sosegado y profundo, se había impuesto en todas partes, y la sensación fue tan agradable que deseó que no volviera a amanecer.

6

Vilar durmió de un tirón y despertó sudando y con el corazón desbocado de la pesadilla que acababa de tener, la misma de siempre: llamaban insistentemente a la puerta y él corría a abrir, pero las piernas no lo obedecían, mientras al final del pasillo veía la puerta oscura vibrando con los timbrazos, asfixiado por la angustia de lo que iba a pasar, sofocado por aquella carrera imposible, y cuando de pronto llegaba ante ella, la puerta se abría y un hombre deshecho en lágrimas sostenía el cadáver de Pablo, se lo tendía y desaparecía como si se hubiera volatizado en el aire. Vilar se oía gritar estrechando en sus brazos el pequeño cuerpo, pero en el último momento la cara no era la de su hijo, las facciones se difuminaban, se volvían borrosas, anónimas, aunque en su mente subsistía la certeza de que era él, su hijo, ¡mi hijo, Ana, ven, socorro!, pero Ana no iba, porque la pesadilla siempre se interrumpía en ese instante de absoluta soledad, de deriva intersideral, en ese vértigo, con ese grito, con el hierro candente de esa aterradora convicción hundido en su cráneo: Pablo está muerto, Pablo está muerto.

Se secó las lágrimas que le mojaban la cara con el dorso de la mano y miró el despertador. Esperó a que los latidos de su corazón se calmaran mientras, como siempre, trataba de recordar el rostro del hombre del sueño, que se desvanecía justo cuando él gritaba de desesperación, un rostro corriente y familiar, una máscara evidente e imposible. Pero la pálida pantalla del techo permanecía vacía, invadida poco a poco por la claridad de la mañana, intensa ya, que penetraba por los intersticios de las contraventanas.

Se levantó. Hizo lo que suele hacerse por las mañanas sin pensar, movido tan solo por la necesidad de ponerse en marcha un día más. Se preguntaba cuándo acabaría aquella sucesión de albas penosas, mientras trataba de averiguar de dónde salía esa imagen, quizá de un poema, estudiado en otros tiempos, en otra vida. Aquel tren asmático

de las mañanas, traqueteando y chirriando en una vía abandonada… A veces, posaba la mano en el aparato de alarma, en el pulsador que detendría la máquina, pero nunca se había decidido a apretarlo.

¿Valentía o cobardía? Había sopesado esas palabras, comprobado su inconsistencia, mantenido consigo mismo ese debate sin solución. Y había decidido actuar según sus ganas, o su falta definitiva de ganas. Por instinto.

Esa mañana, le gustó tomar el sol en el balcón, sentado en una silla de plástico con la taza de café en la mano. Oyó a los pájaros piar y agitarse en los árboles del parque. El calor aún era lo bastante suave para que apeteciera cerrar los ojos y dejarse envolver por él. Ese momento se bastaba a sí mismo, no evocaba ningún pasado ni despertaba ninguna nostalgia, mantenía, prolongándose, el futuro a distancia, como quien no quiere la cosa.

Sonó el teléfono. Vilar se sintió expulsado de ese paréntesis luminoso. Al entrar en el piso, más oscuro, ya no oyó más que un zumbido.

–Soy Marianne. Hemos localizado a los tipos de la estación. Rue des Douves, número 25. Nos encontraremos delante de la oficina de Correos de Capucins. En media hora. Aligera.

Sintió que aquello le corría por debajo de la piel. Aquella electricidad nerviosa, aquellas descargas que acababan en un hormigueo en la yema de los dedos. Se preguntó si no sería fosforescente en la oscuridad, si no lo recorrería una red de resplandores capilares, como a algunos peces. Permaneció inmóvil ante la mesita del teléfono para saborear la sensación, masajeándose las sienes con las yemas de los dedos, los ojos cerrados; luego acabó de prepararse en cinco minutos. Se notaba ágil, ligeros y seguro. Dio la espalda a la ventana y toda su luz inútil. La estación de policía de Capucins, muy cerca del mercado, parece una caja de cerillas gigante puesta de lado. Es un edificio estrecho pintado de marrón y bastante feo, con las ventanas protegidas con rejas, por supuesto.

Mientras aparcaba el coche junto a los vehículos que ya había allí, Vilar se imaginó a los tres polis de guardia sufriendo un asedio alguna noche, y se acordó de una película de John Carpenter que había visto

hacía años, *Asalto a la comisaría del distrito 13*, porque tanto la configuración del lugar como el decorado circundante se prestaban para un guion sórdido y violento. El primer individuo al que vio al bajar del coche sacaba del maletero de un Peugeot un fusil de repetición y comprobaba que estaba cargado. Llevaba un chaleco antibalas y se llamaba Garcia. Vilar renunció a recurrir a su memoria, marcadamente selectiva, para recordar su nombre de pila. Didier, o Denis. O Gérard, ¿por qué no? Tanto da, pensó estrechándole la mano.

–¿Es la guerra? ¿Han localizado a Bin Laden?

Garcia torció el gesto.

–¿Hay que reírse?

Desde la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York, Garcia parecía haber convertido la caza del terrorista en un asunto personal. Se sentía soldado de la guerra entre el bien y el mal, entre los valores de Occidente y el oscurantismo bárbaro. Una sombra trágica oscurecía su voz y su rostro en cuanto surgía el tema: Occidente se jugaba el pellejo, y él no permitía que nadie bromeara sobre ese terrible desafío. Se rumoreaba que había intentado que lo trasladaran a Información de la Defensa o a Vigilancia del Territorio para participar en el gran juego del escondite, y los guasones le preguntaban cuándo serían las pruebas escritas del examen de ingreso en la CIA. Vilar le puso una mano en el hombro.

–Relájate, compañero, y ahorra munición.

Vio a Marianne Daras hablando por el teléfono del coche y se dirigió hacia ella. La mujer colgó y le dedicó una media sonrisa.

–Me alegro de que hayas llegado. No te habré sacado de la cama, ¿no?

–No, me estaba tomando el café en el balcón. Y oyendo cantar a los pájaros. Cosas así. Hacía mucho sol.

Daras lo miró perpleja. ¿Hablaba en serio o bromeaba?

–Estoy bien, Marianne, ¿de acuerdo? Casi feliz.

Un pequeño radioteléfono de onda corta chisporroteó en el bolsillo de Daras. Se llevó el auricular al oído y asintió.

–Vamos allá.

Subieron a dos coches. Marianne, Vilar y un teniente del grupo Galand a un 306 asmático, los otros a un turismo familiar Renault nuevecito. No tardaron más que unos segundos en llegar al número 25 de la rue des Douves. Dos furgones de operaciones especiales se detuvieron al mismo tiempo que ellos, y varios hombres en uniforme de combate saltaron fuera. Unos tomaron posiciones pegados a la fachada del edificio y otros, agachados en el pasillo, esperando órdenes.

Al apearse, Vilar vio que habían puesto vallas a ambos lados de la calle. La acera era un hervidero de polis. También estaba Pradeau, surgido de la nada escopeta en mano.

–Uno está fichado por agresión con agravantes y tenencia de armas –dijo mostrando la suya–. Marianne insistió en que nos equipáramos. ¿No llevas nada?

Vilar se levantó los faldones de la chaqueta.

–No, nada. Solo esto. Así se sabrá quién soy.

Se sacó un brazalete del bolsillo y se lo colocó sobre la manga de la chaqueta.

Era en el primer piso. Se adentraron por el oscuro pasillo. Marianne iba en cabeza, como de costumbre. Dos hombres con casco la adelantaron, armados con un ariete, y todo el mundo se apartó de la puerta y de una eventual trayectoria de tiro. La hoja se derrumbó como un simple biombo chino y Garcia irrumpió en la vivienda apuntando a todos lados con su fusil, berreando «¡Policía!» y pegando patadas a las puertas y los muebles que encontraba a su paso. Los demás se dispersaron detrás de él por un piso en el que aún era de noche, tropezando con las cosas desparramadas por el suelo, sillas, ropa, vasos, botellas… Apestaba a hachís y sudor, humedad y pies. Alguien gritó «¡Luz!» y unas contraventanas se abrieron de golpe chocando contra la pared, y la claridad entró a raudales en una especie de salón convertido en vertedero en el que se amontonaban los restos de una fiesta que debía de haber terminado entrada la noche: cajas de pizza y envases de comida china, latas de cerveza y botellas de licor y vino parecían haber sido abandonadas en el sitio exacto en que las habían consumido, es decir, por todas partes. Los ceniceros estaban llenos de colillas de

cigarrillo y porros. Un policía, agachado entre aquel caos, comenzó a hacer inventario.

En las habitaciones encontraron a los tres sospechosos acostados, solos o no, y a otras dos personas. A la chica que los testigos situaban en el lugar de autos la identificaron de inmediato por el pelo corto teñido de naranja. Cuando quisieron hacer que se levantara, el coloso con el cráneo rapado al que la habían encontrado abrazada se lanzó sobre los dos policías que los encañonaban y, sobre las sábanas aún calientes y de dudosa limpieza, se inició un rifirrafe al que puso fin un culatazo propinado en plena cara al porfiado hombretón. La chica chilló que iba a poner una denuncia, y uno de los agentes la animó a hacerlo y se ofreció como testigo, aconsejándole que antes se vistiera rápido. A su guardaespaldas lo dejaron en la cama, desnudo, con las manos esposadas a la espalda y la nariz rota manando sangre, hasta más ver.

Los dos fulanos implicados en el asunto no opusieron la menor resistencia. La chica que estaba en la cama con Jonathan Caussade, el sospechoso de haber apuñalado a Kevin Labrousse, era una falsa rubia, como pudo comprobar todo el mundo cuando se levantó de un salto con las uñas fuera, llamó cabrón de mierda al policía que le ordenaba no moverse y siguió insultando a toda su familia con voz ronca hasta que Marianne le dijo que cerrara el pico y ordenó que, de momento, la dejaran en el pasillo, donde un enorme radiador de hierro fundido sería un guardián fiable. Por su parte, Caussade se dejó caer de nuevo sobre la almohada con las manos vueltas hacia el techo en señal de despecho.

El otro tipo se echó a llorar tumbado boca abajo con la cara hundida en la almohada, y entre sollozo y sollozo, con el cañón de un rifle apoyado en la nuca, explicó que él no había hecho nada, que había sido Jonathan, que él había intentado calmarlo y Carole podía confirmarlo. Dio su nombre sin que nadie se lo pidiera: Marc Chauvin, alias Marco.

–¿Te conocemos? –preguntó Pradeau.

–Bueno, los estupas un poco, pero ya he dejado esas gilipolleces.

–Ya nos explicarás todo eso con calma más tarde –dijo el policía–. Vístete como quien quiere la cosa, y arreando. Y no hagas estupideces.

El hombre miró el cañón del arma que le apuntaba y asintió con la cabeza sorbiéndose la nariz, luego recogió su ropa, desparramada alrededor de la cama.

Se vaciaron algunos muebles y se dio la vuelta a los colchones. La nubes de polvo que levantó ese desbarajuste hicieron ahogarse a todo el mundo y obligaron a abrir otras ventanas, y el sol hizo surgir partículas doradas en el aire viciado.

Vilar, que estaba trasteando en un viejo aparador lleno de productos alimenticios, se interrumpió de pronto y aguzó el oído.

–¡Silencio!

Con una bolsita de marihuana en la mano, Garcia lo miró sorprendido. En las habitaciones, los demás daban voces. Una docena de policías limpiando un piso tras sorprender a sus ocupantes en la cama hacen un ruido confuso, intermitente, entrecortado por silencios tensos y marcados.

–¡Callaos!

Todos obedecieron. Un niño lloraba. Vilar, muy pálido, se apartó del aparador que estaba registrando, atento al llanto del pequeño en medio del repentino silencio. Habían abierto todas las puertas. No podía ser allí.

–Viene del rellano, del piso de enfrente –dijo un cabo–. Se oyen golpes en una puerta, o un tabique.

Vilar salió al rellano, se acercó a la puerta y empuñó el pomo. Para su sorpresa, la hoja se abrió sin más.

Ahora los lloros se oían con más claridad, era allí, al fondo, detrás de una de las dos puertas que se adivinaban en la oscuridad. Empujó la primera, a su derecha, que daba a una cocina en la que reinaban un desorden y una suciedad que le llevó cierto tiempo considerar, porque nunca había visto nada igual. El hedor, que no había percibido en un primer momento, casi lo hizo retroceder. Azucarado, casi suave, al principio. Luego la pestilencia se le agarró a la garganta y le revolvió el estómago. Carne putrefacta, a lo que se añadía un tufo a podredumbre vegetal, de humus mezclado con estiércol. Bajo la ventana se habían amontonado una decena de bolsas de la basura llenas, y de una,

agujereada, brotaba un fluido marrón y espeso, como caramelo líquido. El fregadero estaba lleno de cacharros, pero también la cocina de gas y la mesa, que solo tenía una esquina más o menos despejada en la que había un cuenco, un paquete de biscotes y un azucarero. Antes de cerrar, vio un frigorífico, una lavadora, unas sillas abarrotadas de ropa, y la suciedad del linóleo, cuyo color de momento no intentó determinar. A sus espaldas oyó al cabo empujar la puerta a su vez, escandalizarse y proponer que abrieran la ventana para ventilar.

La segunda puerta, al fondo del pasillo, también se abrió sin dificultad. Daba a un salón en penumbra. Vilar encendió la luz y vio de inmediato tres o cuatro cajas de televisores apiladas precisamente en una esquina detrás de la tele, y otras que parecían contener ordenadores y reproductores de DVD. Sobre un mueble, en una foto con marco rojo, reconoció a la chica del pelo naranja con un bebé en los brazos. En el extremo opuesto del salón había otra puerta, pintada de negro y adornada con un póster de Marilyn Manson. Vilar rodeó el sofá de cuero raído y, al pasar junto a la mesita baja, sobre la que había dos latas de cerveza y una botella de ginebra casi vacía, se sorprendió del orden que reinaba allí en comparación con el resto del cuchitril en el que vivía aquella gente.

No pudo abrir. Buscó con la mirada una llave, pero no la vio. El llanto cesó en cuanto movió el picaporte.

–No tengas miedo, venimos a sacarte.

Le dieron ganas de mandar que derribaran la puerta, tenían el material necesario, pero no quería asustar a la criatura que estaba al otro lado. Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió dando un respingo. Marianne estaba oliendo el gollete de la botella de ginebra.

–¿Qué haces? ¿Dónde está el niño?

Vilar no respondió. Pasó junto a ella sin mirarla, volvió a cruzar el rellano y entró en el otro piso.

La chica del pelo naranja estaba sentada frente a Garcia, que hablaba con ella y tomaba notas.

–Se llama Carole Picard. Veinticuatro años.

Vilar la agarró del cuello de la camiseta y la levantó de la silla. La

chica soltó un grito y lo llamó pedazo de gilipollas. Vilar la arrastró hasta el pequeño pasillo de entrada tirando de ella como de un becerro asustado. Tenía las manos esposadas en la espalda. Pisó una botella vacía, que rodó bajo sus pies, y cayó al suelo de rodillas con un grito de sorpresa y dolor, pero Vilar, que no la había soltado ni se había vuelto a mirarla, ya estaba cruzando otra vez el rellano sin soltarla, mientras ella chillaba y se debatía. Cuando entró en el salón camino de la puerta negra, Marianne le cerró el paso y lo agarró de las solapas de la chaqueta.

–¡Joder, Pierre, cálmate!

Vilar la miró a los ojos, pero no la veía.

–Déjame acabar con esto. No me toques los cojones. Ahí detrás hay un crío completamente solo. Déjame, Marianne.

Ella lo soltó y se apartó para dejarlo pasar con la chica, encorvada, que había conseguido ponerse de pie.

–Abre –le ordenó Vilar delante de la puerta.

Ella agitó las manos esposadas en la espalda.

–¿Y cómo lo hago?

Vilar la soltó y le dijo que se diera prisa. Al instante, la vio levantar una pila de revistas viejas y sacar una llave plana de debajo.

Entró al mismo tiempo que ella en la habitación a oscuras, iluminada mínimamente por una lamparita de noche decorada con personajes de dibujos animados. Allí dentro flotaba un olor acre. Vio un orinal al lado de la cama.

Y encima de ella, sentada con los brazos alrededor de las rodillas, había una niña morena. Tendría unos cinco años. Quizá seis. Los mechones de pelo negro le caían sobre la cara y sus ojos brillaban en la penumbra. Miraba a los dos adultos con curiosidad, sin miedo aparente. Los mocos se le habían secado en el labio superior y las lágrimas humedecían sus ojos.

–No pasa nada –dijo Carole Picard–. Soy yo. Ya está, corazón mío.

La pequeña se levantó, corrió hacia su madre y dejó que la cogiera en brazos y le hiciera mimos, cerrando los ojos y con una vaga sonrisa en los labios. Vilar desvió la mirada para dejarlas intercambiar besos y

caricias. Luego la joven rompió el contacto y dejó a la niña en el suelo.

–¿Tienes hambre? Mamá va a prepararte el desayuno.

–¿Bromea? –saltó Vilar. La chica se volvió hacia él como si se hubiera olvidado de su presencia–. ¿Bromea? –repitió el policía. Sentía que le faltaba el aire y su voz se ahogaba en el fondo de la garganta–. Creo que no comprende bien la situación, señorita.

Había conseguido decirlo haciendo un esfuerzo que lo dejó sin aliento, casi temblando.

La chica se irguió en actitud desafiante.

–¿Es que va a impedir que le haga el desayuno a mi pequeña? ¿Es eso? ¿Con qué derecho? ¿Hay alguna ley que prohíba a una madre darle de comer a su hija? ¿Y usted, como puto poli, piensa aplicar esa puta ley?

No vio llegar la mano de Vilar, que la agarró del cuello y le estampó la cabeza en la pared.

–Escúchame bien, tarada: o te calmas enseguida o me voy a enfadar de verdad. Dejas a la niña sola, encerrada con su orinal, mientras tú te colocas y te abres de piernas en el piso de al lado, ¿y ahora pretendes hacerme una demostración de amor maternal? ¿Le vas a dar de desayunar en el vertedero de ahí al lado, sentada en una de las bolsas quizá? Y todo ese material hi-fi son sus próximos Reyes, ¿no? Deja de tomarme por gilipollas o te parto la cara. A tu criatura la echaste al mundo para librarte del bombo, y desde entonces la tratas como a un estorbo, ¿no es eso?, ¿eh, cabrona?

Le decía todo eso con una voz sorda, sofocada por la rabia, apretándole el cuello con la mano sin darse cuenta de que a la chica cada vez le costaba más respirar. La niña se lanzó sobre las piernas de su madre y se las rodeó con los bracitos, chillando de terror.

Vilar sintió unas manos que lo agarraban de los hombros y los brazos, tiraban de él hacia atrás y lo obligaban a soltarla, mientras oía voces, entre ellas la de Marianne, que le pedían que se calmara, que no maltratara a una testigo. Retrocedió unos pasos jadeando y se deshizo de las manos que aún lo sujetaban sacudiéndoselas con brutalidad. Marianne volvió a colocarle las esposas a Carole y la dejó en manos de

dos agentes, que se la llevaron del salón.

–¡Michel! Llama a la fiscalía y a la brigada de menores. Diles que vamos a llevarles una niña. Busca un coche.

Arrastró una silla hacia sí y se sentó muy cerca de la pequeña, que permanecía de pie, asustada y muda, completamente sola en mitad del salón y de aquel bosque de piernas de policías, ahora inmóviles y callados.

–Vamos a ocuparnos de ti. Tu mamá tiene que venir con nosotros para que le hagamos unas preguntas. ¿Cómo te llamas? –La niña miraba el fusil que un policía seguía empuñando cerca de ella–. Sal de aquí, por favor –le dijo Marianne al agente con suavidad, indicando el arma con un movimiento de la barbilla. El hombre se alejó sin rechistar. Marianne le apartó a la niña un mechón de pelo para verle mejor la cara–. ¿Cómo te llamas?

–Manon Picard.

–¿Y cuántos años tienes?

–Cinco.

Una agente uniformada se acercó y se quitó la gorra.

–Puedo encargarme yo, si quiere. Hay un coche libre. Allí le darán de desayunar. Ya he trabajado con ellos.

Marianne empezó a explicarle a la pequeña lo que iba a pasar. Vilar abandonó el salón, con la cabeza llena de un zumbido amortiguado. Cruzó el rellano y entró en el otro piso, donde sus compañeros juntaban el botín del registro: cincuenta gramos de hierba, una decena de piedras de crack, dos cuchillos de caza y un revólver Astra sin munición. Habían reunido en un sofá a los cinco detenidos, que no se movían, no hablaban, no miraban nada, como si lo que ocurría a su alrededor no fuera con ellos. Carole Picard fue la única que levantó la cabeza para dirigir a Vilar una mirada llena de odio, a la que él respondió con un encogimiento de hombros.

De repente se sentía inútil y vacío. Salió de la vivienda y empezó a bajar la escalera, deslumbrado por el rectángulo de sol enmarcado en la puerta de la calle.

–¡Pierre!

Era la voz de Marianne. Siguió bajando y cerró los ojos al acercarse a la luz que atravesaba el cristal. Eran casi las once. Buscó en sus bolsillos el paquete de tabaco, no lo encontró y lamentó haberlo dejado en el despacho. Vio a un gendarme encendiendo uno al lado de un coche, y ya se acercaba a él cuando la voz de Marianne lo detuvo.

–Toma –dijo tendiéndole un paquete.

Ella estaba fumando. Sorprendido, Vilar esbozó una sonrisa irónica.

–¿Has vuelto a caer?

–¡Sí, mierda! Anoche terminé comprando. Me he concedido una pausa cancerígena.

–Buena idea. Así te habitúas a la bestia que acecha. Y cuando ataca no te llevas una sorpresa.

–¿Qué más da? ¡A la mierda! –repitió Marianne.

Fumaron en silencio. Ella había vuelto la cara hacia el sol, como si nada.

–¿Ya está? ¿Te has tranquilizado?

–Claro que sí. Deberías haberme dejado asustar un poco más a esa capulla… Para que comprenda.

–Claro, porque tú lo has comprendido todo, ¿no es eso?

Vilar negó con la cabeza. Lanzó el cigarrillo lejos de un papirotazo.

–Y esa cría encerrada ¿qué comprende? ¿Qué le van a explicar?

–Su madre…

–¿Su madre? ¿Estás segura de que esa palabra le cuadra?

Marianne soltó el humo con fuerza y luego lo miró a los ojos.

–Su madre, decía, nos ha contado que uno de los fulanos iba detrás de la niña desde hacía tiempo, por eso la encerraba mientras…

–Mientras ella iba a que se la metieran a casa de los vecinos. ¡Menuda madre de mierda! Le daremos una medalla, ¿no?

Marianne miró alrededor con los labios apretados y soltó un suspiro. Unos musculillos palpitaban bajo la piel de sus mejillas.

–No seas gilipollas, yo no he dicho que sea una madre ejemplar. Pero madre, sí, y no creo que lo haya sido sola. ¿Te has planteado siquiera la cuestión de saber dónde está el progenitor, noble portador de la herramienta que hizo la mitad del trabajo? –Se había plantado delante

de Vilar y le hablaba en la cara. Él sostenía su mirada furiosa con una expresión desafiante–. Acaba de desembuchar. Está hundida porque teme que le quiten a la niña. El padre era su noviete en la facultad. Ella no era una estrecha, más bien un poco roquera, y él necesitaba espabilar. Cuando supo que estaba preñada se puso loco de contento. Se negó a que abortara, la amenazó con dejarla si lo hacía. Ella creyó que podían ser felices y decidió tener al bebé. Ese soplapollas fue a la maternidad una vez. Una. Y no ha vuelto a verlo. El tipo volvió con sus padres a Brive. Joven católico practicante, estudiante de políticas, muy modosito él. Un futuro alto funcionario, seguramente. Luego ella se peleó con sus padres y empezó a buscarse la vida con su hija. Ahí lo tienes. No estoy segura de que tus lecciones de moral viril estén a la altura de la situación.

Vilar negó con la cabeza.

–Había una niña. Asustada, completamente sola. No hay excusa para eso.

–Yo no excuso nada. Solo te digo lo que hay. No somos jueces, somos policías. Sobre todo en casos como este. Hemos cogido a tres animales que han apuñalado a un viandante, o han dejado que otro lo hiciera, o han protegido al asesino, según el caso, en fin, eso ya se verá. Ese es nuestro trabajo. Pero decidir hasta qué punto es culpable esa chica y de qué, yo no puedo hacerlo, y tú tampoco. –Vilar iba a replicar, pero Marianne le puso la mano en el brazo–. Intenta no perder los estribos cada vez que ves sufrir a un niño, o un día no podrás seguir haciendo este trabajo.

Un agente se acercó a preguntar a Marianne si se podía trasladar a los sospechosos a la central. Ella consultó su reloj, maldijo entre dientes y dijo que se les había hecho tarde y tenían un montón de papeleo que ventilar ese día, seguramente hasta tarde.

Tres minutos después, los coches de la policía que ocupaban la calle desde el amanecer habían desaparecido. En el escenario quedaron dos agentes de guardia y tres técnicos encargados de completar la recogida de pruebas.

El equipo de Marianne Duras se pasó la tarde estableciendo las

respectivas responsabilidades de los tres protagonistas: Jonathan Caussade confesó sin dificultad que había propinado varios navajazos a Kevin Labrousse y justificó su acto por la irritación que le había provocado la lentitud de la víctima en sacar el paquete de cigarrillos, añadida el cansancio de una noche sin dormir regada con alcohol. Cuando le preguntaron si había sido consciente de que su agresión podía resultar mortal, no comprendió, o se hizo el tonto, pero cuando Pradeau reformuló la pregunta suspiró con impaciencia y dijo que él qué sabía, no había pensado en eso, el otro había tardado a propósito en darle el cigarrillo.

La mayor parte del tiempo Caussade respondió con una especie de cansancio. Todas aquellas preguntas lo «mareaban», dijo en un momento dado. La palabra «fatalidad», que utilizó poco después para atenuar su culpa, estuvo a punto de acabar con la sangre fría de Pradeau, que realizaba el interrogatorio y se limitó a agarrarlo del cuello de la camisa y sacudir su silla de una patada.

–Quien lo ha matado eres tú, ¡no la fatalidad!

–¡Sí, vale, está bien, lo he comprendido! –respondió Caussade–. Pero enfadarse no lo va hacer volver. Yo no quería matarlo, ¡a mí ese tío me importaba una mierda! ¡Estaba pedo y punto! ¡De todas formas, ya no se puede hacer nada!

Los otros dos, Carole Picard y Marc Chauvin, insistieron en que no habían podido hacer nada porque todo había ocurrido muy deprisa, y cuando les preguntaron por qué no habían denunciado a Caussade, que después de todo había matado a un hombre que no le había hecho nada, invocaron su amistad, uno de los pocos valores en los que creían en este mundo podrido por el individualismo, y afirmaron que además ellos no eran unos soplones, tenían dignidad. Estaban preocupados por los problemas que aquel asunto les iba a acarrear, pero la muerte de un hombre parecía afectarlos poco, lejana, abstracta, sin ningún valor. Quizá virtual. No manifestaron arrepentimiento ninguno, no expresaron la menor compasión.

Se activó el papeleo, se mantuvo informado al fiscal y, hacia las once de la noche, los tres detenidos fueron llevados a los calabozos para

comparecer ante el juez a la mañana siguiente.

Los polis se dispersaron por el aparcamiento subterráneo sin entretenerse, cada cual al fin solo pero reventado. Los motores rugieron, los neumáticos soltaron chirridos apresurados y los coches rebotaron en lo alto de la rampa de salida uno detrás de otro, como cuando una banda huye tras dar un golpe.

Lo primero que hizo Vilar al llegar a casa fue encender el ordenador. Morvan le había enviado un e-mail una hora antes pidiéndole que fuera a verlo: tenía cosas que enseñarle, prefería no contárselo por teléfono. «No es una pista, Pierre, no vayas a pensar eso, pero es interesante, tenemos que hablar de ello», concluía el antiguo gendarme. Vilar permaneció largos instantes delante del mensaje de dos líneas que mostraba la pantalla, esperando, sin confesárselo, que de pronto apareciera más información, por arte de magia quizá. Tenía la sensación de ir en un tiovivo que se movía muy despacio, mientras rostros familiares giraban a su alrededor en un torbellino lento que lo mantenía clavado a la silla, incapaz de reaccionar.

No, no era una pista. Como mucho, Vilar se imaginaba un campo de zarzas infestado de serpientes, tal vez con unas cuantas pisadas muy antiguas, casi borradas.

A la mañana siguiente, hacia las siete y media, llamó a la puerta de Thierry Lataste, el hombre del Mercedes que tenía una aventura con Nadia Fournier en el momento de la muerte de esta. Barrio elegante, casa burguesa de dos plantas y una esposa atractiva llamada Mireille que no pudo disimular su consternación cuando le dijo, enseñándole la placa, que quería hablar con su marido. La señora Lataste ni siquiera preguntó qué ocurría; se hizo a un lado en el pasillo para dejarlo pasar. Lataste apareció casi de inmediato: salió de la cocina con una taza de café en la mano, vestido con un traje claro sobre un polo verde botella, a punto de irse a trabajar, como empezó a explicarle al policía.

–Lo siento, pero tendrá que avisar de que llegará tarde.

–Me gustaría saber…

El hombre había alzado un poco la voz tras dejar la taza con un golpecito seco en el tablero de cristal de una mesita alta y avanzar un paso, como para intimidar al intruso. Vilar lo examinó: cuarenta y pocos, buena presencia y probablemente acostumbrado, como director de una consultoría inmobiliaria, a que lo obedecieran y quizá temieran, aunque en ese momento no las tenía todas consigo tras su máscara de arrogancia. Lanzaba miradas furtivas a su mujer, que se había quedado petrificada junto a la barandilla de la escalera, mirando a Vilar como si el Ángel Exterminador estuviera de visita en su casa.

–Conocía usted a Nadia Fournier, creo…

Lo primero que hizo Lataste fue negar con la cabeza.

–Una empleada de la SALI, la empresa de limpieza, ya sabe…

Lataste echó un vistazo a su mujer, que ahora lo miraba intensamente, pendiente de él, animándolo a responder, pero temiendo su respuesta.

–Si, la recuerdo vagamente, sí. Una morena. Me la cruzaba por las noches, cuando me quedaba a trabajar hasta tarde. ¿Y?

–Tal vez prefiera que…

–No, no, podemos hablar aquí y ahora… De todas formas, no puedo decirle gran cosa, y no tengo nada que ocultar.

De pronto, Mireille Lataste pareció salir de su estupor y subió los primeros peldaños de la escalera. En el piso de arriba se oía parlotear a unos niños.

–Les dejo –dijo con voz débil–. Ya me contarás después. Prefiero dejarte reflexionar sobre tu versión de los hechos, quizá sea menos difícil para mí.

Vilar se decantó por hurgar en la llaga y no esperó a que la mujer llegara arriba.

–¿Sabe que Nadia ha muerto? –preguntó.

La señora Lataste se detuvo, aunque no se volvió.

–¿Por qué iba a saberlo?

–Salió en los periódicos y en los informativos regionales.

–La crónica de sucesos no me interesa mucho, y nunca leo los periódicos.

–Debes de haberte olvidado… –terció su mujer–. Esa noche estábamos los dos delante de la tele. Para una vez que volvías pronto… Incluso pusieron una foto. Una chica muy guapa, lo recuerdo. Hasta te lo comenté… –La señora Lataste bajó los cinco o seis peldaños desde cuya altura hablaba, avanzó hacia ellos y se plantó delante de su marido–. ¿Por qué mientes?

–Creo que no vamos a quedarnos aquí… –dijo Vilar–. Me está usted tomando el pelo.

Lataste ignoró la pregunta de su mujer y dio un paso hacia él.

–¿Qué dice? Hágame sus preguntas y listo, ¡no vamos a pasarnos todo el día con esto!

–Si continúa en ese tono y se empeña en mentirme, puede que también nos pasemos la noche. Usted verá. Pero, tal como hemos empezado, creo que prefiero oírlo en mi despacho, allí nos tomaremos el tiempo que haga falta para conseguir una declaración como es debido. Solo le diré una cosa: una mujer ha muerto asesinada, y aunque eso no parezca afectarle mucho, usted la conocía bastante bien, a juzgar por los testimonios que tenemos… Así que yo en su lugar procuraría no tomarme esto con desdén o a la ligera. En fin, usted decide: o nos vamos tranquilamente, y todo irá bien, o, si persiste en su actitud, pido refuerzos para llevarlo a comisaría y pongo en conocimiento de la fiscalía sus mentiras por omisión.

De pronto, Mireille Lataste huyó escaleras arriba, y un instante después una puerta se cerró y la charla de los niños cesó.

Vilar había sacado el móvil e iba a llamar a Pradeau, que supervisaba el traslado de los tres desgraciados del caso de la estación.

–No, está bien, lo acompaño –dijo Lataste, comprobando que llevaba la cartera. Antes de seguir a Vilar, se detuvo un momento y lanzó una mirada hacia lo alto de la escalera, donde ya no se oía nada. Luego agachó un poco la cabeza entre los hombros, como si fuera estuviera diluviando–. Vamos –murmuró, y cerró la puerta a sus espaldas.

Cuando Vilar le explicó por qué había decidido llevarse a Lataste a comisaría, Marianne Daras quiso participar en el interrogatorio. Intuía que una mujer impondría más a un individuo como aquel y que tal vez

así perderían menos tiempo. Lo dejaron sentado ante una mesa vacía para que se comiera el tarro durante un cuarto de hora, mientras ellos se tomaban un café y charlaban sobre lo bien que les vendría una semana de vacaciones, lejos de toda aquella mierda.

Tras verificar la identidad de Lataste, Marianne empezó por ponerle una foto de Nadia Fournier ante los ojos, y a continuación las instantáneas tomadas en la escena del crimen. Vilar se había sentado delante del ordenador para escribir la declaración.

–¿Hablamos de la misma persona?

Lataste desvió la mirada de los primeros planos del rostro de Nadia, irreconocible, hinchado por los golpes y el comienzo de la descomposición. Como no decía nada, Vilar insistió:

–¿Estamos de acuerdo? ¿Es ella?

–Sí, es ella –consiguió balbucear Lataste.

Marianne recogió las fotos y prosiguió.

–Pregunta de rigor, pero esencial: ¿cuándo la vio por última vez?

–No lo recuerdo. El viernes quizá. –El hombre hablaba con voz apagada, los ojos bajos y las manos juntas entre los muslos, como si pensara en otra cosa, tal vez en todo lo que se le venía encima.

–¿Cómo que quizá?

–¿Qué relación había entre ustedes? –preguntó Vilar.

–Yo…

–Entonces, ¿cuándo? –insistió Marianne–. Espero que sea consciente de la importancia de su respuesta…

–¿Se acostaba con ella? De ahí el enorme malestar entre su mujer y usted hace un rato, ¿me equivoco?

Lataste miró al uno y luego al otro con incredulidad. Se había encogido un poco bajo el machaque de sus preguntas.

–Sí. Nos…

–¿Cómo que sí? –preguntó Marianne.

–Sí –dijo más alto–. Nos acostábamos juntos. Y nos vimos el viernes, el de la otra semana, quiero decir.

Vilar consultó un calendario.

–O sea, el día 8. ¿Podemos saber en qué momento del día y dónde?

Thierry Lataste se hundió un poco más en la silla.

–Pasamos el día juntos. La llevé a Hossegor, donde yo debía visitar dos casas que tenemos en venta allí.

Marianne se le acercó por detrás y le habló al oído.

–¿Dónde estaba usted el lunes 11 de junio?

Lataste se volvió de golpe y la miró a los ojos. Con un movimiento de la barbilla, ella reclamó una respuesta.

–¿Por qué el 11?

–Conteste.

–Estaba en el despacho, por supuesto.

–¿No tuvo que salir ese día?

–Solo por Burdeos, lo pueden verificar con mis colaboradores o los clientes.

–Lo verificaremos, señor Lataste –dijo Marianne–. Puede estar tranquilo respecto a eso.

–¿Quiere decir que se presentarán en la consultoría para interrogar a todo el mundo sobre mis movimientos y molestarán a los clientes? ¡Van a hacer que la gente sospeche de mí! Es más, van a arruinar mi reputación… en mi profesión todo se basa en la confianza.

–¿Y usted es alguien en quien se puede confiar? –replicó Vilar–. La entrada en materia, hace un rato, ha sido más bien… ¿cómo la llamaría usted?, ¿una tomadura de pelo?

–Mi mujer estaba delante, ¡no podía confesar allí mismo que tenía una aventura con esa chica!

–Hablando de esa chica, como usted la llama, ¿cómo la conoció?

Para hacerle esa pregunta, Marianne Duras había vuelto a sentarse al otro lado de la mesa y esperaba la respuesta con la barbilla apoyada en el hueco de las manos, visiblemente dispuesta a oírlo todo.

Lataste respondió con voz monótona, sin mostrar la menor emoción; era imposible saber si no la sentía o se esforzaba en no dejarla traslucir. Había conocido a Nadia una noche, fuera del horario de trabajo de la consultoría; se habían acostado esa misma noche por iniciativa de ella, de modo que Lataste se preguntaba todavía hoy qué la había empujado hacia él de esa forma, aunque en aquel momento la tentación había

demasiado fuerte para resistirse y se había abandonado a una especie de vértigo que acabó en una escena de sexo como solo las creía posibles en las películas. La aventura duró unos cuatro meses, facilitada por los frecuentes desplazamientos de Lataste por toda la región y la utilización de los sitios a los que lo llevaba su trabajo: casas vacías, viejos y extraños caserones, pisos lujosos o destartalados, estudios apenas terminados en edificios en los que aún se atareaban, a veces al otro lado del tabique, los operarios que realizaban los acabados… La idea de aquella especie de nomadismo clandestino había sido de él, que lo encontraba excitante, y al parecer también Nadia había acabado cogiéndole gusto, aunque era difícil saber a ciencia cierta lo que pensaba o sentía, porque era una persona introvertida, en ocasiones sombría, que se ensimismaba en sus pensamientos y algunos días se dejaba manejar y follar, casi indiferente a lo que pasaba.

No, nunca le había cobrado, qué ocurrencia, aunque pensándolo bien quizá esperara algo más, porque nunca parecía del todo feliz, no obstante la mayoría de las veces sí estaba contenta con esas escapadas.

–En el fondo, la conocía muy poco… –observó Marianne.

Lataste la miró fijamente, pensando lo que iba a decir.

–Creo que conocerla o no me traía sin cuidado. Para mí, haber encontrado a aquella chica, que se me hubiera insinuado ella, ir… pues eso, a follar con ella a un sitio distinto cada vez, esa libertad, esa excitación, eran algo casi irreal, usted no puede comprenderlo… Ella era simplemente una compañera de juego, nada más. Si hubiera querido dejarlo, yo no habría insistido para que siguiéramos. Hablábamos muy poco de nuestras vidas. Yo solo sabía que tenía un hijo de trece años, y ella, que yo estaba casado, eso es todo.

–¿Cómo se sintió cuando supo que la habían asesinado?

Lataste se encogió de hombros lentamente. Incapaz de sostener la mirada de Marianne, posó los ojos en los papeles que llenaban la mesa.

–No lo sé. Raro, me sentí raro. Como si la película continuara, algo así. De todas formas no podía dejar traslucir nada delante de mi mujer. Para mí era un paréntesis que se abría y se cerraba una o dos veces por semana, nada más. Una especie de experiencia prohibida, vaya.

–¿Con la muerte al final, como en las películas? ¿Por eso no nos llamó? ¿La muerte de Nadia ponía fin a un destino mal trazado, en cierta forma? Se imaginaría que acabaríamos llegando hasta usted, digo yo…

Lataste agachó la cabeza y suspiró.

–En realidad, confiaba en que no.

Vilar siguió haciendo sonar el teclado unos segundos más; luego se instaló un silencio entre los tres que ninguno se esperaba, y durante un instante no supieron cómo romperlo. De pronto, la impresora traqueteó y empezó a zumbar. Fue Lataste quien tomó la palabra.

–¿Puedo preguntarles algo?

–No estamos obligados a contestarle, pero adelante –respondió Vilar.

–¿Por qué me han preguntado si ella me cobraba?

Vilar y Marianne intercambiaron una mirada, y estuvieron de acuerdo.

–Tenemos motivos para pensar que Nadia Fournier recurría, de forma más o menos regular, a la prostitución. Cuando una chica como ella consigue un cliente como usted, en general le hace apoquinar, de una forma u otra.

–¿Y cómo soy yo?

–Un tipo con pasta y lo bastante cretino para confundir su vida con una ficción. Para serle franca, después de haberlo tomado por un gallito, ahora me parece más bien un corderito.

–Pues vuelve a equivocarse… Ni gallo ni cordero. Sencillamente, el que va a pagar el pato ahora que mi mujer lo sabe.

–Eso ha estado bien –respondió Marianne–. Veo que no pierde el sentido del humor. Tiene muchos recursos. Estamos hablando prácticamente ante el cadáver de una mujer con la que se acostó por última vez no hace ni quince días, pero hay que ver lo rápido que se repone usted de sus emociones…

–A lo mejor se me daría bien ser policía, después de todo…

–¿Está seguro de haber elegido bien su bando? –le preguntó Vilar.

Los dos polis volvieron a consultarse con la mirada y Vilar le llevó la declaración a Lataste. Él la leyó por encima y firmó con un suspiro.

–Esta declaración se adjuntará al atestado –dijo Marianne Daras–. Espero que no haya olvidado nada, ni ocultado nada. En cualquier caso, lo llamaremos si necesitamos alguna aclaración. Huelga decir que deberá usted acudir sin falta. ¿Soy lo bastante clara?

–Sí, totalmente –respondió Lataste con voz sorda–. ¿Puedo irme?

En su tono ya no había el menor rastro de ironía o impaciencia.

Salió con movimientos lentos y pesados, y cerró tras él la puerta con suavidad.

–¿Qué? –dijo Marianne.

–¿Qué? Pues que hemos topado con un gran sentimental, ¿no te parece? Guiado por la punta de la polla, con el cerebro en los gayumbos.

–Como casi todos los tíos, ¿no?

Vilar sonrió.

–Sí tú lo dices… Además, sabe más de lo que cuenta, al menos sobre la personalidad de Nadia y su sistema para llegar a fin de mes. Es imposible que no haya visto o adivinado nada.

–Coincido contigo. Mantendremos la presión, pero no parece muy impresionable. Crees que va a ceder y un instante después se ha rehecho. Un tipo curioso. –El móvil sonó en un bolsillo de Marianne, que escuchó, resopló y dijo que ya iba–.Tengo cita con la jueza Dardenne dentro de cinco minutos. Se me había olvidado por completo. Es por el caso de los dos fiambres de la biblioteca municipal, hace dos años, ¿te acuerdas?, la pareja degollada que encontramos en Montalivet dos meses después. Lo llevaba Chaintrier. Creíamos que había sido una mujer, todos los testigos eran categóricos, pero resulta que fue un travesti, ¡el amante del marido! Vaya, que nos reiremos un poco, a Dardenne y a mí siempre nos costó tomarnos ese caso en serio…

Marianne salió dejando en el aire una estela de aroma a cítricos. Vilar se sentó y permaneció inmóvil en medio de ese velo, aspirando el aire hasta la disolución de las últimas moléculas olorosas. Luego pensó en Lataste, que sin duda había vivido la aventura de su vida y quizá no se recuperara nunca, porque se había quemado mucho más en ella de lo que estaba dispuesto a decir o reconocer, pequeño burgués encanallado

con el corazón seco, libertino de tres al cuarto, imbécil que ni siquiera era feliz.

7

Les habían hecho darse la mano. Ellos se habían mirado de reojo, y Nicolas había mascullado algo a modo de disculpa. Aún tenía la nariz hinchada y un pómulo amoratado, y se había rapado la cabeza para que no se le viera la calva que le había dejado el mechón arrancado. Salieron al pasillo uno detrás del otro. Nicolas iba delante. Victor le miraba los anchos hombros, que se balanceaban al ritmo de los brazos, recorridos por músculos largos y duros. Fuera, sentados a la sombra, lo esperaban sus dos colegas: Lucas y Fabrice, que siempre iban detrás de él riendo por lo bajo, intimidando a los pequeños o comentando las jugadas que habían hecho o pensaban hacer. Los dos compinches se levantaron al ver llegar al jefe de la tropa; luego los tres se quedaron mirando a Victor, que se alejó hacia los árboles sintiendo las tres miradas enemigas clavadas en la nuca.

Los días siguieron pasando en medio de un calor pegajoso, atenuado de vez en cuando por una tormenta, aunque a la mañana siguiente todo se secaba y el polvo volvía a seguir paso a paso a cualquiera que caminara por los senderos del parque, y los partidos de fútbol se jugaban otra vez en medio de una nube gris, como la que, en una sabana achicharrada por el sol, habría podido levantar el pánico de una manada de herbívoros ante un ataque de sus depredadores.

Nada cambió. Los demás miraban a Victor con miedo o respeto, según el caso. Los pequeños, sobre todo, se le acercaban a darle la mano y presentarse, a veces bailando sobre las delgadas piernas, aunque al mismo tiempo esforzándose en balancear los hombros como luchadores intimidados. Un día los dos hermanos, los falsos gemelos lacónicos, le pidieron permiso para comer a su mesa, en la que estaba solo. Se sentaron con idénticos movimientos, sin mirarse, y Victor los encontró tan extraños en su sincronización como siempre. Se llamaban Éric y Cédric, y sí, eran gemelos.

–Pero falsos –precisó Éric, el moreno–. Mi madre siempre decía que

éramos falsos y que por eso no nos parecíamos, que solo nos parecíamos a nuestro padre.

–¿Y dónde están vuestros padres?

Los dos chavales se miraron e inclinaron la cabeza hacia la ensalada de tomate. Victor se arrepintió de su pregunta.

–Mi padre está en Gradignan[1] –dijo Éric al cabo de unos instantes.

–¿Saldrá pronto?

–Acaba de entrar –respondió Cédric–. Y como es la segunda vez…

Victor no se atrevió a preguntarles por su madre. Ellos estaban allí, eran demasiado pequeños para aquellas sillas, y lo demás daba igual.

No pasó nada más. Por las noches, lo que más le gustaba era ver adensarse la oscuridad en el parque y esperar la aparición de las estrellas, pendiente del instante preciso en que empezaban a brillar o temblar, como la que localizó encima del tilo, no muy lejos de Venus. Era tan débil que el menor velo nuboso ocultaba su luz, así que esperaba verla apagarse en cualquier momento en el negro e inquietante silencio, así, sin más, con un soplo de brisa, sin que nadie más que él se enterara. Se preguntaba si la desaparición de las estrellas se registraba, como se hacía con su descubrimiento. Si había que telefonear a algún astrónomo y dar parte del hecho, o si era preferible mantener en secreto esa muerte insignificante y gigantesca. Un día acechó su aparición largo rato dejando girar sobre su cabeza la bóveda salpicada de destellos. Apenas distinguía el temblor de su luz entre las nubes altas que llegaban del oeste. En el instante en que por fin localizó su tenue titilación, llamaron a la puerta. Tres golpes flojos. La voz quejumbrosa de Cédric, uno de los hermanos.

–¡Abre!

Se lo suplicaba. La puerta vibraba bajo el peso de su cuerpo, apoyado en ella, ansioso por entrar.

–¿Qué quieres?

–¡Son los otros! ¡No te lo puedo decir desde aquí!

–¿Qué otros?

–Nicolas y sus amigos. Quieren matarme.

Victor lo oía sorberse la nariz mientras empujaba la hoja con todo el

cuerpo.

–¡Abre, me están buscando!

–¿Y tu hermano?

Hubo un silencio. Victor oyó tragar saliva al chico penosamente.

–No lo sé, joder. No sé dónde está.

–Habla con los educadores, yo no puedo hacer nada.

–A los educadores se la suda.

El chaval empezó a lloriquear. Soltaba una especie de chillido continuo y el picaporte no paraba de agitarse con sus esfuerzos por abrir.

Cuando Victor descorrió el pestillo, el chico dio un respingo y se quedó petrificado en mitad del pasillo. Luego desapareció, engullido por una confusión de sombras que Victor no comprendió.

–¡Calla o te despellejo!

Unas manos se agarraron a sus hombros y le aferraron el cuello. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas en la cama, mientras alguien le ponía una rodilla en el pecho y le impedía llenar de aire los pulmones. Se preguntó cuánto aguantaría sin respirar. Concentró su atención en lo que ocurría alrededor: oyó cerrarse la puerta de la habitación, vio a Nicolas inclinarse sobre él, hacer surgir la hoja de la navaja y apoyársela en la garganta. Eran tres. No hablaban. Respiraban deprisa, casi jadeando encima de él, como perros. El tercero rebuscaba en el armario, sin hacer ruido, sin decir nada.

–¡La tengo!

Victor oyó que cogía la urna y la dejaba en el suelo. Quiso moverse, pero el cuerpo no le respondió. Se dijo que iba a morir asfixiado bajo el peso de aquel bestia que lo miraba con una expresión despectiva de vencedor. Se le nubló la vista. Ya no sentía fuerzas para nada, ni ganas de hacer nada, ni siquiera de pensar. Se acordó de su madre, imaginó lo que habría sentido y pensado en el momento de su muerte. ¿También tenía una cara encima de la suya, mirándola?, ¿había muerto con el rostro de su asesino como última imagen? Invadido por el sopor, decidió cerrar los ojos, pero en ese momento el peso se retiró de su pecho y pudo respirar con un estertor, casi un grito, tosiendo y

escupiendo, pese a la punta de la navaja, que se le clavaba en el cuello.

Ya no veía nada, ocupado como estaba en recuperar el aliento, con los ojos llenos de lágrimas. Notó que se movían, se levantaban, volvían a sentarse a su lado, lo incorporaban y lo apoyaban en la pared, retorciéndole los brazos en la espalda. Cuando pudo abrir los ojos de nuevo, vio a Nicolas sacándose el miembro de la bragueta y agitándolo entre risas.

–¡La próxima vez me la chuparás, maricón! ¡Y mira para qué otra cosa sirve!

Se puso a mear sobre la urna.

–Joder, ¿lo haces? ¿Lo haces? –preguntó uno de los chicos.

Victor gimió y se lanzó hacia delante, pero la hoja de la navaja lo detuvo en seco cortándole ligeramente encima de la manzana de Adán, mientras la punta se le clavaba en la mandíbula, al mismo tiempo que le torcían el brazo detrás de la espalda con tal fuerza que creyó que le iban a dislocar el hombro derecho. Coceó, pataleó en el aire sin ningún apoyo, impotente. Luego, casi sin aliento debido al dolor, se derrumbó sobre un costado, con la cara en los pliegues de la colcha, y volvió a gemir al oír el ruido que hacía aquello al caer sobre las cenizas, aquel pis que empapaba todo lo que le quedaba en este mundo. Entonces se echó a llorar, sin ver ya nada a su alrededor, sin reaccionar siquiera a la patada que le pegaron en el estómago.

No los oyó salir.

Siguió llorando en medio del silencio con un nudo en la garganta, hinchada por un veneno amargo cuyo sabor a metal notaba en la boca. En un momento dado, cayó de la cama pesadamente y se quedó así, encogido en el suelo con la cara entre las manos, ovillado en el fondo de una densa y profunda tristeza. Lloró con gemidos de animal moribundo. Más tarde oyó que alguien se movía en la habitación, que le preguntaban qué había pasado, qué le habían hecho, mientras lo agarraban con suavidad de los hombros, lo tendían en la cama y le pasaban un paño húmedo por la frente. Victor, Victor, estamos aquí, tranquilízate, y él soltó un alarido que los hizo retroceder y los paralizó y clavó sus afilados dientes en sus corazones bien a salvo, un alarido

que quizá hiciera temblar a la estrella enferma que había estado observando tanto tiempo.

Volvieron a ponerlo de pie, y se quedó en medio de ellos, tambaleándose con los ojos cerrados como un boxeador grogui, antes de perder el conocimiento con una sacudida y desplomarse como una marioneta rota, ardiendo, presa de la fiebre, sin que los demás pudieran sujetar aquel cuerpo, al que habían abandonado todas sus fuerzas.

Al día siguiente por la tarde, mientras dormitaba en su cama, Bernard fue a decirle que habían encontrado una familia de acogida para él, buenas personas, muy amables, que estaban acostumbradas a tratar con jóvenes, que los comprendían. Vivían cerca de Pauillac, en el Médoc, no muy lejos del océano. Allí estaría bien.

Lo único que conocía Victor del Médoc eran los atascos del domingo por la tarde al volver de Montalivet o Soulac con la piel cubierta de sal, los hombros aún calientes del sol y ganas de una ducha, de un poco de frescor.

–Nicolas se ha marchado. Después de lo que hizo no podía seguir aquí.

Victor se dijo que lo encontraría y, a continuación, lo mataría. Lo había soñado esa noche. Un sueño brutal, del que había despertado sobresaltado, asustado de sí mismo. Miró la luz que emblanquecía el hueco entre los postigos. Distinguía el movimiento de las hojas de los álamos. Fuera, todo parecía cegador.

–¿Cuándo?

–Mañana. Nosotros te llevaremos. La semana que viene iremos a tu casa para recoger tus cosas. La policía nos ha dado permiso.

–¿Mañana?

Agitó los párpados. Tenía la sensación de caminar sobre el vacío, como esos personajes de dibujos animados que no caen de inmediato al precipicio.

Volvió a tumbarse en posición fetal, de espaldas a Bernard, y esperó a que se fuera expulsado por el silencio. Pensó en lo que le había dicho, en aquella gente que iba a acogerlo, a la que no conocía ni quería conocer. Gente que no cambiaría nada, que no influiría. Sabía que

ahora estaba solo, y la única imagen que le venía a la mente era la de un mundo vacío, poblado de sombras susurrantes que se deslizaban a su alrededor, y cuyas palabras, ahogadas por un vapor sonoro dulzón, casi nunca comprendía.

Esperó a que todo se calmara a la hora en que, poco a poco, el calor ponía fin a cualquier actividad. Acechó los rumores, los chirridos de puertas, las risas, hasta que fueron apagándose. Oyó algunas voces fuera, un poco de música…

Cogió la urna, que nadie se había atrevido a tocar, ajustó la tapa y abrió la puerta de la habitación. Se aseguró de que el pasillo estuviera desierto, aguzó el oído una vez más y salió.

Se encerró en una de las duchas y al instante el sudor empezó a resbalarle por el cuerpo, aunque allí dentro no hacía más calor que fuera. Se sentó en el borde del plato, inclinó ligeramente la urna e hizo caer un poco de su contenido. Era casi todo líquido, y le alegró ver que las cenizas se habían quedado en el fondo. Vació aquella inmundicia con el cuidado del sumiller que decanta un vino exquisito. El olor acre le revolvió el estómago, por muy poco no soltó el recipiente para llevarse las manos a la boca. Volvió la cabeza, respiró hondo y tragó con dificultad. Cuando no quedó nada de líquido o casi nada, abrió la ducha con cuidado, dejó caer un poco de agua en la urna y esperó a que la mezcla reposara.

Le costaba respirar, tragaba el aire a bocanadas, como si acabara de salvarse de ahogarse. Apretando los labios, empezó de nuevo a verter, pero esta vez casi no percibió el hedor y pudo respirar mejor. Repitió la operación otras tres veces, hasta que ya no olió nada, y se dejó caer contra el duro y fresco tabique alicatado murmurándoles cosas a las cenizas empapadas, que apretaba contra él, no te preocupes, estamos juntos, no te harán nada, no te preocupes, que les den.

8

El móvil sonó en algún lugar de la casa. Vilar se preguntó dónde estaría y el sonido lo guio enseguida hasta la entrada, donde la noche anterior lo había dejado en el fondo del bolsillo de su chaqueta, colgada en el perchero. Dada la hora y el día –sábado, a punto de dar las nueve–, supuso que sería Morvan, y el corazón le dio un vuelco peculiar, el que le daba cada vez que el exgendarme lo llamaba o encontraba un mensaje suyo en el correo electrónico.

Una voz de mujer. No supo si sentirse aliviado o decepcionado.

–¿Comandante Vilar?

Lo confirmó, y se disponía a preguntar por qué lo llamaban a casa por cuestiones de trabajo, pero no le dio tiempo.

–Teniente Domergue, policía judicial de Marsella. Solo tenía este número de contacto, por eso lo llamo. Pidió usted información sobre Nadia Fournier y sus padres, Souad y Michel Fournier, ¿verdad? En relación con un caso de homicidio…

–Sí, y…

–El lunes le mandaré los papeles por fax, pero como parecía urgente me he permitido llamarlo. –La voz era suave, un poco tomada, con algo categórico y resuelto en las entonaciones. Vilar la dejó continuar–. Bien… Básicamente, aquí conocemos a Nadia Fournier por asuntos de prostitución y consumo de estupefacientes. Empezó a los dieciséis años, cuando se fugó de casa, estuvo en paradero desconocido hasta que la encontraron casi un año después.

–¿Se fugó?

–Sí, se fugó. ¿Por qué? ¿Le sorprende?

–¿Se sabe por qué huyó?

–Sí, enseguida se lo explicó. La encontraron en poder de un chulo, un tunecino, un tipo violento que drogaba a las chicas para controlarlas mejor, un cabrón. Ya murió… de una bala en la cabeza, unos rusos al parecer, descanse en paz… Total, que la encontraron en un estado

lamentable, aunque no tenía ningunas ganas de volver al redil, lo que nos lleva a las razones de su fuga, y ahí es donde ya se lía todo.

Vilar suspiró. A su colega le gustaba crear suspense. Fue a sentarse en un sillón, cogió un bolígrafo y empezó a garabatear notas en los márgenes de una revista de televisión. Extendió los pies descalzos en un rectángulo de sol proyectado sobre la alfombra.

–El padre, Michel Fournier, era profe de matemáticas en la Universidad de Aix. Y un borrachín. Según parece, iba detrás de su hija. Cuando empinaba el codo la acosaba y pegaba a su mujer, Souad, de soltera Kaci, maestra en Marsella. Un encanto de hombre, vaya. Resultado: en el 87 la madre se suicida. Un año después, Nadia se larga. Sale de un infierno para meterse en otro.

–¿Fournier no tuvo que rendir cuentas por todo eso?

–Por supuesto que sí. En su día llegaron a inculparlo. Por lo que he leído, alegó que Nadia no era hija suya, que no tenían ningún parentesco, que la había criado y nada más. Obtuvo un sobreseimiento poco antes del suicidio de Souad. De todas formas, Nadia retiró sus acusaciones, era mayor de edad, y en 1990 desapareció del mapa. Como puede imaginar, aquí todo eso es agua pasada. He tardado cuatro días en encontrar rastros, bajo el polvo. Pero como Michel Fournier fue un representante público de izquierdas bastante conocido por aquí, el asunto dejó recuerdos, y no ha sido demasiado difícil desenterrar algunos datos.

–¿Sabe qué ha sido de él?

–No. No hay nada contra él, ¿comprende? Usted pidió información, y yo se la doy, pero no puedo investigar a ese tipo. Ahora mismo estamos hasta arriba de trabajo, así que, cuando podemos dejar correr algo, lo dejamos correr. Sobre todo si la liebre está casi muerta.

Intercambiaron unas cuantas trivialidades sobre sus respectivas cargas de trabajo, se pusieron de acuerdo enseguida sobre el cansancio que arrastraban, ¡mierda de trabajo!, se desearon ánimo y buena suerte y colgaron. Vilar permaneció un rato inmóvil con el bolígrafo en la mano, incapaz de pensar en nada, sintiendo en la nuca la fresca brisa de la mañana, que soplaba suavemente desde la ventana.

Retrasaba el momento de levantarse, coger sus cosas y subir al coche para ir a ver a Morvan, sabiendo por adelantado que no serviría de nada, que le mostraría fotos en CD, revistas y páginas web llenos de niños violados –en todos los soportes posibles, saturados de ignominias–, entre las que el antiguo gendarme creería haber reconocido a Pablo, como un año atrás, cuando le enseñó el retrato difundido por la Interpol de un chaval recogido por la policía de Milán, amnésico, víctima a todas luces de abusos, casi mudo, aunque balbuceaba un poco de francés. Es verdad que Vilar había sentido que se le paraba el corazón al ver aquella cara morena con grandes ojos negros y labios carnosos abiertos en una expresión de muda sorpresa, pero no había tardado en volver a la realidad, y su mente consiguió al fin disociar los dos rostros evocando la imagen de Ana, porque aquella mirada no era la suya, y Pablo tenía exactamente los mismos ojos que su madre, razón por la cual Vilar nunca se cansaba de mirarlos a los dos, encontrando siempre, cuando no estaban juntos, los ojos de un ser amado en los del otro. Razón por la que aún se perdía en la contemplación de Ana cuando se veían, pese al silencio que había tejido entre ellos el dolor, y el muro de cristal de la indiferencia tal vez, que seguía alzándose inexorablemente. Pero qué importaba, si aún podía ver a través de aquellos ojos cuyos parpadeos seguían amarrándolo al mundo.

Al verlo llorar ante la pantalla del ordenador, Morvan se había disculpado, había argumentado que en tres años un niño podía cambiar mucho, ocurría a menudo, él sabía de padres que juraban poder reconocer a su hijo pese al tiempo transcurrido y las desgracias padecidas y que no podían creer que se tratara de él cuando se lo ponían delante después de haberlo sacado del infierno, incluso dudaban antes de abrazar a aquel desconocido, vagamente parecido al recuerdo muerto que tenían de él.

Sobre todo después de haber vivido y sufrido lo que sin duda habría sufrido, había añadido Morvan para explicar mejor su equivocación, prefiriendo ser vago. Temiendo sin duda hurgar en la herida con alusiones sórdidas o eufemismos inaceptables, el hombre había dudado

sobre qué palabras emplear. Por otra parte, ¿qué palabras habrían podido expresar aquello en lo que pensaban ambos con espanto y dolor?

Vilar ahuyentó ese recuerdo pasándose la mano por la cara y sintió en el fondo de la garganta y en el pecho unas ganas locas de fumar, que se esforzó en reprimir respirando hondo con los ojos cerrados. Luego se encogió de hombros y sacudió la cabeza para vaciarla de las preguntas que se formaban en ella sin que pudiera evitarlo. Lo achacó a la falta de tabaco y se levantó con viveza, y de repente se le aceleró el corazón: ¿y si Morvan había encontrado algo serio esta vez? Volvió a sentir aquel nudo amargo en la garganta, y las tres o cuatro inspiraciones profundas que se obligó a hacer no pudieron aflojar la tenaza de la pena y la espera.

–Creo que ya lo tenemos –murmuró–. Pablo…

Subió al coche no mucho más tranquilo, pero contento pese a todo de ponerse en marcha e ir hacia algo que se negaba a llamar esperanza pero que se le parecía un poco, como esas flores artificiales que hay que tocar para salir de dudas y convencerse de que efectivamente son falsas. Condujo dejando que el aire todavía suave de primera hora de la mañana penetrara silbando por las ventanillas abiertas, mientras su mente zigzagueaba entre los datos sobre el asesinato de Nadia Fournier de que disponía, y decidió que tenía que volver a visitar a Sandra de Melo, porque le había mentido y porque por Burdeos merodeaba un tipo que tal vez le hiciera pagar muy cara su discreción.

Le dieron ganas de llamar a Marianne Daras para avisarla, pero renunció, porque ya estaba entrando en Angulema y también en la burbuja de cristal en la que a veces se perdía, fuera del espacio y el tiempo comunes a los seres humanos.

Encontró sitio para aparcar a unos treinta metros de la casa de Morvan, situada en una calle estrecha de la parte alta. El sol que daba en las fachadas de piedra clara le hirió los ojos y lo obligó a fruncir el ceño hasta la crispación casi dolorosa de todo su rostro. Pulsó el timbre dos veces, impaciente por refugiarse en la relajante penumbra de la vivienda, que tenía cerrados los postigos que daban a la calle. Esperó

quizá un minuto y volvió a llamar, suponiendo que Morvan estaría en la parte de atrás, en el jardincito donde cultivaba rosales con un esmero maniático.

Aguzó el oído, pero no percibió nada que indicara el menor movimiento. De repente notaba que el sudor le resbalaba por la espalda, y le dolía la frente de tanto contraerla en una imposible visera sobre los ojos medio cerrados. Echó un vistazo a la calle, dio un paso atrás para ver mejor la hilera de vehículos aparcados y reconoció el del exgendarme, un 306 rojo que le conocía de siempre.

En vez de volver a llamar, empujó la puerta. No estaba bien cerrada y se abrió ante el oscuro vestíbulo, lleno de cajas repletas de libros y carpetas que Morvan siempre se prometía ordenar. Cerró a sus espaldas, y por un instante sus ojos deslumbrados lo sumieron en unas tinieblas rojizas atravesadas por relámpagos y cometas fosforescentes. Cuando pudo ver mejor en la casa totalmente a oscuras, que aún conservaba una pizca de frescor nocturno, distinguió las rendijas y los orificios por los que la luz exterior conseguía colarse, y pensó en una criatura fantástica infiltrándose en una vivienda a la que ha puesto sitio y que acaba invadiendo y conquistando. Avanzó por el pasillo para dirigirse al despacho que el antiguo gendarme había acondicionado en una esquina del salón.

Llamó a Morvan al entrar, aunque no esperaba respuesta, y vio enseguida la lamparita encendida sobre la mesa de trabajo y las dos grandes pantallas de ordenador en reposo, mostrando el mismo grandioso paisaje de montaña. Olía un poco a café. Vilar vio un gran cuenco rojo rodeado de migas de pan. La mesa, atestada habitualmente de cuadernos, mapas del Instituto Geográfico Nacional, blocs de notas, agendas, bolígrafos y estuches de CD, estaba vacía. Todas las herramientas con las que trabajaba el exgendarme habían desaparecido. Se había hecho una limpieza a fondo. Fue a coger el ratón para hacer aparecer la pantalla de inicio, pero lo pensó mejor y su mano se inmovilizó encima del objeto. Podía haber huellas por todas partes.

Abrió puertas, habitaciones y armarios. No encontró nada. Ni rastro

de Morvan ni desorden aparente, nada que pudiera darle la menor pista sobre lo que había sido de él. Todo estaba en su sitio, con una exactitud maniática de militar que vive solo. La cama no tenía ni una arruga, y en el ropero, que olía a lavanda, todo estaba apilado o alineado como para un pase de revista. En realidad, no esperaba encontrar gran cosa, pero cuando se trataba de Pablo, de acercarse a él, aunque solo fuera unos milímetros, o de agarrarse a algo que tuviera relación con él, siempre actuaba así, a pesar de las evidencias, sin motivos válidos a los ojos de los demás.

Lo alivió no encontrar el cuerpo del antiguo gendarme y se esforzó en tener una pizca de esperanza en que apareciera, aunque cada paso que daba por la vivienda vacía lo convencía un poco más de que Morvan estaba muerto. Hizo como si el lazo no se hubiera roto, aún no, como si todavía pudiera soñar que un día, al extender la mano, encontraría la de su hijo, tanteando en las tinieblas, en las que solo la ceguera permite percibir algo. Y porque quizá tenía a aquel hombre en más estima de lo que creía. En la cocina no había nada fuera de su sitio. La cafetera estaba medio llena de café frío, en el escurridor no había más que un plato y un vaso. En el cuarto de baño flotaba un aroma a lavanda y jabón de manos. En los colgadores, dos toallas secas un poco tiesas.

Volvió junto a los ordenadores y se sentó, porque el tiovivo de hipótesis e incógnitas que giraban sin cesar en su mente empezaba a marearlo. Morvan, que llevaba una década investigando las redes de pedofilia y las desapariciones de niños, había insistido en que fijaran una cita, como la decena, al menos, que ya habían tenido, y no era la clase de hombre que insiste porque sí ni se entusiasma enseguida, al contrario, no dudaba en echar jarros de agua fría sobre una esperanza poco razonable, recordando sin cesar que había que atenerse a los hechos y seguir las pistas paso a paso sin esperar nada de ningún atajo… Cuántas veces se había marchado Vilar decepcionado y lleno de amargura después de aquellas noches en vela delante de la pantalla, contrastando las redes, viendo CD repletos de fotos inmundas, rebuscando en las páginas porno de internet para distinguir, a veces, la

silueta de un chico que quizá habría podido parecerse a Pablo, pero que, hecha la comprobación, no era sino el hijo o el sobrino del fotógrafo aficionado detenido un año antes. Ahora el rastreador incansable no estaba allí, y evidentemente no había ido a comprar cigarrillos, de hecho se los agenciaba por cartones, y gratis, a través de un amigo que trabajaba en aduanas y los sisaba de los decomisos. Vilar, que luchaba sin fe contra su convicción de que Morvan estaba muerto, no podía imaginar cómo ni por qué había desaparecido, y mucho menos a quién podía beneficiar eso, a no ser que estuviera sobre una pista caliente. Tampoco se podía saber si trabajaba solo o en equipo, si jugaba al cazador solitario o compartía su información con servicios oficiales, lo que habría convertido su desaparición, su ocultación, su muerte, en inútiles y demasiado peligrosas para su autor o autores.

Sin poder aguantar más, buscó un pañuelo de papel y pulsó con suavidad las teclas ENTER de los dos tableros. Los discos duros volvieron a encenderse, mientras oía ronronear los ventiladores.

Luego no supo si el corazón iba a parársele o a salírsele por la boca.

En un archivo que había quedado abierto, podía leerse, en caracteres enormes:

LO TENGO YO
¡VEN A BUSCARLO!

Se levantó de un salto y se alejó de la mesa, pero al instante se volvió hacia la pantalla y releyó una y otra vez las dos frases, como si estuvieran misteriosamente codificadas y su significado oculto fuera a revelársele de repente. Inmóvil en medio de la habitación, resollando con la boca abierta, pronunció el nombre de su hijo en voz baja, «Pablo», y eso secó toda la saliva que había en su boca, así que corrió a la cocina para beber largos tragos del grifo y luego poner la cabeza debajo del agua. Nunca había tenido tanta sed. Se llenaba la boca, escupía y volvía a beber a grandes tragos, hasta quedarse sin aire.

Cuando volvió a erguirse, le dio un mareo y tuvo que apoyarse en la mesa, de la que se apartó bruscamente con un gemido.

–Pablo… –murmuró de nuevo camino de los ordenadores.

Tuvo la sensación, muy nítida, de que su hijo estaba prisionero en ese mensaje, y durante unos segundos fue víctima de la ilusión de esos niños que, creyendo que el héroe de la película está atrapado detrás de la pantalla, quieren abrir el aparato para rescatarlo. Extendió una mano hacia el escritorio y resopló con fuerza, porque desde hacía unos instantes había dejado de respirar.

Acto seguido, exploró los discos duros. Vacíos. Lo habían limpiado todo, incluidos los ficheros que Vilar sabía protegidos por una contraseña. Se quedó ante la foto de la pantalla de inicio, mirando sin ver un rebaño de ovejas desperdigado por la pendiente de un prado alpino. Luego se dejó caer en el respaldo del sillón giratorio y cerró los ojos. Morvan había dado sus claves. ¿Lo habrían torturado? Vilar escudriñó la penumbra en busca de señales de lucha o indicios que sugirieran lo que había podido pasar. No. Era una estupidez. Por supuesto, allí no había nada.

Alguien había planeado todo aquello. Lo había calculado. En ese preciso instante, probablemente estaba previendo, anticipándose. Se le ocurrió que podían estar escuchándolo o filmándolo, así que echó un vistazo a los rincones oscuros de la habitación y examinó el escritorio para detectar el posible material de escucha. Enseguida volvió a sentirse estúpido y se dijo que el primer error que debía evitar era serlo del todo. Escuchó, acechó, trató de percibir el menor movimiento en el aire para intentar descubrir en él el rastro del hombre que había estado allí y sin duda se había sentado en el sillón que ahora ocupaba él. Esperaba que un olor a tabaco, un olor cualquiera, a perfume o sudor, hiciera materializarse a quien se había llevado a Morvan y sus secretos.

Permaneció inmóvil, casi sin respirar, largos minutos. Luego se relajó un poco. No había pasado nada, pese a que había hecho lo que llevaba haciendo cerca de cinco años: esperar la aparición de fantasmas sin creer en su existencia en ningún momento, pensar, a veces, que las presencias siguen haciendo vibrar el aire durante mucho tiempo.

Llamó a Marianne Daras. Ella se limitó a escucharlo, no le pidió más detalles, simplemente dijo que avisaría a un tipo que conocía en

Poitiers, un comisario, que mandaría gente, que ya se las arreglarían más tarde para regularizar la operación. Le hizo prometer que la tendría al corriente, le mandó un beso y colgó.

Una larga hora después, un equipo hacía acto de presencia. Un oficial joven y dos técnicos de la policía científica le preguntaron qué había que buscar.

Lo contó otra vez. La desaparición del exgendarme, con todos sus dosieres de investigación y todo el material que había acumulado durante años, entre las nueve y las doce del mediodía; sus pesquisas sobre el secuestro de Pablo; la cita que tenían esa mañana; los ordenadores, también vacíos, pese a las contraseñas; el mensaje en el salvapantallas. El oficial tomó algunas notas en una libretita asintiendo con la cabeza, sin hacer preguntas.

Uno de los técnicos ya se estaba poniendo los guantes, mientras el otro se envolvía los pies en fundas de papel.

–¿Por dónde ha caminado? ¿Qué ha tocado?

–El grifo de la cocina y las teclas ENTER de los ordenadores, pero con un clínex. He procurado no contaminar mucho.

Sin una palabra más, los dos técnicos pusieron manos a la obra, tras pedir a los dos policías que salieran un momento, al jardín, por ejemplo. Vilar volvió a coger el pañuelo de papel para subir la persiana y después abrir la puerta acristalada. El oficial le tendió un paquete de cigarrillos.

–Ni siquiera me he presentado. Teniente Delvaille.

–Pierre Vilar.

Se dieron la mano, intercambiaron una sonrisa fugaz y fumaron en silencio a la cálida sombra de una albizia. A veces el aroma de las rosas ascendía en el aire inmóvil.

–En su opinión, ¿qué ha sido del gendarme? Se habrá resistido, ¿no? ¿Es corpulento?

–Un metro ochenta y cinco por lo menos, y otros tantos kilos, diría yo. Sí, supongo que se habrá resistido. Pero eso habría provocado desorden en la casa. Además, no me imagino a un tipo llevándoselo así como así, arrastrándolo inconsciente hasta la calle y metiéndolo en un

maletero en pleno día. Eso no se sostiene.

Delvaille empujaba una ramita caída del árbol con la punta del zapato.

–¿De qué lo conocía?

–Investigaba por su cuenta secuestros y tráfico de menores. Yo aún confiaba en que encontraría el rastro de mi hijo, que desapareció en el año 2000.

Había conseguido soltarlo todo sin quedarse sin aliento. Se dio cuenta de que había hablado en pasado. Abrió la boca para rectificar, pero renunció. El joven teniente no decía nada. Estaba concentrado en una especie de cuadernillo, en el que había escrito dos palabras.

–No lo sabía –murmuró al fin–. ¿Cuándo habló con él por última vez?

–Ayer. Me llamó para decirme que tenía que enseñarme algo. Quizá no una pista todavía, pero bueno…

Vilar trataba de comprender. Los discos duros, vaciados. Los CD robados. Todas las bases de datos de Morvan habían desaparecido, y eso no quería decir nada. ¿Qué iban a hacer con ellas? De pronto, el cansancio le saltó sobre los hombros y le apretó el cráneo con sus algodonosas manos.

Los dos se sobresaltaron al ver que un postigo se abría de golpe y en la ventana del dormitorio aparecía la cara de uno de los técnicos de la científica.

–Vengan. Hemos encontrado algo.

Vilar precedió a Delvaille por el pasillo. Vio los destellos de los flashes, la luz cruda que salía de la habitación, en la que el sol entraba a raudales por la ventana abierta y llegaba hasta el pasillo, y le pareció que lo que resplandecía allí era un prodigio.

Al entrar, vio a uno de los técnicos inclinado sobre la cama deshecha. En lo primero que se fijo fue en el cubrepiés con estampado de girasoles y luego en un trozo de sábana azul celeste. Fue al acercarse un poco más, mientras el otro agente guardaba la cámara y rebuscaba en su maletín, cuando vio lo que había llamado la atención del técnico: una mancha de sangre más larga que ancha, del tamaño de una camiseta, se extendía desde el borde de la cama hasta el almohadón,

ennegrecida ya por la coagulación, con los contornos casi limpios. Había otras marcas negruzcas por casi toda la superficie amarillo pálido, pero también en la sábana de arriba.

–El colchón ha absorbido una parte –dijo el técnico levantando la sábana y mostrando el calco aproximado del mismo horror–. Y miren aquí –añadió alzando una esquina–. Como si hubieran limpiado la hoja de un cuchillo… Fíjense en las marcas, totalmente rectas. Han torturado a alguien, diría yo.

–Eso lo cambia todo –comentó Delvaille–. Necesitamos refuerzos.

–Ahora, salgan de la escena del crimen –dijo el técnico revolviendo en su maletín.

La puerta del dormitorio se cerró detrás de Vilar y lo dejó envuelto en una penumbra rojiza a la que a sus ojos tardaron en acostumbrarse. Apoyó la espalda en la pared mientras Delvaille se alejaba con el móvil pegado al oído. Sentía crecer la náusea, que lo ahogaba, le retorcía el estómago y le oprimía la cabeza con una tenaza abrasadora. Dio unos pasos a ciegas, deslizando la mano por la pared para guiarse, y luego, sacudido por una arcada, corrió hasta el jardín, donde cayó al suelo de rodillas, sin conseguir expulsar más que bilis. El sol en su cénit lo clavaba al suelo, y sentía sobre él el peso de aquel calor denso, mientras el sudor lo cubría de un jugo repugnante. Se quedó unos instantes inclinado sobre la hierba amarillenta, tratando de recuperar el aliento y calmar el martilleo de la sangre, que le corría por el cuerpo con golpes sordos y duros. Oyó a Delvaille preguntarle si estaba bien, gruñó que sí y se puso de pie a pesar del mareo, el deslumbrante sol y el peso abrumador de todo su ser.

Se volvió hacia el teniente, que le tendió un vaso de agua grande. Se lo bebió con avidez, casi ahogándose, y pudo tragar suficiente aire para reponerse un poco y recobrar la lucidez que le quedaba.

–¿Tiene idea de quién ha podido hacer eso?

Vilar lo miró un instante sin responder. Sin saber siquiera si quería responderle. Oía a los dos tipos de la científica trabajando en el dormitorio, y volvió a ver la mancha de sangre, toda aquella sangre, mientras un escalofrío le recorría la espalda pese al calor, que caía en el

pequeño jardín y parecía querer quemarlo todo.

–¿Usted que cree? –dijo al fin Vilar–. Francamente, ¿usted qué cree? ¿Le parece que me quedaría aquí, esperando a la caballería, si tuviera alguna idea de quién es el hijo de puta que ha torturado a Morvan?

Delvaille asintió con la cabeza.

–Solo intento comprender –dijo a modo de disculpa–. Los compañeros le harán preguntas. Ya conoce el procedimiento. Un hombre desaparece el día en que viene usted a verlo y…

–Sí, conozco el procedimiento –lo atajó Vilar–. ¡Claro que lo conozco, joder! La comandante Daras le habrá explicado la situación a su jefe, ¿no?

–Puede, pero a mí no. He venido en calidad de oficial de la policía judicial para investigar una desaparición, pero me gusta entender las cosas… –Hablaba con voz suave, sin agresividad ni arrogancia. Vilar se dijo que parecía un buen tío–. ¿Y si entramos? Aquí nos estamos asando…

Con un gesto, lo invitó a precederlo hacia el salón.

Allí casi se estaba fresco. La penumbra era relajante y los dos hombres resoplaron al mismo tiempo.

–Mi hijo… –empezó a decir Vilar.

Delvaille se había vuelto hacia él y lo observaba intensamente, como si supiera lo que iba a contarle.

A media voz, Vilar le habló del secuestro de Pablo, de la investigación que no había dado resultado, de las falsas esperanzas y la desesperación; después explicó que Morvan no le había prometido nada, salvo no abandonar nunca, y que había resuelto tres casos de desapariciones de niños: a uno de ellos lo habían encontrado vivo pero medio loco en Alemania, en un prostíbulo clandestino, y los cuerpos de los otros dos, secuestrados en Bretaña con un año de diferencia, habían sido desenterrados del jardín de Bernard Fédieu, un asesino que se había arrojado por una ventana de las dependencias de la policía judicial de Rennes, antes de que se pudieran verificar los otros ocho asesinatos de los que se acusaba con tozudez, pese a la maraña de contradicciones y olvidos con la que había construido sus

declaraciones.

–Ese el motivo de que esté aquí –concluyó Vilar–. Esa es la espera en la que intento permanecer. Porque es mejor que no esperar nada.

Tiró de una silla hacia él y se dejó caer en ella. Delvaille miraba fijamente las pantallas de los ordenadores y parecía respirar apenas.

–¿Consigue trabajar, quiero decir, interesarse por toda la mierda que removemos?

–No sé si me interesa… Puede que sea una especie de adicción. O eso, o beber, o drogarse. O hacer bicicleta como un gilipollas: mientras pedaleas, no te caes. Desde hace una semana tenemos dos casos importantes y hemos trabajado de firme. Apenas me ha dado tiempo a pensar, solo he vuelto a casa para meterme en la piltra. No solo hay zombis en los estupas…

Unos coches se detuvieron en la calle y unas puertas se cerraron de golpe, cinco o seis. Vilar no se inmutó, pero Delvaille pareció despertar de un sueño y se precipitó hacia la entrada. En el pasillo, se oyó un ruido confuso de pasos, y voces ahogadas empezaron a hacer preguntas, a las que el joven teniente respondió en voz baja. Vilar se levantó suspirando, vio que se le habían pasado las náuseas y se volvió hacia la puerta, por la que fueron entrando cuatro hombres, mientras un quinto iba directo al dormitorio cargado con una gran maleta negra, llamando a sus colegas, que le contestaron que ya casi habían acabado. Un tipo alto vestido con una chaqueta oscura y un polo fucsia se acercó a Vilar y le estrechó la mano, con la cara animada por un rictus difícil de interpretar.

–Capitán Michel Niaussat. Marianne Daras me ha contado el asunto por encima. Prefiero advertirle de inmediato, de acuerdo con ella, que este caso no es suyo, profesionalmente hablando. Así que nada de obstáculos de ningún tipo, por favor. Por lo demás, solo quiero que sepa que yo, en su lugar, actuaría exactamente igual que usted.

–Pero no está en mi lugar.

Niaussat se puso tenso. Su expresión se volvió seria.

–Está bien, no se ofenda –dijo Vilar–. Su compasión me la suda, pero agradezco su solidaridad. Haga su trabajo, yo me limitaré a hacer lo

que debo. No habrá obstáculo alguno. Tengo más interés que usted en que se encuentre a Morvan, a ser posible sano y salvo.

Niaussat asintió.

–De acuerdo entonces. ¿Puede contarme algo más, para que sepa de qué va la cosa en concreto? Porque Marianne Daras ha sido… bastante escueta, digámoslo así.

Se sentaron en los dos únicos sillones del salón; Delvaille y los demás policías tuvieron que ir a por sillas a la cocina para no estar de pie. Durante una hora, Vilar contó su vida desde el 20 de marzo de 2000 a las once y media de la mañana, cuando Pablo, que tenía entonces casi diez años, desapareció en una esquina, a cien metros de la puerta de la escuela, para no volver a aparecer. Habló con voz sorda, casi suave, en el silencio de las miradas posadas en él, aunque todos sabían que esa suavidad solo era una máscara sobre una herida.

Cuando acabó de dar a Niaussat todos los detalles útiles sobre el trabajo de Morvan, de contarle lo que sabía de sus técnicas, contactos y costumbres, preguntó levantándose con esfuerzo si podía irse. Como era evidente que nadie tendría la temeridad de imponerle que se quedara un poco más, aunque solo fueran unos minutos, se despidió con un hilo de voz, dejando tras de sí un rumor de voces sordas que le deseaban un buen viaje de vuelta a Burdeos e inmediatamente después se repartían el trabajo para iniciar la investigación.

Delvaille lo acompañó hasta la acera y, al estrecharle la mano, le prometió tenerlo al corriente de las indagaciones que se hicieran allí, con o sin autorización de la jefatura. Vilar le sonrió, le dio una palmada en el hombro y se alejó en dirección a su coche escudriñando la calle, inundada de luz blanca, en busca, a su pesar, de un indicio cualquiera, de un elemento insólito. Pero cuando se sentó en el achicharrante habitáculo respirando el aire caliente con la boca abierta tuvo la sensación de que iba a conducir, sin posibilidad de dar media vuelta, hasta el fondo de un callejón sin salida.

9

Habían tardado algo menos de una hora, y hacia el final del trayecto, después de Saint-Laurent, habían atravesado viñedos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y pasado ante espléndidas casas solariegas rematadas por torrecillas y tejados de pizarra, rodeadas de jardines, y los dos adultos –el director, que conducía, y Bernard– se habían maravillado o asombrado ante la proximidad de las grandes bodegas, anunciadas por letreros al borde de la carretera. En un determinado momento, Victor, que había pasado la mayor parte del viaje dormitando, se volvió hacia un tractor oruga que estaba sulfatando, sorprendido por su forma, aunque luego recordó que ya había visto alguno, no sabía dónde ni cuándo, y siguió mirando el vehículo, envuelto en una nube azul, hasta que desapareció de su vista.

A la entrada de Pauillac, se perdieron. Buscaron la carretera de Saint-Estèphe, llegaron a los muelles, bordearon el fangoso estuario, enturbiado por densos remolinos, y el bosque de mástiles del puerto de recreo, hasta que una mujer los puso en el buen camino. Diez minutos después, el coche se detuvo delante de una casa, una de las últimas del pueblo, antes de que la estrecha carretera se perdiera entre las viñas.

Pese al calor, que había empezado a invadir el habitáculo a través de las puertas abiertas y ya se acumulaba, Victor no se apeó de inmediato. Dejó que los dos adultos fueran a llamar a una verja azul. Casi al instante, vio a una mujer sonriente de pelo negro y corto, con unas mallas floreadas y una camiseta negra, que se inclinaba para hacerle un leve gesto con la mano a través de las ventanillas del coche. Bernard volvió al vehículo y le dijo con voz suave que no podía quedarse allí hasta la noche, que debía acercarse, dar los buenos días, conocer a la familia.

El chico respiró hondo, salió del coche y caminó hacia la mujer sonriente, que le tendió la mano.

–Hola, Victor. Bienvenido. Me llamo Nicole. De momento, como no

nos conocemos, te estrecho la mano. Más adelante ya nos daremos un beso, cuando te apetezca, tampoco estás obligado a nada.

Victor la miró preguntándose cuántos años tendría. Sintió hacia ella una repugnancia instintiva y se alegró de que hubiera optado por no besarlo. Desde luego, era vieja, pero no habría sabido decir hasta qué punto. Más vieja que su madre, eso sí. Mientras la mujer se dirigía a los dos hombres para ofrecerles algo de beber, observó su figura redonda, las anchas caderas y los gruesos muslos moldeados por las flores de las mallas, y sus grandes pechos, que se agitaban bajo la camiseta amplia.

–¿No tienes sed, con este calor? –le preguntó.

Invitó a Bernard y al director a entrar en el jardín y posó la mano en el hombro de Victor fugazmente para que también lo hiciera. Los guio hasta un salón con las contraventanas cerradas, en el que se estaba casi fresco, y les dijo que se sentaran mientras iba a buscar las bebidas. Cuando le preguntó qué quería beber, Victor respondió que una Coca-Cola con una voz tan balbuceante que tuvo que repetirlo mientras se abanicaba la espalda empapada en sudor con la tela de la camiseta. Como seguía de pie, Bernard le hizo sitio a su lado en el sofá, y el chico se sentó, cruzó las piernas y empezó a retorcer los cordones de sus grandes zapatillas de deporte. El educador le preguntó en voz baja si estaba bien, y él asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de las zapatillas.

–Todo irá bien –dijo el director al cabo de un instante.

Victor no reaccionó. Tenía la sensación de que lo zarandeaban, de que nadaba a contracorriente, como cuando la resaca te arrastra detrás de las olas o un remolino tira de ti hacia el fondo y, exhausto, ya no sabes qué hacer, aparte de dejar pasar el tiempo con la esperanza de que algo a lo que puedas agarrarte se acerque flotando. Se acordó de la última escena de la película *Moby Dick*, que un profe les había puesto un día y que lo había animado a leer el libro: en ella se veía al héroe, solo en el mar, agarrado al ataúd de su amigo, el arponero gigante.

Cuando regresó con los refrescos, Nicole explicó que los otros chicos estaban de pícnic en la playa con su hermana, en Hourtin, y volverían sobre la cinco.

–Tendrás todo el día para instalarte con tranquilidad –le dijo a Victor–. Después habrá tiempo de sobra para hacer las presentaciones.

El chico alzó los ojos hacia ella, pero los apartó enseguida.

–¿Cuántos tiene usted actualmente? –preguntó el director.

–Solo uno, Julien, que tiene diez años, y ahora Victor. Y está Marilou, nuestra hija, de once.

Sonrió con los ojos bajos, para sí misma, con la dulzura de una mujer feliz; luego, al ver que todos se habían terminado las bebidas, se levantó con vivacidad.

–Vengan, voy a enseñarle su habitación a Victor.

Los precedió por una escalera que crujía bajo sus pies y abrió una puerta pintada de azul celeste. Victor se quedó detrás de Bernard y el director, que tuvieron que animarlo para que entrara en la amplia habitación abuhardillada, amueblada con una cama grande, un escritorio con una enorme lámpara roja y, fijada a la pared, una estantería pequeña sobre la que languidecían dos libros cuyos títulos no pudo ver. La mujer había encendido la lámpara de la mesilla que, con los postigos cerrados, difundía una luz suave y agradable en la habitación, así que el chico tuvo ganas de quedarse solo lo antes posible en lo que al menos sería un refugio seguro y tranquilo.

–Aquí estarás bien –murmuró Bernard esforzándose en sonreír.

Desde luego, estaría mejor que en el centro con todos los demás, y en algún sitio tenía que quedarse mientras esperaba, aunque no supiera qué, aunque presintiera que quizá tendría que ir a buscarlo él mismo.

Como quería estar solo, cogió aire y preguntó si podía ir a buscar sus cosas al coche y llevarlas a la habitación, y los tres adultos lo miraron sorprendidos y celebraron su iniciativa con idénticas sonrisas. Mientras se alejaba, oyó que el director le decía en voz baja a Nicole que todo iría bien, no había motivos para preocuparse.

Cuando hubo dejado la maleta y las dos bolsas sobre la moqueta de la habitación, tras rechazar cualquier ayuda, volvió a cerrar la puerta y se quedó al pie de la cama intentando recobrar el aliento, con el sudor corriéndole por el cuerpo y las sienes latiéndole sordamente debido al esfuerzo. Olía a sábanas limpias, a madera vieja, tal vez a humedad.

Aguzó el oído, pero no le llegó nada de la conversación de los adultos, abajo. Los postigos impedían que entraran tanto el canto de los pájaros, ahogado, lejano, como el calor, que se apiñaba, fosforescente, en los dos agujeros en forma de rombo practicados en la gruesa madera.

Por fin, se sentó en la cama con las manos apoyadas en los muslos, paseó la mirada por aquel sitio tan apacible y asintió con la cabeza, dando su aprobación, quizá, a la relajante penumbra o a una idea vaga que emergía en su mente poco a poco, como una isla volcánica, apenas una idea, un presentimiento que hacía que su corazón latiera más deprisa, la rabia le hiciera un nudo en la garganta y los ojos le escocieran; pero aún no tenía palabras para expresarla, y de todas formas puede que nunca las necesitara, porque empezaba a pensar que las palabras eran inútiles, bolsas de nailon vacías que el viento se lleva y engancha en verjas o cuelga de árboles descarnados.

Llamaron a la puerta y se apresuró a abrir. Era Nicole, que venía a decirle que Bernard y el director regresaban a Burdeos y querían despedirse. La miró y le pareció que tenía una sonrisa bonita, que le hizo sentirse bien y pensar que le parecía guapo. Las chicas un poco enamoradas sonríen así al elegido de su corazón. La siguió escaleras abajo y fue a darle la mano al director, que le dijo que confiaba en que se construyera una buena vida, un buen futuro. Victor no comprendió muy bien el sentido de sus palabras, no siempre entendía a aquel hombre, con sus grandes frases y los aires de inteligente que se daba. Bernard también le estrechó la mano, y le dio una palmadita en el brazo mientras le decía que confiaba en que fuera feliz.

No salió para verlos marcharse, pero estuvo largo rato escuchando el ruido del motor, que se apagaba en la distancia, y cuando Nicole volvió a entrar frotándose las manos y le preguntó si quería ayudarla a recoger las botellas y los vasos de la mesita baja, Victor lo llevó todo a la cocina, puso los vasos en el fregadero y dejó correr sobre sus manos un poco de agua fresca, de la que bebió un trago en el hueco de la palma, antes de mojarse la cara y el cuello.

Luego comieron, porque era más de mediodía. Después, tras colocar sus cosas en la habitación, esperó en aquella tranquila penumbra. No

sabía qué esperaba en el silencio en que lo dejaron esa tarde, pero no tenía miedo. En un momento dado, cogió la urna, la estrechó contra su pecho y convocó el recuerdo de su madre, los andares de su madre, su mirada, su manera de subirse el cuello del abrigo en invierno cuando tenía frío, el aroma del tayín cuando levantaba la tapa de barro abriendo mucho los ojos con apetito y cerrándolos enseguida para percibir los olores que ascendían con el humo.

Se acordó de que todo eso había acabado y lloró. Lloró por no tener poderes sobrenaturales para hacer regresar a los muertos o al menos para hablar con ellos, para acurrucarse una vez más en la curva de sus voces. Soñó con un guion maravilloso en el que, viajando en una máquina del tiempo descubierta en un viejo granero, faltaba a clase y volvía a casa y la obligaba a salir corriendo detrás de él, enfadada o decepcionada, daba igual, con tal de que estuviera ausente cuando el asesino llegara. Y por tanto, viva. Todavía allí. Sus brazos. Sus manos en su pelo. Mi tesoro. Mamá…

Se durmió. Nicole subió a despertarlo, porque los demás habían vuelto de la playa.

Eran una chica y un chico. Marilou y Julien. Lo abrazaron con afecto, seguramente obedeciendo a una consigna, y a Victor le resultaron muy curiosos aquellos dos, que se creían obligados a mostrarle simpatía. La chica, con el pelo revuelto negro y rizado y unos ojos grandes y risueños, lo agarró de los hombros y le dio dos buenos besos bien sonoros en las mejillas con una especie de brutalidad sin mala intención. A Victor le pareció bonita, alegre, espontánea. Tras sentarse en el sofá con un vaso de refresco en la mano, lanzó sobre él la sombra de sus largas pestañas, y a Victor le encantó de inmediato esa caricia.

El chico le golpeó la frente con las gafas y retrocedió, apurado. Parecía apurarse por todo. A hurtadillas, lanzaba alrededor miradas desconfiadas o asustadas. Como si temiera un reproche o la intrusión de un peligro inminente.

Marilou habló de la playa, de los baños, del helicóptero que no había dejado de pasar y pasar. Julien contó que había cavado un agujero enorme, se había enterrado en él y se había hecho el muerto. A Marilou

no le había gustado. Hacerse el muerto le parecía patético.

Nicole miró de reojo a Victor, que no apartaba los ojos de la morenita.

La tarde se le fue así, con los pies descalzos sobre el embaldosado, viendo la tele mientras los otros se duchaban para quitarse la sal y la arena. Luego hubo que sentarse a la mesa. Entre ellos, frente a ellos, muy cerca, bajo sus miradas.

Victor se sentía en el fondo de un agujero.

No tenía hambre, y la bola amarga había vuelto a alojarse en su garganta. Miraba uno a uno a los desconocidos sentados a la mesa sin poder convencerse de que existían realmente y de que aquella cena para cinco, alrededor de la gran mesa del comedor, con las ventanas abiertas de par en par a la espera de un poco de aire fresco, no era una especie de representación a la que estaba invitado y cuyos intérpretes, totalmente metidos en su papel, lo intimidaban un poco. Confiaba en que algo lo despertara y lo sacara de aquel mal sueño, porque tenía la sensación de empequeñecer clavado a la silla, mientras los otros se volvían gigantes lejanos y extraños. No sabía qué debía hacer o decir, se concentraba en su plato para vaciarlo lentamente y, de ese modo, evitar que le ofrecieran repetir. Cuando le servían, decía no mucho, gracias, sin atreverse a confesar que era incapaz de tragar; luego se atrincheraba en los esfuerzos que debía hacer para masticar bien y, de esa forma, tragar con más facilidad.

Nicole lo había sentado al lado de Marilou, y él sentía que la chica lo miraba de reojo, fijándose quizá en su forma de comer o de usar los cubiertos, o en cualquier otra cosa que pudiera contar al día siguiente a sus amigas. Sabía de sobra que las chicas hablan entre ellas y se burlan y convierten en secretos lo que su perspicacia ha sabido descubrir, y que se ríen de todo ello como locas y dando gritos. Ella no paraba de moverse en la silla, como si estuviera mal sentada, balanceando las bronceadas piernas, de las que Victor solo veía una franja de muslo entre el pantalón corto y el mantel en una esquina de su campo visual.

A Victor le había gustado de inmediato su modo de andar y sonreír, de revolotear por el salón al regresar de la playa, a primera hora de la

tarde, para enseñar la espalda, el estómago y las piernas dorados por el sol, pero ahora que la tenía tan cerca le parecía demasiado callada y curiosa respecto a él, habría preferido que siguiera hablando con esa vocecita ronca que hacía que hasta él tuviera ganas de aclararse la garganta.

En realidad, en la mesa no se hablaba mucho, la mayor parte del tiempo las caras estaban vueltas hacia la televisión, que daba noticias del mundo e imágenes de hambrunas y matanzas y catástrofes climáticas, a las que sucedían sin transición reportajes sobre las actividades de los veraneantes o de los hoteleros o de los restauradores, preocupados porque no ganaban bastante dinero. El parloteo del aparato nunca llenaba esos largos silencios, que Victor sentía pesar sobre él y durante los que solo se oía el tintineo de los cubiertos y los ruidos húmedos de las bocas.

Además, estaba aquel hombre que, inclinado sobre su plato, del que solo levantaba la cabeza para beber un poco de vino o echar un vistazo indiferente a los demás comensales, no decía una palabra. Desde que había llegado se hablaba menos.

Era Denis, el marido de Nicole. Había aparecido poco antes de las siete, muerto de cansancio y malhumorado, y había ido directamente a la cocina, donde se había bebido dos cervezas una detrás de otra delante del frigorífico abierto, antes de volver a la sala de estar para dar las buenas tardes, estrechar la mano que le había tendido tímidamente Victor y preguntarle cuántos años tenía.

–Trece –había respondido el chico.

–La edad del pavo. Tendrás que ir con cuidado. Si no…

El hombre había esbozado una sonrisa cansada, quizá forzada, y Nicole se había apresurado a decir que por supuesto que tendría cuidado, era un chico serio.

Cuando Denis se había vuelto hacia él con la cara reluciente de sudor, Victor había percibido el olor acre a alcohol como si fuera el de la propia transpiración del hombre y había creído ver en sus ojos el brillo de la fatiga, inestable, interrumpido por sus continuos parpadeos. Lo había atribuido al agotamiento, al trabajo en las obras de una

urbanización próxima a Burdeos, con aquel calor. Unas horas antes, Nicole le había explicado al chico que su marido era albañil, se había establecido por su cuenta hacía tres años y trabajaba tanto como sus dos peones, porque costaba salir adelante. A Victor no le habría gustado hacer eso. Trabajar a pleno sol, o bajo la lluvia, como veía hacer a los obreros a menudo, y encima mal pagados, según decía su madre, una mierda de trabajo.

Ahora estaban viendo juntos un reportaje sobre unos incendios terribles en Portugal; grandes llamas invadían las carreteras y obligaban a huir a los bomberos, mientras unos pobres diablos lloraban sus escasos bienes, devorados por el fuego. A Victor lo alivió que los demás ya no le prestaran atención, y procuró hacer el menor ruido posible con los cubiertos para que se olvidaran del todo de él. Hasta Marilou parecía haber dejado de observarlo con disimulo, y él pudo levantar un poco los ojos sin arriesgarse a encontrar otra mirada.

Julien, que estaba sentado frente a él, miraba fijamente la pantalla con la boca llena y abierta, sin masticar, y los ojos de un azul casi transparente muy abiertos detrás de las gafas.

–¡Julien! –exclamó Nicole.

El chico se sobresaltó un poco, empezó a masticar de nuevo y tragó ruidosamente, antes de posar la mirada en Victor, que evitó el azul vacío de sus ojos. Era bastante alto para su edad y espantosamente delgado. Sus huesudos brazos se movían por encima de la mesa con una lentitud precisa: nunca se le caía nada, ni el menor grano del tenedor, y ensartaba los alimentos como si cazara cosas vivas en su plato. Entre dos contemplaciones estupefactas de la pantalla del televisor, engullía con gran meticulosidad cantidades considerables de comida. Cuando Nicole o Denis lo animaban a servirse más, nunca decía que no: asentía con la cabeza para subrayar su conformidad y, sin mirar a nadie, daba las gracias con una vocecilla aguda.

Observándolo disimuladamente, Victor consiguió olvidarse de su angustia unos instantes. Le recordaba un poco a los dos hermanos que había conocido en el centro, y la idea de que existían niños que parecían aún más perdidos e infelices que él, hasta el punto de llevarlo

escrito en la cara, en todo el cuerpo, tan visible como señales de golpes o cicatrices, casi lo tranquilizaba. En momentos así, se sabía flotando bajo el agua, pero cerca de la superficie, donde aún llegaba la luz, mientras otros ahogados iban a la deriva por la oscuridad y el fango.

Marilou pidió permiso para levantarse e ir a ver la tele al salón hasta que hubiera que recoger la mesa, y cuando al pasar le rozó la espalda, Victor sintió que un escalofrío le subía hasta el cuello.

–Tú también puedes levantarte, si quieres –le dijo Nicole–. O acostarte, si estás cansado. Mañana será otro día y tendremos tiempo para hablar.

–¿Puedo ir fuera? ¿Al jardín?

Denis dio su conformidad soltando el humo del cigarrillo por la nariz.

En cuanto salió, Victor tuvo la sensación de que volvía a respirar. Se sentó en los escalones que descendían hasta el césped y ofreció el rostro a la suave brisa que soplaba en la oscuridad y hacía murmurar las hojas de los árboles. Cuando alzó los ojos se quedó asombrado por el centelleo del cielo, donde pudo distinguir incluso la vaporosa chalina de la Vía Láctea. Identificó las tres o cuatro constelaciones que conocía, y luego esperó que surgiera una estrella fugaz, como hacía siempre con su madre en el jardín de casa en noches de verano como aquella, cuando el calor del día los obligaba a acostarse tarde para saciarse de oscuridad y relativo frescor. Aguardó unos minutos, pero nada atravesó el cielo, e inmóvil como estaba, tuvo la sensación de ver girar a su alrededor la bóveda salpicada de estrellas con una lentitud impresionante, hasta que las lágrimas le nublaron la vista y le resbalaron por las mejillas y el cuello estirado, mientras en el fondo de su garganta la bola amarga volvía a hincharse para ahogarlo.

Entonces se levantó y, agitado por sollozos silenciosos, dio unos cuantos pasos por la hierba para dejar que todo aquello rebosara, mientras se secaba los ojos, la nariz y la cara con la parte baja de la camiseta; luego, con el pecho sacudido por los hipidos, permaneció largo rato en silencio, hasta que creyó oír un suspiro, el soplo de una respiración, y al volverse vio a Marilou que, de pie en la galería, probaba a sonreír con las manos a la espalda.

Ya no dejó de sonreírle. O eso le pareció a él. La sonrisa de Marilou duraba mucho, incluso cuando ya no sonreía y había pasado a otra cosa. Como esas cremas que dejan en la piel una sensación de frescor prolongada, o la menta fuerte en la boca, la sonrisa de aquella chica tenía un efecto duradero. Era algo luminoso y absolutamente espontáneo, sin vacilación ni cálculo, como un sol que sale o asoma de pronto entre las nubes. Sin duda, la primera parcela de felicidad que el chico consiguió reconquistar. Nunca había conocido eso. Los melindres o las audacias de sus novietas, en la escuela o el colegio, palidecían al lado de aquella claridad. Y sin embargo no tenía ganas de besarla o de tocarla, nada de eso. Más bien de rodearla con los brazos y estrecharla contra él, con la cara en su pelo negro.

Los siguientes días se dejó guiar, los escuchó mientras le enseñaban el pueblo y le presentaban a sus amigos asegurándole que eran los mejores del mundo, ya verás, es una chica genial, superdivertida. Eran Paola, Karine, Driss, Michaël y otros cuyos nombres olvidó enseguida, un desfile de chavales atrapados allí durante el verano o esperando a marcharse y perder de vista aquel agujero, que se aburrían ya y volvían a sus bicicletas o sus ciclomotores.

Creyó que se perderían en aquel océano de viñas, cuyas ondulaciones bien peinadas subía pedaleando con las piernas tensas. Divisó castillos, se cruzó con coches de lujo o deportivos que solo había visto en revistas o en la tele. Los ricos conducían en silencio detrás de cristales ahumados o pisaban el acelerador al volante de bólidos rojos o negros. Marilou le dijo los precios asombrosos de determinados vinos, calcularon el equivalente en botellas de refresco o en meses de sueldo y estuvieron de acuerdo en encontrarlo injusto, sobre todo tratándose de vino, un brebaje apestoso y lleno de alcohol.

–El vino emborracha –dijo Julien–. Se te sube enseguida. Mi padre se bebía tres copas y se caía redondo.

La mañana en que se detuvieron en el estuario, Victor no reconoció el Garona. Las aguas del río se perdían entre aquellas orillas tan alejadas, en medio de una agitación permanente de la que sospechaba que el océano tenía parte de culpa. No obstante, esa fuerza le gustó

enseguida. Era la primera vez que veía algo tan inmenso. Imaginó que, al bajar la marea, podías dejarte arrastrar hasta el mar, ir al encuentro de aquel fragor que sin duda producían el viento y el oleaje.

Iban a la playa temprano. Nicole prefería llevarlos alrededor de las nueve, y a Victor le gustaba caminar a la sombra aún fresca de los pinos, envuelto en el olor a resina y a menudo en una brisa marina que, empujada por la marea creciente, suspiraba en las copas de los árboles. Julien siempre se quedaba rezagado, armado con una rama recogida del suelo, hurgando en los agujeros en busca de alguna curiosidad, que a veces descubría: un enorme lagarto verde, una muda de cigarra, una moneda. Cuando se alejaba demasiado, Nicole lo llamaba alzando la voz. Entonces él volvía junto a ella y le daba la mano para caminar unos metros con la cabeza gacha, antes de alejarse corriendo de nuevo. Marilou tarareaba las canciones que oía en su walkman, y a veces le dejaba a Victor uno de los auriculares para hacerle compartir su entusiasmo.

Él casi siempre iba delante. Le gustaba que a su alrededor no hubiera más que árboles y retamas y zarzas en las que enrojecían las moras. Marilou le había contado que un día habían visto un corzo, que se había detenido en el sendero, los había mirado un momento y luego se había adentrado de un salto en el sotobosque, así que Victor esperaba que ocurriera de nuevo y ser el primero en divisar al animal para poder acercarse unos pasos y ver sus grandes ojos negros y sus orejas vibrando ante todas las alertas posibles.

Una mañana, a quien vio dirigirse hacia ellos fue a una mujer sola con un vestidito de playa azul, y entonces se detuvo, todo se detuvo en su interior, porque quien caminaba a su encuentro, a un centenar de metros de él, con una toalla roja en una mano y una bolsa dorada en la otra, era su madre. Siguió andando sin decirles nada a los demás, haciendo esfuerzos para no correr y al mismo tiempo no muy seguro de que las piernas fueran a sostenerlo un minuto más, mientras la cara de su madre se iba dibujando poco a poco con cada metro recorrido, y entonces se dijo que sencillamente venía a buscarlo, después de un viaje o de una fuga. Una vez, cuando era joven, casi una niña todavía,

se había fugado, se lo había contado ella misma una noche que estaba tan triste que había bebido un poco y hablaba de dejar la ciudad, de empezar de nuevo en otra parte, y por un momento, creyendo que pensaba irse sin él, Victor había sentido que la sangre se le helaba en el cuerpo y su cabeza se convertía en un espacio vacío y muerto, hasta que su madre se dio cuenta y le aseguró, estrechándolo contra su pecho, que jamás lo dejaría, porque él era toda su vida. Desde entonces había vivido con el miedo a verla partir, huir de nuevo de algo que amenazaba con darle alcance, así que ahora no estaba enfadado porque hubiera vuelto y escapado de los peligros mortales que siempre había presentido alrededor de ella. Durante unos segundos lo embargó una alegría dolorosa y toda la tristeza lo abandonó, hasta el punto de que rechazó aquella historia de su muerte como una broma pesada que se había gastado a sí mismo, no, no has muerto, la prueba es que dentro de treinta segundos estaré en tus brazos.

Agitó la mano y sonrió y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, porque de todas maneras había pasado mucho miedo durante aquellas semanas en que no la había visto una sola vez, puesto que estaba muerta, puesto que la había visto muerta y había percibido en la casa desierta el inmundo hedor de la muerte, unido a aquella oscuridad impenetrable.

La mujer, increíblemente hermosa, miró de arriba abajo a aquel chico que le sonreía y puso cara de asombro o ironía. Cuando Victor se detuvo para verla pasar, ella se volvió y le lanzó una mirada gélida y vacía que le hizo bajar los ojos. Victor se apoyó en el rugoso tronco de un pino y sintió que la corteza le despellejaba la palma de la mano. Un instante después, Nicole, inclinada hacia él, le rodeaba la cabeza con el brazo preguntándole qué le pasaba, y él dijo no, nada, no lo sé, mientras trataba de distinguir aún la silueta del fantasma que se alejaba por el camino.

–¿Quién es? –preguntó Nicole.

Victor negó con la cabeza y las lágrimas le cayeron en las mejillas, en las sienes, por todas partes. Nicole lo miraba asintiendo, porque sin duda había comprendido. Siguió con la vista a la mujer, que no

acababa de desaparecer, y atrajo hacia sí al chico, que no opuso resistencia.

–Es normal –le dijo en voz baja.

Luego susurró algo dulce que Victor no comprendió, aunque le dio las fuerzas necesarias para erguirse.

Eso fue todo. Nicole no le preguntó nada más, no volvió a mencionar lo que él creía haber visto. Simplemente a veces, en la playa, cuando veía que él miraba con fijeza a alguien, con la mano a modo de visera, en aquel punto donde la arena relucía junto a la franja de espuma, a través de aquel temblor luminoso del que a veces surgían paseantes vibrando como fuegos fatuos, simplemente lo observaba a hurtadillas y se las ingeniaba para hablarle e intentar de ese modo sacarlo de su ensoñación o distraerlo de la visión que quizá lo fascinaba.

Aparte de eso, en cuanto llegaban a la duna Victor siempre sentía la misma alegría y una especie de emoción le colmaba el pecho, porque aquello le parecía muy hermoso a la suave luz de la mañana. Era la misma sensación que lo invadía al llegar a la playa con su madre, cuando el poder elemental del paisaje se abría ante ellos: el océano estaba tendido allí, en la arena dorada. Todo era igual: el terco fragor de las olas, la extensión desierta, espejeante durante la bajamar, el horizonte azul, en el que le gustaba adivinar la inmensa curva de la Tierra. Se paraba un momento para mirar, mientras Marilou y Julien se lanzaban hacia la playa pendiente abajo soltando gritos.

Varias veces se llevó en la mochila *Soy leyenda* y siguió fascinado los vagabundeos de Robert Neville por la ciudad desierta, o pasó las páginas frenéticamente durante los ataques de los vampiros. A veces, pensaba que le habría gustado ser el superviviente de una catástrofe y convertirse en el dueño absoluto de un mundo muerto.

Tumbado boca abajo en la toalla, en la somnolienta penumbra de la visera de su gorra, inventó una historia completa. Imaginó las calles de Burdeos llenas de vehículos parados y con las puertas abiertas, y a sus ocupantes desaparecidos o pudriéndose en los asientos. Se vio saqueando las tiendas para conseguir comida, pero también todo lo que le apeteciera. Le costó hacerse una idea del silencio absoluto de un

mundo aniquilado. ¿Acabaría oyendo en él el latido de su corazón? ¿Seguiría habiendo pájaros que cantaran y surcaran el aire? Le dio vueltas y más vueltas a esa cuestión. Sí, sin duda. Como en la película. Posados en todas partes, sin miedo ya a nada. Dispuestos a reventar todos los ojos que siguieran abiertos. Todo se volvería salvaje, a los animales ya no les asustaría nada. Tendría que armarse, pero sería sencillo. Se instalaría en una casa fácil de defender. Habría que luchar contra los perros e incluso contra los gatos, famélicos, que pronto no tendrían suficiente con los miles de cadáveres. Puede que aparecieran lobos, como en otras épocas.

Esa aterradora soledad de presa con los días contados le pareció preferible a las arenas movedizas por las que se sentía tragado día tras día sin que nada, ni los gritos ni los movimientos, le fueran de ayuda. Le dieron ganas de escribirlo. Una tarde, incluso empezó a hacerlo en un cuaderno, solo en su habitación. Escribió «Novela» en la tapa con rotulador y llenó una docena de páginas sin levantar la cabeza, sumergido en un mundo en el que podía olvidarse de sí mismo.

Un día que se había encerrado en su habitación y estaba adormilado en la semioscuridad, tras haber intentado acabar *La isla misteriosa*, Marilou llamó a la puerta.

–Ven, ha venido Rebecca, mi prima, ¿recuerdas? Te he hablado de ella. Quiere conocerte.

Cuando abrió la puerta, la chica había desaparecido. Bajó la escalera descalzo, muy atontado. En la casa no se oía ningún ruido aparte de la voz de Nicole, que hablaba por teléfono. Las chicas se habían instalado al fondo del jardín, en sillas de plástico bajo los árboles, junto a una mesa llena de muñecas rubias y accesorios rosas y dorados. Rebecca volvió hacia él unos grandes ojos negros inútilmente pintados. Parecía una mujer. Una mujer que jugaba a ser una muñeca. Victor no acababa de saberlo. Si Marilou no le hubiera dicho que iba al colegio en Pauillac, le habría echado veinte años. Se preguntó si era hermosa o bonita. No tenía palabras para expresar lo que sentía. En lo que tardó en llegar junto a ellas, Rebecca había vuelto a bajar los ojos hacia una peluca pajiza para espolvorearla de partículas relucientes.

Luego no vio más que sus piernas, largas y morenas, con una cadenita dorada en el tobillo, y sus pechos, sueltos bajo la camiseta de tirantes, cuyas amplias escotaduras permitían adivinar su redondez. Al instante, tuvo ganas de tocarla. De besarle todo el cuerpo. Tuvo que contenerse para no hacerlo. Sintió que esas ganas se endurecían entre sus piernas. Nunca lo había sentido con tanta fuerza. Avergonzado, temió que se le notara bajo el pantalón corto, pese a que era ancho.

Cuando llegó a su lado, Rebecca se levantó rápidamente y lo abrazó murmurando un «Hola» indiferente. Luego le ofreció un rostro redondo y duro, en el que a Victor apenas le dio tiempo a posar los labios. Le pareció que besaba un puño. Apenas sintió los labios de ella, que volvió a sentarse y le dio un sorbo a la Coca-Cola.

Victor se sentó un poco más lejos, en la hamaca. La miraba. Le estaba poniendo una especie de traje de noche a una muñeca, mordiéndose el labio inferior con el ceño fruncido. Como el pelo le caía sobre la cara en negros y espesos mechones, tenía que volver a recogérselos una y otra vez detrás de las orejas con un gesto de la mano y el pulgar que a Victor le encantó en cuanto la vio hacerlo. Los dedos de Rebecca, en los que relucían varios anillos, se movían con agilidad. La cosa de plástico no tardó en estar lista con su vestido de lentejuelas. Victor contó siete anillos. Supo que sería lo primero que le regalaría. Rebecca había cruzado las piernas y balanceaba nerviosamente el pie libre, con la sandalia adornada con perlas colgando en equilibrio inestable sobre los dedos. El chico no se atrevió a deslizar la mirada hasta lo alto de sus muslos, hasta el pantaloncito de algodón blanco que a veces se abría alrededor de la piel morena.

–¿Quieres Coca-Cola?

Tardó unos instantes en darse cuenta de que quien le hablaba era ella. Tuvo que salir de su aturdimiento para ver que le tendía un vaso de refresco.

–Toma, casi no he bebido, no tengo sed.

Él se levantó, cogió la bebida y le dio las gracias con un murmullo. Bebió a largos tragos. La frescura y el azúcar le sentaron bien. Se quedó allí, de pie delante de la mesa. Las chicas, inclinadas sobre lo que

estaban haciendo, concentradas como costureras profesionales, no le prestaban atención. Tampoco hablaban entre sí. Manejaban las diminutas prendas con la destreza de obreras especializadas. Era como un trabajo.

No sabiendo qué hacer, Victor volvió a sentarse. Al final se tumbó del todo en la hamaca con la cara vuelta hacia las chicas. Tenía que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de Rebecca, para dejar de desnudarla centímetro a centímetro y sentir casi físicamente el tacto de su piel en las yemas de los dedos. Decidió convertirla en un personaje de su novela de supervivencia. Surgiría en harapos en mitad de una autopista y se lanzaría bajo las ruedas de su 4x4. Por supuesto, él la evitaría por poco y la reconfortaría. Estarían solos en el mundo, en medio del caos definitivo. La idea le encantó. Rebecca y él, los primeros días del final del mundo.

La voz de Marilou lo sacó de su ensoñación.

–¿Quieres jugar con nosotras? Puedes vestir a este –dijo con una gran sonrisa, blandiendo un muñeco que representaba a un hombre, o a un muchacho.

Rebecca se partió de risa con la cara escondida en el vestidito de tul que arrugaba en su puño.

–Es el mariquita de Ken –dijo con voz ronca.

Victor se estremeció. Le dolió. Se puso de pie, dispuesto a irse, y preguntó dónde estaba Julien.

–No lo he dicho por ti –aseguró Rebecca–. Era una broma, joder. ¿Verdad, Marilou?

–Sí, no pasa nada –dijo Marilou sin apartar los ojos del teléfono móvil en el que estaba tecleando.

–¿A quién escribes?

–A Paola. Está en Portugal, en casa de su abuela.

–¿Te gusta estar aquí? –le preguntó Rebecca a Victor–. Denis y Nicole son geniales. Yo los adoro. ¿Dónde vivías antes?

No lo miraba, concentrada en montar una especie de autocaravana rosa. Victor se preguntaba si merecía la pena responder. Le habría gustado ver sus ojos posados en él.

–Vivía con mi madre –respondió al fin.

La chica, pendiente de lo que estaba haciendo, no dijo nada. Puede que ni siquiera hubiera oído la respuesta.

–Se murió –murmuró Victor, y en sus pulmones no quedó ni una molécula de aire, mientras se preguntaba si conseguiría volver a hablar algún día.

–¡Ah, sí, es verdad! Me lo ha dicho Marilou.

Alzó los ojos hacia él. Grises o verdes, atrapaban toda la luz que se filtraba entre el follaje del árbol. Batió los párpados dos o tres veces. Se dejó caer en el respaldo de la silla y apartó la mirada. Victor se sintió suspendido en el aire por un gancho de acero clavado en su pecho. Las chicas intercambiaron algunas frases que no entendió mientras manipulaban sus móviles. Victor recobró un poco el aliento y se apoyó en la mesa, porque le daba vueltas la cabeza.

–¿Y tú? –preguntó por preguntar.

Marilou dejó el móvil en la mesa y miró a Rebecca.

–Yo bien. El año que viene iré al Centro de Formación Rural, en Lesparre. Para aprender un oficio de mierda y ganarme la puta vida de mierda. Y largarme de aquí.

–¿Vives con tus padres?

La chica se encogió de hombros y luego se puso a escuchar sus mensajes. Marilou, con los grandes ojos muy abiertos, parecía querer decirle algo al chico.

Victor miraba los pechos de Rebecca por el escote de la camiseta. No podía mirar otra cosa. Estaba de pie a dos metros de ella, pero le parecía sentir el calor que emanaba, como si estuviera delante de una hoguera. La chica hablaba muy deprisa, comiéndose las palabras, con una voz casi ronca de inflexiones chillonas. A veces hacía gestos bruscos y lanzaba miradas implacables. Lo asustaba. Pensó que debía de pelearse a menudo.

Durante un rato no dijeron gran cosa. Luego, Rebecca se levantó de pronto porque tenía que irse. Le dio un beso a Marilou y se alejó sin mirar siquiera a Victor, que no supo si estaba decepcionado o aliviado de que se fuera.

10

Al entrar al portal, Vilar vio al instante la carta, que asomaba un poco fuera de la ranura del buzón. Era un sobre de papel de estraza no muy grueso, sin sello, que llevaba su nombre y su dirección escritos con una plantilla para rotular. El corazón le dio un vuelco. Luego recordó que el presidente de la comunidad de vecinos solía distribuir así sus informes personales, verbosos y detallistas, de las reuniones con el administrador. Le dio la vuelta al sobre, pero no vio nada de particular, salvo que la solapa autoadhesiva había sido reforzada con celo en toda su longitud, de forma que no se podía introducir el dedo para abrirlo. Sin saber por qué, palpó el papel, lo olisqueó varias veces, no percibió más que un olor a cola quizá, y, por fin, se decidió a desgarrar una esquina con la llave del coche mientras subía los primeros peldaños de la escalera.

Eran fotos. Seis hojas. En tres de ellas se veían veinte imágenes; las otras tres contenían dos, ampliadas.

Se detuvo en el primer rellano. Niños. Había fotos anodinas, retratos, instantáneas a veces sonrientes, mezcladas con otras. Miró una de las hojas a la luz amarilla del plafón. Soltó un gemido entre dientes y volvió a guardar los papeles en el sobre. Acabó de subir a su piso presa del vértigo, se lanzó hacia la oscuridad de la vivienda, cerró la puerta con el pie y se quedó en la entrada sin dar la luz oyendo el golpeteo de sus arterias, que hacía saltar haces de chispas dentro de su cabeza con la dureza de un sílex. Al final del brazo rígido sentía el sobre pegado a los dedos por el sudor. Tenía la impresión de que todo su costado izquierdo había quedado paralizado de pronto, y pensó que eso debía de ser lo que se sentía cuando se sufría un infarto. Se dijo que, después de todo, podía morir allí en ese mismo instante, y se dio cuenta de que pese a sus esfuerzos era incapaz de hacer pasar ante sus ojos la menor película de ningún momento de su vida, ni siquiera una diapositiva borrosa. No le llegaba ninguna imagen. Las que había entrevisto en la

escalera parecían impedir que se formara cualquier otra.

La infamia, impidiendo la felicidad.

El timbre del teléfono estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta para entrar en el salón.

–Bueno, ¿qué? ¿Lo has visto?

El hombre hablaba deprisa, bruscamente. Era una voz ronca, casi con carraspera.

–¿Quién habla? ¿Qué quiere? –gritó Vilar sin aliento.

–¡Eh! A mí no me levantes la voz. No estás en tu despacho de madero haciéndote el valiente con un pobre diablo. Así que cierra el pico o cuelgo. ¿Lo has visto?

–Si he visto ¿qué?

La voz soltó una risita aguda, a la que puso fin una tos seca.

–Joder, ¿eres gilipollas?

Vilar se acercó a la ventana y escudriñó la calle con la absurda esperanza de ver a su interlocutor. Respiró hondo para intentar serenar su voz.

–Chavales… ¿Y qué? En los últimos años he visto miles, así que…

De pronto lo comprendió. Arrojó las fotos al suelo, pulsó el interruptor de una lámpara a sus espaldas, se agachó y examinó las ampliaciones.

En el auricular, el hombre habló con una suavidad irónica, fingiendo paciencia.

–¿Has mirado mejor? Creías que no volverías a verlo, y voy yo y te lo enseño. ¿Qué se dice?

Vilar buscaba una respuesta y el modo de enfrentarse a aquello cuando sus ojos se detuvieron en una imagen que mostraba a un niño de ocho o nueve años con la cara oculta por un antifaz, y detrás de él, el cuerpo de un hombre desnudo cuyas gruesas manos se distinguían en las caderas del pequeño. Vilar no pudo hacer nada contra las lágrimas que empezaban a resbalarle por las mejillas. Dejó el teléfono en el suelo, se acercó la foto a los ojos y examinó la carita, cuya mirada, cansada, atónita, brillaba bajo la máscara. Vio los delgados brazos, el pecho enteco que el flash cubría de sombras, las vértebras marcadas, la

espalda, tensada por la violación.

Oyó la voz del desconocido en el auricular y volvió a cogerlo.

–¿Ves con qué se la machacaba el gendarme? ¡Tenía la casa llena, recogí una bolsa entera! Eso es lo que ibas a revisar con él, ¿eh? Ahora ya no sabes qué decir, ¿verdad? Bueno, te dejo celebrando el reencuentro. No te preocupes, volverás a tener noticias mías, ¡y yo tuyas!

Se hizo el silencio, y Vilar se quedó sentado en la moqueta, con la innoble imagen en la mano, sin atreverse a mirar las demás, con los ojos clavados en los del chico, en los que creía reconocer la mirada de Pablo los días en que estaba triste o enfermo, sí, se acordó de la fuerte gripe que había tenido a los seis años, con complicaciones pulmonares que habían hecho subir la fiebre por encima de los cuarenta grados y los habían tenido, a Ana y a él, a la cabecera del pequeño toda una noche, poniéndole bolsas de hielo en la frente y temiendo que sufriera convulsiones, preparados para salir corriendo hacia Urgencias, dormitando cuando la fiebre dejaba relajarse y descansar un poco al cuerpecillo, sobresaltándose a la menor queja. Al día siguiente, la temperatura le había bajado casi diez grados y Pablo se había despertado sonriéndoles con toda la carita, ojeroso y con los ojos brillantes, que había vuelto a cerrar enseguida para dormirse de nuevo apaciblemente.

Vilar se tendió boca arriba en el suelo y lloró, asaltado por visiones de su hijo martirizado. Todas las imágenes de niños que había visto en los últimos años en compañía de Morvan se atropellaban en su mente, y le pareció que Pablo era la única víctima, la víctima perpetua. Llegó un momento en que las lágrimas y los sollozos lo ahogaban, y tuvo que toser e incorporarse para poder respirar, aunque sentía en el pecho un dolor difuso, una quemazón que se extendía a los músculos y los huesos, un ácido infiltrado que amenazaba con disolverlo desde dentro. Se levantó jadeando, fue hasta el balcón y lo abrió. Una ligera corriente hizo volar la cortina detrás de él. Salió y se acodó en la barandilla, esforzándose en respirar hondo para calmar su corazón, que latía deprisa pero también podía detenerse de golpe, y una vez más pensó en

la inminencia de la muerte sin ningún miedo, sin la menor pena por lo que dejaría atrás, convencido de haber perdido ya lo esencial y de estar regodeándose en un sufrimiento sin sentido, incapaz de salir de aquel crepúsculo doloroso para hundirse en la noche o retornar al día.

El ruido lejano de una portezuela al cerrarse lo obligó a escrutar de nuevo la calle y los coches aparcados, las pantallas convexas de los parabrisas, relucientes a la luz de las farolas. Estaba convencido de que el hombre se encontraba allí, agazapado en su asiento, espiándolo y disfrutando con el daño que le hacía, y sopesó la posibilidad de lanzarse a la calle de inmediato, con su arma en la mano, para agarrarlo y hacerle hablar. Pensó en lo mucho que podía hacerle sufrir, y a medida que imaginaba las heridas que infligiría a aquella basura, sintió que el malestar desaparecía y daba paso en todo su cuerpo a una fuerza que hizo correr bajo su piel un estremecimiento glacial.

Volvió adentro y, sin pensar, bajó la persiana, probablemente para escapar de los ojos que sentía clavados en él. Sin atreverse a mirarlas, guardó las fotos en el sobre, que dejó encima del aparador. Ya no se sentía con redaños para nada. Miró el reloj: eran casi las once. Encendió el reproductor de CD con la intención de oír el que había dentro, pero la bandeja estaba vacía y no tuvo ganas de elegir otro. ¿Qué podía poner? La música, sobre todo oída así, en un aparato, ¿había eliminado el silencio alguna vez? No le apetecía encerrarse en una burbuja sonora, y pensó en esos exploradores del Polo Norte de las novelas o las películas que, acurrucándose junto al fuego y su vacilante resplandor, creían poder impedir que el frío hiciera presa en ellos o los lobos los vencieran.

Necesitaba una voz humana. Ya se enfrentaría a los lobos más tarde.

Pradeau respondió al segundo tono.

–¡Hombre, Pierre! ¡Hola, compañero!

Como fondo sonoro, se oían unos bajos potentes, muy graves. También se oía sonreír a Pradeau.

–¿Qué estás oyendo?

–No te gusta. Rap.

–¿Y a ti te gusta?

–El rap no. Me gusta este disco. Es Kool Shen, un antiguo miembro de NTM, el grupo favorito de los polis.

–¿Estás solo?

Vilar lo oyó encender un cigarrillo.

–Depende de lo que entiendas por solo. Un paquete de tabaco, una botella de Glenmorengie, una bolsa de galletitas saladas… No he tenido valor para hacerme la cena, joder. Pero no he bebido casi nada, agente.

–Vente para acá con tu compañía y te alimento: pizza cuatro estaciones, paté de foie casero y un Graves de cosecha. Y no te entretengas o me pego un tiro.

–Me gusta tu sentido del humor.

–No es humor.

Vilar lo oyó reír nerviosamente al otro lado de la línea.

–¿Tienes polos en el congelador?

–Tengo.

–Ahora voy. Ya hablamos.

Vilar colgó.

«Date prisa –dijo para sus adentros–. Se va a enfriar».

Permaneció inmóvil largos instantes con el teléfono en la mano. Luego se levantó rápidamente, encendió las luces y puso un CD de Patti Smith, *Easter*. Seleccionó «Because the Night» y oyó a la maga tarareando la melodía.

Pradeau apareció media hora después con una bolsa del súper que contenía los suplementos que le ayudaban a poblar su soledad. Su corpachón se recortó contra el marco de la puerta y allí se quedó, mirando a Vilar con expresión burlona hasta que avanzó hacia él, le dio una palmada en el hombro a modo de saludo y le preguntó qué pasaba.

–Primero cenamos –respondió Vilar– y tomamos una copa. Luego te lo cuento.

Comieron y bebieron en la cocina sentados de lado en dos incómodas sillas de hierro en torno a una mesita redonda de bar, mobiliario minimalista que Vilar había conservado tras separarse de Ana, un recuerdo de su primera cocina en el estudio de alquiler en que habían vivido tres años en París, en otros tiempos. Hablaron tranquilamente en

voz baja, en el tono de la confidencia, tan pronto frívolos como serios, y el silencio dejó de existir durante dos horas, mantenido a raya por el rumor que el alcohol y el tabaco hacían flotar sobre sus cabezas.

La melancolía les arrancaba suspiros y, de vez en cuando, les quitaba las palabras de la boca, haciéndoles dudar sobre lo que querían decir, o sobre si había algo que decir.

No obstante, llegaron a reír a carcajadas con algún recuerdo común, situaciones grotescas a las que habían tenido que enfrentarse en el ejercicio de su profesión, esos momentos en que los humanos ya no son más que payasos de su propia tragedia o títeres de su degradación.

Hacia la una de la mañana, Vilar se levantó masajeándose los riñones y propuso que pasaran al salón para tomarse la última más cómodamente. Con el interior de las mejillas pegado a las encías, Pradeau declaró que era una buena idea, porque los dos habían sufrido bastante por hoy. Agarró la silla por el respaldo y la sacudió riendo.

–Las sillas en las que sentamos a los tíos duros para interrogarlos son sillones pullman al lado de esto. A ver, ¿de qué querías hablarme?

–De esto –dijo Vilar tendiéndole el sobre de las fotos–. El tipo que las ha metido en mi buzón me ha llamado hace un rato, dos minutos después de que llegara. No estaba lejos. Vigilaba el edificio.

Pradeau examinó las imágenes. Su cara se había inmovilizado; ya no era más que una máscara cerosa a la suave luz de las lámparas. Respiraba por la nariz, por la que a su pesar se oía salir con dificultad un resoplido de asco. Señaló una foto con el dedo.

Vilar, sentado al otro lado del baúl que hacía las veces de mesita baja, no se movía. Se limitaba a mirar el horror que petrificaba a su amigo.

–¿Crees que es Pablo? –le preguntó Pradeau.

Vilar torció la boca.

–Preferiría no creerlo, pero sí.

–Es difícil saberlo, ¿no te parece? Con esa máscara…

–El tipo se ha dado el gusto de llamar, justo cuando yo acababa de llegar. Ha dejado que las viera y luego ha llamado.

–¿Ha llamado? –exclamó Pradeau con voz ahogada–. ¡Ha llamado!

Negaba con la cabeza, estupefacto. Ese dato parecía conmocionarlo más que las inmundas fotos que acababa de ver.

–¡Sí, joder, ha llamado! ¿Qué te pasa?

Pradeau pareció serenarse de repente y le dio un sorbo al whisky.

–No, nada, pero ese fulano… No entiendo por qué se ensaña de esa manera. Además, fíjate bien, en las fotos hay caras desenfocadas. Trata de confundirte.

Volvió a examinar las fotos, como si en ellas fuera a leerse al fin un secreto.

–Es él quien se llevó a Pablo –dijo Vilar–. Estoy seguro. «Lo tengo yo», dejó escrito en el ordenador, ¿recuerdas?

–Para, Pierre. Esos tíos no actúan así, lo sabes perfectamente. ¿Qué es lo que tiene, o a quién? ¿Ha secuestrado a Morvan, lo está reteniendo? ¿Qué es lo que quiere decir exactamente? Además, coño, ¿por qué iba a volver siete años después, cuando todas las pistas se han enfriado y ya no corre casi ningún peligro? ¡Es un disparate! ¿Tú crees que Morvan había descubierto algo?

Vilar se encogió de hombros.

–Me sorprendería mucho. Una vez creyó que había encontrado un rastro, en la zona de Niza, y me lo dijo enseguida por teléfono, sin rodeos; dos días después estábamos allí, ¿te acuerdas de aquello, hace cuatro años? Eran unas niñas de doce años que venían de Bulgaria. Cuando me pedía que fuera a verlo era para aclarar alguna duda sobre unas fotos, o para ponerme al día. Y esta vez, como ya te dije, lo encontré un poco raro por teléfono. Creo que no estaba solo y que intentaba avisarme.

–¿Para que supieras que no debías ir? ¿Y de qué le servía eso? Al revés, necesitaba ayuda. ¿Crees que el otro tipo había decidido tenderte una trampa? Eso no se sostiene.

Vilar se levantó, se acercó a la persiana bajada, se volvió…

–Ya no lo sé –dijo casi en un murmullo–. De lo que sí estoy seguro es de que ese fulano sabe qué le paso a mi hijo, así que voy a encontrarlo y hablará, aunque tenga que cortarlo en pedazos para conseguirlo.

Pradeau alzó los ojos hacia él y sostuvo su mirada.

–Yo te prestaré el cuchillo –dijo después de aquel silencio que se había deslizado entre ellos–. Entretanto habrá que hablarlo con Marianne. Pondrá gente en ello. Acabaremos jodiéndolo.

Vació el culo de la botella en los vasos, encendió un cigarrillo, tosió y tomó un sorbo de whisky a modo de medicina. Vilar se acercó y olió el contenido de su vaso. Hizo una mueca y lo apartó.

–Joder, qué cansado estoy… –dijo–. Voy a intentar dormir. –Hizo un gesto hacia el sofá en el que estaba sentado Pradeau–. Puedes sobar ahí, si quieres. Así no tendrás que conducir entonado.

Pradeau se levantó, se desperezó bostezando y luego miró a Vilar con expresión irónica.

–Demasiado poco para mí. Nathalie y yo dormimos en habitaciones separadas durante dos años, no tengo ganas de repetirlo contigo.

Rieron. Sus tambaleantes sombras, más borrachas que ellos, flotaban en la pared una frente a otra. Vilar lo acompañó a la puerta.

–Mañana nos lanzamos a la caza –dijo Pradeau volviéndose en mitad del rellano–. Cogeremos a ese cabrón y le haremos echar las tripas.

Se dijeron adiós. Vilar se quedó en la puerta oyendo cómo su amigo bajaba pesadamente los dos pisos; luego le llegó el chasquido de la cerradura eléctrica. Cuando regresó a la penumbra del piso, de pronto le pareció más oscura, adensada por el silencio que le llenaba los tímpanos de un zumbido imperceptible.

11

Podía estar horas delante del armario en el que había colocado la urna, sola en un estante. Lo dejaba abierto y se quedaba sentado en la cama con las manos sobre los muslos y los ojos llenos del reflejo del recipiente metalizado, que brillaba en la penumbra de la habitación como la sangre de un ser fantástico. Concentraba en esa mancha escarlata toda la energía mental de que disponía para convocar la imagen de su madre y hablarle y pedirle que volviera, allí, ahora, mamá, porque yo lo quiero, porque con la fuerza de la voluntad se puede conseguir lo que sea y mi voluntad no tiene límites.

Esperaba que el fantasma se materializara, se condensara, como un vapor de amor y de pena, y se acercara para sentarse a su lado y estrecharlo contra su pecho besándole el pelo. A veces, después de comer, esperaba horas en medio del calor de la tarde, en el momento de la siesta, cuando toda la casa estaba tan silenciosa que se habría podido oír suspirar a las sombras del recuerdo, pero esa presencia imposible siempre acababa aplastándolo, y entonces le parecía que el aire había escapado de la habitación poco a poco, hasta el punto de que ya no conseguía respirar, chafado por su propio peso, hundido sobre sí mismo, como un balón pinchado o un saco vacío.

No podía hacer nada contra esa espera. Venía a instalarse en su interior en determinados momentos, cuando estaba solo y tranquilo, cuando encontraba las cosas bonitas y armoniosas. No creía en nada, ni en Dios ni en el alma, sabía que los muertos nunca regresan porque para ellos todo ha acabado. Pero estaba aprendiendo que su recuerdo insistía porque entre ellos y los que se quedan hay un lazo que perdura, un eco, una nota prolongada, parecida a la vibración de una campana, que no acaba ni siquiera cuando ya no la oyes, y no sabía si deseaba que eso durara más o que terminara, porque no sabía si le producía placer o pena.

Marcaba en su agenda los días que habían pasado desde entonces.

Contó cuarenta y cuatro. Intentó acordarse de lo que había hecho cada uno de ellos, pero renunció ante la imposibilidad de la tarea, preocupado por el archipiélago de su memoria, que un confuso océano parecía a punto de sepultar.

Se levantó bruscamente para hacer caer al suelo el peso que le aplastaba el pecho. Dio unos cuantos pasos descalzo por la áspera moqueta y se obligó a respirar hondo. Un escalofrío le recorrió la espalda, así que se puso la camiseta, pero, al instante, la tela caliente, que le pesaba en los hombros, se le hizo insoportable. Salió al estrecho pasillo y aguzó el oído. En la habitación de Marilou se oía música baja. Estaba con Rebecca. Se aguantó las ganas de ir a escuchar a la puerta y llamó a la de Julien, pero no obtuvo respuesta. Bajó, fue a la cocina a beber del grifo y aprovechó para mojarse la cara y la nuca.

Fuera, la luz y el calor eran tan intensos que se detuvo en el umbral de la puerta como si hubiera chocado con algo. Entrecerró los ojos, se puso la mano en la frente a modo de visera y dio unos cuantos pasos llamando a Julien, que debía de estar ocupado con alguna de las estúpidas tareas con las que podía pasarse horas, solo y farfullando misteriosas maldiciones.

Lo encontró cerca de un cobertizo, sentado en un ladrillo delante del montón de leña, en pleno sol. Llevaba una gorra con el escudo del Olympique de Marsella, el equipo que más admiraba en el mundo, sin que en realidad fuera capaz de explicar por qué. «Los demás son unos payasos», decía cuando le insistían sobre el tema. Un día se le había escapado que era el club favorito de su padre, pese a haber nacido en Roubaix.

–¿Qué coño haces? –le preguntó Victor.

El chico se llevó el índice a los labios y, con un gesto, le ordenó que se sentara.

–Mira… –susurró, y abrió la tapa, cubierta de agujeros, de una caja de plástico.

En su interior se agitaban convulsivamente siete u ocho lagartos, algunos dejando tras de sí rastros de sangre. Cerró con rapidez la caja y se la puso en las rodillas; luego señaló algo con un movimiento de la

barbilla: otro lagarto asomaba el hocico entre dos troncos.

–Ese es enorme.

Con movimientos sigilosos, cogió del suelo una caña de bambú cuyo extremo, rajado por el centro, formaba una especie de horquilla. Victor se apartó un poco de él para no estorbarle y contuvo el aliento cuando Julien empezó a acercar la caña al animal con una lentitud que recordaba la de ciertos depredadores capaces de controlar sus movimientos al milímetro y permanecer inmóviles antes del ataque final durante interminables segundos. El sudor empezó a perlar la frente y las sienes del niño y se le acabó acumulando en la punta de la nariz. Victor observaba a aquella especie de atleta esmirriado que, con los ojos fuera de las órbitas y la punta de la lengua asomando entre los labios apretados, tensaba todos los músculos bajo aquel sol infernal para llevar a cabo una caza primitiva e irrisoria, mientras los insectos crepitaban en la hierba como miles de llamitas invisibles que estuvieran cociendo la tierra. El lagarto levantó la cabeza hacia aquello que se aproximaba a él, y a Victor le dio la impresión de que sus costados se agitaban más deprisa y vio los telones transparentes de sus párpados cayendo sobre sus ojos, mientras Julien se inmovilizaba y, con él, su caña bífida. El tiempo se detuvo, o al menos Victor tuvo la certeza de que en ese preciso instante el planeta hacía una pausa en su rotación y el sol la aprovechaba para clavarle en la espalda un chuchillo de fuego.

Apenas advirtió el movimiento que le hizo dar un respingo de sorpresa, pese a llevar minutos esperándolo. El lagarto ya se debatía como loco, aprisionado por la pinza de bambú, y Julien lo cogió con precaución con el índice y el pulgar para examinarlo más de cerca.

El animal abría la boca o lanzaba fuera la lengua para intentar identificar la cosa viva a la que se enfrentaba.

–¿Has visto? –exclamó Julien–. Quiere morder. Pero no es como los lagartos verdes. Una vez cogí uno y tuve que cortarle la cabeza.

–¿Por qué?

El chaval no le quitaba ojo al reptil.

–Porque no conseguía que me soltara el dedo, el muy gilipollas. Así que fui a buscar unas tijeras de podar y ¡zaca! Aún tardé cinco minutos

en poder quitármelo. Estaba sangrando. Sus dientes cortan que no veas. Creo que matan a las víboras.

–¿Has cogido?

–¿El qué?

–Víboras.

Julien metió al lagarto en la caja. Solo entonces se secó el sudor que le caía por la cara con la manga de la camiseta.

–No, pero sé dónde hay. Volví a verlas el otro día. Son fáciles de cazar. Si quieres, vamos. Hay que coger las bicis.

Victor se estremeció. Solo de pensar en serpientes se le ponía piel de gallina.

–Estaría bien –dijo con la boca seca–. ¿Qué haremos con ellas?

El chaval se encogió de hombros.

–No sé. Podemos matarlas. O vamos a casa del viejo Georges y se las metemos en la cama. Vivas.

–¿Quién es?

–El padre de Nicole. El abuelo de Marilou y Rebecca. No nos dejan ir. Lo tenemos prohibido. Creo que están peleados.

–¿Por qué quieres ponérselas en la cama?

El chico metió la cabeza entre los hombros.

–Por nada. Porque sí. Porque es un cerdo y ya está.

Julien comprobó la tapa de la caja de los lagartos, y los dos se levantaron al mismo tiempo y se quedaron delante del montón de leña sin decir nada, cavilando.

–¿Y si le pican? ¿Y si se muere? ¿Has pensado en eso?

El chaval pegó la oreja a la caja.

–A lo mejor oigo sus corazones, si resuenan en el plástico… Pero qué dices. Ese hijo de puta se cagará de miedo. De todas formas, no tenemos que hacerlo, era solo una idea, para saber qué hacer con las víboras. Ya lo pensaremos.

Llevado por su repugnancia a las serpientes, Victor, que ya se imaginaba al viejo metiendo las piernas bajo la sábana, se estremeció al sentir casi físicamente en las pantorrillas el dolor de la mordedura y el tacto del reptil enrollándosele en los tobillos.

–¿Tú tienes padre? –le preguntó Julien de repente.

Las serpientes desaparecieron. Alguna otra cosa le mordió en el corazón. Miró al chico, que lo observaba con la cara alzada hacia él a la espera de la respuesta, guiñando los ojos a causa del sol.

–No lo sé. No lo conozco.

Julien asintió con la cabeza.

–Yo tenía, pero murió. En el cuarto de baño, con la escopeta. Lo encontré yo. ¡Joder! Si lo hubieras visto… Nunca hablo de eso con nadie.

Torcía la boca y abría las aletas de la nariz en señal de asco. Escupió al suelo. Victor le puso una mano en el hombro y comprobó lo pequeño y delgado que era, porque notaba sus puntiagudos huesos bajo los dedos.

–¿Y por qué me lo cuentas a mí?

–Porque confío en ti. Es como si fueras un hermano. No te conozco hace mucho ni nada, pero bueno, ¿y qué? Es como si tú me protegieras.

Victor no supo qué decir, buscó las palabras, pero no las encontró. Se limitó a golpear suavemente con el puño el huesudo hombro del chaval y sonrió.

Julien dijo que tenía sed, así que caminaron uno al lado del otro en dirección a la casa, y al pasar junto a la cerca que daba a la carretera, Victor vio al otro lado de la calzada a un hombre con gafas de sol que los miraba sentado al volante de un coche gris. Reconoció al hombre. Supo que nada había acabado.

Como había aflojado el paso, Julien se volvió, miró en la misma dirección y le preguntó quién era.

–Nadie –dijo Victor–. Un capullo. Date prisa, aquí hace mucho calor.

Volvió a posar la mano en el hombro del chico para guiarlo al interior y notó en la espalda que él lo agarraba de la camiseta.

Ahora las chicas estaban en el salón, viendo la tele. Repantigadas en el sofá, con las piernas sobre la mesita baja. El aparato parloteaba. Victor no distinguió más que colores que se movían, fogonazos. Marilou llamó a Julien para que le enseñara sus capturas, y el chico se acercó y entreabrió la caja. Ella soltó un gritito entre asustada y fascinada.

Rebecca jugaba con el móvil, leyendo o mandando mensajes. Al cabo de un instante se volvió hacia Victor, que miraba sin ver la ruidosa pantalla, lo observó con desdén, hizo un mohín y volvió de nuevo los ojos hacia el resplandor azulado del teléfono. Victor no lo entendía, se dijo que ese desprecio no iba con él, que probablemente no iba dirigido a él en concreto. Pensó que aquella chica era rara, demasiado vieja ya, no sabía por qué. Suspiró y dio media vuelta para ir a la cocina. Delante del frigorífico abierto, bebió de la botella de refresco helado a grandes tragos, casi hasta atragantarse. Luego se quedó allí quieto y empezó a respirar hondo para recobrar el aliento. Cuando iba a salir, estuvo a punto de chocar con Nicole, que lo detuvo y le pasó la mano por la frente.

–Estás sudando. Quédate un poco a la sombra. Ahí fuera te vas a derretir. ¿Has bebido algo?

–Sí. Ahora vuelvo. Me he dejado una cosa.

Se escapó. Caminó protegido por el seto con pasos cautelosos, encorvado inútilmente; luego cruzó la verja y se plantó delante del hombre, que seguía acodado en la ventanilla abierta del coche y fumaba mirándolo.

–Hola, Victor. ¿Te acuerdas de mí? ¿Estás bien aquí? ¿Quieres dar una vuelta? Tengo aire acondicionado. Tenemos que hablar.

Victor no respondió. El hombre arrojó el cigarrillo a la calzada. El humo seguía saliendo de la colilla y flotaba a ras del asfalto.

–No quiero obligarte, pero…

Victor se había agachado y había cogido un puñado de grava, y sin pensárselo, en el mismo movimiento y sin que el hombre lo viera venir, lanzó los guijarros contra el coche. El hombre recibió unos cuantos en la cara, el resto repiqueteó en la carrocería y los cristales. A Victor le habría gustado que se rompieran. Que las esquirlas volaran por el habitáculo y desfiguraran al hombre.

Se llamaba Éric. Victor no sabía su apellido. Su madre tenía miedo de aquel hombre. Él apenas recordaba su cara. Lo había visto una vez en el otro extremo del pasillo, una figura alta y fornida, una cabeza cuadrada sobre un cuello grueso; el hombre ni siquiera lo había

mirado, y su madre le había dicho que se metiera de nuevo en su habitación y no volviera a salir. Se lo había dicho con una dureza desacostumbrada, y él se había quedado helado, herido por su tono. El hombre había vuelto varias veces, y cuando estaba en casa, su madre le pedía a Victor que se fuera a jugar fuera o se quedara en su habitación.

–No es alguien para ti. No quiero que te vea ni que te hable. Haz como si no existiera y todo irá bien. Cuando seas mayor te lo explicaré. Y sobre todo, no se lo digas a nadie, ¿me oyes? A nadie, porque si no nos caerán encima todas las desgracias del mundo, a ti y a mí.

Lo único que sabía era que debía odiar a aquel hombre. Odiarlo más allá del miedo que le daba.

Más de una vez había oído gritos en la habitación de su madre. Una noche, golpes en los muebles. De madrugada, habían resonado sus voces sordas, pesadas, de una densidad que vibraba en la casa, amenazadora, y esa noche no pudo dormir debido al miedo que tenía por ella, incluso cuando ya no los oía, y él sabía bien por qué, y eso lo asustaba aún más que los golpes o los insultos que imaginaba.

Éric arrancó haciendo chirriar los neumáticos, y Victor se dobló por la mitad jadeando, con la náusea agitándose en el fondo de su estómago como un montón de ropa sucia en el tambor de una lavadora. Mientras escupía un poco de bilis y trataba de recobrar el aliento, oyó a Nicole, que le preguntaba qué había pasado.

–¿Qué era ese ruido, ese coche? ¿Quién es ese hombre con el que hablabas? ¿Lo conoces?

–No –respondió Victor–. No era nada. No he hablado con él.

Resoplaba, chorreando sudor. A través de las lágrimas, vio que las chicas lo observaban desde la puerta con la mano a modo de visera sobre los ojos. Nicole salió a la carretera y miró a lo lejos a derecha e izquierda, pero no vio nada; luego corrió a su lado y le preguntó cómo estaba, acariciándolo con manos tranquilizadoras. Victor se apartó con un movimiento brusco de aquella jaula de brazos y preguntas repetidas para ir a encerrarse en su habitación. Julien estaba sentado en el primer escalón de la entrada.

–Lo he visto –murmuró–. Tengo la matrícula en la cabeza, te la

apuntaré.

Victor permaneció en el fondo de su sueño hasta el anochecer, aplastado boca abajo contra la cama. Fue Marilou quien lo despertó sacudiéndolo por el hombro.

–Eh, ¿estás bien? Tienes que bajar a cenar.

Victor se irguió sobre un codo. Los grandes ojos negros de la chica habían posado un velo invisible sobre él.

–¿Quién iba en ese coche?

Él se sentó en la cama y buscó las alpargatas con los pies.

–¿No quieres decírmelo?

Victor se levantó. Marilou alzó los ojos hacia él, aguardando su respuesta; luego se levantó a su vez, casi pegada a él, y murmuró:

–¿Es tu secreto? Está visto que todo el mundo tiene secretos…

Él le puso una mano en la mejilla, y ella la sostuvo en su cara y lo besó con suavidad; luego corrió hasta la puerta dando tres ágiles zancadas.

Cuando la adormilada mente de Victor comprendió lo que había pasado, Marilou había desaparecido sin hacer ruido, y él se quedó mirando el marco de la puerta por la que había huido.

Al llegar a la sala de estar, ya estaban todos sentados a la mesa. Dio las buenas tardes a Denis, que por una vez respondió con voz audible en vez de mascullar como de costumbre. Nicole le preguntó si estaba bien, y él asintió con la cabeza mientras se servía ensalada nizarda y empezaba a comer de inmediato, porque tenía un agujero en el estómago y casi le daba vueltas la cabeza. Cuando miró a Julien, el chico le guiñó un ojo y volvió a inclinar la cabeza sobre el plato para comer de aquella forma suya tan curiosa, torpe y a la vez habilidosa, con el dorso del tenedor y la punta del cuchillo. Victor se preguntó qué habría hecho con los lagartos. Se acordó de las víboras, sintió el mismo escalofrío de siempre y se dijo que le habría gustado tener un puñado de ellas en la mano en vez de la gravilla que le había arrojado a la cara a aquel tipo, hacía un rato.

Después de la cena, Nicole y Denis se lo llevaron aparte para preguntarle si sabía quién era el hombre del coche, y él repitió que no

lo conocía, que nunca lo había visto, que no debían preocuparse. Denis dijo que cómo no iban a preocuparse, no les gustaba que hubiera individuos rondando de esa manera alrededor de los niños. Le aconsejó avisar la próxima vez que viera algo anormal y añadió que lo mismo les había dicho a Marilou y a Julien.

Nicole, apurada, se atrevió a preguntar si aquel hombre no sería tal vez un amigo de su madre, o algo así, y el chico bajó la cabeza, encorvó un poco más los delgados hombros y murmuró que no, no, era imposible. Consiguió mirarla a los ojos unos segundos sin pestañear, creyendo que las lágrimas los inundarían y que el corazón, al límite de sus fuerzas, se le pararía. Denis, muy cerca, inclinado sobre él como para ayudarle a hablar, respiraba por la nariz y, a veces, resoplaba lo que parecía una mezcla de preocupación y cólera apenas contenidas.

Nicole no insistió. Denis suspiró y se alejó para ir a sentarse delante de la tele hablando confusamente, porque le faltaban las palabras, de una escopeta y de un cerdo al que le volaría la cabeza si volvía a aparecer por allí.

A la mañana siguiente nadie volvió a mencionar el asunto. Desayunaron en la galería, a la sombra, que aún conservaba una pizca de frescor nocturno. El cielo era de un azul muy intenso, surcado por los chillidos de las golondrinas. Julien había llevado la caja de los lagartos y, de vez en cuando, mascando pan, alzaba la tapa para echarles un vistazo. Cuando se levantaron de la mesa, Marilou le preguntó a Victor si quería acompañarla a casa de Rebecca para limpiar los cristales.

–¿Por qué me pides eso?

–Porque siendo tres iremos más rápidos, por eso. Pero tú verás.

–¿Qué veré?

Ella se encogió de hombros.

–¿Entonces?

La casa, baja, estaba un poco apartada del pueblo y casi oculta tras el follaje de dos gruesos robles. Un gato salió huyendo a su llegada y luego los observó desde más lejos, escondido debajo de una mesa de plástico colocada en medio del césped amarillento. Dejaron las bicis

apoyadas en la estructura de un columpio descolorido por el sol y roído por el óxido; luego se dirigieron hacia la puerta de entrada entreabierta, de la que surgió Rebecca cigarrillo en mano y vestida con una camiseta enorme y unos vaqueros cortados a la altura de las rodillas. No parecía sorprendida de ver a Victor, al que besó con entusiasmo. La siguieron al interior.

–Son Marilou y Victor –dijo al entrar en el salón–. Han venido a ayudarme con los cristales.

La habitación estaba en penumbra, con los postigos casi cerrados. Desde atrás, asomando por encima del respaldo de un sofá tapizado con grandes motivos de colores vivos, Victor vio la cabeza de una mujer, con los mechones más o menos rubios o rojizos recogidos en lo alto del cráneo. Miraba una enorme pantalla de televisión en la que unas mujeres muy sexis parloteaban bajo el cielo azul de California.

El olor a tabaco era insoportable. Victor advirtió que las ventanas estaban cerradas. La mujer se levantó con dificultad. Llevaba unas bermudas rojas y una camiseta del Milan AC con un gran número 11 impreso bajo el nombre de Gilardino. Apagó el cigarrillo en un cenicero lleno de colillas que había en la mesita baja. Los restos de un desayuno seguían allí, junto a dos latas de cerveza. Alzó hacia ellos una cara arrugada y llena de cansancio y los miró con curiosidad, o sorpresa. Victor se dijo que Rebecca se le parecía mucho, y no le gustó aquella versión vieja y ajada que de repente tenía de ella. Arrastrando las zapatillas, la mujer se acercó a Marilou, la rodeó con los brazos y la estrechó contra ella.

–¿Te ha dado tu madre permiso para venir? ¿Y eso? ¿Quería vaciar la casa para hacer zafarrancho? ¿No teme que te contagiemos algún vicio? –Cubrió de besos la cara de la chica–. Me alegro mucho de verte. ¡Un día habrás crecido tanto y estarás tan cambiada que ya no te reconoceré! Y él ¿quién es? –Miró a Victor, que murmuró un buenos días apenas audible.

–Es Victor. Está en casa desde hace quince días.

La mujer le tendió una mano blanda, que el chico estrechó repitiendo el saludo.

–Yo soy Christine. Vigila bien a estas dos. Que no hagan tonterías, ¿eh? ¡Y tú no te aproveches de que estás solo con dos chicas! –Soltó una risa ronca que acabó en un ataque de tos.

Rebecca se llevó a Marilou y Victor hacia un pasillo estrecho atestado de cajas llenas de ropa y trapos, y los hizo pasar a su habitación. En el umbral, Victor dudó, pero Rebecca le hizo un gran gesto con la mano.

–¡Entra, no tengas miedo! ¿Es por lo que ha dicho mi madre? No le hagas caso… A las diez de la mañana ya está trompa, diciendo estupideces o durmiendo. O yendo a este sitio o al otro.

En la calle, un coche tocó el claxon.

–¿Lo ves? Es Gaby, su mejor amiga. Se van a la playa a enseñar el culo y luego, si están calientes, acaban en la disco, en Montalivet o Soulac, buscando a alguien que se las tire.

–¿Por qué dices esas cosas? –le reprochó Marilou–. Es tu madre, joder. ¡Hablas como si fuera una cualquiera!

Victor miraba a Rebecca: había cogido un cigarrillo y lo encendía con manos temblorosas. Estaba muy pálida y tenía los ojos brillantes de lágrimas.

–A veces creo que sería mejor no tener madre.

Fuera se oyeron puertas que se cerraban y un coche que arrancaba.

Victor notó que le faltaba el aire. Lo atribuyó al humo del cigarrillo, pero sintió que se le hacía un nudo amargo en la garganta.

–¿Y tu padre? –consiguió decir. Había preguntado sin saber por qué. Quizá para que Rebecca dejara de hablar de su madre de esa manera.

Las dos chicas se miraron, y entre sus ojos se estableció algo invisible e indestructible, sobre lo que se habría podido andar.

–Déjalo estar –murmuró Marilou.

Victor tuvo ganas de salir de aquella habitación, con el sentimiento novelesco de huir de un territorio maldito a cuyo secreto se había acercado demasiado.

Poco después, indiferente a la cháchara de las dos chicas, cogió la bici y se fue a dar una vuelta por el estuario, más al norte, donde lo esperaba el océano. Pasó junto a pontones erigidos sobre pilotes encima del agua cenagosa, agitada por remolinos. A veces había una barca

amarrada a ellos. Al cabo de un rato se detuvo, bajó la pendiente, avanzó con precaución por el lodo y se quedó allí, oyendo los ruiditos que hacía el río al lamer la orilla, y un poco más lejos vio saltar a un pez, que le pareció enorme. Una especie de lancha de plástico azul y rojo se mecía al ritmo de las cabrillas. La corriente se deslizaba hacia el mar, poderosa y rápida, y el chico se dijo que si se subía a una barca y dejaba que fuera a la deriva llegaría enseguida a la desembocadura y el furioso oleaje del encuentro de las aguas. Se dijo que algún día lo haría. Sentía ese deseo, o esa llamada en el aire, como una inmensa aspiración.

12

Estaban tomando café en el despacho de Marianne Daras, aprovechando un respiro entre dos reuniones, llamadas de teléfono o intervenciones sobre el terreno. Se habían instalado en una esquina de la habitación, donde la capitana había acondicionado un saloncito con tres sillones y una mesa de ratán recogida en una acera años atrás, durante una vigilancia nocturna. Marianne hablaba en voz baja, con el torso inclinado hacia delante y los brazos cruzados sobre los muslos. Vilar y Pradeau se habían acercado un poco. Parecían tres conspiradores conectados entre sí por la intensidad de sus miradas.

–Ese tío sabe muchas cosas de ti. La desaparición de Pablo, tu relación con Morvan, tu número de teléfono, pese a no estar en la guía, tu dirección y vete a saber qué más. Se mueve, te vigila, no deja rastro… Bueno, de momento Poitiers no nos ha comunicado nada, pero parece que la casa de Morvan está limpia.

–Puede que esté fichado y se ande con ojo –sugirió Pradeau.

Marianne Daras asintió.

–Puede ser. Necesitaríamos un golpe de suerte: una huella, un pelo, algo. Sin duda estuvo varias horas en casa de Morvan, tuvo que dejar algún tipo de rastro… No se pondría un traje hermético, digo yo. Y menos con este calor. Te pasas el día sudando, y eso no anima a usar guantes u otras medidas de precaución.

Vilar no decía nada. Se limitaba a observar cómo agitaba las manos para recalcar sus frases o se recogía detrás de la oreja el mechón rubio que no paraba de caerle sobre la cara. Siempre le habían gustado esos leves gestos femeninos, esas delicadas naderías, esa gracia detallista que casi todas sabían desplegar a su alrededor.

Pradeau encendió un cigarrillo y se levantó para abrir la ventana. Al instante, notaron que el calor de la mañana inundaba el despacho.

–¿Quién puede odiarte hasta el punto de hacerte llegar esas fotos inmundas y regodearse además por teléfono? Tiene pinta de ser alguien

con una estrategia, un objetivo, ¿no?

Vilar se encogió de hombros.

–No quiero ni imaginar la cantidad de imbéciles que nos odian de forma obsesiva. Entre todos esos fulanos que hemos hecho caer y que nos consideran, junto con los jueces, los únicos responsables de sus desgracias, sus familias rotas y Dios sabe qué más, por fuerza tiene que haber un buen puñado que nos despellejaría vivos si tuviera ocasión. No vamos a repasar la lista de toda la gente que ha pasado por aquí, o a la que nos hemos limitado a interrogar en su casa. ¿Y cómo estar seguros de que en los Alpes no hay un cretino que tiene una fijación con mi careto, así porque sí, igual que una lapa que se pega a la primera roca que encuentra?

Se calló y los otros dos se echaron a reír, Marianne negó con la cabeza murmurando: «Qué tonto eres…». Luego se quedaron callados, de nuevo serios, visiblemente ocupados en hurgar en sus recuerdos en busca del tipo –o la tipa– que podría haber concebido un odio tan profundo.

–De todas formas –dijo al fin Vilar–, si está tan bien informado, habrá que averiguar cómo.

–O por quién –añadió Pradeau.

–O por quién –repitió Marianne, que pareció reflexionar sobre lo que implicaba esa pregunta y luego añadió–: Claro que una dirección y un número de teléfono no son alto secreto. Los facilitamos cada dos por tres, a mucha gente…

Vilar la interrumpió con un rápido gesto de la mano.

–No a esa clase de individuos. Está lejos de mí, de nosotros, de nuestro círculo de relaciones y de la gente a la que trato en la vida diaria, mis datos no han podido llegarle por azar en un encuentro o una conversación. Insisto: ese tío está informado. Dicho de otro modo, lo informan.

–Entonces –dijo Marianne–, haz una lista de todas las personas que pueden conocer tu número de teléfono y tu dirección, aunque para esto último solo necesitaba seguirte. A lo mejor consigues algo, pero sabes perfectamente que no hay compartimentos estancos. ¿Y qué es eso de

que «lo informan»? No creerás en un complot. ¿De dónde provendría? ¿De quién?

Vilar se encogió de hombros.

–Para ser víctima de un complot hay que ocupar una posición de poder, tener algo que perder a ojos de los conspiradores: privilegios, imagen, reputación, ese tipo de cosas. ¿Qué puedo perder yo? No, no creo en un complot, pero… en fin, voy a volver a quedar como el paranoico oficial.

–Para… Estás empezando a desbarrar. A ese gilipollas no lo informa nadie. Habrá aprovechado una indiscreción, una filtración, el jodido boca a boca, lo que quieras, incluso una gran pifia, no digo que no, pero no creo que haya habido intención de perjudicarte. Porque si así fuera, la filtración habría salido de aquí, de esta casa, a través de un poli, para ser bien clara. Y eso no puedo creerlo. Al menos, no con tu historia, que todo el mundo conoce, no con… con lo que llevas años viviendo. ¿Quién podría…?

Le había puesto la mano en el brazo y le hablaba con la mezcla inextricable y armónica de firmeza y suavidad que solo ella sabía practicar sin artificio, tal vez porque era algo profundamente arraigado en su ser. Sus labios rara vez se distendían en una sonrisa, pero sus ojos podían relampaguear con ironía, regocijo o felicidad. Vilar asentía con la cabeza mirándose los zapatos. No se sabía si estaba de acuerdo o combatía de ese modo su impaciencia o su cólera.

–Está bien –dijo mirándola–. Déjalo estar. Yo… en fin, no tengo ni idea.

–No lo dejo estar. Voy a poner a alguien a revisar tus casos de los últimos diez años. Conseguiremos una lista de todos los individuos a los que has llevado ante el juez, de todas las resoluciones judiciales y de lo que ha sido de ellos. Pediré a Toulouse que me envíen el trabajo de los dos años que pasaste allí. Creo que dentro de unos días lo veremos todo más claro, ¿no te parece? Voy a hablar con el gran jefe para ver si se pueden liberar efectivos que vigilen tu edificio. Intervendremos tu teléfono para tratar de localizar las llamadas.

Vilar hizo un gesto con la cabeza para asentir o dar las gracias y se

levantó. Pradeau ya iba hacia la puerta, pero la voz de Marianne Daras volvió a sonar.

–Se ha puesto en contacto la fiscalía. Habría que acelerar lo de la chica de Bacalan, han pasado tres semanas y no tenemos nada: nadie sabe nada, nadie la conocía, cualquiera diría que esa mujer era transparente. ¿Y el chaval? ¿Se sabe dónde está? ¿No tenían que buscarle una familia?

Vilar dijo que no sabía nada, pero que habría que volver a ver al chico e intentar encontrar una brecha en su mutismo.

–Lo retomaré todo. Tengo que ir a ver a la vecina que cuidaba al chico algunas noches. No quiso contar nada, pero forzosamente tiene que saber algo. Pasaré a verla al salir de aquí. Y luego a la compañera de trabajo, Sandra de Melo. Estoy seguro de que se hacían confidencias. Las amenazaré con citarlas, a ver si eso les suelta la lengua.

Marianne Daras volvió a servirse café, frío. Era capaz de beber varios litros al día, hirviendo o con hielo.

–Esa chica se prostituía. Es imposible que pudiera vivir aislada, a salvo de las presiones, de los peligros. Aquí hay algún secreto. Algo duro, muy escondido, que se nos resiste.

Pradeau alzó los brazos hacia el cielo.

–Las grandes intuiciones de la capitana Daras.

–¿Puedes proponer algo mejor? –replicó Marianne–. Y tengo otra intuición: creo que hay dos tipos. No sé por qué ni cómo, pero son dos. Es imposible hacer desaparecer tan fácilmente al gendarme Morvan. Aunque estuviera herido y el otro fuera un coloso muy decidido. Yo digo que son dos. Y me da igual lo que opines tú.

Sonrió, y Pradeau inclinó ligeramente la cabeza en señal de rendición. Marianne miró su reloj.

–Muy bien, caballeros. Me esperan en el palacio de justicia, debo comunicar a la jueza Savy otras intuiciones, lo que entre mujeres es muy normal.

Pradeau no rechistó. Fue el primero en abandonar el despacho y esperó en el pasillo a que saliera Vilar.

–Cuando se da esos aires de superpoli, me cansa un poco.

Vilar no respondió, se limitó a sonreír, y los dos hombres caminaron uno junto al otro hasta que, a una voz de Garcia, Pradeau desapareció en un despacho, cuya puerta cerró el otro a sus espaldas de inmediato. Vilar sabía que Marianne Daras tenía razón. Dos individuos. Ninguna otra hipótesis se sostenía. Dos bestias, lo bastante unidos para ser aún más peligrosos que un loco solitario. Al salir del aparcamiento subterráneo, casi le sorprendió encontrarse al volante de su coche. Por unos minutos se había movido sin voluntad ni conciencia, y ni siquiera era capaz de recordar qué ideas lo habían absorbido hasta ese punto. El sol encendió bajo su cráneo el centelleo de una migraña, tuvo que buscar las gafas de sol para poder abrir de nuevo los ojos sin gemir de dolor.

La rue Arago estaba desierta y las persianas de las casas bajadas, cerradas al pegajoso calor que merodeaba a lo largo de las fachadas y vibraba al ras de la calzada como una gelatina cegadora. Vilar llamó al timbre y esperó pegado a la puerta, en la estrecha franja de sombra que aún aguantaba. Una mirilla amplia se abrió con un chasquido, y al otro lado relucieron un par de lentes y unos ojos azules e inquietos. Cuando le preguntaron qué deseaba, enseñó la placa.

–Comandante Vilar. ¿La señora Huvenne?

–Sí, claro –fue la rápida respuesta, y la puerta se abrió de inmediato.

Era una mujer pequeña y delgada con el pelo gris y corto. Sonreía con amabilidad. Llevaba una blusa negra con florecitas rojas. Vilar trató de recordar lo que había dicho Garcia, que la había interrogado, sobre su edad. Rondando los ochenta, seguramente.

–Entre, fuera hace demasiado calor.

Lo precedió con paso vivo por un pasillo oscuro en el que se estaba tan bien que Vilar se preguntó si la casa tendría aire acondicionado. El fresco penetró debajo de su camisa y un escalofrío le recorrió los hombros. La señora Huvenne le hizo pasar a la cocina, donde olía a menta y melón. Acercó una silla y lo invitó a sentarse ante una enorme mesa cubierta con un hule estampado con girasoles sobre fondo rojo. El correo estaba encima: sobres abiertos, facturas y una postal.

–¿Zumo?, ¿o mejor una copita? –le ofreció la mujer.

–No, no se moleste. Lo que tenga, un vaso de agua.

La anciana abrió el frigorífico y sacó una jarra llena de un líquido anaranjado y una botella de vino blanco. Cogió dos vasos de un armario y se sentó al otro lado de la mesa. Se movía con gestos vivos, precisos, rápidos. Vilar había esperado encontrar a una señora mayor solitaria y taciturna, todavía afectada por el asesinato, pero tenía delante a una mujercilla vivaracha y animosa, capaz incluso de mantener alejada de su casa la chicharrina que agobiaba a la región.

–Sírvase. Es zumo de limón, lo hago yo misma. Añado unas gotas de granadina para darle color. Yo prefiero un dedito de Beaumes de Venise. –Se echó en el vaso un poco de vino y lo olió sin apartar los ojos de Vilar–. Ya me interrogó un compañero suyo… –dijo cuando él iba a abrir la boca.

–Lo sé. Leí su informe. Tenía usted relación con Nadia Fournier y su hijo. Por eso he venido a molestarla otra vez con preguntas, por si hubiera olvidado algo.

La señora Huvenne asintió.

–Le tenía cariño a Nadia. Era una buena chica. Yo ni siquiera estaba cuando… Estaba en tratamiento, por las piernas. Quizá hubiera podido… no sé… evitar que pasara.

Con el dorso de la mano, se secó la lágrima que le rodaba por la cara; luego hizo girar el vaso entre las manos con la vista baja. En algún lugar de la casa se oía el balanceo de un reloj de péndulo. Nada más. Vilar esperó a que siguiera hablando, porque la mujer lo necesitaba. Porque aquel silencio, pautado por el péndulo del reloj, hablaba de una soledad constante que callaba demasiado.

–Buena de verdad –continuó la anciana a media voz posando sus azules y tranquilos ojos en el policía–. Era como de mi familia. Y Victor, un poco mi nieto. Mis hijos no viven en la región, no los veo a menudo, ni a mis nietos. Y desde la muerte de mi marido… Sí, era una buena chica y yo la quería mucho, ¿comprende?

–Sí, pero hay otras cosas que no acabo de comprender. Es decir, ¿quién era realmente Nadia? ¿Cómo vivían Victor y ella? Por eso he preferido venir a verla en lugar de citarla en comisaría.

–¿Citarme?

La anciana apartó el vaso. Vilar percibió inquietud en su voz. Ni hostilidad ni desconfianza.

–¡Oh, no se preocupe! Es lo habitual cuando creemos que los testigos no lo han contado todo. Por lo general, salen libres el mismo día.

La señora Huvenne bebió un sorbo de vino y él hizo otro tanto con el zumo, helado, azucarado, que despertó en él sensaciones de su infancia. La anciana lo miraba a los ojos con las manos apoyadas en la mesa.

–¿Qué le hace pensar que no se lo conté todo al otro inspector?

–Este caso es muy extraño. Nada concuerda con nada. Todo parecía bastante tranquilo al fin en la vida de Nadia, después de lo que había vivido en su juventud. –La señora Huvenne asintió sin mostrarse sorprendida, y Vilar tuvo la certeza de que sabía más de lo que decía–. Y de pronto la asesinan en su dormitorio y no roban nada. No es obra de un merodeador, no hay ninguna huella, nada. No hay ADN aprovechable, no mantuvo relaciones sexuales con su asesino. Estaba desnuda, con la ropa bien doblada, lo que significa que se desnudó sin temor, voluntariamente. Lo que significa que, sin duda, conocía a quien la mató. –La señora Huvenne había bajado los ojos y parecía examinar los dibujos del hule que cubría la mesa–. ¿Sabe de qué vivía?

–Limpiaba despachos o tiendas, por la noche. Trabajaba en la SALI.

–¿Tiene idea de cuánto ganaba?

–Una miseria, imagino. En realidad nunca hablé con ella de ese tema, pero en ese tipo de empresas a los empleados los tratan como a perros. Es el reino de los jefecillos tiránicos y el trabajo en negro. Con todas esas mujeres desesperadas que se ven obligadas a aceptar lo que sea para alimentar a sus criaturas… Esclavas a su merced, como en la Edad Media. Precariedad, lo llaman ahora. Los trabajadores pobres, que solo tienen derecho a callarse. Pero, por supuesto, sobre eso nunca se investiga. Está el sueldo de Nadia y de muchas otras, y luego los beneficios del empresario. Vaya a echar un vistazo, ya que está en ello.

–Ya fui. Lo que ganaba en la SALI no cubría el alquiler, ella solo trabajaba a tiempo parcial.

–¿Y qué iba a hacer? Los contratos eran así. Imposible trabajar más

de veinte horas semanales. Nadia…

–¿Habló de eso con ella? Hace un momento ha dicho que no. Es curioso, tengo la sensación de que ustedes dos se contaban muchas cosas. ¿Me equivoco?

La señora Huvenne guardó silencio y lo miró, conteniendo la respiración.

–¿Por qué no me dice cómo ganaba lo que le permitía vivir decentemente y criar a su hijo? Estoy convencido de que también hablaron de eso. Le aseguro que nos hará ganar mucho tiempo a todos y nos ayudará a coger a quien lo hizo. Supongo que no tiene inconveniente en que lo detengamos…

Había alzado un poco la voz, su tono era más seco. Buscó la libretita en el bolsillo y se sirvió más limonada: no tenía sed, pero era una forma de salir de su estatus de poli de visita y ganar un poco de ascendiente sobre la anciana sin hacerse el duro, a riesgo de que se cerrara en banda. Dejó la jarra en la mesa con estudiada brusquedad y vio que ella hundía instintivamente la cabeza entre los hombros. Acercó un poco la silla, cuyas patas arañaron las baldosas con un chirrido que podía parecer amenazador.

«Venga, vamos allá».

–Me duele hablar así de ella –dijo la mujer–. Es como si la estuviera traicionando. Ella confiaba en mí. A veces lloraba y yo tenía que abrazarla hasta que se calmaba. No puede imaginarse lo buena y desgraciada que era.

–La escucho.

La anciana respiró hondo y luego suspiró negando con la cabeza.

Vilar, inclinado hacia ella, no le quitaba ojo. No le habría extrañado que le sacara una foto de su protegida en los brazos del asesino. Sabía tantas cosas sobre la vida de Nadia Fournier que bien podía conocer la identidad de quien la había asesinado. En ese momento se acordó de otra mujer a la que le repugnaba traicionarla: Sandra de Melo. Escribió su nombre en una esquina de la página en blanco que acababa de volver, mientras la señora Huvenne se acababa el vino, suspiraba y se frotaba lentamente las manos una contra otra, casi masajeándoselas

desde la palma hasta la yema de los dedos. Era como si quisiera arrugar y hacer trizas un viejo trozo de papel en el que estaban escritos sus indecisiones y sus escrúpulos. El cariño y la amistad no bastaban por sí solos para explicar tanta discreción. Aquellas mujeres protegían a Nadia.

–No sé por dónde empezar –dijo.

Vilar iba a sugerirle que contara cómo había conocido a Nadia Fournier cuando sonó el timbre de la puerta. La mujer lo miró sorprendida; luego se levantó preguntándose en voz baja quién podía ser. Rodeó la mesa y dejó en el aire, al pasar junto a él, un aroma a violetas que despertó ecos lejanos, colores, la sombra de un gran árbol en verano, pero de ese vapor de memoria no se condensó nada más.

Vilar oyó el ruido de la cerradura en el pasillo, a sus espaldas, y la voz de un operario de la compañía eléctrica que había ido a leer el contador y se disculpaba por las molestias.

–Un compañero suyo estuvo hace solo un mes. ¿Ahora pasan todos los meses?

El hombre rio. Luego se quedó sin voz y tosió.

–No, no. Es que hemos tenido problemas con la lectura informática. Así que tenemos que volver a hacer toda la calle para rectificar, claro.

Al ver a Vilar, el hombre le dirigió un «Buenos días» al que el policía, ocupado en releer las notas que había escrito en la libreta, no contestó. En el fondo de la casa, al final del pasillo, la anciana abrió un armario, cuya puerta chirrió, comentando que aquello no debía de haberse movido mucho en solo un mes. El operario la tranquilizó en tono apaciguador, casi jovial. En su voz había algo áspero, una ronquera crónica de fumador quizá. Cuando volvieron a pasar por delante de la cocina, Vilar se volvió hacia ellos y se encontró con la mirada del hombre, que desvió los ojos y no dijo ni una palabra de despedida. Era alto, moreno, y llevaba una cazadora azul con el logotipo de la compañía eléctrica. Tenía en la mano un cuaderno de anillas que apretaba contra el cuerpo casi como un escolar. A Vilar le pareció una forma curiosa de sujetarlo, pero no supo explicarse por qué; en el fondo le daba igual: no veía el momento de que el tipo se fuera para reanudar

la conversación con la anciana donde la habían dejado.

La puerta se cerró. Fuera, se oyó toser al hombre una vez más.

–Qué barbaridad, cómo olía a tabaco… –dijo la señora Huvenne al entrar en la cocina–. ¡Ni que hubiera estado dos horas fumando en el coche!

Vilar se levantó tan bruscamente que su silla cayó hacia atrás sin que él hiciera nada por agarrarla; luego saltó por encima de ella y se abalanzó al pasillo, golpeando el tabique con el hombro. Corrió hasta la puerta de entrada, la abrió y, a unos treinta metros, vio al supuesto operario subiendo a un Ford Mondeo negro, un coche que no tenía nada que ver con la compañía eléctrica. Vilar echó a correr por la calle vacía gritándole al culo del Ford, que huía, su condición de policía y la orden de que se detuviera, mientras se llevaba a los riñones una mano inútil, puesto que buscaba un arma que no tenía consigo, que había dejado de portar hacía años, pese a la obligación reglamentaria y las llamadas al orden que sus superiores le notificaban de cuando en cuando.

Dejó de correr cuando el coche doblaba la esquina de la rue Blanqui, sintiendo físicamente en la palma la ausencia de la culata, la falta de un arma. Volvió sobre sus pasos, intentando recobrar el aliento, mientras se secaba el sudor que le empapaba la cara y se repetía el número de la matrícula. Se dio cuenta de que era incapaz de recordar la cara del fulano: un rostro sin facciones, liso, con los ojos vacíos, parecido al de la pesadilla que tan a menudo devastaba sus noches.

La señora Huvenne, que lo esperaba en el umbral, lo observó por encima de las gafas como para asegurarse de que no tenía nada; después le ofreció un vaso de agua, una silla, cualquier cosa que pudiera reconfortarlo.

–Decididamente… –dijo tendiéndole una botella de agua mineral–. Decididamente… qué hombres tan extraños y violentos…

Asentía una y otra vez con la cabeza, de repente encorvada, más lenta de movimientos, como si hubiera envejecido de golpe. Vilar bebió directamente del gollete casi la mitad de la botella, presa de una sed abrasadora que creyó no poder apagar jamás. Luego, resollando, con la

cara roja, se secó la boca con el dorso de la mano.

–¿Había visto a ese hombre con anterioridad? –preguntó entre jadeos.

–¡Nunca, se lo juro! –La voz de la anciana parecía a punto de quebrarse–. ¿Qué pasa? Dígame, ¿qué pasa?

–No lo sé, pero es necesario que hable, señora. Ya está bien de secretos. Todo esto empieza a apestar, ¿no le parece? Tiene que comprender de una vez que Nadia fue asesinada, ¿de acuerdo? Desfigurada a puñetazos y estrangulada, ¿entiende lo que quiero decir? Y con su silencio, usted, que dice ser amiga suya, está protegiendo al malnacido que lo hizo.

–Desde luego, desde luego… –murmuró la anciana quitando del hule unas migas de pan imaginarias. La mujer se apoyó en la mesa con las dos manos, suspiró y dijo algo más, pero Vilar no la oyó, porque se había sacado el móvil del bolsillo y se alejaba por el pasillo para aislarse un poco. Pasó junto a una puerta disimulada por una gruesa cortina azul real, la abrió y salió a un emparrado de glicinas que recorría todo el ancho de la fachada. Abejas y moscardones se afanaban en él, y mientras oía el tono de llamada, observó su hacendoso y reconfortante ballet.

Le contó a Pradeau lo que acababa de pasar y le pidió que identificaran el vehículo, sin duda robado pero en cualquier caso un hilo del que tirar. Por sus interrupciones, se adivinaban las preguntas y el asombro de Pradeau al otro lado de la línea.

–Un Ford Mondeo negro, sí. Dales caña a los de tráfico, por favor… Sí. Era él. He reconocido la voz, creo… No sé cómo. Quizá porque estaba ronco, como el otro. Tengo la voz de ese cabrón metida en el oído desde el otro día… Estoy seguro… Le he visto la cara, pero no sé si sería capaz de reconocerlo. Pero bueno. Sabía que yo iba a venir, seguro. No se ha presentado aquí por casualidad. Hay algo… Ese tío es capaz de seguirme y adelantarse a mí a placer. Aunque no sé qué ha venido a hacer aquí… Y no es casualidad: establece una relación entre la desaparición de Morvan, las fotos de la otra noche y el caso Fournier, yo ya no entiendo nada… Sí, está claro que va detrás de mí, pero ¿qué

quiere? ¿Qué busca? ¿Qué lo cojamos? ¿Te das cuenta de los riesgos que corre jugando a esto?… Sí, en cuanto acabe aquí, vuelvo.

Echó un último vistazo a las abejas, se dijo que debía de ser agradable sentarse allí al atardecer, ahuyentó esa idea absurda y volvió a la cocina. Cuando pasaba ante la puerta del salón, la voz de la señora Huvenne, que no esperaba oír allí, lo sobresaltó.

–Venga, por favor. Aquí estaremos más cómodos. Tiene usted razón, es necesario que le cuente lo que sé.

La habitación estaba en penumbra. Vilar vio los números luminosos del reloj de un magnetoscopio, y sus ojos distinguieron un gran sillón en el que la silueta de la anciana parecía a punto de desaparecer. Los muebles brillaban alrededor de ellos. En las paredes, los cuadros solo eran rectángulos oscuros.

Vilar se sentó en un sofá colocado al bies respecto al sillón.

–Puede dar la luz, si quiere tomar notas.

Apenas veía a la mujercilla en su gran sillón, y de pronto aquella voz le pareció llena de misterio e inquietud. Ya no tenía el timbre claro y vivaz que lo había sorprendido hacía un rato. Debilitada por un ligero sofoco, más lenta, la anciana articulaba las palabras con cuidado o precaución, y efectivamente parecía hablar desde el corazón de las tinieblas, donde residen todos los secretos.

Prefirió limitarse a escuchar en esa oscuridad y esforzarse en percibir las inflexiones, los temblores y los silencios del relato, que quizá tejieran un fondo sonoro donde afloraría la verdad.

A Pablo le gustaba que le contara historias así, en una penumbra en la que apenas se veían el uno al otro, y la respiración del niño que escuchaba, el ritmo de su aliento, modulado por las peligrosas peripecias que inventaba Vilar, llenaba la noche de una frágil dulzura que el sueño acababa apaciguando sin previo aviso.

Vilar no se dejaría arrullar. Se recostó en el sofá y escuchó la cansada voz, que hablaba en un susurro.

Una tarde de enero, Nadia había llegado llorando, apretando una chaqueta contra su cuerpo, con la camiseta desgarrada, temblando de frío y de terror. Éric había aparecido, otra vez, pero en esa ocasión con

un amigo, supuestamente para tomar una copa. Éric es ese que quiere casarse con ella. Lleva meses dándole la tabarra. Quiere llevárselos a Martinica, a ella y a Victor, porque le han ofrecido dirigir un hotel. Está emperrado en eso. En realidad es un colgado, casi un indigente, nunca da un chavo por adelantado… Lo de Martinica Nadia no se lo creyó nunca, era una fantasía más, gestionar un hotel, cuando no era capaz de gestionar los cinco euros que se morían de asco en el fondo de sus bolsillos. Pero él parecía creer en lo que contaba, en el futuro que prometía, distinto cada vez, quería irse, cambiar de vida, decía. Cuando ella se burlaba, Éric montaba en cólera y la llamaba de todo, le gritaba que se hundiría en la mierda, y su hijo con ella. Entonces se ponía violento, rompía cosas o le pegaba. Mientras la anciana hablaba, Vilar dejaba trabajar a su imaginación. Ese día aparecen dos, ella les sirve pastís y los tres brindan, pero Nadia observa al otro tipo, al que no conoce, un chico bajo y moreno con aspecto cansado, más bien triste, con cara de Droopy, ya sabe, el perro de dibujos animados, y en un momento dado Éric le pregunta a Nadia si ha cambiado de opinión sobre lo de Martinica, entonces ella hace el tonto, bromea, dice que allí hace mucho calor y que, con todas las chicas guapas que hay, la dejará sola con su hijo a las primeras de cambio. Éric suspira, está decepcionado, como siempre, y le dice a Nadia que en ese caso tiene una sanción, y le hace señas a su amigo para que empiece, haz lo que quieras, le dice, y tú, puta asquerosa, más te vale ser simpática con él, porque si no me voy a enfadar de verdad, y ya sabes lo que pasa cuando me cabreo, pero Nadia se niega, mira al Droopy riendo, y ahí es donde comienza todo, los golpes, las patadas, los puñetazos, luego la arrastran a su habitación y se divierten con ella, la obligan a hacer todo tipo de guarradas y se van, pero Éric dice que volverá y que no hará el viaje en balde.

No, respondió la señora Huvenne a una pregunta que no le habían hecho, Nadia no había dicho por qué aquella historia con Éric podía acabar siendo demasiado peligrosa para ella. Él la tenía en sus manos, pero ¿cómo? Misterio.

–Intenté que me lo contara veinte veces –continuó–. Era algo que

había visto, o que sabía y no debería haber visto o sabido, nunca me dijo nada más. Pero sí, tenía miedo. Decía que el tal Éric era peligroso, que era un chalado al que le gustaba hacer daño a la gente. No a ella en especial, al parecer esa fue la primera vez que se encolerizó hasta ese punto, aunque, pensándolo bien, seguramente quería presionarla. El resto del tiempo eran amenazas, se peleaban por la noche, en la habitación, después de haber… en fin, eso. Ella lo soportaba, creo que se había acostumbrado… Un par de veces mencionó a gente que él conocía, y dijo que se sentía como entre dos fuegos… Ella intentaba pasar desapercibida, no llamar la atención de las asistentes sociales o en el colegio, con Victor. Creo que por eso el chico es tan buen estudiante, tan tranquilo, casi demasiado discreto, por lo que dicen sus profesores… Creo que además de… cómo decirlo, su actividad… bueno, ella lo llamaba hacer de puta, tal cual, y decía que no estaba orgullosa pero que no le daba vergüenza, porque de todas formas ya no le quedaba vergüenza, había caído demasiado bajo y la había perdido toda. Eso decía. Bueno, a lo que iba, además de eso, creo que estaba metida en cosas que la obligaban a ser irreprochable en todo lo demás, ¿comprende? Y el pequeño hacía lo mismo que ella, para que no los separaran. Vivían los dos en el filo de una navaja. Una vez, Victor me habló de eso. En su clase había un niño que vivía con una familia de acogida, se lo habían quitado a su madre porque no lo cuidaba y él faltaba constantemente y hacía el idiota, y eso, que los separaran a ella y él, angustiaba enormemente a Victor, el pobre, ahora…

La señora Huvenne se calló, y en ese silencio Vilar se vio rodeado por las imágenes de la película que el relato de la anciana había generado. Veía al niño, impecable y silencioso, caminando hacia el colegio con la mochila a la espalda entre los empujones y los gritos. Imaginaba a Nadia frente a sus dos torturadores, desafiándolos, y después encogida en el suelo bajo sus golpes, volviendo a levantarse tras la violación, magullada y mancillada y hecha pedazos temblorosos una vez más, y corriendo a refugiarse allí, en aquel salón. Vilar se sorprendió sondeando el silencio con la confusa esperanza de oír quizá el eco fantasmal de aquel día, la respiración jadeante de la aterrorizada joven,

las palabras que pudo haber pronunciado para explicar lo que acababa de ocurrirle.

La señora Huvenne se movió en el sillón, y el crujido que produjo devolvió a Vilar a la realidad. Se disculpó diciendo que estaba reflexionando.

–¿Cree que Victor conoce a ese Éric?

–Sí, sin duda. Solía estar en casa por las tardes, cuando el otro llegaba. Tuvo que verlo. Nadia evitaba en lo posible que hablara con el pequeño, porque decía que lo mancharía solo con mirarlo, que no quería que su hijo tuviera contacto con ese mundo. O con esa gente, así lo llamaba ella.

La anciana suspiró. Movió las piernas y se masajeó una rodilla. Vilar le preguntó si no sabría por casualidad el nombre del otro individuo, pero ella contestó que no, que le parecía que Nadia no lo había mencionado. Luego se levantó despacio para, una vez de pie, frotarse los riñones con las manos. Como Vilar permanecía inmóvil, esperando a que ella dijera o hiciera algo, sonrió.

–A mi edad siempre te duele alguna cosa. De estar de pie, de estar sentada, de estar tumbada de lado… Crujes por todas partes, como un mueble viejo… ¡No se haga viejo nunca!

Vilar estuvo a punto de decirle que esa era su intención y que incluso había estado a punto de plantarse cuando tenía unos cuantos años menos. Pensó en Pablo y en cómo pasaría el tiempo para él, o si se habría detenido. De pronto, a su alrededor todo perdió relieve y densidad y tuvo la sensación de flotar solo en una nada oscura, como un astronauta que se suelta de la amarra que lo unía a la nave y se aleja eternamente, congelado al instante por el vacío intersideral. Hubiera preferido no pensar, no estar en condiciones de hacerlo, porque pensar en eso le era necesario y al mismo tiempo imposible.

Arrastrando la pierna, la anciana lo precedió por el pasillo, y él volvió a pedirle que lo llamara a cualquier hora si se acordaba de algo que hubiera olvidado decirle. Le estrechó la huesuda manita, y ella cogió la de Vilar y la sostuvo entre las suyas dándole ánimos, porque presentía que perseguía a un terrible portador de terribles secretos.

Vilar hizo caso omiso del calor que lo envolvió en cuanto estuvo fuera. Volvió a los muelles con todas las ventanillas bajadas, y el tráfico le permitió circular lo bastante deprisa para que el aire que gruñía en el habitáculo secara el sudor que lo cubría. Hacia el sur, delante de él, el cielo lechoso ya no tenía color, era casi gris, inestable, y deseó que hubiera una tormenta, deseó esa violencia, ese estruendo de guerra que estalla de golpe con sus deflagraciones y sus bombardeos de fuego y agua.

Cuando llegó a la comisaría, Marianne le comunicó que acababan de encontrar el coche para el que había solicitado una búsqueda. Lo habían robado dos días antes del aparcamiento de un hipermercado en Bègles. El conductor acababa de abandonarlo junto a la pista de patinaje, frente a las ventanas mismas de la comisaría, y se había marchado a pie en dirección a la catedral ante la mirada atónita y los toques de silbato del agente de guardia.

13

Victor vigiló la carretera a diario y recorrió las calles del pueblo en busca del coche de Éric, porque ese era su nombre, o el nombre que usaba. Llevaba una navaja en el bolsillo, una Opinel que había afanado de un cajón del garaje. Había restregado, afilado y engrasado la hoja oxidada, que ahora tenía un lustre de acero gris, un poco granuloso y apagado. No sabía si quería encontrar a aquel hombre para clavarle la navaja en el cuello o si temía su aparición de fantasma maléfico. En una ocasión le había parecido reconocerlo en el aparcamiento de un supermercado, pero la figura se había escabullido detrás de una furgoneta para no volver a asomar. En otra, había creído que se cruzaban con el viejo Peugeot en la estrecha carretera que llevaba a la playa, pero, una vez más, una curva cerrada le había impedido confirmar su sospecha.

Sabía que volvería. Porque hay depredadores que nunca se rinden. Que nunca abandonan. Y cada vez que pensaba en esa amenaza, apretaba en el bolsillo el mango de la navaja, con la hoja dócilmente plegada en su interior.

Por las noches hablaba a menudo con su madre, con el armario abierto de par en par al brillo rojizo de la urna. Le susurraba cosas confusas y luego se quedaba callado largo rato, por si ella le respondía, en voz tan baja que no haría vibrar ni una sola molécula de aire. Le prometía vengarla para que al fin descansara en paz allá donde estuviera, no sabía dónde, quizá no muy lejos de él.

–Lo conozco, sé quién es, ha venido.

Continuaba hablándole bajito a la muerta y le decía que volviera, porque no soportaba el vacío que lo rodeaba, aquel abismo que lo seguía a todas partes, que había devorado toda una parte de él y amenazaba con succionarlo para siempre hacia su nada. Después, en la ventana, escuchaba el viento de la noche que jugaba entre los árboles, su voz temblorosa y herida, como un suspiro de cansancio. A veces se

dormía enseguida en la frescura de las sábanas, abrazado a la almohada; tan a gusto, de pronto, que le parecía sentir en la mejilla la tela que cubría un hombro. Sonreía en la oscuridad. Luego, en sueños, sin que nadie lo supiera, adoptaba la expresión confiada de los niños pequeños, esa cara de felicidad que ponen cuando saben que todo va bien.

Se despertaba temprano, pero se quedaba en la cama viendo crecer la claridad del día a través de las persianas y disolverse las sombras de la noche en la habitación. Oía levantarse y entrar en el baño a Denis, incluso percibía el gorgoteo del agua o los gruñidos de las cañerías. Luego era el turno de Nicole. Preparaba el desayuno y siempre se quedaba un rato con Denis, porque era el único momento del día en que podían hablar tranquilamente sin el agobio del calor o el cansancio. Se fumaban un cigarrillo delante de la puerta de la galería, al fresco. Victor los oía cuchichear, pero nunca conseguía enterarse de lo que decían. A veces reían, y tenían que ahogar las risas para no despertar a los niños. A Victor le gustaba ese momento. Sin saber por qué, se alegraba por ellos, y ante esa breve dicha, que le daba envidia, se sorprendía a sí mismo sonriendo en la cama, con los ojos en el techo.

El resto del tiempo pensaba en Rebecca. Era terrible y delicioso.

Iba a merodear por los alrededores de su casa, pasando con la bici y volviendo a pasar, aprovechando cualquier oportunidad para ir al pueblo a comprar el pan o echar las cartas al buzón. Se detenía en la esquina de dos casas mal alineadas y aguardaba largo rato para verla aparecer en una ventana o en el jardín, y cuando al fin la veía, sentía que el corazón le latía más deprisa, pero también que algo se encogía en su pecho, y aunque disfrutaba de esos momentos, no podía evitar temerlos al mismo tiempo. Algo en aquella chica lo asustaba. Le parecía capaz de volverse contra él en cualquier instante y atacarlo. Y quizá deseaba que lo hiciera.

Un día vio a la madre de Rebecca bajar de un coche riendo a carcajadas y acariciarle la nuca al hombre que estaba al volante. La mujer, con un bolsito rojo al hombro, entró en casa de inmediato y cerró de un portazo. El ruido resonó con fuerza en la calle desierta, y a

Victor le dio la impresión de que toda la casa se ponía a temblar. Unos minutos después salió Rebecca, casi corriendo, con la cara descompuesta, y cerró también con un golpe violento. Montó en la bicicleta y, sin mirar, bajó de la acera delante de un tractor, cuyo conductor le gritó algo.

Sujetaba el manillar con una sola mano mientras, con la otra, sostenía un ramo de flores rojas pegado al cuerpo. Pedaleaba con furiosos movimientos de cadera, detrás de ella sus cabellos parecían los jirones de un velo negro. Como iba a desaparecer por la esquina de una calle, Victor decidió seguirla. La plaza que atravesaba la chica estaba un poco más animada. Algunos comercios atraían a clientes. Había tres o cuatro furgonetas de reparto estacionadas y coches que iban y venían. Rebecca, sin reducir la velocidad, casi zigzagueaba entre los peatones que cruzaban la calzada. Victor se acercó un poco y vio que la chica había mezclado rosas rojas y dalias. Pensó, sin creerlo realmente, que iba a visitar a una de sus abuelas, pero cuando vio que tomaba un estrecho camino que bordeaba las bodegas de un castillo desechó definitivamente esa idea.

De repente dejó de verla. Pensó que se había caído y pedaleó con fuerza hasta sentir la quemazón del esfuerzo en los muslos, giró en la esquina de una caseta de ladrillo y tuvo que frenar en seco. La chica se había apeado unos cincuenta metros más adelante y ahora caminaba hacia el final de la pendiente, con el ramo en la mano. Agachado, Victor avanzó trastabillando entre terrones resecos que se rompían blandamente bajo sus pies. Procuró mantenerse lo más cerca posible de las hileras de vides para poder ocultarse en ellas en caso necesario, y a veces un pámpano le rozaba la cara al capricho del viento.

Rebecca estaba de rodillas, con la cabeza gacha. Él solo veía su espalda encorvada, la tela de la camiseta de tirantes malva pegada a la piel, los hombros desnudos y relucientes de sudor, que se movían porque estaba manejando algo que tenía delante, como si estuviera trabajando en el jardín. A Victor le daban ganas de acercarse, pero lo frenaba la idea de que, si lo hacía, penetraría en un territorio desconocido, tabú. Pensó en esas películas en las que unos exploradores

acaban torturados por la tribu cuyo secreto han violado, y la mezcla de curiosidad dolorosa y temor hizo que se agachara aún más en el surco. Arrastró la bicicleta entre dos hileras de vides y la escondió lo mejor que pudo, tumbada al pie de una cepa cuyas ramas dobladas ya estaban cuajadas de uvas, de las que comió algunos granos rosáceos.

Volvió a su escondite y vio que Rebecca se ponía de pie. La chica se frotó las manos, permaneció inmóvil un instante y luego reaccionó y volvió a coger la bicicleta, que empujó pendiente arriba. Victor corrió a tumbarse en una depresión del terreno hasta que ella pasara, encorvada sobre la bici. Contó hasta cien, se levantó con cautela y avanzó doblado por la cintura hasta el camino. Ahora estaba solo. Aguzó el oído, pero solo percibió el ruido que hacían a lo lejos un tractor y los coches que pasaban por la carretera. Luego se acercó al sitio en el que se había detenido Rebecca.

Era un rectángulo de tierra desnuda, desyerbada, de un metro de largo y medio de ancho, con los ángulos perfectamente rectos. La chica se había limitado a dejar allí el ramo de flores rojas: dalias y rosas envueltas en papel de cocina húmedo.

Tragó una gran bocanada de aire y se pasó la mano por la cara, empapada en sudor. Se quedó inmóvil ante aquella pequeña tumba y sus flores, que no tardarían en ajarse, preguntándose qué habría enterrado allí, la carroña o la osamenta de un perro o un gato quizá, sorprendido de que Rebecca fuera hasta aquel lugar para depositar flores en aquella sepultura irrisoria. Supuso que le habrían prohibido enterrar al animal y que, a escondidas, habría cavado un agujero lejos, en los viñedos, donde nadie podría sorprenderla.

Se sintió feliz por haber descubierto aquel secreto, por fúnebre que fuera. Tenía la sensación de haberse deslizado muy cerca de ella y mirado por encima de su hombro lo mismo que ella, justo a su lado, en una intimidad que solo podrían compartir cuando él tuviera el valor de decirle que la había espiado de aquel modo. Sabía algo de ella que los demás ignoraban. Ellos dos eran los únicos que lo sabían en todo el mundo.

A su regreso, solo encontró a Marilou, que estaba en la cocina, llena

de claridad fresca, secando los cacharros. Canturreaba algo y no respondió a su saludo. Él se ofreció a recoger las cosas, pero, una vez más, Marilou tampoco respondió y fingió no darse cuenta de que él seguía allí plantado, ante los cuencos y los cubiertos colocados en la encimera.

–Bueno, ¿qué? ¿No recoges?

Victor abrió un armario, metió los cuencos uno tras otro y los alineó con cuidado en el estante. Marilou lo observaba con el ceño fruncido.

Él se volvió y respiró hondo.

–¿Cómo se llamaba el perro de Rebecca?

–¿Qué perro? No ha tenido perro en su vida. Los odia, y además le dan miedo. –Victor la miró y escrutó sus grandes ojos negros, posados sobre él, para descubrir una mentira o una vacilación–. ¿A qué viene lo del perro?

Él se encogió de hombros y le dio la espalda para guardar los cubiertos en un cajón. Decidió no mencionar la tumba.

–A nada –dijo.

Marilou se le acercó y le tocó el brazo.

–¿De qué hablas? ¿Qué perro?

–Da igual, ya te he dicho que no es nada. Una idea, nada más.

–Una idea, ¿eh? Lo que pasa es que te gusta. Y quieres saber cosas de ella.

–Claro que no –dijo él en un susurro–. No quiero saber nada. Me trae sin cuidado.

Ella le agarró la barbilla y lo obligó a volver la cabeza.

–Mírame: eso se ve en los ojos. –Sondeó los ojos brillantes del muchacho–. Sí, te gusta. ¡Lo sabía!

Marilou soltó una risa agria.

–Ya vale –dijo Victor–. Suéltame.

La apartó y abandonó la cocina casi aturdido, salió fuera a toda prisa y fue a sentarse en el columpio, que chirrió bajo su peso. Oyó a Julien trasteando con chatarra en el garaje y pegando martillazos. Fue a ver lo que hacía y se detuvo en el umbral. El chaval estaba rodeado por un revoltijo de herramientas desparramadas por todas partes, el suelo y el

banco de trabajo, pero también por cualquier superficie en la que cupiera un destornillador o una llave. En ese momento martilleaba sobre un viejo guardabarros cubierto de herrumbre.

–¿Qué estás liando? –gritó Victor para hacerse oír sobre el estrépito que producía.

Julien dejó de dar golpes y, cerrando un ojo, comprobó la curvatura de la pieza.

–Denis me la ha dado. Me ha dicho que, si consigo arreglarla, puedo usarla.

Detrás de él yacía el cuadro de una vieja Mobylette naranja, del que colgaba algo parecido a un motor incompleto. También había llantas, neumáticos y cámaras de aire amontonados contra la pared.

El chaval se irguió martillo en mano con el delantal de cuero cubierto de aceite y la sucia piel reluciente de sudor.

–Me ha dicho que me ayudará, hay de todo, hasta una bujía nueva. Me echará una mano con el motor, porque parece que es difícil de arreglar. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo?

Victor torció la boca y alzó un hombro.

–¿No tienes sed? ¿Quieres que vaya a por algo de beber? Porque Nicole jamás te dejará entrar hecho una mierda y lleno de aceite.

–¡Sí, joder! ¡Tráeme una Coca-Cola! ¡Aquí voy a reventar, joder!

Victor volvió con dos latas y brindaron por el éxito del puzle mecánico. Julien se bebió la suya de un trago y soltó un eructo gutural, casi cavernoso, que los dejó estupefactos a los dos por un instante, antes de retorcerse de risa. Cuando se calmaron, el chaval anunció que volvía al trabajo, porque quería acabar antes del fin de semana. Cuando iba a seguir aporreando el guardabarros torcido como si estuviera sordo, Victor se acercó a él.

–¿Tú conoces bien a Rebecca?

–Pues no sé, es la prima de Marilou. Su padre es marido de la hermana de Nicole.

–¿Y dónde está?

Julien negó con la cabeza. Se sorbió la nariz y, al limpiársela con el dorso de la mano, se embadurnó la cara.

–Yo no sé nada –respondió sin convicción.

–En la cárcel, ¿es eso?

–Pues si ya lo sabes… Bueno, Victor, que tengo que trabajar…

–¿Qué hizo para estar en la cárcel? ¿Le cayó mucho?

–¡Y yo qué sé! ¡No seas tocapelotas! ¡Ve a preguntárselo a Nicole, verás lo que te dice!

–Nicole no dirá nada. Por su hermana.

–Bueno, pues que no lo diga, vale.

El chaval aprovechó un segundo de silencio para ponerse de nuevo a martillear sobre el trozo de metal, en medio de un ruido ensordecedor. Victor cogió al vuelo la cabeza del martillo e inmovilizó el brazo del chico.

–¿Rebecca nunca ha tenido perro?

–¿Por qué preguntas eso?

–Responde.

–No le gustan los chuchos. Dice que apestan.

–¿Y los gatos?

El chaval se debatía en todas direcciones para escapar de las manos de Victor, que casi le retorcían el brazo.

–Sí, los gatos sí. Esos le gustan. Bueno, ¿me sueltas o qué?

Victor se encontró otra vez fuera, con la mente repentinamente clara pero llena de preguntas para las que no tenía respuesta. Volvió a ver a Rebecca delante de la tumba y comprendió que ya no podía creer que hubiera llevado flores al esqueleto enterrado de un perro. Tampoco le parecía posible que se tratara de un gato, un canario o un pez rojo. Fue a sentarse debajo del castaño para intentar reflexionar, pero ya solo podía pensar en aquel rectángulo de tierra pelada y en el puñado de flores rojas depositadas en él, que el sol debía de haber secado. También pensaba en lo que había en esa tierra, en la cosa inmunda en la que se habría transformado. Se estremecía de horror, con la mente asaltada por visiones macabras. Veía niños muertos. Niños muy pequeños que habrían podido caber en la pequeña tumba.

Alzó la cabeza para apartar la vista de sus pies, entre los que se agitaba su imaginación, y no muy lejos vio a Marilou, que lo observaba

con cara seria apartando los mechones negros que el viento le lanzaba a la cara. Le hizo un ligero gesto con la mano, un poco al azar, porque no sabía qué actitud adoptar, pero ella lo ignoró, dio media vuelta y volvió a entrar en la casa lentamente, con la cabeza baja.

14

A veces, Vilar se despertaba en plena noche creyendo haber oído cerrarse la puerta de un coche en la calle y se quedaba en la oscuridad escuchando el silencio nocturno, ese ruido de fondo que conspira contra el sueño; luego se levantaba e iba al balcón para observar la fila de vehículos aparcados a lo largo de la acera y tratar de distinguir la sombra de quien lo espiaba, y en esos momentos estaba tan seguro de que realmente ocurría algo, o iba a ocurrir, que acababa percibiendo algún movimiento detrás de un parabrisas y se quedaba vigilando aquella especie de pantalla oscura en la que solo brillaba el resplandor inmóvil de las farolas, con el corazón palpitante, hasta que de repente se veía a sí mismo: un tipo en paños menores jugando al escondite desde el balcón con una hilera de coches estacionados. Entonces volvía a acostarse, decepcionado y furioso consigo mismo, con un amargo nudo de sollozos y de cólera en el fondo de la garganta.

De nuevo en la cama, esperaba a que se calmaran los latidos de su corazón. El hombre de su pesadilla había vuelto a llamar a la puerta y huido otra vez, y Vilar había oído en la calle arrancar un coche y chirriar unos neumáticos, y al principio no supo distinguir lo real y el sueño, sofocado por el horror, con los brazos aún rígidos tras haber sostenido a Pablo contra su pecho. Se aguantó unos instantes las ganas de mirar el despertador, porque sabía que el amanecer estaría demasiado cerca o demasiado lejos, siempre desolador, pero cuando vio que eran casi las cinco, acechó en los intersticios de la contraventana cerrada la aparición de las primeras luces, acompañadas de los trinos de los mirlos, enloquecidos por la novedad, absoluta para ellos, de cada mañana.

Sin duda había dormido con los ojos abiertos, porque de pronto se percató de que la luz estaba allí, empujando la contraventana, apoyando en ella sus tibios dedos. Casi las siete. Llamaban a la puerta, decían su nombre. Había soñado que acudían a detenerlo, que no podía

huir. Una confusa historia de agentes de la Gestapo que le ladraban la orden de abrir. «¡Policía alemana!». Una historia que le había contado su padre.

Volvieron a llamar.

Laurent Pradeau pareció sorprendido al verlo abrir. Por las mañanas solía tener esa cara estupefacta de quien lo encuentra todo asombroso. Debía de ser un poco mirlo.

–Ha aparecido el cuerpo de Morvan. Tenemos que ir. Yo hago el café, vístete.

–¿Quién lo ha encontrado? ¿Dónde?

–En el bosque, alguien que iba paseando, ayer por la tarde. Allí tirado, al borde de un camino. Bien a la vista.

Vilar se estremeció. Miró a Pradeau, atareado en la cocina, abriendo armarios, rebuscando sin encontrar nada. Trataba de pensar y ocupaba las manos preparando él mismo el café.

–Un teniente de Poitiers ha llamado a la central. No conseguía hablar contigo por el móvil, joder, siempre lo tienes apagado. Total, Marianne quiere que vayamos hasta allí y que lo veas. La autopsia será esta tarde.

–¿Han dado algún detalle?

–Solo que lo han golpeado y apuñalado.

Vilar sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

–¿Algo más?

–No. Lo han arrojado al borde de un camino, en un bosque. Es lo que ha dicho… esto… Delvaille, ¿no? No ha dicho más.

Vilar recordó el apellido de pronto. Volvió a ver la cara serena, la mirada tímida del joven teniente.

Sonó el teléfono. Le lanzó una mirada a Pradeau.

–Seguramente es Marianne.

Vilar descolgó al tiempo que activaba el altavoz. Reconoció la voz enronquecida en el auricular, jovial como la de un amigo que llama para saludar.

–¿Qué, ya lo sabes? ¡Fue valiente el guripa! ¡Casi no dijo nada! En realidad no sabía nada, no debería haberme enfadado tanto.

–¿Por qué lo has matado? ¿Te ha gustado? ¿Eso es lo que te la pone

dura?

–¡Ya estamos con las palabrotas! Eres un madero muy mal hablado. Mira, ahora ya no siento haberme cargado a ese cerdo. Joder, casi estoy aliviado. Es como tu hijo, no sé qué le estarán haciendo en este momento, pero espero que pienses en ello y te entre bien en el culo, como un hierro al rojo.

Vilar encontró un poco de aire y algo de fuerza para hablar. Las lágrimas le resbalaban por la cara sin que pudiera hacer nada para detenerlas.

–No hables de él, ¿me oyes? ¡Te mataré, te juro que te reventaré la puta cabeza! –La voz se le quebró. Se tragó las lágrimas y los mocos y consiguió aspirar un poco de aire.

–¡Uy, qué miedo! ¡Joder, me cago solo de pensarlo! Entonces, apunta bien y dispara el primero, porque yo no fallaré, ¡pedazo de gilipollas! Si quieres te presto un tirachinas, ya que parece que te asusta el ruido.

Pradeau se había acercado. Tenía la mano sobre el hombro de Vilar, lo aferraba de la camiseta para mantenerlo en pie o hacerle saber que no lo dejaría solo. Luego le susurró al oído:

–Bajo a mirar. Lo voy a trincar. Me ha visto llegar. Está muy cerca. Bajo. Entretenlo.

Vilar intentó decirle por señas que no tendría fuerzas para seguir hablando con aquel tío, que no serviría de nada, pero Pradeau se levantó el faldón de la chaqueta, le dio unos golpecitos a la pistolera y, tras guiñarle el ojo, salió y cerró a sus espaldas sin hacer ruido.

–Eh, rey del tirachinas, ¿sigues ahí? Voy a dejarte tranquilo. Pero no te preocupes, esto no ha acabado. Vas a llorar y sudar sangre. Te vas a enterar de una vez.

La comunicación se cortó. Vilar lanzó el auricular al sofá y corrió a abrir el balcón para ver dónde estaba Pradeau. Se encontraba en mitad de la calzada, con los brazos caídos, pero tuvo que volver a subir a la acera para dejar pasar un coche conducido por una mujer.

–Ha colgado, sube, no merece la pena…

Pradeau alzó la vista hacia él y volvió a entrar en el edificio meneando la cabeza. La calle se animaba poco a poco: pasaban coches,

empezaba a oírse el rumor de la ciudad. Por la fachada, todavía en la sombra, corría un poco de fresco que envolvió a Vilar. Oyó a Pradeau entrar en el piso, furioso, maldiciendo, insultando a aquel tipo que siempre escapaba. Necesitaba un café y un cigarrillo, llevó la cafetera y dos tazas a la sala de estar, donde Vilar seguía inmóvil, con la mente vacía pero la cabeza presa de un vértigo que transformaba el suelo bajo sus pies en el movedizo lodazal de una ciénaga.

Vilar no pudo dominar el estremecimiento que le recorrió los hombros cuando el doctor Lazzaro les mostró el cuerpo. Le costó reconocer en aquella cara abotagada, con los ojos hinchados por los golpes, el rostro de Morvan. La desnudez del cuerpo lívido, velludo, casi lo avergonzaba, y tuvo que hacer un constante esfuerzo de voluntad para rendirse a lo que para él no era una evidencia: tenía ante sus ojos al gendarme Louis-Marie Morvan, muerto, molido a golpes, apuñalado en el vientre, donde se apreciaba con claridad una herida de dos o tres centímetros por debajo del ombligo. Y el rostro estaba tan tumefacto que, mientras lo escrutaba en busca de las facciones del hombre que había conocido, no sintió, como solía ocurrirle en casos así, ni siquiera fugazmente, la esperanza de verlo animarse con un ligero temblor y luego revivir del todo.

Lazzaro pasó revista a los hematomas, heridas y rasguños que había encontrado en el cuerpo. Precisó que con toda probabilidad habían apuñalado a la víctima varias horas antes de su muerte y que, en su opinión, la puñalada no era la causa principal del deceso. Lo verificaría, pero Morvan había sido golpeado con brutalidad, cuando ya debía de sufrir atrozmente debido a la herida del vientre. Dadas las circunstancias, se podía hablar de tortura. Seguirían con eso después.

Vilar asistió al examen más cerca de la mesa que de costumbre, mientras que Pradeau, pálido y con el estómago revuelto, se mantenía a distancia cerca de la pila que le habían dicho que podía usar, acompañado por el teniente Delvaille, enviado por la policía judicial de Poitiers, que no quería quedar totalmente fuera de juego: al saber que

Burdeos se había hecho cargo, la indignación había durado un par de horas, luego les habrían hablado de Vilar y su relación con Morvan, y seguramente se habían olido un feo asunto envenenado, así que la cólera se había atemperado. Una serie de incendios provocados, que ya habían causado cuatro víctimas, toxicómanos notorios, ocupaban a dos grupos de investigación, de forma que se dejó correr aquel asunto sin más protestas.

Vilar no tembló. Esta vez las lágrimas no le nublaron la vista. Siguió el trabajo del doctor Lazzaro con la meticulosa atención de un estudiante, inclinado sobre lo que le mostraba el médico, asintiendo a los comentarios que hacía en voz alta para que su ayudante tomara notas. Solo en sus maxilares, bajo la piel de las mejillas, unos musculillos se agitaban de vez en cuando delatando su pavor.

No podía evitar mirar la órbita reventada, el enorme globo ocular, retenido apenas por los párpados entornados, que dejaban entrever una membrana amarillenta y mate allí donde había brillado un ojo humano. Contemplaba el rostro machacado por los golpes –múltiples fracturas en la cara, dientes rotos, hundimiento del frontoparietal derecho, desgarro de las meninges, mandíbula descoyuntada–, intentaba reconocer en aquellas facciones destruidas, crispadas en una mueca de absoluto sufrimiento, el rostro tranquilo y bondadoso de Morvan, y sin embargo algo le impedía aceptar por completo que aquel cuerpo martirizado era, efectivamente, el suyo, el mismo al que había visto caminar y moverse con agilidad y dar un salto cuando, de pronto, se le ocurría una idea en plena conversación. Tenía la misma dificultad de siempre para admitir que el hombre al que estaban abriendo y en cuyo abdomen o caja craneal hurgaban, en medio del hedor que ascendía de las vísceras, estaba muerto y bien muerto, o era *el* muerto: ¿se trataba de la persona que creían, o de otra, anónima y casi abstracta?

El celo registrador e inquisidor del médico, aquella cirugía destinada a desmontar el cadáver, acababa, por su mismo horror, haciendo que se olvidara al muerto: aquel cuerpo sondeado, desmenuzado hasta en sus repliegues más secretos, ya no era una persona difunta, sino un inventario anatómico. Un catálogo aterrador. Vilar no creía en el más

allá ni en entes sobrenaturales, pero de pronto le parecía que el muerto ya no estaba allí, que había escapado de su cadáver despedazado, mientras su martirio era descrito con espantosa frialdad clínica. Al cabo de un rato el forense se detuvo. Se quitó las gafas de trabajo, se bajó la mascarilla y se secó la frente con la manga de la bata. Tenía el pelo blanco, muy corto. Una incipiente barba entrecana le cubría las mejillas. Vilar no supo qué edad adjudicarle. Quizá unos sesenta.

–Lo han golpeado y acuchillado. Fíjese en estos cortes, hechos sin duda con una navaja o un cúter. He leído que lo secuestraron hace unos diez días, ¿no es así? Cabe pensar que lo torturaran a diario y muriese debido a los golpes, debilitado ya por la cuchillada recibida en el vientre, que fue muy profunda. De hecho, no me explico cómo pudo sobrevivir tanto tiempo… siete u ocho días… Lleva muerto setenta y dos horas, al menos. Sabré más mañana. Seré más preciso cuando estén los análisis.

Parecía hablar para sí mismo, con los ojos clavados en el rostro del que fuera Louis-Marie Morvan, sargento de la gendarmería; luego se encogió bruscamente los hombros y miró la hora en un reloj colgado encima de las pilas. Empezó a quitarse los guantes.

–¿Lo conocía usted bien?

–Sí –murmuró Vilar–. Investigábamos juntos desde hacía años. Nos veíamos a menudo.

–¡Ah, sí, es verdad! Me han hablado de ello. Su hijo, ¿no?

El médico lo miraba directo a los ojos, sin pestañear. Vilar acusó el golpe. No estaba acostumbrado a que le hablaran de Pablo de ese modo, sin rodeos.

–Sufrió mucho, ¿sabe? –añadió Lazzaro.

Estremecido, Vilar lo miró sin comprender.

–¡No, no! –dijo el médico señalando el cuerpo de Morvan con un movimiento de la barbilla–. Sepa que esto me parece realmente impresionante.

Arrojaron las batas a la papelera, salieron de la sala de autopsias detrás de Lazzaro, y a Vilar le sorprendieron el calor y el ruido: de todas partes llegaban risas, retazos de conversaciones y chirridos de

puertas, y curiosamente empezó a tiritar mientras el sudor le caía por la espalda. El médico los llevó casi al trote ante una máquina de café y los invitó a sendos expresos, que pagó, en cierta forma, con fichas de cobre que la máquina tomaba por monedas de diez céntimos y luego escupía con un tintineo ensordecedor.

–No se lo cuenten a nadie –dijo sonriendo–. Pero ya son encubridores.

Los polis sonrieron a su vez por encima del vasito de plástico. Lazzaro rebuscó en el bolsillo de la bata y sacó un paquete de cigarrillos, que tendió a su alrededor.

–Sírvanse. Esto mata los olores. Los adquirí honradamente en España. El cáncer es más barato al otro lado de la frontera.

–Me ha dado envidia –dijo Pradeau cogiendo un cigarrillo.

Vilar hizo lo propio. Delvaille, que apuraba el vasito en busca del azúcar que había quedado en el fondo, fue el único que rechazó la invitación. Saborearon los cigarrillos en silencio, contemplando los grandes árboles del parque a través de la puerta vidriera. Pasados unos minutos, Lazzaro dijo que tenía trabajo, que no los acompañaba a la salida. Se despidió de improviso, estrechándoles la mano sin mirarlos, súbitamente distante, ausente. Cuando estuvieron fuera, Delvaille corrió hasta un parterre, doblado en dos por las náuseas. Vilar y Pradeau lo esperaron un poco más adelante, a la sombra de un castaño, empapados en sudor, respirando con dificultad el aire caliente. Ninguno de los dos se atrevía a hablar de su malestar, de aquella fiebre que los había asaltado de pronto y hacía correr pequeños dolores por sus cuerpos y latir bajo sus cráneos una migraña lancinante.

Cuando se reunió con ellos, el joven teniente estaba muy pálido, pero conseguía sonreír, y les pidió disculpas.

–Es mi tercera vez, pero siempre me pasa lo mismo, joder. Nunca me acostumbraré.

–Eso espero –dijo Vilar–. Sigue así.

Se separaron en el aparcamiento prometiéndose tenerse al corriente. Vilar agradeció a Delvaille que les hubiera avisado y le preguntó cuándo pensaba pedir el traslado a Burdeos. El joven policía mencionó

a su mujer, profesora, a sus dos hijas y una casa en la que todas parecían felices.

–Entonces, no he dicho nada –respondió Vilar sintiendo una punzada de tristeza–. Disfrútalo todo lo que puedas.

Lo miró mientras se alejaba bajo el sol cegador y envidió al joven, cuya insignificante figura parecía a punto de disolverse en la brutal claridad.

Circulaban en silencio.

Vilar no podía dejar de pensar en los últimos días de Morvan y de reconstruir su suplicio, horrorizado por la desesperación más absoluta frente a aquella muerte de la que era imposible huir, con aquel demente merodeando a su alrededor navaja en mano, ingeniándoselas para hacerle daño sin matarlo aún, manteniéndolo en el umbral de la muerte, en ese pasaje en el que el corazón late todavía y la palabra sigue siendo posible, esa zona de tránsito que todos los torturadores del mundo saben delimitar refrenando sus golpes para demorar el placer y disfrutarlo más tiempo, a menudo con la complicidad de médicos más indignos que locos que viven mucho tiempo y tranquilos, y mueren en una cama, rodeados por el amor de su familia.

Vilar se dejó asaltar por preguntas imposibles. El hombre al que buscaban ¿sabía torturar? En caso afirmativo, ¿en qué «escuela» había aprendido a hacerlo? ¿O acaso la necesidad de hacer hablar a Morvan era tan imperiosa que había echado mano de cualquier medio para conseguirlo? ¿Qué podía saber Morvan que constituyera una amenaza tan considerable? Al final se hundió en el asiento y, vagamente aturdido por el estruendo del aire que entraba por las ventanillas bajadas, siguió con la mirada el despliegue de la cinta de asfalto a ciento cincuenta por hora, casi sin poder concentrarse en los cambios que se operaban en el paisaje a medida que se acercaban a Burdeos.

Pradeau lo dejó frente a su casa tras insistir en que fueran a comer algo a un restaurante de moda y luego a pasar el rato en un bar cubano para echar un ojo a las chicas guapas que bailaban salsa.

–Así nos recuperamos un poco –precisó–. Venga, hay que olvidar toda esta mierda… Ver gente viva y medio idiota que se cree feliz en vez de muertos que han sufrido horrores.

Vilar estuvo a punto de aceptar, no quería decepcionarlo y dejarlo beber solo, pero se imaginó el ruido, las apreturas y el calor y se dijo que le apetecía justo lo contrario; la cabeza le pesaba, el cansancio corría por su cuerpo como un fluido quemante. Se despidió de Pradeau deseándole que no durmiera solo, cerró la puerta del coche haciendo un esfuerzo por sonreír y casi echó a correr hacia el portal del edificio.

El silencio del piso lo sorprendió. Se quedó un momento en la puerta del salón, sumido en la penumbra a causa de la contraventana cerrada; le gustó verlo ordenado, limpio, sin nada bonito ni superfluo, casi vacío. Se había decidido por esa especie de desnudez tras separarse de Ana, cuando se había mudado allí. Nada en las paredes, nada en los escasos muebles. Una revista tal vez, un periódico olvidado en un sillón… Dos CD junto a la minicadena. En cambio, en la habitación que utilizaba como despacho reinaba un desorden creciente, el íntimo desbarajuste en el que a veces le gustaba perderse.

Suspiró, se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero. Entró en la cocina, abrió el frigorífico y sacó una botella de zumo de naranja que dejó a medias, sintiendo el pequeño impacto del frío en un diente sensible. Ahora, en su cabeza zumbaba una verdadera migraña.

No pensaba en nada. De todas formas no podía hacerlo, tenía la mente bloqueada, invadida por la imagen del cadáver abierto de Morvan, y el olor pútrido de su vientre aún pegado al fondo del paladar.

En la ducha, cerró los ojos bajo el agua fría y apoyó la espalda en la mampara, intentando dominar sus jadeos. Se friccionó con un jabón con aroma a menta, se secó rápidamente, y casi enseguida sintió que el calor que reinaba en el piso le caía sobre los hombros. Se tomó una pastilla y aprovechó para beber largos tragos de agua del mismo grifo. Se puso un pantalón corto, prescindió de la camiseta y volvió a echarse agua fría en la cara. El dolor le golpeaba las sienes con fuerza, y fue al salón para respirar un poco. Por el camino, encendió el equipo e

introdujo un disco. Repantigado en el sofá, dejó que la energía del blues rock invadiera la sala y la guitarra arañara las paredes y enganchara sus uñas de acero en la moqueta.

Se quedó así, casi dormitando, con la mente vacía, liberado al fin de las visiones obsesivas que últimamente tenían tendencia a alojarse en ella para proyectar sus macabras diapositivas. Apenas era consciente de esa tranquilidad, en la que flotaban imágenes de carreteras estadounidenses, horizontes jalonados por promontorios rocosos, y bares miserables con una vieja camioneta estacionada delante y una mujer triste y hermosa junto a la puerta. Cada nota de música reactivaba su fábrica de tópicos, mientras él rozaba el sueño como si estuviera arrellanado en la butaca de un cine.

Quizá fue el silencio lo que lo sacó de su modorra. O el sudor que le corría por el cuerpo haciéndole cosquillas en la piel. Estaba oscuro y no podía ver la hora. Por la ventana entreabierta se colaban los sonidos del barrio y el rumor lejano de la ciudad. Se quedó absolutamente inmóvil, escuchando ese ruido de fondo, como esos tipos de los submarinos que, con la oreja pegada al sonar, pueden oír antes que nadie la inconfundible respiración del enemigo.

15

Volvió solo a la tumba. Iba allí a escondidas, mirando a todas partes para asegurarse de que nadie se fijaba en él. Primero daba vueltas en torno a ella sin acercarse, observaba los alrededores como si las hileras de vides o los bosquecillos de árboles que se veían aquí y allá hubieran podido aportar alguna aclaración a aquel misterio. Incluso estuvo tentado de cavar, un día que tocó la tierra después de depositar un ramito de flores que fue cogiendo por el camino. Había empezado a arañarla con las uñas, luego se había levantado, presa del terror. Porque sabía que allí no había ningún animal enterrado. Sino un niño. Estaba convencido. Seguramente era una criatura que la madre de Rebecca había tenido en secreto, lo que con todos los hombres que metía en su cama no era de extrañar. Un bebé que había nacido muerto o, peor aún, que la madre había asfixiado y arrojado a aquel agujero. Y Rebecca iba a visitar a aquel pequeño ser que apenas había existido, al que quizá no le había dado tiempo ni a abrir los ojos. Su hermanito bastardo.

El resto del día estuvo rondando a Marilou sin atreverse a preguntarle nada. Ella fingió no darse cuenta de sus tejemanejes, o en realidad no se percató: apenas lo miraba; además, estaba demasiado ocupada haciendo mermeladas con Nicole. Victor vagó solo, porque Julien ya no salía del garaje, donde la reconstrucción de la Mobylette se había estancado gravemente en medio de un caos de piezas mecánicas en cuyo centro se agitaba el chico, tan pronto exaltado como abatido, como un enano accionado por muelle.

Por la tarde, se acercó a Marilou, que jugueteaba con su móvil en la hamaca.

–Sé lo de Rebecca.

La chica se incorporó rápidamente y se volvió hacia él, con las piernas colgando del trenzado de cuerda. Lo miró con atención, se notaba que estaba pensándose cómo reaccionar.

–¿Qué sabes?

–Lo de su hermanito.

–¿Su hermanito?

Marilou casi se había erguido sobre los brazos, rígida y con los ojos desorbitados.

Victor supo que había dado en el blanco. Estaba sentada en el borde de la hamaca, agarrada al cordaje, con los pies apoyados en el suelo. De pronto parecía hecha de piedra o de madera.

–Vale ya con Rebecca. Déjala tranquila.

–Su hermanito, que está enterrado al final de las viñas, en un sitio con árboles. He visto la tumba.

–¿Qué tumba? ¿Dónde?

–Lo sabes muy bien. Tú lo sabías todo, desde el principio. Incluso le lleva flores, como si fuera el cementerio.

–¡Pues no, no lo sé todo! No sé nada sobre esa tumba. ¿Dónde está?

–Te la enseño.

Marilou se levantó y lanzó una mirada hacia la casa.

–¿Está lejos?

Cuando llegaron a la tumba, jadeando y empapados en sudor, porque habían pedaleado sin decir palabra ni detenerse en el calor aún pesado del atardecer, Marilou agarró la mano a Victor, se la apretó con fuerza y se pegó a él, que podía oírla respirar entrecortadamente y notar su cálido aliento en el hombro.

–Es mejor no acercarse demasiado –susurró la chica.

–¿Por qué? ¿Tienes miedo?

Por toda respuesta, Marilou se pegó un poco más a él.

–¿Qué hace Rebecca cuándo viene?

–Solo la he visto una vez. Se arrodilla, coloca las flores y se queda ahí.

–¿Tú crees que reza?

Sus voces eran un murmullo. La brisa que había empezado a soplar desde el estuario casi las ahogaba.

–No sé ninguna oración, si no rezaría algo –dijo Marilou en voz muy baja.

–Para rezar se necesita un dios, y tú no tienes ninguno. En realidad hablarías sola. De hecho, es lo que hace la gente que reza, porque Dios es una broma.

–Bueno, pero podría hablarle al niño que está ahí. Decirle que pensamos en él, pobrecito. A los muertos puede hacerles bien que les digan cosas.

–Quizá ni siquiera entienda lo que le digas, porque murió siendo un bebé, sin saber hablar.

Estaban allí, pegados el uno al otro, con el viento cargado de olores acres de limo girando alrededor de ellos como un alma. Durante un rato no dijeron nada porque se habían quedado sin palabras; luego Marilou empezó a llorar suavemente. Cuando Victor le preguntó por qué lloraba de ese modo, la chica dijo que pensaba en Rebecca y en aquel pequeño, y sollozó aún más; soltó el brazo del muchacho y se apartó unos pasos hasta darle la espalda, sacudida con más fuerza por la pena, que le contraía los hombros. Victor la dejó sola un instante y luego se acercó y le dijo que deberían volver, porque Nicole se preguntaría dónde se habían metido y los sometería a un interrogatorio.

Cuando llegaron junto a las bicicletas, Marilou le puso la mano en el brazo.

–Tengo que contarte una cosa.

Volvió a sorberse la nariz y se secó los ojos con el borde de la camiseta. Victor buscó su mirada, pero ella dejaba vagar los ojos hacia el lugar del que habían llegado.

–El bebé muerto no es hermano de Rebecca.

Victor sintió que algo se le clavaba en la espalda y lo dejaba sin respiración.

–Es su hijo. Lo tuvo con trece años.

Negando con la cabeza, el chico cogió la bicicleta por el manillar y luego la dejó caer en la hierba. El timbre sonó débilmente, y él miró la pequeña carcasa metálica con fijeza, de repente incapaz de hacer el menor movimiento.

–Fue su padre quien… Le hacía cosas desde que era pequeña, ya

ves… Su madre lo denunció, por eso está en la cárcel. Pero Rebecca me dijo que cuando iba a casa del abuelo Georges él también intentaba tocarla, así que ya no va, aunque no se lo ha dicho a nadie. Dice que quiere despellejarlo ella misma. De todas formas, todo el mundo sabe que es un viejo pedófilo. Parece que, cuando era más joven, tuvo problemas, su mujer se largó por eso.

Victor consiguió tragar un poco de aire, y su garganta pudo volver a formar palabras.

–¿Cómo sabes todo eso?

–Me lo contó ella. A mí me lo cuenta todo. No tenemos secretos entre nosotras.

–Pero no te dijo lo de la tumba…

Marilou lo miró al fin. Sus ojos aún brillaban debido a las lágrimas.

–No. Me dijo que había abortado, ¿sabes?, que había ido a ver a una mujer en Lesparre. –Victor asintió. Su madre le había explicado eso una vez–. Ese año no fue mucho a la escuela, su madre no quería, parece que le daba vergüenza. De todas formas a ella nunca le ha gustado la escuela… Ya en primaria volvía locas a las maestras y se peleaba con todo el mundo. Y luego, el año que se quedó embarazada y eso, los gendarmes fueron a detener a Christophe, su padre.

Sin darse cuenta, se habían sentado uno junto al otro en un ribazo cubierto de hierba seca, y a Victor casi le sorprendió estar así, aturdido, con la cabeza llena de un zumbido que ya no dejaba que la voz de Marilou, baja, monocorde, llegara a él. Habían hablado en susurros, como si el viento pudiera dispersar su secreto por todo el pueblo, y ahora callaban, encorvados, un poco envejecidos, y buscaban algo que decir para sacudir el silencio que pesaba sobre sus hombros y hundía en ellos mil agujas candentes.

Cuando al fin se levantaron y recogieron las bicicletas, Marilou agarró a Victor con fuerza del cuello del polo.

–Si Rebecca se entera de que te lo he contado, me mata, ¿entendido? Y si le digo que me has enseñado la tumba te corta la cabeza. Puede ser realmente mala, ¿sabes?

–¿Por quién me tomas? Esas cosas no se cuentan, pase lo que pase.

–De todas formas, estoy contenta de que lo hayamos hablado. Así somos dos.

Nicole estaba discutiendo por teléfono con un proveedor y Denis aún no había llegado, así que no tuvieron que dar ninguna explicación sobre su retraso. Marilou fue a poner la mesa mientras Victor se daba de bruces con Julien en la galería.

–¿Dónde estabais? ¡Joder, os he buscado por todas partes!

–Hemos ido a dar un paseo, teníamos ganas de pedalear.

El chaval se echó a reír y le guiñó el ojo.

–¡Sí, claro! ¿Los dos solos? ¡Venga ya!

–No digas nada, ¿eh? –le dijo Victor en voz baja.

–¡No te preocupes! ¡Te prestaré mi moto! ¡Funcionará pronto! –exclamó Julien con los ojos como platos y una expresión de estupor y satisfacción vagando por su alargada cara.

A Victor le costó conciliar el sueño esa noche, en medio del caos de imágenes e ideas siniestras y violentas que lo asaltaban. Cuando el día lo despertó, sintió que la tristeza que no lo abandonaba desde hacía semanas daba paso a algo que le soldaba las mandíbulas y hacía que el corazón le latiera más deprisa, hasta dentro del estómago. Se decía que toda esa maldad no podía quedar impune; no sabía cómo, no sabía si sería capaz, pero supo que ya no podía conformarse con sentir pena.

Precisamente mientras hablaban del viejo Georges, Julien y Victor habían decidido ir a capturar víboras. En la carretera que bordeaba el estuario, hacia el norte, había una casa en ruinas. Estaba infestada, aseguró Julien. Se pasaron la mañana maquinando para organizar su expedición. El chaval se preparó imitando la concentración de los grandes cazadores o de los guerreros del cine antes de un combate decisivo. Puso a punto la horca de bambú, comprobó el fondo del saco que había encontrado en un viejo armario del garaje… Victor lo sorprendió incluso haciendo ejercicios de respiración en su guarida, llenando y vaciando de aire su huesudo cuerpecillo.

Julien se adentró en el zarzal equipado con unas botas de goma demasiado grandes para él, en las que sus canillas se hundían como en las fauces de monstruos surgidos de la tierra. Se detuvo manteniendo el

equilibrio sobre las primeras piedras de la vieja casucha derrumbada, de la que solo quedaba en pie un muro con las aristas destrozadas, y con las manos en las rodillas y el palo ahorquillado bajo el brazo, se inclinó para escudriñar los rincones oscuros, remover con la punta de un palo un montón de cascotes y tratar de hacer salir a las víboras que anidaban allí. Victor se mantenía a unos metros detrás de él con las piernas ligeramente abiertas y un palo en la mano, alerta, listo para repeler lo que surgiera de allí, y le pedía a Julien que tuviera cuidado, con la espalda recorrida por grandes escalofríos pese al fuego que caía del cielo blanquecino.

De pronto, Julien dio un respingo y pareció zambullirse en las zarzas. Hurgó en ellas durante unos segundos que a Victor se le hicieron eternos. Ya no se le veía más que la espalda encorvada, cuyas vértebras se marcaban en la descolorida camiseta, que debía de haber sido roja.

–¡Tengo una! ¡Deprisa, el saco!

Victor se acercó y vio a la serpiente retorciéndose entre los flexibles dientes de la horca de bambú. Medía unos cincuenta centímetros y se enroscaba y desenroscaba furiosamente en el palo que tenía encima, que le inmovilizaba el cuerpo a unos centímetros de la cabeza triangular mientras trataba de erguirse, abría las fauces o agitaba la lengua con rápidas sacudidas. Victor se agachó un poco más y distinguió las pupilas verticales, como las de los gatos, pero sin brillo, heladas, y le dieron ganas de aplastar el terror que aquella mirada mortal le provocaba. Era la primera vez que veía una serpiente tan de cerca sin la protección de un cristal y todo su ser estaba recorrido por un estremecimiento casi doloroso, y se dijo que quizá el veneno de la mordedura, cuando se extendía por el organismo, producía ese efecto antes de que te murieras. Sentía que el sudor lo inundaba, le empapaba la camiseta y le resbalaba por las sienes. Se llenó los pulmones con tanto aire como pudo aspirar, cogió a la serpiente por detrás de la cabeza y la examinó sujetándola con el brazo extendido. Su tibio cuerpo se le enrollaba en la muñeca y la abrazaba con una especie de suavidad que lo hizo gemir de asco. Apretó un poco más el cuello de la bestezuela y sintió bajo los dedos que los firmes músculos se

endurecían y se movían bajo la rasposa piel.

Julien lo miraba boquiabierto, con una expresión de terror.

–¡Ten cuidado! ¡No la sueltes! ¡Joder, estás loco!

La voz se le estrangulaba, parecía perdido, vacilando en las grandes botas, todavía de pie sobre los cascotes.

–Abre el saco –dijo Victor en voz baja–. ¡Venga!

El chico obedeció y apartó los bordes del saco de yute, que cerró rápidamente con tres vueltas de cuerda en cuanto Victor dejó caer la víbora al fondo.

Se alejaron de las ruinas y se sentaron en la hierba seca. Julien dejó el saco frente a él y lo observó mientras se quitaba las botas y meneaba los dedos de los pies, enrojecidos por el roce y el calor. En el saco, la serpiente se agitaba un poco.

–Con una bastará –dijo secándose los tobillos, empapados en sudor–. ¿Por qué has hecho eso?

Victor no respondió. Casi de espaldas a él, observaba a través de las ramas de los árboles la agitación de las turbias aguas del río. Le temblaban las piernas, y apretaba las rodillas una contra otra para dominar la onda que el miedo aún hacía correr por su cuerpo.

–Yo no las toco jamás, las mato. Solo las toco muertas –dijo Julien–. Con una basta, ¿no?

Introdujo lo pies descalzos en las zapatillas de deporte y se levantó de un salto. Debido a las gruesas suelas, pensadas sin duda para batir récords o hacer creer que era posible, sus delgadas piernas parecían dos cerillas clavadas en chicles. Caminó hacia la bicicleta y recogió su mochila.

–Hay que ir cuando ese cerdo no esté.

Una vez de pie, Victor comprobó que las piernas lo sostenían sin dificultad. Cogió el saco de la serpiente y lo sujetó al manillar. Después volvieron a la carretera jadeando y pedalearon hacia Artigues, donde vivía el viejo.

Dejaron las bicicletas junto a una viña, apoyadas en un transformador eléctrico, y se secaron la cara con las camisetas. Bebieron unos tragos de limonada tibia de las cantimploras, la

encontraron deliciosa y decidieron dejar un poco para después, porque el sol pegaba fuerte y hacía vibrar su calor sobre las hileras verde oscuro cargadas de racimos, que empezaban a enrojecer en algunos puntos.

Desde donde estaban, lo único que se veía de la casa del viejo Georges era el caballete del tejado en medio de los árboles y arbustos del jardín. Se habían cruzado con él: iba en su ciclomotor, con una carabina al hombro, una gorra de pescador desteñida en la cabeza y un traqueteante remolque enganchado al portaequipajes, camino del estuario. A menudo iba a cazar nutrias con su 22 apostado en un pontón de pescador; luego se las daba de comer a sus perros. Avanzaron por el centro de la estrecha carretera desierta, cuyo alquitrán se fundía en algunos puntos, que Julien evitaba cuidosamente por miedo a quedarse pegado en ellos.

–Nunca se sabe, imagínate que se endurece de pronto… Ya no puedes moverte, y llega un coche…

–Pues te quitas las zapatillas, burro –dijo Victor.

El chaval aflojó el paso, alzó los ojos hacia él haciendo una mueca bajo la enorme visera de la gorra, volvió a bajar la cabeza, se quedó callado durante unos segundos, mirando quizá sus pies o el revestimiento de la calzada, y de pronto se detuvo.

–Sí, y entonces te quedas descalzo sobre el alquitrán caliente. Joder, cuando eso se derrite, como lo pises, te llenas de ampollas las plantas de los pies, ¿o qué te crees? ¡Te haces quemaduras de quinto grado!

Victor le puso la mano en el hombro para que se callara. Ya solo estaban a unos treinta metros de la casa. Los espinos rojos desbordaban la verja, hundida en algunos tramos, y la barrera vegetal era un obstáculo más infranqueable que cualquier alambrada, incluso electrificada. Cuando se acercaron, un mirlo emergió de la muralla de espinas con un grito áspero que los sobresaltó. Se detuvieron delante del portón, un tosco marco de hierro reforzado con barrotes, en algunos casos torcidos, como si alguien, o quizá un animal, hubiera querido escapar de allí sin molestarse en saltar por encima. En los hierros aún se veían restos de pintura negra corroída por el óxido.

Los perros se arrojaron sobre ellos sin que los oyeran acercarse. Al menos, Victor gritó como si uno de los perrazos lo hubiera atrapado por el cuello, así que Julien pegó un salto hacia atrás que lo hizo aterrizar con el trasero en la carretera. Los dos rottweilers se habían lanzado sobre la verja y habían metido las fauces entre los barrotes. Los dos chicos habían sentido en la cara su aliento caliente y la humedad de su baba. Habían visto de cerca sus relucientes colmillos mientras las mandíbulas entrechocaban delante de sus narices. El portalón temblaba ante sus embestidas y sus cabezazos.

–¡Pedazo de cabrones! –gritó Julien.

Victor veía cómo saltaban y ladraban y volvían sus locos ojos sin brillo en todas direcciones. Se había llevado la mano al pecho porque su aterrorizado corazón parecía querer romperle las costillas, e intentaba recobrar un poco el aliento, lo suficiente para coger fuerza y alejarse de allí, aunque fuera tambaleándose sobre las temblorosas piernas.

–Venga, vámonos –consiguió decir. Tiraba de Julien, que se había acercado a la verja.

–No, tranquilo. Conozco a estos perros. Mi padre tenía uno. A mí normalmente no me hacen nada.

–¿Normalmente? ¡No ves que están locos, joder! ¡Te he dicho que vengas!

Victor soltó un grito cuando vio que Julien apoyaba la mano en la verja. El perro más grande, el macho, erguido sobre las patas traseras, más alto que el chaval, olisqueó salvajemente sus deditos, empujando la cabeza entre los barrotes. La hembra se mantenía detrás, ladrando como una loca con los belfos retraídos, temblando con todos sus músculos, que se hinchaban bajo la piel como puños. El chaval hablaba con suavidad al perro, le decía cosas cariñosas, lo llamaba «Perrito» con la nariz a unos centímetros de la enorme mandíbula.

–Vámonos –repitió Victor–. ¡Mierda, te va arrancar la cara!

Pero el perro había dejado de gruñir. Ahora lamía la mano de Julien, que le acariciaba la cabeza, le rascaba entre las orejas y desaparecía en su enorme boca. Con la otra mano abrió el pestillo de la verja y la

empujó lentamente.

–Ven –dijo sin volverse–. No pasa nada. Sígueme.

Avanzaron por una extensión de gravilla que crujía bajo sus pies. Las matas de hierba intentaban abrirse camino entre los guijarros, pero la sequedad o un herbicida las había quemado irremediablemente. Al principio, la perra, como abatida, se había dirigido hacia una especie de cobertizo medio derruido para sumergir el hocico en un barreño y beber con avidez, pero ahora estaba volviendo al trote, trazando un semicírculo, con el morro a ras de suelo y los ojos clavados en Victor. El chico se quedó quieto, con los brazos pegados al cuerpo para no excitar al animal, que no paraba de gruñir olisqueando tan pronto sus tobillos como el saco.

–Huele la víbora –dijo Victor.

Julien se volvió, con el delgado brazo alrededor del cuello del macho, que intentaba lamerle la cara.

–No le hagas caso. Tiene miedo. No digas nada. No le prestes atención. –Y silbó para atraer a la perra, que alzó la cabeza ladrando y dando un saltito pesado que levantó un poco de polvo.

–Joder, ¿cómo lo haces? ¿Usas palabras mágicas o qué? Te conocen –dijo Victor.

El chaval asintió con orgullo, y a continuación ejecutó un número de amaestramiento para demostrar su control sobre los perros. El macho lo seguía, pegándose a él, a sus pies, sumiso, pero la perra se limitaba a dar vueltas alrededor de ellos soltando un ladrido sordo de vez en cuando y olfateando el aire en dirección a Victor, hacia el que extendía el grueso cuello y la maciza cabeza para clavar sus relucientes ojos en él.

Julien se encaminó a la parte posterior de la casa. Pasaron junto a dos coches con las carrocerías parcheadas con piezas de desguace y de los que habría sido difícil decir cuál era su color original. Eran viejos Peugeot enormes, con los parachoques cromados salpicados de herrumbre y los cristales cubiertos de polvo. Victor echó un vistazo a uno de los habitáculos, y en la parte de atrás, de la que habían retirado el asiento, descubrió un inmundo revoltijo de cajas y botellas vacías,

trapos sucios y bidones de plástico entre los que se veía una motosierra. Apartó los ojos, pues aquel caos le daba asco y un poco de miedo, no sabía por qué. Renunció a mirar en el interior del otro montón de chatarra, pensando confusamente que lo mismo encontraba una colonia de ratas que un cadáver cubierto de gusanos, y con la mente de repente llena de visiones macabras se apresuró a reunirse con Julien, que ya había doblado la esquina de la casa brincando sobre sus esmirriadas piernas y las enormes zapatillas, elástico como un títere, seguido por el enorme perro.

Detrás de la casa, un huerto bien cuidado, el único sitio de la propiedad donde parecía reinar un poco de orden, protegido de los perros por estacas y una alambrada, se extendía por el lateral derecho hasta el final de la parcela y contenía tomateras y bancales de lechugas y otras plantas que Victor no supo identificar. El resto del terreno no era más que césped abandonado, muerto, en el que se alzaban tres melocotoneros cargados de fruta y un cerezo. Al fondo del todo, más allá de la cerca, se divisaban interminables viñedos cuyo verde oscuro relucía al sol. A Victor le habría gustado coger algunos melocotones, pero Julien ya había entrado en la casa y le estaba sujetando la puerta.

Dieron unos pasos por el pequeño vestíbulo, revestido con un papel de flores rosas sobre fondo azul en el que la humedad había dejado aureolas negruzcas y churretones que prolongaban las manchas del techo. Olía a moho y tabaco, tal vez orina. De un perchero torcido pendía la capucha de un impermeable caqui, por encima de unas botas de agua del mismo color cubiertas de barro seco. Julien abría y cerraba puertas, y al empujar la que estaba enfrente encogió los hombros ante el espantoso chirrido que produjo la hoja al dejar al descubierto un pasillo oscuro que llevaba a otra puerta, esta vez vidriera, que daba a una habitación inundada de sol.

–Eso es la cocina –dijo en voz baja–. El dormitorio está allí –precisó.

–¿Y ahí?

Victor señalaba una puerta a su izquierda. El chico la abrió.

–El cuarto de estar. ¿Echamos un vistazo?

La habitación estaba en penumbra. Victor buscó el interruptor para

dar la luz y lo encontró bajo un cuadro que representaba a un perro de caza con un faisán en las fauces. En la lámpara del techo, que tenía forma de rueda, se encendieron tres bombillas de cinco. Olía a polvo y madera. Avanzaron despacio por el entarimado, que crujía sordamente, mirando alrededor, con el asombro de unos exploradores en la tumba de un faraón, los muebles atestados de figuritas y fotos enmarcadas, las paredes empapeladas en beis con motivos geométricos naranjas y negros, y los cuadros con marcos dorados comprados en supermercados o en tiendas de muebles. Eran paisajes bucólicos, prados rodeados de grandes árboles por los que vagaba el ganado, escenas campesinas de otros tiempos: vacas junto al río, una pareja de pastores y sus ovejas…

Victor examinaba las pinturas de aquel mísero museo. No sabía qué pensar de ellas, era incapaz de juzgarlas, pero aquella naturaleza poderosa le recordó los decorados de algunos dibujos animados, solo que en feo. Transmitían una extraña tristeza que casi lo fascinaba. Al cabo de un instante, al notar que la serpiente se agitaba en el saco, interrumpió su contemplación y continuó la visita con pasos lentos.

El polvo lo había teñido todo de gris. Sopló sobre la mesa, de la que al instante se alzó una nube que le produjo un picor en la garganta. Con la yema del dedo, escribió «Cabrón» en el tablero de madera oscura, cuyo barniz hizo relucir la palabra.

Julien se acercó a una bailaora flamenca que tocaba las castañuelas bajo una campana de cristal. Recuerdo de Toledo. Justo al lado, en un gran marco, dos recién casados sonreían al fotógrafo. Examinó la imagen a la luz de la lámpara del techo y soltó una carcajada.

–Es él –dijo–. Con la puta de su mujer.

Victor se acercó. Miró la foto sin decir nada y luego se la quitó de las manos y la arrojó contra la pared, donde estalló con un estrépito de cristal roto.

–Pero ¿qué haces?

Por toda respuesta, Victor dio media vuelta y fue hasta un aparador presidido por un relojito de sobremesa sobrecargado de adornos y dorados deslucidos. A su alrededor se apretujaba una especie de tribu que posaba en fotografías en blanco y negro o en tonos rosáceos

desteñidos, la mayoría en marcos polvorientos. En los tapetes de ganchillo había excrementos de rata.

–Es asqueroso –dijo, y con el dorso de la mano barrió aquel batiburrillo, que se desparramó por el suelo con estrépito.

Julien le gritó algo en tono asustado, pero Victor no lo oyó debido al estruendo que hizo el reloj al desintegrarse en el suelo. Ruedas y resortes rebotaron y rodaron. Una nota aguda y clara se prolongó en el repentino silencio, y los dos chicos dudaron.

–¡Estás pirado! –farfulló Julien–. ¿Qué haces, joder?

Victor se acercó a un sillón, se bajó la bragueta y empezó a mear en él. Se sacudió y luego escupió sobre el respaldo.

–Haz como yo –dijo–. Lástima que no tenga ganas de cagar.

Julien fue hasta una ventana e hizo lo propio sobre las cortinas.

–¡Joder! ¡Esto es genial! –decía.

Victor había empezado a abrir las puertas del aparador y examinaba la vajilla guardada en él. Platos, soperas y salseras de porcelana, bandejas decoradas con flores… Todo un servicio antiguo, regalado en su día a los recién casados, sin duda. Empezó a rebuscar allí dentro sin miramientos.

–Déjalo ya, joder –dijo Julien–. ¡Puede volver en cualquier momento!

Victor se encogió de hombros y cerró el aparador de una patada.

–¡Qué va!

Agitó delante de él el saco, que no había soltado.

–¿Dónde la ponemos? –preguntó Julien con los ojos muy abiertos.

Victor abrió la puerta de la cocina. El olor a aceite rancio mezclado con la peste a orina le revolvió el estómago de inmediato. Derribó dos botellas vacías que había al lado del frigorífico, y la inesperada escandalera hizo que el corazón le diera un brinco en el pecho. Envases y cajas de fruta vacías llenaban la encimera y se acumulaban encima de los armarios. La cocina de gas estaba cubierta de una costra marrón, y su tapa, de salpicaduras negruzcas. En el fregadero, los platos y los cubiertos nadaban en un agua turbia y grasienta. Todo estaba lleno de mugre. En el suelo había una capa pegajosa, posiblemente una mezcla de aceite usado y tierra, que crujía bajos los pies.

–¡Qué guarrada! –exclamó Julien–. Pobre Rebecca…

En las paredes, clavados con chinchetas, había antiguos recortes de periódico, uno de los cuales, ilustrado con una gran foto, mostraba a unos vendimiadores posando con sus cuévanos de madera a la espalda ante carretas llenas de racimos a las que estaban enganchados unos caballos. Victor leyó que habían prodigado una calurosa bienvenida al propietario, personaje importante y célebre en el Médoc, que había ido a exhortarlos a ser cuidadosos con la valiosa cosecha que, una vez más, se convertiría, por la magia de la vinificación, en un caldo legendario que se serviría en las mesas más prestigiosas del mundo. El chico miró con más atención y distinguió, rodeadas de cagadas de mosca, las caras de hombres bigotudos y de mujeres con pañoletas que trataban de sonreír, entre las cuales un hombre tocado con un sombrero ancho y calzado con botas relucientes adoptaba una pose favorecedora, con una mano en la cadera y la otra sosteniendo su pipa entre los labios. Le sorprendió que aquel hombre tuviera un apellido tan largo y con «de»; luego recordó que la Revolución francesa, pese a sus buenas intenciones, no había conseguido acortarlos todos.

–Aquí –dijo Julien detrás de él.

Había abierto el cajón de la mesa: cubiertos y una servilleta en su servilletero de madera. El hule estaba gastado en los sitios donde el viejo apoyaba los codos.

–Mira, es aquí donde se sienta a comer –dijo Victor–. Esta noche, cuando vaya a coger el tenedor, la víbora le pegará un bocado en la mano. Y creo que si te muerden en la mano va directo al corazón.

Abrió del todo el cajón y empezó a desatar el saco.

–¿Y si averiguan que hemos sido nosotros? –preguntó Julien.

Victor se detuvo y lo miró, buscando una respuesta.

–Nosotros no, la víbora. Verán que le ha mordido y ya está, joder. A ese gilipollas puede pasarle en el jardín, ¿no? De todas formas, el bicho se largará, no lo encontrarán jamás.

El chico lo miraba mordiéndose las uñas.

–¿Y si nos han visto?

–¡Vale ya, joder! ¡La idea fue tuya, así que no me toques las pelotas!

Diremos que lo hicimos por Rebecca, ¡ya está! Se habrá hecho justicia. Además, en clase nos dijeron que si eres menor te condenan dos veces menos. ¿Qué riesgo corremos? ¡Ninguno!

Julien tenía los ojos clavados en el fondo del cajón.

–Teníamos que haber cogido dos, joder. Con una no es seguro que la palme.

–Ya no nos da tiempo. Va a volver. Venga, hagámoslo. En cuanto la meta, cierras.

Victor sacudió el saco, y al instante oyeron agitarse a la serpiente entre los cuchillos y los tenedores, mientras Julien cerraba el cajón con un golpe seco.

Se quedaron unos segundos delante de la mesa, contemplando su trampa. Victor le había puesto una mano en el hombro a Julien, que asentía imperceptiblemente, enzarzado quizá en una controversia íntima o aplaudiendo su propia determinación.

Hacía solo un momento que la víbora había dejado de moverse cuando los perros empezaron a ladrar. Los oyeron saltar contra la verja y hacer entrechocar los barrotes, sacudidos por la rabia ahogada de los ladridos. Victor fue a mirar por la ventana, pero solo vio el seto de espinos, que ocultaba la carretera, y a los perros brincando.

–Debe de ser él. Los perros lo habrán oído –dijo Julien.

Sin necesidad de ponerse de acuerdo, corrieron hasta el comedor, donde patinaron sobre los restos de los objetos que cubrían el suelo, mientras el reloj rodaba hasta debajo del aparador con una última cencerrada. Salieron al aire caliente justo cuando los perros lanzaban juntos un aullido de dolor y empezaban a gemir de un modo lastimoso. Victor los vio venir hacia ellos trotando pesadamente, como borrachos, y sacudiendo las enormes cabezas. La hembra se dejó caer a la sombra de un árbol y se frotó el hocico y los ojos con las patas, mientras, no muy lejos, el macho se revolcaba por la hierba seca, gimiendo.

–No es él –dijo Julien.

Victor apartó los ojos de los perros y vio al hombre, el tal Éric, cerrando la verja a sus espaldas, tras dejar su coche gris estacionado en la hierba, al borde de la carretera. Se estaba guardando en el bolsillo un

bote de aerosol. Un lacrimógeno. Victor los había visto en el colegio. Julien había corrido hacia los perros y, agarrándolos de la piel del cuello, los sacudía gritando: «¡Ataca!», pero los animales, entre estornudo y estornudo, resoplaban y escupían sin dejar de gemir.

El hombre sacó una navaja automática de la que enseguida hizo surgir la hoja.

–¡Vigila a tus chuchos, mocoso, o les saco las tripas! ¡Coge la bici y lárgate! ¡Y mantén el pico cerrado si no quieres que le prenda fuego a tu casa!

–¿Quién es? –preguntó Julien–. El del otro día, ¿no?

Se arrimó a Victor. El individuo se había detenido a unos diez metros de ellos, casi sentado en el capó de uno de los Peugeot.

–Vete y no digas nada –le dijo Victor al chico–. Esto no va contigo. Si hablas te mato, joder. Lo haré. ¿Lo has entendido?

Julien cogió su mochila y avanzó con paso vivo hacia la verja, con la cabeza gacha y temblando como una hoja sobre las endebles piernas. Para salir tenía que pasar cerca de los coches, y al llegar a la altura del hombre se desvió un poco, pero no lo suficiente, porque el otro solo tuvo que extender el brazo para darle un bofetón en plena frente, que lo hizo retroceder dos pasos.

–¡No me vuelvas a amenazar, hijo de puta! ¿Te queda claro? ¡Y ahora vete a joder a tu madre antes de que lo haga yo!

El chico echó a correr con una mano en la cara. Se volvió fugazmente hacia Victor con los ojos desorbitados por el miedo, haciendo muecas, con sangre en la cara que ya le manchaba la camiseta.

El hombre no apartaba los ojos de Victor. No se movía, no pestañeaba. Con los brazos separados y las grandes manos abiertas en dirección al chico, esperaba a que Julien estuviera lo bastante lejos. Tenía el mango de la navaja bloqueado bajo el pulgar. Se oyó el ruido de la verja al cerrarse y los pasos del chaval, que corría pesadamente por la carretera haciendo chascar las suelas de las zapatillas. Los perros estaban derrumbados en la hierba, con los flancos agitados por el calor.

El hombre encendió un cigarrillo. Soltó el humo con fuerza hacia Victor y le hizo un gesto con la barbilla.

–¿Y ahora qué? ¿Vas a tirarme piedrecitas? ¿Vas a azuzar a los perros tú también? Ya no eres tan valiente, ¿eh? No, eres como tu madre, después de todo. En cuanto le enseñabas quién mandaba, ya no era nadie. ¡Una mierda que aplastas con el zapato! Las putas son así. Abren la boca y el culo y ni siquiera saben por qué. ¿No es verdad?

Cerró la navaja y se la guardó en un bolsillo del pantalón. Se pasó una mano vacilante por el pelo corto, echó un vistazo al cielo blanco, parpadeó e hizo una mueca. Avanzó hacia Victor, pasó junto a él, llegó a la casa y apoyó la espalda en un postigo a la sombra. Victor tuvo que volverse para verlo.

–¿Qué hacíais aquí? ¿Afanar cosas? ¿Quién es el indigente que vive en esta chabola?

Victor se encogió de hombros. Pensó en la víbora, que debía de estar enroscada junto a la servilleta del viejo, o retorciéndose para encontrar una salida. Luego calculó sus posibilidades de huir, de llegar a la bici o escapar a través de las viñas y correr hasta una bodega o una casa. Nulas. Lamentó haber dejado la navaja en la mochila en vez de tenerla allí, a mano, en el bolsillo de sus bermudas. Habría peleado con él, se la habría clavado en la garganta o dentro de la boca. Imaginó la escena con todo detalle y se le puso la piel de gallina.

Éric abrió la puerta y le indicó por señas que pasara.

–Entra. No me obligues a ir a buscarte.

Victor caminó lentamente hacia él y lo precedió por el sucio pasillo. El hombre entró detrás y cerró la puerta con suavidad. Victor lo oyó respirar a su espalda. Bajó la cabeza. Esperaba un golpe.

–Joder, no me lo puedo creer –murmuró el hombre.

Abrió la puerta del comedor, pero al ver el suelo lleno de objetos rotos se detuvo en el umbral. Se volvió hacia el chico. Sus ojos azules, muy claros, brillaban en la penumbra. Hizo otra especie de mueca. Quizá fuera su forma de sonreír.

–Haciendo el gamberro, ¿eh? La puta de tu madre estaría decepcionada. ¿No has pensado en eso?

–Bueno, ¿y a usted qué? No es mi padre, ¿qué coño le importa?

Victor lo había dicho de un tirón, sin pensar. De inmediato temió la

reacción del hombre.

El otro no se movió. Volvió a hacer la mueca.

–¿Y tú qué sabes? ¿Eh, pequeño bastardo? ¿Tú qué sabes quién es tu padre, con la de tíos que se la tiraron durante años? ¿Te has parado a pensarlo? Ese es el problema de los hijos de las putas. ¡Que nunca saben quiénes son! Ya tienes edad para pensar en todo eso, ¿no?, ahora que estás solo en la vida. A lo mejor debería estrecharte entre mis brazos, ¡hijo mío!

Rio en silencio. Lo había dicho en voz baja, casi con suavidad, pero cada una de sus palabras había golpeado como una patada en el estómago a Victor, que pensó en un cuchillo hurgando en una herida. En ese momento tuvo la certeza de que aquel hombre había matado a su madre y había disfrutado haciéndolo. Tuvo la certeza de que él mataría al tal Éric a su vez. Al menos se hizo esa promesa mientras el hombre acechaba el daño que le causaba al hablarle así; una promesa que le permitía mantenerse en pie y hacerle frente.

–¿Qué habéis venido a hacer aquí? En este sitio no hay nada que robar… –Éric se había detenido en medio de la cocina y miraba alrededor con recelo buscando un indicio que delatara las intenciones de los chicos. De pronto, agarró a Victor del cuello de la camiseta y lo atrajo hacia él–. Bueno, ¿qué? ¿No tienes nada que decir, mariconcete?

Victor le pegó un codazo en el hígado que sin duda lo sorprendió, pero no le hizo daño, y el hombre lo empujó contra la mesa y le golpeó violentamente la cabeza contra el tablero entre un cuenco sucio y un trozo de pan duro. Victor soltó un grito agudo, empezó a llorar con las mandíbulas apretadas y el rostro crispado por una mueca de dolor y rabia. El hombre, casi echado encima de él, le pegó la boca al oído mientras le mantenía la cara aplastada contra el pegajoso hule.

–Hay guita, ¿es eso? El viejo mendigo lo guarda todo aquí y habéis venido a robarle, ¿eh, sucio cabroncete? Bueno, ¿qué? ¿Dónde está esa pasta?

–No –jadeó Victor–. No es dinero.

Fuera, los perros se pusieron a aullar al oír el petardeo de una motocicleta, que se acercaba. Poco después la verja chirrió, y el

vehículo, con el motor apagado, rodó por la gravilla, empujado sin duda por el viejo, que volvía a casa. Victor se tensó y sintió que el sudor le caía por la espalda como si le vaciaran una botella de agua entre los omoplatos. Éric se irguió y pegó la oreja a la hoja de la puerta que daba a la entrada. Sacó la navaja, apoyó la mano en el picaporte y esperó.

Los perros se habían callado. Hubo ruido de chatarra, un estrépito confuso en el cobertizo. El hombre refunfuñaba o gruñía sordamente, hablándoles quizá a los perros. La puerta de entrada se abrió lentamente; pareció que el viejo se detenía en el umbral, tal vez a la escucha de algo que de pronto encontraba sospechoso o alarmante. Éric respiraba por la boca, con los labios formando una O, mientras sus ojos miraban de vez en cuando a Victor sin verlo y luego trataban de atravesar paredes y puertas para adivinar los movimientos del hombre que estaba entrando en su casa, transformada de pronto en una trampa. El anciano, que se la olía, mascullaba para disipar su inquietud. La puerta del cuarto de estar se abrió, y se hizo un silencio absoluto durante el cual, sin duda, el viejo contemplaba el estropicio, paralizado por el estupor o encendido por la cólera, al tiempo que Éric, navaja en mano, y ahora en una actitud menos brutal y arrogante, miraba sin pestañear la puerta tras la que la estupefacción del viejo parecía eternizarse. Seguía echándole rápidas ojeadas a Victor, que empezaba a tener la impresión de que aquel tipo ya no sabía qué hacer y se dijo que a lo mejor podía aprovechar la tensa vacilación que leía en sus ojos para intentar escapar. Estaba tratando de reunir un poco de fuerza en las temblorosas piernas cuando sintió en la cara el soplo de aire de la puerta al abrirse de golpe y vio que el viejo saltaba dentro de la cocina como un enorme y pesado mono, dando alaridos, empuñando la carabina y abriendo fuego en dirección a Éric. Tras fallar, y farfullando insultos, accionó de inmediato la palanca del cerrojo, pero su blanco ya se arrojaba sobre él, agarraba la carabina por el cañón con una mano para desviarla o arrebatársela, y con la otra le acuchillaba la cara y la garganta a navajazos.

Victor se había ovillado a un lado del frigorífico, y si hubiera podido

se habría introducido entre el aparato y la pared, porque ahora el viejo estaba cubierto de sangre y bramaba sin soltar el arma, consiguiendo de vez en cuando coger suficiente aire para maldecir a su atacante. Se produjo otro disparo, y la bala rompió el alicatado a un metro del lugar donde se había refugiado Victor. El proyectil debió de rebotar, porque un cristal estalló con estrépito y lo obligó a hundir la cabeza entre los hombros. En ese momento advirtió que la puerta había quedado abierta; giró sobre sí mismo para colocarse en posición de saltar y, cuando vio que los dos contendientes se erguían juntos, forcejeando todavía con la carabina, y empezaban a dar vueltas en medio de la cocina como bailarines borrachos, gateó pegado a la mesa, sacudido por una descarga eléctrica cuando rozó el cajón en el que estaba agazapada la víbora, y corrió como un loco tropezando con los muebles, chocando con los marcos de las puertas y patinando en el mugriento linóleo de la entrada, antes de recuperar el equilibrio sobre la gravilla del jardín, mientras los dos perros se lanzaban ladrando hacia la puerta, que había dejado abierta de par en par detrás de él.

Ya en la carretera, mientras intentaba recordar dónde había dejado la bicicleta, se dio cuenta de que no oía. Se detuvo en la calzada, y lo único que percibió del mundo fue una claridad cegadora y un zumbido puntuado por el alocado martilleo de sus venas. Sacudió la cabeza y se hurgó con los dedos en los oídos, pero fue inútil. Eso lo asustó un poco. Se volvió hacia la casa, esperando verla explotar o incendiarse en cualquier momento; luego vio el transformador eléctrico, echó a correr hacia él y saltó sobre la bici. El aire que le daba en la cara lo serenó, procuró concentrarse en pedalear mientras sentía que el sudor volvía a inundarlo y que su cuerpo existía de nuevo, más allá de los temblores y los escalofríos que lo habían recorrido en la cocina, mientras los dos hombres peleaban. Poco a poco, sus tímpanos también se recuperaban y el sordo bordoneo daba paso a un silbido constante, que parecía provenir de las profundidades de su cerebro. Al pasar junto a la torre de agua divisó el pueblo al final de la cuesta y se tranquilizó, así que, cuando se dejó llevar por la inercia pendiente abajo, se sentía casi feliz.

Al llegar, Nicole, que acababa de volver de Pauillac, donde había

hecho la compra de la semana, le pidió que la ayudara a descargar el coche. No advirtió nada extraño y Victor respiró aliviado. Tuvo la sensación de existir de nuevo, y a su alrededor, todas las cosas recuperaban su sitio, su volumen, una normalidad que lo tranquilizó. Llevó hasta la casa las cajas de agua mineral y las bolsas más pesadas, y se cercioró de poner el seguro a las puertas del coche antes de cerrarlas. Cuando terminaron, Nicole lo cogió del cuello, lo estrechó contra ella y le dio un beso en la nuca, empapada en sudor. Él la dejó hacer mientras aspiraba el aroma que parecía emanar de sus pechos, pensó en Rebecca y tuvo unas ganas terribles de ella entre las ingles. Después Nicole lo soltó y Victor, sin saber muy bien qué hacer y súbitamente agotado, entró en el salón, donde el televisor parloteaba solo, y vio a Julien en el sofá, muy delgado y pequeño junto al alto respaldo y entre los cojines, dormitando con la boca abierta, la cara reluciente y el pelo pegado a la frente por el sudor. Le dieron ganas de despertarlo para asegurarse de su silencio sobre lo que había pasado en casa del viejo Georges, y el corazón se le aceleró al pensar que quizá en esos momentos ya había muerto a manos del hombre. No sabiendo qué partido tomar, renunció; luego pensó que Rebecca se alegraría cuando se enterara de la muerte de aquel cerdo, y, tranquilizado por esa idea, subió a su cuarto, dejando tras de sí al enclenque durmiente. Se durmió al instante en la oscuridad casi fresca. Despertó sobresaltado al oír voces que se mezclaban con un sueño doloroso en el que su madre no lo reconocía. Se pasó la mano por la cara para secarse las lágrimas de la pesadilla, pero solo tocó sus mejillas secas, y fue a escuchar a la puerta.

Denis estaba en casa, se le oía hablar alto, sin duda por teléfono. Nicole también decía algo confuso. Victor dejó de respirar durante largos segundos cuando comprendió que la casa del viejo Georges estaba en llamas, casi destruida del todo cuando llegaron los bomberos. Bajó lentamente las escaleras, y lo primero que vio fue a Julien, que lo miraba desde el sofá con los ojos desorbitados y la cara descompuesta por el pánico.

16

Pradeau y él habían decidido ir a distraerse un poco a «un sitio donde el ruido y la furia campan a sus anchas», y allí estaban, bombardeados desde su llegada por el ensordecedor guirigay de una música rock salvaje y saturada de feedback y el calor, espesado por el humo de los cigarrillos.

En esos momentos, Pradeau le estaba hablando, pero él no entendía nada de lo que decía, no captaba más que unas cuantas sílabas o palabras sueltas que intentaba relacionar entre sí para que tuvieran sentido, pero la mayoría de las veces el apabullante bullicio que los mantenía pegados a la barra, igual que a la muchedumbre de bebedores apelotonada en el pub, hacía trizas cualquier forma de lenguaje humano, así que Vilar se limitaba a asentir sonriendo o, al revés, adoptaba un aire serio, intentando amoldarse a las expresiones tan pronto satisfechas como exaltadas o afligidas del rostro que gesticulaba a menos de cincuenta centímetros de él sobre una pinta de cerveza negra. De vez en cuando, un brazo aparecía entre ellos y se retiraba casi al instante con el puño cerrado sobre el asa de una jarra, y ellos dos tenían que apartarse un poco o agachar la cabeza para dejar pasar cervezas de coloración diversa, que se consumían por decenas de litros a su alrededor. La sala estaba envuelta en el metal fundido de un rock saturado de guitarras aulladoras, martilleado por bajos que te golpeaban el plexo como habrían podido hacerlo decenas de boxeadores liliputienses soltados entre los clientes. Vilar creyó reconocer una canción de Gary Moore que había oído en su día y cuyo sonido, al máximo volumen, le hizo odiar las agudas armonías.

Parpadeaba sin cesar para mantener abiertos los ojos, irritados por el denso y acre humo, que se le pegaba a la cara húmeda de sudor y parecía compactar incluso la cruda luz de los focos, lanzada aquí y allá en haces casi palpables en los que se movían siluetas difusas. En cuanto había entrado allí, la boca se le había llenado rápidamente de un gusto

a cobre del que intentaba librarse dando grandes tragos a la cerveza, para encender enseguida otro pitillo, porque no tenía otra cosa que hacer, porque esa noche se le habían quitado las ganas de hacer cualquier otra cosa.

Pradeau había empezado a hablar de su mujer ausente, de los motivos de su partida, que seguía sin entender, pero que hacían que se sintiera confusamente culpable, además de triste y desgraciado, y Vilar percibía las inflexiones quejosas de su voz, cada vez más ronca de tanto beber, fumar y gritar para tener alguna posibilidad de hacerse oír. Luego mencionó a su madre, enferma, con la memoria hecha jirones, y a su padre, desamparado, ocupándose de ella, encorvado, empequeñecido, totalmente replegado sobre su pena, siempre cerca de su mujer, como la sombra de la sombra en la que se había convertido ella. Alzó hacia Vilar una mirada desvalida de niño y luego sonrió con valentía, encendiendo el enésimo cigarrillo. Su hermano y él se veían a veces en casa de sus padres, y no sabían qué decirse. Le había hablado dos o tres veces de aquel hermano, con el que se habían roto todos los lazos, con amargura y nostalgia pero vagamente.

Pradeau se había callado de pronto y daba pequeños sorbos a la pinta. Negó con la cabeza.

–Más valdría que estuviera muerto.

–Hombre, eso no está tan claro, ¿no? Es tu hermano…

–Como si no lo fuera… Si tú supieras… ¡Venga! –dijo levantando la jarra–. ¡Por los falsos hermanos y los verdaderos amigos!

Brindaron esforzándose en sonreír, pero sus caras cansadas y sus ojos enrojecidos por el humo solo expresaban un inmenso cansancio impregnado de melancolía.

Cuando se hizo el silencio, inesperado, brutal, Vilar sintió el mismo alivio que si un tipo sentado sobre su pecho desde hacía una hora acabara de levantarse. Hasta Pradeau, perdido el impulso, se calló y hundió la cara en la jarra. Vilar tuvo la sensación de que los rostros se iluminaban, los cuerpos se erguían y el gentío, menos compacto, se inmovilizaba para disfrutar de ese momento impagable. Al fondo de la sala, en un pequeño escenario, se estaba instalando un grupo. Eran

cinco: guitarra, bajo, voz (y tambor irlandés), violín y batería, flanqueados por unos impresionantes altavoces que hacían temer lo peor. Vilar vació la jarra y notó una corriente de aire fresco en la cara: alguien había abierto la puerta de la calle. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que estaba ebrio, porque el fresco del exterior reavivaba los rescoldos que dormían bajo su cráneo. Y fue en ese momento cuando notó que unos dedos le daban unos golpecitos en el dorso de la mano y dirigió la mirada a su puño cerrado alrededor del asa de su jarra vacía, y luego al rostro de la camarera, que quería retirarla y le sonreía preguntándole si quería otra. Asintió con la cabeza inclinándose hacia ella y sintió que su cara se distendía en una sonrisa, y, seguramente, parecía una hoja de papel que alguien acaba de alisar para leer en ella lo que un momento antes no quería saber, porque aquella chica poseía una belleza indiscutible, luminosa bajo aquella luz sucia, en aquella atmósfera maloliente, solitaria entre aquel gentío empapado en sudor. Le sorprendió no haberse fijado antes en ella, sin duda porque, desde que había entrado en el pub, había permanecido dentro de una burbuja, esa especie de escafandra o traje de supervivencia en el que solía encerrarse para intentar seguir respirando.

Era exactamente el tipo de belleza que, en cuando posas los ojos en ella, anula al instante cualquier otra presencia humana. Un tipo se acercó a la barra para pedirle algo, y Vilar sintió un odio fugaz hacia aquel intruso y detestó verla inclinarse hacia él y casi rozarlo para oír lo que decía, como si no se hubiera dado cuenta de que la música había cesado y era posible entenderse sin gritarse a la cara. La chica intercambió con el cliente una broma que hizo reír a los dos y se volvió hacia un tirador. Quizá había notado la mirada de Vilar, pendiente de sus hombros, enmarcados por los tirantes de una camiseta negra, porque se volvió hacia él y gritó «¡Ya voy!» sacudiendo la melena negra. Tenía un cuerpo esbelto, y Vilar pensó que se movía detrás de la barra, llena de estanterías, cajas y barriles, con la gracia y la agilidad de una bailarina en mitad de una mudanza.

–Camille –le susurró Pradeau de pronto. Vilar lo miró un instante sin

comprender–. Se llama Camille. Y sale con el guitarrista.

Vilar se encogió de hombros. La chica se acercaba a ellos secándose la frente con el dorso de la mano. Se dirigió a él para saber qué tomaban con una voz de timbre frágil, recorrida por una ronquera que a Vilar le recordó los suaves arañazos de un gato.

–Lo mismo –respondió señalando las jarras.

Buscó algo un poco más inteligente que decir, pero de su espesa mente solo emergían trivialidades manidas. Ella dio media vuelta y se alejó sacudiendo la melena. Pradeau también contemplaba esos hombros, esa espalda, esas caderas que huían.

–Me siento bien solo con mirarla –dijo suspirando.

Vilar iba a responder que lo mismo le pasaba a él, pero un acorde de guitarra explotó en un amplificador. Los dos amigos encogieron los hombros a la vez y se sonrieron. El batería empezó a calentar los tambores.

–¡Nos acabamos esta y nos abrimos! –gritó Pradeau–. ¡Lo siento por la guapa Camille, pero seguro que sobrevive a nuestra huida! ¡Tengo la cabeza como un bombo!

La camarera regresó con sus jarras y las dejó delante de ellos. Vilar se apresuró a sacar un billete de veinte, pero la chica ya se había marchado a la otra punta de la barra. El grupo empezó a tocar, y justo en ese instante, Vilar sintió vibrar el móvil en uno de sus bolsillos. Se tapó un oído, gritó que le hablaran más alto, negó con la cabeza… Pradeau había comprendido que pasaba algo y lo miraba con cara de preocupación, ligeramente inclinado hacia él.

Vilar no oyó las primeras palabras, pero reconoció la voz de Marianne Daras.

–¿Sandra de Melo, en Pessac? Sandra de Melo ¿qué? ¿Qué pasa con ella?

Preguntaba aunque ya había comprendido. Había poca cobertura, Marianne hablaba de forma entrecortada, puede que estuviera caminando.

–Una salvajada. Un chaval degollado. Los vecinos han llamado a Emergencias… Sobre las nueve.

Vilar sintió que el corazón se le paraba en el pecho. Tragó una gran bocanada de aire.

–¿Cómo que una salvajada? ¿Quién?

–Date prisa. Nos vemos allí. Llamo al fiscal.

«¡Voy!», gritó a su vez, dos veces, tan fuerte que la gente se volvió hacia él con cara de asombro, un poco desconcertada. Encontró la mirada alarmada de la camarera, cuya belleza le pareció un faro que se alejaba en la oscuridad. Sin dejar de mirarla, solo para ver apagarse esa luz, le dio un trago a la cerveza y arrastró a Pradeau consigo empujando a toda aquella gente apretujada, a aquella multitud idiota, decidido a romperle la cara al primero que se metiera donde no lo llamaban. Cuando estuvieron fuera, trató de correr, pero el estómago se le revolvió al instante y se quedó sin aire, así que fue entre jadeos como le dijo a Pradeau lo poco que sabía y por qué había que aligerar.

Caminaron en silencio hasta el coche, que esta vez era el de Pradeau, aparcado en una acera frente a los jardines del ayuntamiento. Los dos se apoyaron en el capó para recobrar el aliento, se sacudieron para despejarse como quien sacude el polvo de una alfombra y tosieron todos los cigarrillos que habían encadenado esa velada, sudando en la noche de verano llena de terrazas abarrotadas y viandantes sin prisa que aprovechaban un fresco imaginario, mientras que a los dos polis el aire tibio les parecía pegajoso y pesado y sórdido, con un cadáver y sangre al final del trayecto.

Condujo Vilar, porque se sentía un poco menos ebrio que Pradeau, y lanzó el coche a fondo por las avenidas vacías de la ciudad y después por las calles desiertas de la periferia, con las ventanillas bajadas, saltándose los semáforos en rojo con toda la prudencia de que aún era capaz. Los dos iban rígidos en sus asientos, con los ojos desorbitados y fijos, sin decir nada. Era difícil saber si estaban atontados o irritados, porque el alcohol les hacía fruncir el ceño y el cansancio agitar los párpados más aún que el aire caliente, que apestaba a asfalto y aceite de motor y los abofeteaba aprovechando la velocidad.

A un centenar de metros del edificio, los detuvieron tres antidisturbios con el casco puesto que habían bloqueado la calzada con

su furgón y, de vez en cuando, echaban vistazos a las ventanas, casi todas iluminadas. Un poco más allá había un coche patrulla estacionado bajo los árboles, y a su alrededor, cuatro hombres de paisano armados con escopetas de balas de goma.

–Sí, adelante –dijo el que examinó el carnet de Pradeau por la ventanilla–. ¿Es su coche particular? Tengan cuidado, hace un momento nos han lanzado latas.

Vilar avanzó a paso de hombre y aparcó detrás de una ambulancia. Habías polis por todas partes, quizá una treintena a la vista, que se paseaban ante el edificio, patrullaban las zonas verdes o se volvían a montar en sus vehículos y se marchaban lentamente.

Al bajar del coche, Vilar oyó gritos, un clamor que resonaba con dureza entre las fachadas de los inmuebles. En la otra punta del callejón que bordeaba los edificios, vio a un grupo de unas quince siluetas que tenía en jaque a un puñado de agentes equipados para mantener el orden. La voz de Marianne, que sonó a sus espaldas, lo sorprendió. La acompañaba la suplente del fiscal, Annelise Leroux, que miró a los dos polis que se acercaban con la cara tensa. Los saludó con un hilo de voz, pero con un fuerte apretón de manos.

–Nunca me acostumbraré, disculpen.

Marianne observaba los grupitos de curiosos que hablaban al pie de los edificios.

–La Francia de abajo ha salido de las ratoneras. Qué sitio más chulo, ¿no? –dijo barriendo el espacio con un movimiento circular del brazo–. Y a la gente le extraña que protesten… He tenido que calmar al capitán al mando de los soldados azules para evitar una carga. Quería dispersar al populacho, o sea, a veinte idiotas que les gritaban hijos de puta tirándoles botellas vacías. A estas horas tendríamos coches ardiendo y gresca en el escenario del crimen. ¡Menudo gilipollas! Ha conseguido refuerzos de los antidisturbios para asegurar el sector, como lo llama él. Bueno… Venga, hay que moverse. Hay alguien esperándonos, aunque no creo que se vaya. Señora suplente, ¿la llamo mañana por la mañana?

La joven asintió con los labios apretados y se fue sin más

comentarios.

–No tiene estómago, la pobre. Pero me cae bien, es legal –comentó Marianne viendo a la magistrada entrar en su coche–. ¿Echamos un vistazo? Los de identificación han llegado hace cinco minutos.

Avanzó hacia la entrada del edificio, custodiada por dos agentes.

–¿De qué se trata? –preguntó Vilar.

–Un chaval de la barriada. Sofiane Jalef. Un tajo en la garganta. Te he llamado en cuanto he sabido que había ocurrido en el edificio de tu testigo.

–¿Y ella?

Vilar subió pesadamente los cuatro escalones que llevaban al portal.

Marianne le respondió mientras cruzaban el umbral.

–Ilocalizable. Cuando estaba en camino, he pedido que fuera alguien a su casa. No hay nadie. La puerta no estaba cerrada con llave.

En el portal, los policías presentes no se movían, no hacían nada, igual que los testigos, que parecían improvisar un velatorio con ellos. En los ojos que se volvieron hacia él, percibió la hostilidad que inspira alguien inoportuno.

Al pie de la escalera había un cuerpo tendido cubierto con una manta. Una gran mancha de sangre le rodeaba la cabeza. También había sangre y salpicaduras en la pared, junto al cadáver. Vilar levantó la manta y se estremeció: era uno de los tres elementos que habían intentado provocarlo el día que había ido a interrogar a Sandra de Melo.

–¿Estaba con sus colegas? –preguntó.

–¿Qué colegas? –respondió Marianne, sorprendida–. ¿Lo conoces?

–La primera vez que vine estaban tocándose las pelotas aquí mismo. Me calentaron la sangre un poco. Puede que merezca la pena informarse, por si esos valientes señores de los buzones hubieran estado presentes y se hubieran pirado después para evitarse marrones.

Marianne se lo apuntó en su libreta.

–Nos falta gente. Tendremos que seguir mañana. De todas formas voy a darle un toque a Ferrand…

Vilar no la dejó acabar. Esquivó el cuerpo, enfiló la escalera y subió

los peldaños de tres en tres hasta que, al llegar al primer rellano, sintió que el sudor le resbalaba por la espalda, las piernas le flaqueaban y se le iba la cabeza. Trató de recuperar el aliento agarrado a la barandilla, se irguió resoplando y, tras escupir al suelo algo amargo, reanudó la ascensión.

Cuando llegó ante la puerta de Sandra de Melo, en el tercer piso, dudó un instante, se quedó escuchando los ruidos que salían de las viviendas vecinas y a continuación entró.

Con la punta de la uña accionó un interruptor y se limitó a observar el pasillo del que salían las habitaciones. La cocina estaba junto a la entrada; luego venían la sala de estar y los dos dormitorios. Decidió entrar en la primera, donde todo estaba limpio, resplandeciente a la cálida luz que difundía una pantalla amarilla y roja, colocado con un orden escrupuloso. No había nada que se hubiera dejado al alcance del pequeño José, nada con lo que pudiera herirse o herir a alguien. De pronto, bajo una mesa, entre los pies de acero de las sillas, vio el payaso. La sonrisa pintarrajeada de la cabecita de tela, vuelta hacia él del revés, no era más que una mueca.

–El payaso Toto.

Corrió a la habitación del pequeño. No encontró el habitual desorden de juguetes, animales de peluche y estanterías atestadas de figuritas. Allí tampoco se veía nada que pudiera tragarse o lanzarse. Vilar pensó en la leonera de Pablo, una cueva casi primitiva superpoblada por criaturas de ojos grandes y suaves bestezuelas sobre las que reinaba como amo y señor de aquella jungla acrílica y abigarrada. Allí todo era ausencia, y en un rincón se aburrían un oso enorme y una gran serpiente verde enroscada a su alrededor. Suspiró para intentar concentrarse, porque las ganas de tumbarse en cualquier parte y dormir le aflojaban las piernas.

Como suponía, la cama estaba deshecha. Un cajón de la cómoda, del que habían sacado cosas a toda prisa, permanecía abierto. Sandra de Melo había huido. Lo había decidido en cuestión de minutos. Se había dejado el payaso sin que el niño medio dormido se diera cuenta. Cuando despertara, enseguida o al día siguiente, el pequeño José

tendría una crisis, y la única solución sería quizá volver a escondidas para recuperar el muñeco. Habría que esperar allí a que el chico se pusiera lo bastante mal.

Aquella mujer había tenido tanto miedo que precisamente había olvidado aquel objeto, aquel amasijo de trapos al que el niño besaba en lugar de a ella. Esa prolongación que se había inventado, esa imagen de ella en la que ella quería creer. Una efigie grotesca. Quien le había provocado el pánico había topado con el chaval que aguantaba las paredes del portal, pero esa noche sin sus colegas, y había salvado el obstáculo sin contemplaciones: un tajo en la garganta. Pero ¿y los gritos? ¿Y los demás vecinos, los que tuvieran las ventanas abiertas, o los que estuvieran tomando el fresco fuera? Allí la intimidad no existía.

Había matado a Nadia y había ido hasta allí en busca de Sandra, pero ¿para qué? ¿Para matarla a ella también? ¿Para amedrentarla? Para hacerla callar, por supuesto.

Había que encontrarla antes de que aquel loco diera rienda suelta a aquella violencia exacerbada por una especie de urgencia…

Vilar fue al dormitorio de Sandra. Paredes pintadas de blanco, desnudas, salvo por una gran foto enmarcada de la Alfama de Lisboa. En una cómoda similar a la de la habitación del niño, otras dos fotos: Sandra sentada en la playa, dándole la mano a José. José sosteniendo el brazo flojo del payaso Toto. El niño mira el objetivo, que seguramente no ve. Está inclinado hacia un lado, como lastrado por el muñeco de trapo. Da la sensación de que, si su madre lo soltara, caería a plomo sin intentar amortiguar el golpe con las manos.

Vilar se inclinó para examinar esa mirada sin eje. La otra foto mostraba a Sandra del brazo de otra mujer, un poco mayor que ella quizá, pero que se le parecía mucho. Dos atractivas morenas. Su hermana. La foto se había hecho en alguna localidad de la costa. Soulac, Lacanau… Por todas partes se veía gente con ropa de playa. Expositores llenos de flotadores, balones, sombreros, toallas de baño… Colores chillones, cielo de un azul irreal. Vilar sacó la foto del marco y le dio la vuelta: «Paola y Sandra, Lacanau, agosto de 2005. Para mi hermanita».

Abrió un cajón, levantó camisetas y blusas, no encontró nada en el fondo y repitió la operación con otro lleno de ropa interior, que manejó con delicadeza, con la yema de los dedos.

–¿Qué andas haciendo?

Marianne Daras estaba en el umbral, y Vilar vio aparecer a su lado el pálido rostro de Pradeau.

Apartó las manos de los encajes y empujó el cajón.

–Está en casa de su hermana. Hay que encontrarla. El tipo que mató a Nadia se ha presentado esta noche. Él es quien ha matado al chico.

Marianne se había acercado. Pradeau se apoyó en la jamba y empezó a masajearse las sienes lentamente.

–¿Y esperas encontrarla entre bragas y sujetadores? –Sonreía, burlona–. ¿Has acabado? ¿Ya has olisqueado bastante? ¿Se te ha pasado la curda?

Vilar ignoró el sarcasmo y mantuvo los ojos posados en la lencería.

–Se ha ido deprisa y corriendo. Tan deprisa que ha olvidado llevarse el payaso de su hijo autista. No sé qué ha pasado, si ha visto al fulano a tiempo, si lo ha rechazado o qué… Hay que conseguir la dirección de la hermana y salir pitando hacia allí.

–Lo vemos abajo. Hay tres testigos que dicen haber visto algo. –Marianne se volvió hacia Pradeau–. Laurent, tú te ocupas de esto: busca todo lo que pueda ayudar a localizarla. Direcciones, teléfonos, todo. Nosotros iremos a ver a los testigos, nunca se sabe…

Los testigos, a los que habían reunido delante de los buzones, habían oído ruido, más que nada. Habían supuesto que se trataba de una pelea, una bronca entre jóvenes, como las había a menudo. Así que se habían asomado a la ventana, pero no habían visto nada más.

Eran tres hombres, uno de los cuales, que sin lugar a dudas había estado celebrando que era viernes por la noche, explicó que su mujer ya estaba acostada y dormida debido a los tranquilizantes que tomaba para la ansiedad. Él debía de celebrar también los demás días de la semana, mañanas incluidas. Habría sido difícil ponerle edad a su cara de borrachín: la tez le relucía, tenía los ojos rojos, hinchados y brillantes de lágrimas, e intentaba animar todo eso con una sonrisa

triste, mientras encorvaba los hombros y doblaba el cuerpo sobre el cigarrillo, casi tambaleándose. De vez en cuando, mientras hablaba, ponía los ojos en blanco, despavorido, y señalaba al muerto, a cuyo alrededor se afanaban los técnicos de la policía científica en el otro extremo del portal.

El segundo testigo, alto y ancho, con el pelo cortado al rape y los bíceps hinchados bajo una camiseta de tirantes negra, parecía orgulloso de ayudar a la policía. Se explicaba con una torpeza esmerada, quizá para dar más credibilidad a sus palabras, a la manera de un personaje de serie televisiva, usando un vocabulario impropio y frases con giros rebuscados y extraños bajo aquel plafón amarillento, a unos metros de un cadáver degollado. Marianne Daras y Vilar se deshicieron de él rápidamente, y cuando les preguntó si debía permanecer a disposición de la policía, Vilar le dio unas palmaditas en la espalda y le agradeció la valiosa ayuda que había aportado a la búsqueda de un peligroso criminal. En caso necesario, no dudarían en recurrir a él. El hombre declaró que se limitaba a cumplir con su deber de ciudadano honrado y que, si todo el mundo hiciera lo mismo, las cosas irían mucho mejor; luego se dirigió a los ascensores, que acaban de ponerse de nuevo en servicio.

–Yo he visto algo –afirmó el tercer hombre, que se acercó a Vilar y dijo llamarse Éric Gauthier, vecino del quinto–. He visto a un hombre salir corriendo. Es lo que le he dicho a su compañero hace un momento. Por allí.

Señaló el final de la calle, es decir, el resto de la ciudad.

–¿Se ha fijado en cómo era?

–Moreno, no muy alto. Llevaba una cazadora vaquera.

–¿Pelo corto, largo?

–Corto.

–¿Le ha visto la cara?

–Estaba oscuro, solo sé que era más bien joven. No joven joven, quiero decir treinta o treinta y cinco años.

–¿Sin coche?

–Se ha ido a pie, ya le digo. Después no sé. ¿Es el asesino?

El móvil de Vilar emitió un sonido que recordaba la sirena de un barco o un cuerno de niebla. Era Pradeau. Vilar le dio la espalda al testigo y se alejó unos pasos.

–Tenemos una decena de direcciones a las que ha podido ir.

–Haz lo que haga falta, háblalo con Marianne. Hay que llegar antes que él. Estoy seguro de que en este momento la está buscando. Es posible que haya entrado en su casa, recuerda que ella no ha cerrado al irse, y puede que haya encontrado las mismas direcciones que nosotros.

–Mierda, joder –masculló Pradeau, y colgó.

Vilar volvió junto al testigo, que no se había movido y esperaba fumándose un cigarrillo. Al instante, el olor del humo le provocó náuseas, y tuvo la sensación de que el estómago se le subía lentamente a la garganta.

–¿Qué hacía usted en la ventana?

–Nada. Mirar. Tomar el aire.

–¿Conoce a Sandra de Melo?

–¿A quién?

–Sandra de Melo. Vive en el tercero.

–Mire, yo a los vecinos… Llevo muy poco tiempo viviendo aquí. ¿Cómo es? Habremos coincidido en el ascensor.

–Menuda, morena, con un niño…

–¡Ah, sí, ya sé! El crío es muy simpático. José, creo que se llama. La mar de educado y sonriente. ¡Saluda a todo el mundo!

Vilar procuró disimular su sorpresa: el pequeño no era de los que saludan a todo el edificio, pero Éric Gauthier sabía su nombre, José. Iba a pedirle que se explicara cuando unos gritos y el barullo de una aglomeración estallaron fuera e irrumpieron en el portal. Una mujer a la que se aferraban las manos de unos policías desbordados corrió hacia el cuerpo tendido y, soltando un alarido, cayó al suelo de rodillas y se arrancó el pañuelo de la cabeza para limpiar con mimo el rostro del cadáver. Luego se tumbó sobre él y lo cubrió de besos y caricias soltando un largo gemido entrecortado por sollozos. Dos chicas jóvenes trataban de levantarla, pero ella se agarraba con fuerza a los hombros de su hijo. Sus lamentaciones mezclaban el árabe y el francés, y

tampoco sus hijas sabían ya qué idioma usar para hacerla entrar en razón.

–¡No me toquéis! ¡Dejadme!

Apareció un hombre, debatiéndose entre los agentes que intentaban rodearlo. Marianne se acercó y ordenó que lo dejaran en paz; luego lo cogió del brazo con suavidad. El hombre se inmovilizó ante el cuerpo de su hijo, oculto en esos momentos bajo el de su madre, que gemía continuamente, mientras las dos hermanas lloraban una en brazos de la otra. Los técnicos encargados de la recogida de muestras habían retrocedido hasta una esquina y estaban petrificados, con las enguantadas manos caídas junto a los costados, como si les sorprendiera que se pudiera llorar a un muerto. Vilar avanzó y posó la mano en el hombro de Marianne, que estaba al lado del padre.

–Ven. Déjalos.

–Esto es un caos. Vámonos de aquí, ya no somos de ninguna utilidad –dijo ella–. Voy a pedir que se lleven el cuerpo.

Ahora el portal estaba lleno de policías y curiosos unidos por un silencio sordo en el que solo se oían los lloros y las súplicas que las hijas dirigían a media voz a su madre para que se levantara.

Vilar se volvió al notar que le tocaban el hombro y recibió en pleno rostro el aliento alcoholizado del pobre diablo al que había interrogado en primer lugar. Tenía a unos centímetros su cara mal afeitada, huesuda, castigada por la bebida y el cansancio de vivir.

–¿Qué ocurre? ¿Qué quiere usted?

Los labios del hombre temblaban y sus ojos despavoridos giraban en las hundidas órbitas, todavía brillantes de lágrimas.

–Ese hombre… El que hablaba con usted hace un momento…

Pradeau apareció en la escalera y se inmovilizó ante la escena de duelo. Estaba muy pálido. Dirigió una sonrisa cansada a Vilar.

–Sí, ¿qué pasa con él?

–No vive aquí. No lo había visto en mi vida. He oído lo que le ha dicho. Pero no vive ni en el quinto ni en el sótano. No sé quién es, y yo aquí conozco a todo el mundo, mi mujer y yo llevamos casi treinta años en este edificio.

Sin esperanza, porque empezaba a comprender, Vilar intentó localizar al sujeto entre el gentío que ahora abarrotaba el patio de vecinos.

–¿Ha visto adónde ha ido?

–Fuera. No hará ni tres minutos. Por eso he venido a decírselo. Yo creo que es quien…

Vilar le puso la mano en el hombro. Trató de sonreír para mostrar su agradecimiento.

–Gracias… Muchas gracias.

Pradeau se acercaba.

–Ocúpate de este señor. Habrá que tomarle declaración. El tío ha hablado conmigo, se ha mezclado con los testigos. Está fuera, aquí, en el barrio.

–¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo?

–El tío, joder. El que ha degollado al chico, el que va detrás de Sandra de Melo. ¡Estaba aquí hace cinco minutos, camuflado entre los testigos! ¡Sigue jugando, el muy cabrón!

Vilar ya se abría paso hacia la puerta. Un policía de uniforme le preguntó si necesitaba ayuda, pero él no respondió.

–¿Adónde va, joder? –oyó exclamar a Pradeau a sus espaldas.

Fuera ya no había nadie. Era como si todos los que no dormían se hubieran dado cita alrededor de aquel cuerpo degollado que ya nadie pensaba en trasladar. Ya no se veía a ninguno de los polis con casco que se disponían a acordonar la zona y sofocar una algarada cuando Pradeau y él habían llegado. Se dirigió a la derecha y, casi enseguida, cruzó la calle para avanzar junto a los coches aparcados a lo largo de un terraplén con árboles. Eran acacias. En ese momento se estremecían bajo un soplo de aire caliente. A través del follaje, Vilar veía el edificio de enfrente, las pocas luces que seguían encendidas a esas horas de la noche. Se oía un poco de música, bajos amortiguados. Llegó a un cruce: enfrente, a la derecha, edificios semejantes a los que acababa de dejar atrás. A la izquierda, unas cuantas tiendas, repartidas alrededor de veinte plazas de aparcamiento.

Al volver la cabeza, vio la silueta en la otra acera, en línea oblicua

respecto a su posición, inmóvil, mirándolo tal vez. Se quedó sin aire. No podía distinguir sus facciones, pero estaba seguro de que se trataba del falso testigo. Y cuando vio que salía por piernas y doblaba la esquina, se lanzó a la calzada sin saber si podría correr más de cinco metros, pesado y exhausto como se sentía. En el instante en que acababa de cruzar, un coche, que apenas oyó, pasó como una exhalación a su espalda. Aflojó el ritmo para calmar un poco los latidos de su corazón y el tumulto que creaba bajo su cráneo la pastosa ebullición del cansancio y el alcohol mezclados. Esforzándose en oír algo por encima del zumbido que lo ensordecía, no tardó en llegar a un parque con arriates y árboles cuyas masas oscuras apenas distinguía en medio de aquellas tinieblas. Algunas farolas aún funcionaban, pero su azulada luz solo servía para animar las sombras, que el vientecillo que se arremolinaba entre los edificios agitaba a su alrededor.

Se detuvo, porque a su derecha había sonado un leve crujido. Escrutó la oscuridad y vio una hoja de periódico que reptaba cerca de un banco, como esos depredadores perezosos que se deslizan por el fondo de los mares en busca de alimento. Se dio cuenta de que estaba al pie de un poste del que partía un sistema de escalas de cuerda, que le recordó los complicados aparejos de los barcos piratas de las películas. De nuevo trató de distinguir algo en la oscuridad, vio un tiovivo, un balancín, caballos de madera montados sobre grandes muelles… Aguzó el oído por encima del alboroto íntimo de su cuerpo exhausto, y se sintió estúpido escudriñando de ese modo la oscuridad en medio de un área de juegos en busca de un sospechoso que precisamente lo había atraído allí para jugar con él y al que no encontraría esa noche. Decidió volver sobre sus pasos y reunirse con los demás, ya no pensaba más que en acostarse, apoyar la pesada cabeza en algo blando y dejar que el sueño lo venciera.

El golpe que recibió en la nuca le hizo tambalearse. Cayó de rodillas al suelo y se quedó a cuatro patas mientras intentaba comprender qué pasaba. No sentía ningún dolor. Ciego y sordo, tenía la sensación de flotar, el cuerpo ya no le pesaba, y se dijo que su cabeza se había separado de él. El terror lo lanzó al suelo, boca abajo, apenas

consciente, convencido de que se estaba muriendo. Sintió que unas rodillas se le clavaban en la espalda, y al instante le golpearon la cabeza contra la tierra. Los guijarros y la gravilla se le incrustaron en la frente, y entonces el dolor despertó todos sus sentidos y le devolvió una lucidez teñida de pánico. Gritó, pero le metieron una bola de papel en la boca, y el sabor a tinta y el contacto del papel con el fondo del paladar le provocaron náuseas. Tuvo una súbita arcada que se atascó en su garganta. Durante unos segundos no consiguió respirar, y se debatió gruñendo, con la cara arañada y mordisqueada por la grava.

–¿Me buscabas? ¡Cálmate y respira por la nariz, pedazo de gilipollas! No tengo ganas de que la palmes ahora. Además, no nos da tiempo, tus compañeros no tardarán en llegar.

El hombre le hablaba al oído. Vilar sentía el calor de su aliento, casi su humedad. Notó un pinchazo entre los omoplatos, y algo se hundió unos milímetros en su carne. La sangre le resbaló por la columna vertebral hasta el hueco de las lumbares. Soltó un gemido, intentó tragar saliva.

–Estoy contento de haberte cazado. ¿Has visto? Lo sé todo sobre ti. Te sigo a todas partes, entro en tu casa cuando quiero… A veces estoy a tu lado y tú ni te das cuenta. Cuando me dijeron que me gustaría, no lo creí, pero ¡es verdad! Soy como tu sombra, pero una sombra capaz de precederte, porque puedo adivinar lo que vas a hacer. ¿No es genial? –La punta insistía en la herida. Vilar notó que la sangre le mojaba la camisa. Se dio cuenta de que temblaba–. ¿No dices nada? No eres tan parlanchín como en tu despacho, con tus compañeros de la poli, ¿eh? Pues bien: he decidido hacerte sufrir, tenemos cuentas que arreglar tú y yo, y vas a apoquinar. El azar, ¡el divino azar, ya sabes!, te ha puesto en mi camino, qué le vamos a hacer. ¿Eh, me oyes? En fin… Yo no quiero matarte. No soy así. Escúchame bien: aquí, debajo de mi navaja, está tu columna vertebral. Y creo que si doy un golpe seco entre las vértebras entraré directamente en la médula espinal, y ya sabes el resto, ¿no? Clavada a esa altura, serás afortunado si puedes respirar sin ayuda. Aunque todavía podrás apretar los botoncitos de tu silla de ruedas. ¿No dices nada? ¿Ya te he cortado el habla? ¡Ja, ja, ja! ¿No te

parezco gracioso? Si quieres, iré a empujar tu sillita y llamarte cabrón. Tendrás toda la puta vida para preguntarte cada mañana si hay que ser más valiente para vivir o para pegarse un tiro. Buena pregunta, ¿verdad? En el trullo tuve tiempo para reflexionar sobre eso.

La punta de la navaja dejó de girar. El hombre cambió de postura, ahora estaba a horcajadas sobre Vilar, que pudo respirar mejor pese al ahogo que le provocaba el papel, que le resecaba la boca y la garganta.

–¡No te muevas! ¡Suelta eso y pon las manos en alto!

La voz de Pradeau, muy cerca.

–¡Ni de coña! ¡Me lo voy a cargar!

La presión sobre la punta aumentó. Vilar gimió. Ahora el dolor le recorría todo el tórax. Aquel demente iba a partirlo en dos. De hecho, a separar una parte de su cuerpo de la otra. Matarlo a medias para que siguiera vivo y experimentara esa amputación de sí mismo. Para convertirlo en un semicadáver. El haz de una linterna lo deslumbró. Con un golpe de cadera, intentó derribar al fulano subido encima de él en el mismo instante en que sonaba un disparo, y sintió que el tipo encajaba la bala con una sacudida terrible, mientras él se pegaba al suelo, a falta de poder excavar un refugio en él con uñas y dientes. Ensordecido, aplastado contra la tierra, incapaz de moverse, ya no oía nada. Entonces comprendió que iba a desmayarse del todo, con un grito y su último aliento atascados en el pecho.

17

Victor tenía a Julien agarrado por la garganta, con los dedos bien apretados a ambos lados de la laringe, y sentía el contacto duro y seco de aquel cuello delgado, haz vivo de huesos y tendones, que se estremecía con cada esfuerzo del chico para tragar. Julien revolvía los asustados y suplicantes ojos, y, para hacer saber a Victor que estaba de acuerdo con lo que le decía, movía de arriba abajo la cabeza, que chocaba con la pared de la bañera, en la que se habían derrumbado los dos tras zarandearse y escupirse en la cara uno a otro.

–¡Cierras el pico, y punto, gilipollas! Esto es cosa mía, así que no digas nada, no sabes nada, si no te mato, ¿lo has comprendido, so imbécil? ¿No oíste lo que dijo ese tío? ¿Que si hablábamos le pegaría fuego a esto? ¡Es muy capaz! ¿No viste lo que hizo en casa del viejo? ¡Además, tú estabas conmigo, eres cómplice! ¡No pienso comerme el marrón solo!

Julien parpadeó. Estaba muy rojo y parecía incapaz de moverse.

Victor apartó las manos de su cuello y lo ayudó a incorporarse. El chaval seguía inmóvil, sentado en el borde de la bañera con la cabeza baja. Jadeaba con la boca abierta y su pecho se alzaba con violentas sacudidas.

–Eh, ¿estás bien? ¡Si no te he hecho nada, joder!

El chico asintió, pero no parecía muy convencido. Su respiración se fue calmando poco a poco. Las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara; luego un gran sollozo lo sacudió y emitió un lamento agudo, casi un chillido, con la boca estirada en una sonrisa forzada.

–¿Te duele? No te he…

Julien se levantó y dio un paso hacia la puerta.

–¿Qué te pasa, joder?

En dos minutos, Nicole iría a ver qué se traían entre manos.

–No llores más, ¿de acuerdo? Vamos fuera.

Julien asintió una vez más y salieron del cuarto de baño sin hacer

ruido. Victor le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo o evitar otro ataque de llanto.

Fuera, caminaron hasta el roble y se sentaron en el banco. Observaron con desconfianza a un moscardón que giraba sobre sus cabezas, en el follaje, y luego, al verlo alejarse, suspiraron al mismo tiempo.

Julien seguía agitado por los sollozos y sorbiéndose la nariz, que se limpiaba con el dorso de la mano. Miraba al frente con los ojos vacíos.

Victor le preguntó por qué lloriqueaba, y el chico alzó la cabeza y le dirigió una mirada triste.

–¿Has entendido lo que quería decirte? Que tenemos que guardar el secreto o estaremos jodidos. Nos llevarán otra vez con el juez, nos darán el coñazo, ¿comprendes? ¡Nos cambiarán de familia y será una mierda!

Julien guardaba silencio, con la mirada perdida. El abejorro volvió zumbando ruidosamente, y Victor ya no apartó la vista de su grueso abdomen amarillo.

–Me has asustado –dijo Julien–. Creía que…

El abejorro desapareció en la oscuridad del follaje.

–¿Qué creías?, ¿qué iba a estrangularte así sin más?

El chico sacudió la cabeza. Se secó una última lágrima y soltó un profundo suspiro.

–Mi madre me hacía eso. A veces se ponía furiosa conmigo y me apretaba el cuello igual que tú. Después me hacía mimos y lloraba. En realidad, quería matarme. Por eso estoy aquí.

Cogió una piedrecilla y la lanzó contra una silla de plástico, donde rebotó con un ruido hueco y giró en el asiento blanco hasta inmovilizarse. El chico miraba la silla sin dejar de carraspear. Victor posó una mano en su huesudo hombro. Buscaba algo que decirle, pero era difícil, porque de pronto estaba seguro de que su madre los escuchaba y no quería decepcionarla.

–Yo tuve suerte –dijo.

Julien se recostó en el banco, se sorbió los mocos y se secó la boca y la nariz con la manga de la camiseta.

–Cuando estaba triste, me abrazaba y me susurraba palabras de amor. Decía que era nuestro secreto.

Julien alzó la cabeza y lo miró, con los ojos aún brillantes.

–Sí que tienes secretos, tú…

–No. Qué va. Y ahora ya los sabes todos.

–¿Quién, yo?

–Sí, tú. Por eso…

–Yo no cuento los secretos.

–¡Eso espero!

El lejano estrépito de la aspiradora irrumpió en el silencio.

–¿Cuándo entierran al viejo?

–No lo sé. Mañana quizá. Tenían que hacerle la autopsia.

Julien hizo una mueca.

–¿Como cuando abren a los muertos en las películas? A mi padre no se la hicieron. Pero el viejo murió en el incendio, ¿no?

–Puede que estuviera muerto ya.

–¿Por la víbora?

–Que no. Por el otro, ya te he dicho que se pelearon.

–¡Qué fuerte!

–Sí, qué fuerte. Por eso no hay que decir nada. Somos testigos, ¿comprendes? Vimos al tío. Pero ser testigo no trae más que problemas. Nos preguntarán qué coño hacíamos allí.

El chaval hundió la cabeza entre los hombros.

–¿Tú crees que la víbora ardió?

Victor se encogió de hombros.

–Sí, seguramente, con todo lo demás.

–Pero Denis y Nicole dicen que aún hay muebles, que quedan cosas. En estos casos, los gendarmes lo registran todo. Con pinzas de depilar.

Victor lo miró. El chico se mordía las uñas y miraba alrededor con unos grandes ojos sorprendidos; se veía que estaba perdido en el laberinto sin salida de sus pensamientos. Permanecieron callados largo rato en medio del sonido de los insectos que se afanaban en la mañana de verano y el viento que se deslizaba entre el denso follaje. El sol ya estaba alto, debían de ser cerca de las diez, la luz emblanquecía y, a

veces, les llegaba un soplo de aire caliente que les dejaba en la nuca un rastro de sudor.

–Esta tarde iremos a echar un vistazo –dijo Victor–. Cuando haga menos calor.

Julien asintió con los labios fruncidos, muy serio; luego se levantó lentamente.

–Voy a inflar la bicicleta –dijo en tono resuelto.

Victor alzó los ojos hacia el roble, porque el abejorro había vuelto. Le pareció aún más grande; su abdomen semejaba una ampolla repleta de veneno. Reprimió el escalofrío que le recorría la espalda y decidió quedarse allí, bajo el ponzoñoso vuelo del insecto, y dominar su miedo, como con las serpientes, porque su madre habría estado orgullosa de su valentía. Aburridos, vagaron en la sombra, evitando el calor bajo los árboles o en la casa, apenas más fresca. Después Julien propuso que fueran al estuario, porque había descubierto una madriguera de nutrias que se podía ver desde un pontón. Cogieron las bicis e hicieron caso omiso de la calorina.

Treparon a lo alto de un dique cubierto de hierba y, entre los árboles, vieron la cenagosa corriente, que se deslizaba hacia el océano, densa, ancha y tranquila. Era la bajamar. El limo apestaba. Caminaron con precaución entre las cañas por la costra que formaba al secarse entre las mareas con el calor del día. Cruzaron sin dificultad una especie de portón, un marco metálico con una hoja de madera pintada de verde caqui que Berlan, el dueño del pontón, había instalado para impedir el acceso. Se sentaron y jadearon unos instantes a la sombra de un gran árbol que se inclinaba sobre el agua desde la orilla.

Julien señaló la madriguera. Le dijo a Victor que había que esperar y tener paciencia, porque las nutrias apenas salían durante el día.

–Pero en esa hay crías. Mientras están mamando, la madre sale a nadar con ellas en la espalda.

–¿Nada de espaldas?

–No, hombre, las lleva en la espalda. Las hembras tienen las tetillas en la espalda, para poder alimentarlas mientras nadan.

Victor se encogió de hombros.

–¿Estás de coña? ¿Tetas en la espalda? ¿De dónde te has sacado eso?

–Me lo dijo Denis. Y lo he leído en un libro. A las nutrias también las llaman ratas almizcleras. En América.

Victor asentía sin apartar los ojos de la entrada de la madriguera. No se creía lo de las tetas dorsales, pero no tenía ganas de discutir con el chaval. Julien sacó un tirachinas de su mochila.

–Toma.

Victor miró la horquilla de madera y la gruesa goma negra sin tocarlas.

–¿Y tú? ¿No tienes?

–Es para ti. Yo tengo otro. Lo encontré ayer, rebuscando.

Victor cogió el tirachinas y lo probó de inmediato tensando la goma al máximo y soltándola varias veces. La madera aún estaba áspera y limpia, sin alisar ni ensuciar por ninguna mano. Era un tirachinas nuevo. El chaval lo había hecho para él, y ahora, balanceando las delgadas piernas en el vacío, observaba cómo lo manejaba Victor.

–¿Te has traído el tuyo? –le preguntó Victor.

Julien rebuscó en la mochila y sacó otro tirachinas, casi igual.

–Sé hacerlos. Me enseñó un amigo. Felanzino, ya sabes.

Victor frunció el ceño.

–Ferreira. El hermano de Marina. Él es quien me da las gomas. Y las bolas de rodamiento, mira. –Abrió la mano, en la que al instante relucieron unas bolas de acero, que agitaba en la palma con un tintineo seco–. Con esto puedes cazar. Matar animales. Incluso personas.

Victor cogió una bola. Era pesada y estaba caliente. La hizo rodar entre sus dedos y se la acercó a la cara para examinarla de cerca.

–¿Ya las has probado? –preguntó.

–Sí, con gatos. Pero no los mato, solo les hace daño. Chillan, ¡joder, cómo chillan los cabrones!

El chaval no paraba de moverse, entusiasmado por el relato de sus hazañas, y el pontón se meneaba un poco y vibraba bajo su delgado culo. Victor no intentó convencerlo para que dejara de dispararles a los gatos. No quería que su ronca vocecilla volviera a taladrarle los oídos. Julien quizá lo comprendió, porque no añadió nada; concentró toda su

atención en la madriguera, con el tirachinas listo para usar y una bola de acero en la banda elástica.

Permanecieron en ese silencio con las ramas de los árboles estremeciéndose de vez en cuando sobre sus cabezas y el río casi a sus pies, que huía hacia el mar lamiendo la orilla. Victor miró alrededor la sombra húmeda, de la que emanaba un acre olor a limo, con la sensación de tener ese sabor cenagoso en el fondo de la garganta, y escupió dos veces y tosió para quitárselo, sin conseguirlo. Recordó las expediciones hasta la orilla del Garona, cerca de casa, donde en otros tiempos se alzaba la Cité Lumineuse, que había visto derruir cuando era pequeño. Iba con los otros chicos a vagabundear por los cañaverales, al pie de los terraplenes, y allí eran las ratas las que a veces salían disparadas y los asustaban con sus chillidos, y ellos trataban de golpearlas con palos o azuzaban a un perro para que las cazara, y a veces los roedores se revolvían y, erguidos sobre las patas traseras, les enseñaban los enormes dientes y soltaban chillidos estridentes. El olor a cieno era el mismo, un hedor dulzón a mierda amasada por el agua que se depositaba y se acumulaba por todas partes, que se pegaba a las suelas, amenazando con inmovilizar y tragarse a quienes se aventuraran por aquel lodazal, o se convertía en polvo bajo el sol, un polvo gris rojizo, como la piel reseca de un animal muerto.

Las nutrias salieron al cabo de media hora, primero la que Julien señaló como la madre, que olisqueó el aire alzada sobre los cuartos traseros mientras se rascaba los enormes y amarillentos dientes con las zarpas; luego trotó por la orilla reseca, hasta que dos cachorros totalmente negros echaron a correr tras ella y desaparecieron en su pelaje. Las bolas de acero se hundieron en el lodo levantando nubes de polvo. Cada vez que fallaba, Julien maldecía el tirachinas, hasta que las bestezuelas se escondieron en su agujero y no volvieron a salir. Los dos chicos esperaron otra media hora, con las gomas tensas en sus armas; luego, sin necesidad de ponerse de acuerdo, se levantaron como un solo hombre. La marea había empezado a subir y el estuario parecía hincharse en medio de un rumor de viento y agua revuelta, como si el océano hiciera llegar allí su gran fragor sordo.

–¿Vamos a la casa? –preguntó Victor.

El chaval asintió con la cabeza sin mirarlo, presa ya de la angustia que le producía volver a aquel sitio en el que había muerto un hombre.

–¿Y los gendarmes? –preguntó preocupado mientras montaba en la bicicleta.

Victor se encogió de hombros y empezó a pedalear de pie para coger velocidad. Rodaron tranquilamente en el aire inmóvil y caliente, que no les secaba el sudor. Se apearon antes de la última curva y tomaron un camino entre dos viñedos para rodear la casa y evitar que los vieran.

De la vivienda del viejo Georges no quedaba más que la fachada, con las ventanas reventadas, como ojos a los que las marcas negras del fuego ponían unas pestañas monstruosas. En el camino de acceso había un coche de la gendarmería, y desde su escondite los dos chicos vieron a un hombre en mono blanco que rebuscaba entre los escombros. Volvieron a alejarse y bordearon las viñas para llegar al otro lado de la casa e intentar ver algo. Corrieron agachados entre las vides ya cargadas de racimos verdes y llegaron a la cerca. Por ese lado, el muro se había hundido en parte y el cobertizo donde el viejo guardaba sus trastos no era más que un revoltijo negruzco y retorcido en cuyo centro aún se alzaba el cuadro de una bicicleta. En el interior de la casa no se había salvado nada; los dos gendarmes que fisgoneaban allí dentro tenían que agacharse para pasar bajo las vigas calcinadas y desgajadas del armazón.

–La víbora ha dejado de existir del todo –murmuró Victor–. Mira: no queda ni un mueble.

Julien suspiró.

–Parece que hasta el viejo estaba todo encogido y negro. Conque una serpiente…

–Ya ves que no había ningún peligro…

–¿Qué buscan? ¿Dinero?

–Yo qué sé. Huellas dactilares, quizá.

Julien dio un respingo y casi soltó un grito. Victor lo tranquilizó, le dijo que bromeaba, que había ardido todo, que los polis siempre hacían eso, lo había visto en la tele.

Siguieron observando en silencio a los atareados gendarmes, que hurgaban entre los negros escombros, se agachaban y, de vez en cuando, se llamaban entre ellos para mostrarse algo que los dos chicos intentaban reconocer en vano. Al cabo de un rato, Victor le dio a Julien la señal de partida con una palmadita en la cabeza para que dejara de mirar embobado las cautelosas idas y venidas de los dos hombres de blanco entre tanta negrura con la cara pegada a la cerca, oculto por una pequeña mimosa. Volvieron tranquilamente al sitio en el que habían dejado las bicis, arrancando aquí y allá granos de uva rosáceos, calientes, ya un poco dulces. El sol estaba más bajo y, a sus pies, en el hueco de los surcos, había ahora un poco de sombra, pero el calor seguía allí, y lo notaban en la cara, que la luz alcanzaba por encima de las hojas de las vides. De repente una brisa suave, más fresca, se deslizó entre sus piernas desnudas, procedente del estuario. En la carretera que bajaba hacia el pueblo lanzaron gritos de alegría y se divirtieron soltando el manillar y los pedales, o pedaleando frenéticamente. Luego, cuando estaban acercándose a la casa, se calmaron y dejaron que su respiración se sosegara. Denis, cubierto todavía de yeso y con el pelo casi gris, estaba sentado a la puerta de la cocina, fumándose un cigarrillo. Apenas respondió a sus «Buenas tardes».

–Os estamos esperando para cenar –dijo cuando pasaron junto a él–. ¿Qué estabais haciendo, joder? ¿De dónde venís a estas horas?

–Estábamos viendo las nutrias –dijo Victor–. Se nos ha pasado el tiempo sin darnos cuenta. Perdona…

–No volváis a hacerlo. Aquí se cena a la hora, ¿entendido? Miraos. Vais hechos un asco.

Denis echó el humo con fuerza hacia el lugar en el que se perdía su mirada. Entraron en la silenciosa casa. La televisión estaba apagada. Nicole preparaba una pizza enorme en la cocina y, mientras cogían del frigorífico algo para beber, les dijo que estaba empezando a preocuparse. Cuando volvieron a mencionar las nutrias, respondió que le parecían unos animales repugnantes.

–¿De verdad no tenéis nada más inteligente que hacer? Esos bichos están llenos de enfermedades. Y además, miraos: os habéis quemado y

estáis sudando. Id a lavaros las manos, por lo menos. ¿Habéis visto qué hora es? Me preguntaba dónde os habíais metido…

–¿Dónde está Marilou?

–Con Rebecca. Detrás. Id a decirles que vengan a la mesa.

La piel de Victor se electrizó. Salió a la galería y la vio de espaldas, sentada en el banco, con el pelo negro recogido sobre la cabeza en un moño descuidado. Al ver acercarse a Victor, Marilou, que estaba hablando con su prima desde la hamaca, se calló. Él las saludó y se sentó en una silla de plástico blanco, a la que su piel húmeda se pegó enseguida. Las chicas no contestaron, los tres se quedaron un instante así, sin decir nada, Marilou quizá adormilada, con las bronceadas piernas cruzadas una sobre otra, y Rebecca sentada a lo indio en el banco, muy derecha, casi tiesa, con el pantalón corto subido hasta los muslos, jugando con su móvil. Sobre sus cabezas, un poco de viento se deslizaba entre las ramas, y Victor confió en que anunciara una tormenta para la noche. Tenía ganas de que diluviara y tronara, de que se desencadenara una violencia capaz de sacudir aquella modorra en la que todo se enganchaba y parecía estar a punto de inmovilizarse para siempre, en la que sentía que se hundía. Allí, ante la belleza muda y hosca de Rebecca, deseó que una catástrofe se lo llevara todo, lo limpiara todo, no dejara tras de sí más que desolación y sollozos y la desesperación de los supervivientes. Miró el cielo sin color, quizá verde grisáceo, plomizo hacia el oeste, como si sobre el océano se preparara algo.

Nicole los llamó para cenar y se levantaron sin decir nada. Victor sentía a Rebecca detrás de él, respirando casi en su pelo, tan cerca que tuvo que aguantarse las ganas de volverse de repente para que chocara con él, y dejó colgar la mano a un costado con la esperanza de que la chica se acercara y la rozara, caminando pegada a él.

Cenaron en la galería hablando en voz baja y riéndose de vez en cuando de las tonterías que soltaba Julien, que esa noche no paraba de moverse en la silla y hablar deprisa y demasiado, hasta el punto de que Victor temió que los traicionara y lo miró con toda la negrura de la que sus ojos eran capaces. Había refrescado. El viento se aventuraba a

soplar de cuando en cuando y percibían en él el olor a sal o resina, o el peculiar aroma de las agujas de pino mojadas. Denis dijo que quizá estaba lloviendo en la costa y que eso ahuyentaría el calor, y entonces Victor miró el cielo oscurecido a la espera del lejano resplandor de un relámpago o del fragor sordo de un trueno, pero no se producía nada, y al cabo de un rato se sintió tan decepcionado que notó en el pecho el mismo peso amargo que tan a menudo lo oprimía desde hacía casi tres meses. Encontró la mirada inquieta de Marilou, que siempre adivinaba su tristeza y le enviaba la dulzura de sus ojos negros, a la que él respondía agitando los párpados, porque entre ellos existía ese lazo mudo, ese puente invisible y etéreo que el chico había percibido desde el primer día.

Después de la cena, cuando Julien recogió la mesa, porque le tocaba, se quedaron en el jardín viendo morir el día bajo los últimos destellos que el sol conseguía lanzar entre dos franjas grises de nubes. Rebecca se había tumbado en el banco con las rodillas dobladas y las manos cruzadas sobre el estómago. Miraba el cielo con una mueca de hastío en los labios.

Victor hablaba de tormentas con Marilou. Los dos tenían ganas de que esa noche cayera una buena.

–¿Vienes? –le dijo Rebecca a Victor de repente.

La chica ya estaba de pie con los brazos en jarras, casi impaciente.

En cuanto llegaron a la carretera, ella le cogió la mano y, entrelazando sus dedos con los de él, se la apretó contra la pierna. Caminaron en silencio y se alejaron del pueblo, hasta perderlo de vista en una curva. A Victor le costaba respirar sintiendo en el dorso de la mano el dulce calor de aquella piel, y tenía la boca seca, y los escalofríos le recorrían el cuerpo como insectos enloquecidos por el vientecillo que soplaba a rachas frescas.

–Ese viejo cabrón ha muerto –dijo la chica–. ¿Te das cuenta?

Victor asintió con la cabeza. Le dieron ganas de contárselo todo.

–Ahora estás vengada.

Rebecca se volvió hacia él casi de un salto.

–¿Por qué dices eso?

–Por nada… Porque, tal como hablas de él, parece que lo odias…

–¿Odiarlo? Eso es como no decir nada, joder. Si hubiera podido le habría cortado el cuello yo misma.

Rebecca reanudó la marcha a grandes zancadas. Victor no veía más que sus largas piernas y creía oír el suave roce de la piel entre sus muslos con cada paso que daba.

En cuanto llegaron al primer camino entre dos viñedos, Rebecca lo cogió de la mano y lo llevó hacia él, casi arrastrándolo. Allí la oscuridad era más densa. Un manto lívido se extendía por el cielo desde el oeste. Victor echó un vistazo a su espalda.

No tardaron en estar solos en medio de aquel verdor tan bien peinado, sin más adorno que los pámpanos que se retorcían sobre los surcos en busca de algo en lo que enredarse. Lo único que asomaba por encima de esa monotonía eran sus torsos, pero nadie podía verlos ni ellos podían ver a nadie, ahora que descendían hacia el fondo de una depresión del terreno en la que la noche esperaba, ya al acecho. De pronto, Rebecca se sentó en un ribazo herboso y le dijo que se sentara él también, y Victor obedeció respirando febrilmente, con la cara roja. La chica se arrimó a él hasta que sus caderas se tocaron, y Victor la sintió apoyarse suavemente en él, casi inclinada, y de forma instintiva hundió la cabeza entre los hombros cuando ella le pasó la mano por detrás de la espalda para rodearle el hombro, atraerlo hacia sí, posar la cabeza en su cuello y buscar su piel con los labios.

Solo tuvo que volver la cara hacia ella para encontrar su boca. Cerró los ojos y extendió el brazo al azar para rodearle la cintura, porque había visto en las películas que eso era lo que se hacía. Ella deslizaba la lengua entre sus labios, y él hizo lo mismo, como en el colegio con sus amiguitas, aunque sabía que aquello no tenía punto de comparación, sobre todo cuando la chica le agarró una mano para deslizarla bajo su camiseta de tirantes, donde la palma de Victor se llenó con la redondez de un pecho.

Rebecca se tumbó y lo arrastró a su lado. Él se atrevió a introducir la mano entre sus muslos, y cuando a través de la tela notó aquel ligero abultamiento hendido, que apenas rozaba, se le hizo un nudo en la

garganta. Rebecca apretó las piernas y mantuvo prisioneros los dedos del chico, gimiendo suavemente. Luego dijo «No» y rehuyó su boca.

La noche había caído sobre ellos sin que se dieran cuenta. Se quedaron tumbados uno al lado del otro en medio de la oscuridad, en cuyo corazón una tormenta rugía y lanzaba grandes resplandores lívidos al otro lado del río. Rebecca se levantó diciendo que iba a llover. En la escasa luz que aún quedaba, Victor distinguió encima de él sus largas piernas, y le dieron ganas de pegar la boca allá arriba para saborear lo que había adivinado. Rebecca le dio la espalda y se alejó sin decir palabra, y él se levantó de un salto y corrió tras ella, porque ya casi no la veía.

Caminaron el uno detrás del otro por la tierra llena de baches, tropezando en los terrones secos. Rebecca solo le tocó la mano cuando llegó a la altura de su casa, y Victor se detuvo para verla alejarse cabizbaja bajo la sucia luz de las farolas. Reanudó la marcha, llevándose su vértigo consigo. Por el camino, se olió los dedos y encontró aquel olor, que lamió como si fuera un caramelo.

Durante los dos días siguientes estuvo un poco aturdido, como después de una enfermedad. A veces sorprendía la mirada de Marilou, que le hacía preguntas; sospechaba algo, por supuesto. A veces Victor se preguntaba si aquello había pasado realmente, y quería saber si continuaría, si tanto placer, si tanta felicidad, quizá podían ser para siempre.

La primera noche no se atrevió a tocar la urna ni a hablarle a su madre. La siguiente, en la oscuridad, dejándose acariciar por el aire fresco que se filtraba por la persiana, lloró. Pidió perdón por aquella vida que lo empujaba con tanta fuerza y lo alejaba y lo atraía y lo desarraigaba. Se sentía tan desgraciado que no veía otra salida que marcharse y volverse salvaje para no saber nada más, para no decir nada más, para vivir así, como un animal con sus instintos y su silencio. Lejos de todo.

Dos días más tarde enterraron al viejo Georges, y mientras se decía una misa por aquel cerdo, como lo había llamado Denis una noche en la mesa, Rebecca pasó por la casa, pero no dedicó a Victor más que la

mirada distante que siempre le había dirigido y apenas le habló. Se fue con Marilou al fondo del jardín para parlotear y reír y tararear canciones idiotas.

18

Al volver en sí, notó que unas tijeras le estaban cortando el dorso de la camisa y percibió la silenciosa agitación que reinaba a su alrededor. Estaba boca abajo, y cuando trató de alzar la cabeza para ver mejor, una mujer le ordenó que no se moviera.

–¿Cómo se siente? Soy la doctora Ferrière, del Samu.

Intentó responder, escupió tierra y gravilla… Notó la humedad entre sus piernas, en lo alto de los muslos. No era sangre.

–Creo que bien –consiguió decir–. ¿Qué tengo? ¿Qué me ha hecho él? Mierda, me he meado encima. Qué vergüenza.

Meneó las piernas, intentó incorporarse sobre los brazos.

–¿Vergüenza? ¿Vergüenza por tener miedo? No se mueva, por favor.

Percibió idas y venidas a la agitada luz de las linternas y destellos azules de faros giratorios. Todo un rumor de voces, de llamadas, de conversaciones, sobre las que se superpuso la voz de la doctora. Unos dedos se posaron en su espalda, alrededor de la herida que le había hecho el hombre. Hablaban encima de él, pero Vilar no comprendía lo que decían.

–Es superficial –afirmó la mujer–. No tiene nada. Solo un corte.

–¿Pierre? ¿Estás bien? Hemos pasado mucho miedo… ¿Se lo llevan al hospital?

Marianne Daras se había acuclillado junto a él, le había cogido la mano y se esforzaba en sonreír.

–¿Dónde está? ¿Lo habéis encontrado?

–Ha huido. Lo estamos buscando por todas partes, pero no tengo demasiadas esperanzas. Pradeau solo lo ha herido.

La capitana se puso en pie con viveza, y Vilar notó que lo levantaban para tenderlo en una camilla.

Dijo que podía andar, pero un camillero le aconsejó que no se moviera mientras lo llevaban a la ambulancia. Marianne hablaba por el walkie-talkie, quizá dando órdenes, que Vilar no consiguió entender.

Tenía la sensación de flotar en una nube de estupor.

–El tipo ese… –consiguió farfullar–. ¡No ha podido escaparse así como así! ¿Dices que ha recibido un disparo?

–Sí. Pradeau ya lo tenía, es verdad, pero como solo quería herirlo, el tipo ha conseguido huir. Por un pelo, joder.

La médica del Samu era rubia y bastante joven. Se había sentado junto a él y lo miraba con una dulzura que atenuaba el tono cortante de su voz grave.

Vilar se dio cuenta de que estaba temblando. Procuró respirar hondo, con calma, concentrarse en eso. Aún sentía la punta de la navaja en la espalda.

–Ha intentado alcanzar la médula espinal.

–Pero no ha llegado, tranquilo. Le ha cortado un poco, dos o tres centímetros, no es nada.

La doctora sonreía. Parecía competente. Le explicó que iba a ponerle una inyección para calmarlo un poco. Vilar renunció a responder y cerró los ojos. Dejó que hiciera su trabajo, sintió que le pinchaba, que le aplicaba un líquido frío y le daba un pellizco. Atento a las reacciones de su cuerpo, le sorprendió no sentir ningún dolor.

La mujer le preguntó una vez más si de verdad quería irse a casa y le hizo firmar una especie de pliego de descargo, disculpándose por verse obligada a hacerlo.

Se vio de nuevo en su coche, instalado en el asiento trasero, sin saber cómo había llegado allí, y miró a sus compañeros, que conversaban en la acera mientras los agentes subían a los furgones y los coches patrulla. Se sentía somnoliento, atontado, y entonces se acordó del calmante que le había puesto la rubia del Samu para relajarlo y detener los temblores. El alcohol que había trasegado le estaba apagando el cerebro, como si fuera una sala de fiestas después de un baile, cuando ya solo permanecen encendidas las luces de emergencia.

Por la mañana, se despertó en su cama sin recordar quién lo había acostado ni cómo. Al volverse, la herida de la espalda apenas le dolió. Se sentó en el borde de la cama temiendo las primeras punzadas de la migraña, pero, como no sintió nada, se levantó y se notó firme sobre las

piernas, con unas ganas de tomar café y pan con mantequilla que lo hicieron salivar tontamente. Ya no sentía la angustia que lo había invadido la noche anterior al pensar que aquel tipo había querido dejarlo parapléjico. Una especie de estremecimiento, de electricidad residual le recorrió los miembros, y eso fue todo. Mientras atacaba un tarro de mermelada esperando a que acabara de hacerse el café, llamaron a la puerta. Dio un respingo y se quedó quieto con la cucharilla en la mano. Pradeau se anunció al otro lado y, cuando Vilar le abrió, agitó una bolsa con cruasanes delante de su cara.

–¡Oye, qué bien te veo! ¿La matasanos del Samu se quedó para hacerte una cura urgente o qué?

Se dejó caer en una silla y reclamó café.

–Tú en cambio no tienes muy buena cara. A quien le vendría bien la cura es a ti.

–Demasiada priva, demasiado tabaco y demasiadas vueltas a la cabeza. He debido de dormirme a las siete de la mañana… Ya plancharé la oreja cuando esté muerto.

Empezó a tomarse el café y encendió un cigarrillo. Vilar le pidió otro y fue a abrir la ventana. Fumaron en silencio. Pradeau miraba al exterior, absorto en sus pensamientos.

–Ni siquiera hemos encontrado la bala, joder. Le di en el cuello, estoy casi seguro, pero solo lo rocé. No pudo comérsela, si no estaría muerto. Voy a tener que sacarme un informe de la manga para explicarlo todo. Tendré a los de asuntos internos pegados al culo.

–No ha muerto nadie, ¿no? La única vida que corrió peligro fue la mía. No van a tocarnos los cojones por eso, digo yo. Salvas a un compañero en peligro, el tío consigue huir, todos contentos, ¿no te parece?

Pradeau, con los ojos clavados en el cenicero en el que estaba apagando el cigarrillo, no contestó. Reprimió un bostezo y se sirvió más café.

–¿Qué pasa? Te noto raro –dijo Vilar.

Pradeau suspiró y lanzó una mirada abatida y desamparada alrededor.

–Mi padre me ha llamado a las cinco de la madrugada, frenético. Acababa de dormirme, me ha pegado un susto de muerte. Mi madre se ha caído en el baño y no conseguía levantarla. Quería que fuera. Mierda. Le he dicho que llamara a un vecino, y él lloraba al teléfono y decía que era demasiado temprano para despertar a la gente… ¿Qué te parece? Es demasiado temprano para despertar a los que viven al lado, pero yo puedo hacerme cien kilómetros después de una noche en blanco para ir a ayudar a mi madre a ponerse de pie… Joder, ¿qué hago? No quiere meterla en una residencia, no quiere separarse de ella, pero hay días en que le gustaría que se muriera de una vez para tener paz, porque no puede más. De todas formas, hace seis meses que ella no lo reconoce. El otro día lo vio sentado en la cocina y se asustó, creyendo que era un ladrón. A veces lo reconoce por la voz. Entonces, cuando él le habla, se relaja. Es como si recuperara un punto de referencia que creía haber perdido para siempre. Toda esta mierda me está volviendo loco, joder.

En el silencio que siguió, un pájaro garabateó un trino, mientras a lo lejos sonaba la sirena de un camión de bomberos.

–¿Por qué no te tomas una semana para ir a solucionar eso con tu padre?

Pradeau se encogió de hombros y negó con la cabeza. Sonrió tristemente.

–No sabes lo que dices. Déjalo.

Vilar se levantó. No podía ayudarlo. Tenía ganas de que se fuera. En el fondo, nadie podía hacer nada por nadie.

–No sé qué decirte –confesó.

–Pues no digas nada, por favor. Cada uno con su mierda. La mía y la tuya no son la nuestra. Yo tampoco sé qué decirte nunca.

Vilar quiso salir de alguna manera del impasse en el que se encontraban.

–Anoche… ¿lo viste bien? ¿Qué aspecto tiene?

Pradeau lo miró con asombro, sin comprender en principio de qué le hablaba. Luego asintió con la cabeza.

–Es alto, con el pelo castaño, los ojos claros y la barbilla un poco

prominente. Lo vi bien, le hablé mientras estaba encima de ti con la navaja.

Nada que ver con el tío al que había entrevisto en casa de la señora Huvenne, nada que ver con el falso testigo del portal. Eran dos, eso se confirmaba. Los indicios hallados en casa del gendarme ya lo habían establecido. Un escalofrío le recorrió la espalda. Tuvo la sensación de que un picor malsano despertaba la herida.

–El fulano al que vi las dos veces era muy moreno. Son dos, estoy seguro. Dos en casa de Morvan, para llevárselo sin dejar rastro. El que me llama por teléfono y me habla de Pablo y el que mató a Nadia. No sé cómo, pero esos dos se conocieron y están haciendo un trecho del camino juntos.

–Volvemos a las rebuscadas teorías de Marianne… No. No hay más que un tío, muy listo, que acabará consiguiendo que lo pillemos, y se acabó. En casa de Morvan tenemos fibras, dos pelos, nada concluyente. Marianne y tú os complicáis la vida con eso del dúo. Además, colega, gran pregunta: ¿por qué iban a molestarse tanto? ¿Por qué correr todos esos riesgos? Os montáis muchas películas. Eso son gilipolleces.

–Serán gilipolleces, pero el que secuestra a un niño y el que anda detrás de las putas no pueden ser la misma persona.

–A no ser que abastezca a otros… Una especie de ojeador. De putas o de críos. ¿Nosotros qué sabemos?

Vilar se apoyó en el fregadero y asintió con la cabeza.

–No sabemos nada, evidentemente. Para mí eso no se sostiene, pero tampoco es absurdo. Si lo que dices es verdad, cuando encontremos a ese tío me lo cargaré. Lo demás me la trae floja. Quiero verlo ahí, a mis pies, y mirarlo a los ojos mientras se desangra. Joder, ¿cómo pudiste fallar? ¿A cuánto estabas? ¿Tres, cuatro metros?

–Quería herirlo, no matarlo. Lo necesitamos vivo. Además, en esas situaciones todo pasa muy deprisa, lo sabes perfectamente. Vi que te clavaba la navaja en la espalda e hice lo que pude. Le di en el hombro, o en el cuello, ya te lo he dicho. Debí de rozarlo.

Pradeau se calló y se quedó pensativo. Tenía un cigarrillo entre los dedos, pero no lo encendía.

–¿Estás bien? –preguntó Vilar–. ¿Prefieres que hablemos de otra cosa?

Pradeau se sobresaltó como si le hubiera pinchado con algo.

–¿Y de qué quieres…? No, claro que no. Sigue –dijo suspirando.

Vilar decidió ignorar su desánimo.

–¿Quién es ese tipo?

–¿Cuál de los dos? –replicó Pradeau con ironía.

–Yo qué sé. El de anoche. O el que vi en casa de la anciana, en Bacalan. Quizá el mismo.

–Lo sabremos cuando lo tengamos delante y podamos darle de hostias, no pegarle un tiro, como dices tú, porque eso no responderá a ninguna de tus preguntas.

–Anoche la cagué –murmuró Vilar, que parecía pensar en voz alta, con la mirada perdida en el paisaje impresionista que adornaba el calendario colgado de la pared–. Cuando dijo que el pequeño José saludaba a todo el mundo, no me extrañó… Se delató él solo, y no me percaté. En lugar de eludir mi pregunta, insistió. No le tiene miedo a nada. Con aquel lío, la gente llorando y pegando voces detrás, y aquel chaval muerto en el suelo, no supe reaccionar. ¡Mierda, estaba allí, delante de mí, me llegaba su olor a tabaco! ¿Qué busca ese cabrón?

Pradeau torció el gesto.

–Emociones fuertes –respondió–. O existir. ¿Jugar quizá?

–Pues será a la ruleta rusa, pero con todas las balas.

–Puede que haya algo de eso –murmuró Pradeau levantándose. Se metió los cigarrillos y el mechero en el bolsillo–. Bueno, me voy. Hay que interrogar a los amigos del muerto, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Sofiane! Supongo que serán los dos figuras con los que te cruzaste aquel día en el portal de Sandra de Melo. Los vecinos nos han dado sus nombres y direcciones. Nunca se sabe, a lo mejor estaban allí y corrieron a casa de mamá cuando la cosa se puso fea, los muy payasos. En grupo hablan mucho, pero solos o delante de un tipo malo de verdad se cagan patas abajo.

Se despidió prometiendo telefonearle, salió y cerró la puerta despacio tras de sí.

Eran casi las diez. Vilar fregó las dos tazas, aunque bebió un poco más de café tibio, lamentando no tener tabaco. Luego puso la televisión y vio una película policiaca en un canal por cable, *En lo más profundo*, la historia de una mujer que mataba al acosador de su hijo y, a continuación, se enfrentaba con sus cómplices. Era un film luminoso, de colores vibrantes. La acción transcurría a orillas de un lago, bajo un sol permanente, en medio de una naturaleza apacible y triunfante. Se imaginó en aquella casa. También se preguntó si él habría sido capaz de hacer lo que hacía aquella madre en el guion. Por supuesto, pensó. Como siempre que se había planteado la cuestión, después de una pesadilla o en un momento de profunda depresión. Mataría a aquel o aquellos que… Ya no tenía palabras para continuar la frase que se formaba en su mente. No podía imaginar otro comportamiento. No podía imaginarse venciendo las ganas de destruir a esa clase de depredador. Sin embargo, conocía la ley y la aprobaba. Siempre había abominado de la autodefensa, de aquellos estúpidos justicieros de las películas o la realidad, incluidos los que había detenido él. Siempre había despreciado aquello en lo que se habían convertido, sacos de pulsiones asalvajados y llorones, guiados únicamente por su dolor o su odio, psicópatas de ocasión contentos de serlo, y casi felices de haber encontrado en la caza de un asesino a la fuga una razón para vivir.

Y al instante, como siempre, la razón, o la locura de una esperanza tal vez, ponía un dedo vacilante entre la bala y el percutor. ¿Y si mataba a la única persona que sabía dónde se encontraba Pablo? ¿La última esperanza posible? Durante noches enteras había debatido esa cuestión consigo mismo. Con el cuerpo ardiendo de cansancio y los nervios enrollados a su alrededor como alambres espinosos.

Acabó apagando el televisor, porque de pronto la trama le pareció fútil y los decorados, demasiado bonitos, irritado por lo mismo que al principio lo había atraído. Se levantó y se quedó unos segundos en medio del salón, indeciso, con los brazos colgando y la mente vacía. Deslizó un dedo por el marco de la foto en la que Pablo sonreía con la cabeza apoyada en el hombro de Ana.

–Estoy ahí, estoy contigo.

Poco después de mediodía pudo hablar con Marianne Daras, que le explicó que Sandra de Melo estaba ilocalizable. Su hermana había hablado con ella la noche anterior y no le había notado nada raro. El chico no había vuelto al centro educativo donde lo cuidaban.

–No puede volatilizarse con el niño –dijo Marianne–. Tendrá que salir de nuevo a la superficie, forzosamente.

Salir a la superficie. El empuje de Arquímedes como fuerza vital.

–Forzosamente. Siempre que las personas entre las que se esconde se decidan a avisarnos. Si tienen tanto miedo como ella, no dirán nada. Ya lo hemos visto otras veces. Creerán que la protegen mejor que nosotros.

–Es que hasta ahora no se nos ha dado muy bien. Esperemos que el tipo no haya decidido borrarlo todo detrás de él. Ya viste cómo degolló a ese chico. Sin embargo, no hemos averiguado nada. Llevamos más de dos meses persiguiendo a una sombra.

–Y ella persiguiéndome a mí. Pero me gustaría saber a quién pertenece esa sombra.

–¿La teoría del dúo?

–Laurent no cree en ella.

Oyó suspirar a Marianne.

–Laurent no cree en nada. Ahora mismo no se encuentra bien.

–Creo que su madre está en las últimas.

–Sí. Me habló de ello una vez –dijo Marianne con indiferencia–. No me hace muchas confidencias, ¿sabes? No soy más que una maldita mujer.

Se quedaron callados un instante.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó al fin Marianne–. Te quedarás descansando, ¿no?

Vilar dudó.

–Sí. No me moveré. Aunque me encuentro bien. Estaré ahí mañana. Te vuelvo a llamar.

Colgaron al mismo tiempo. Sandra volvería a aparecer, evidentemente. Vilar pensó en el payaso. En el pequeño, aún más solo en el corazón de su aislamiento y su pánico. Su madre no podría aguantar. Se dio cuenta de que eran casi las cuatro y fue a la cocina

para tomarse el café frío que quedaba. En el salón, con las contraventanas cerradas, no lo había visto, pero por la ventana de la cocina advirtió que el cielo se había cubierto de plomo y que un viento torpe agitaba las copas de los árboles.

Se puso una cazadora llena de bolsillos y metió en uno de ellos un blíster de pastillas, por si el dolor se despertaba. Cuando se disponía a salir, sacó el móvil y marcó el número de Ana. El corazón le latió un poco más deprisa mientras sonaba al otro lado de la línea. El clic lo hizo estremecer.

Estaba ausente. Podía dejar un mensaje después de la señal. Vilar recordó que era agosto. Las vacaciones. Otros cielos. Había mencionado la Toscana.

En el bulevar, el tráfico era fluido y pudo ver sin dificultad lo que ocurría detrás de él. Cambió varias veces de marcha para comprobar si lo seguían, pero no notó nada. Aparcó a unos cincuenta metros del edificio en el que vivía Sandra de Melo y, a pie, dio un rodeo para llegar a él. Llamó a casa del portero, le enseñó la placa y le pidió las llaves. El hombre, en camiseta interior, pantalón corto y alpargatas a modo de zapatillas, no abrió la boca, ni siquiera respondió a su saludo; le dirigió una mirada recelosa, u hostil. Mientras regresaba al interior del piso para buscar las llaves, un perro lobo, quizá un pastor belga, se acercó a la puerta y se quedó allí plantado con las orejas tiesas y el hocico a ras de suelo, sin apartar de Vilar unos ojos que se iluminaban en la penumbra con un inquietante brillo dorado. Se oía un televisor. Una serie estadounidense. El ulular de un coche de policía.

–No es malo –dijo el hombre sin convicción, empujando al perro con el pie suavemente–. Depende de con quién.

Le tendió las llaves a Vilar, que le dio las gracias y se fue por donde había llegado. Ya había subido dos o tres escalones cuando oyó la voz del portero a su espalda:

–¿Piensa quedarse mucho rato?

Vilar se volvió. El hombre le hablaba desde el hueco de la puerta.

–No lo sé. ¿Por qué? ¿Necesita saberlo?

Vilar regresó al rellano. Le pareció que el portero cerraba la puerta

unos centímetros. El hocico del perro asomó entre las piernas de su dueño.

–Me ha parecido que no quería hablar conmigo… O que no recordaba mi cara… Ni siquiera me ha saludado… A mí no me gusta imponerme.

–No es eso, es que… se vuelve uno desconfiado. Además, me siento raro: ese chico al que han matado… la de veces que lo habré echado de aquí, a él y a los holgazanes de sus amigos. En ocasiones, me plantaban cara, me llamaban cabrón, me decían que iban a cortarles el cuello a mi mujer y a mi madre, o a follárselas, según el día… Gilipolleces así. Hace doce años que vivo aquí, los he visto crecer a todos. No me dan miedo, no son tan malos, pero cuando están juntos se creen fuertes, no sé, se vuelven arrogantes, quieren imponer su ley… Algunas veces, me gustaría tener una escopeta y darles un susto.

–¿En serio? ¿Eran amenazadores?

–En realidad, no… pero siempre estaban ahí, fumando porros y haciendo comentarios a la gente, y quieras que no, eso intimida, los vecinos tienen miedo de pasar a su lado, y, cuanto más miedo ven que dan, más se creen ellos los amos, eso es lo que dicen todo el rato esos gilipollas de críos… Somos los amos… –Se interrumpió y respiró hondo, porque el acaloramiento lo había dejado sin aire–. Ahora que el chaval está muerto, me dan pena él y sus padres, que son buenas personas y siempre se han deslomado por sus hijos. Las hermanas estudian. Una de ellas va a ser enfermera. El chico no se merecía eso. Una buena patada en el culo, sí, o un par de hostias, pero no eso…

–Tampoco que le dispararan con una escopeta, como ha dicho usted…

–No, claro que no… Ha sido la cólera… A veces, hay que aguantar…

El hombre había abierto la puerta un poco más. El perro había desaparecido.

–De todas formas, no murió por estar sosteniendo la pared –dijo Vilar–. Estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Se topó con el individuo al que estamos buscando… ¿Usted no vio nada extraño? Imagino que ya se lo han preguntado, pero nunca se sabe, a

veces recuerda uno cosas…

El hombre negó con la cabeza.

–No… Nada… Además, no estoy todo el tiempo en la escalera viendo pasar a la gente. Me encargo de la basura, de las pequeñas reparaciones y hasta de los espacios verdes. ¡Es mucho curro! Pero la señorita del tercero, la del niño con discapacidad, sé perfectamente quién es, sí. Una chica muy amable, y discreta… ¡muy guapa además!

Había bajado la voz y echado un vistazo a su espalda, como si temiera ver aparecer a una arpía celosa dispuesta a arrancarle los ojos.

–¿Conoce a sus amistades, a alguien que venga a verla?

–Ya se lo he dicho… Tengo demasiado trabajo para interesarme por la vida privada de los vecinos… Si no me preguntan nada, si no hay quejas, no me meto en nada. Buenos días, buenas tardes y pare usted de contar. Conozco a la gente, tengo buen ojo, pero no me gusta hacer de policía, en fin, no se ofenda…

–No se le pide tanto. Voy a echar una ojeada al piso. No se preocupe, seguramente no tardaré mucho. De todas formas, vendré a devolverle las llaves.

Vilar subió la escalera bajo la mirada del portero, que no se decidía a cerrar la puerta. En cuanto entró en el piso, fue directo a la cocina para comprobarlo: como imaginaba, el payaso ya no estaba allí, debajo de la mesa, entre las patas de las sillas. Echó un vistazo en la habitación del niño, pero no detectó ningún cambio: todo estaba en perfecto orden. Una vuelta por el resto de la vivienda tampoco le aportó ninguna información nueva: la intrusión de Sandra en su propia intimidad había sido discreta y rápida. Estaba muy cerca. Seguramente, en el mismo edificio, con alguna vecina. Estuvo a punto de pedir refuerzos para repetir el puerta a puerta, encontrarla, hablar con ella y hacerla hablar, para que le dijera qué quería saber aquel fulano y, de esa forma, llevarle un poco de delantera, pero la idea de ver llegar a la policía para desplegarse por la escalera y conmocionar de nuevo el barrio le resultó insoportable. Esta vez era mejor jugar solo. Nadie sabía que estaba allí, aparte del portero, al que consideraba al margen. Y eso significaba que seguramente era la primera vez desde el comienzo de

aquel asunto que actuaba sin que el asesino lo supiera.

Apagó la luz y se sentó en un sillón del cuarto de estar. Allí, pese al barullo que armaba su corazón dentro del pecho y los impulsos nerviosos que sentía correr por sus miembros, lo invadió un sopor que lo mantuvo en la superficie del sueño, justo donde los sueños remontan y afloran, y por supuesto Pablo apareció y le habló. Su voz fue clara y viva, y la alegría de Vilar tan grande que respondió a su hijo con sollozos ahogados.

El suave chirrido de una puerta que se abría, encima o debajo de él, lo arrancó de esa desesperante felicidad, y contuvo la respiración largos segundos en una penumbra sin tiempo, renunciando a consultar su reloj. Luego volvió a adormecerse intentando en vano recrear la sublime ilusión de su sueño.

Se despertó sobresaltado porque algo se había movido. Al principio creyó que estaba en su habitación, pero recuperó la lucidez enseguida. No sabía cuánto rato había dormido. Supuso que sería de noche: entre las persianas no se filtraba la menor claridad. No había podido dormir cinco horas. La oscuridad era demasiado densa para mirar el reloj.

No se oía nada, pero estaba convencido de que había alguien en el piso, quizá en la misma habitación. Permaneció inmóvil, respirando por la boca.

Detrás de él.

Hundido en aquel sillón, no podía hacer nada.

Cuando se encendió la luz, le pareció que lo electrocutaban: su corazón se detuvo y su cerebro se convirtió en una papilla en ebullición. Con el dedo aún en el interruptor, Sandra de Melo soltó un grito. Estaba blanca como la pared y lo miraba atónita, jadeando.

Vilar se levantó, intentó serenarse un poco y pensó qué decir. Tenía delante a la mujer a la que había estado esperando, pero, atontado por el sueño, no sabía qué hacer.

La chica avanzó hacia él.

–¿Qué coño hace usted en mi casa? ¡He creído que era él! –Su voz se enronquecía en los agudos, a punto de quebrarse. Su pelo revuelto flotaba alrededor de su rostro, cansado y ojeroso.

–Buscarla a usted y buscarlo a él, joder. ¡No grite de ese modo! ¿Dónde se había metido? ¿Por qué juega al escondite?

–¡Vaya, así que soy yo quien juega al escondite! ¿Y usted a qué juega entonces? Seguramente, ni siquiera tiene derecho a estar aquí.

–Cálmese…

–No, no me calmo. No me calmo. Ese tío… la otra noche… iba a por mí, ¿sabe? Le cortó el cuello al chaval sin pensárselo, ¡solo porque se cruzó en su camino! Joder, es una buena razón para no dormir tranquila en tu cama, ¿no? ¿Y mi hijo, eh? ¿Ha pensado en él?

Vilar la dejó acabar. Sentía el dolor lancinante de la herida latiéndole en la espalda. Lo único que se oía eran sus respiraciones agitadas y sus gargantas, tragando con dificultad. Sandra suspiró.

–He venido a buscar cosas para José. ¿Puedo hacer eso? Están en su habitación. –No esperó una respuesta. Echó a andar por el pasillo, seguida por Vilar. Buscó en un armario y sacó unas camisetas y ropa interior, que metió en una bolsa de plástico–. ¿Qué quiere saber?

–¿Dónde se había escondido?

Sandra volvió a cerrar el armario.

–Tengo sed. En el frigorífico hay agua fresca. ¿Quiere?

Sacó dos botellas de agua con gas y le tendió una a Vilar.

Las abrieron sin decir nada y bebieron a grandes tragos. Sandra se sentó en la esquina que formaban la mesa y la pared. Vilar recostó en otra silla la agarrotada espalda.

–Qué sed tenía… –dijo Sandra–. En cuanto a su pregunta, estaba en el piso de arriba, en casa de una vecina, la señora Fadlaui. En estos momentos, José está durmiendo. La conoce, con ella está tranquilo.

–Y además tiene a su payaso…

–¿Se dio cuenta de eso? ¿Vio que me lo dejé al irme?

–¿Quién es ese individuo al que le tiene tanto miedo?

–Se llama Éric. A Nadia la mató él.

–¿Cómo lo sabe? Éric ¿qué más? ¿Sabe dónde puedo encontrarlo? Usted me dio el nombre de Thierry Lataste sin importarle que pudiera sospechar de él… Intentó enredarme. ¿Por qué voy a creerla ahora?

–Porque es verdad. Sobre Thierry… no le mentí. Solo le dije que

existía, si se montó una película, allá usted. ¡No le hablé de Éric porque tenía miedo, eso es todo!

–Éric ¿qué? ¿Es su verdadero nombre?

–Sí. Bueno, supongo… Éric sin más. Nadia lo llamaba así, nunca se me ocurrió preguntarle su apellido ni su dirección. Como puede figurarse, no es el tipo de tío al que apetece hacerle una visita. Pero mató a Nadia, eso seguro. No tengo pruebas ni nada parecido, pero lo sé. Es un enfermo. Un tipo violento que no se controla. Ella le tenía miedo. No quería soltarla. Decía que estaba enamorado de ella. Quería llevársela a las Antillas, vivir allí… Qué sé yo, quería abrir un restaurante o hacerse cargo de un hotel, ya no me acuerdo bien, pero se le había metido eso en la cabeza y Nadia no quería ni oír hablar del asunto. Además, últimamente él estaba convencido de que el chico era suyo.

Vilar dio un respingo.

–¿Cómo dice? ¿Tanto hacía que se conocían?

–Desde el 93. Cuando él salió de la cárcel.

Vilar hizo el cálculo. Podía ser. Además, el tipo tenía un pasado. Gracias al talego, por fin salía de la sombra. Casi lo tenían.

–¿Qué cárcel?

Sandra suspiró, luego frunció el ceño en señal de ignorancia.

–¿Cómo quiere que lo sepa? Ni siquiera recuerdo si Nadia llegó a decírmelo. Además, de los exconvictos, y en especial de ese, cuanto menos sepa mejor…

–¿Conoce usted a muchos?

–No estoy obligada a responder, ¿no?

–Ya veremos. Pero intente recordar, porque, si sabemos de qué cárcel salió, sabremos quién es.

Sandra bebió un sorbo de agua. Como la botella se había acabado, la aplastó con la mano.

–No, no me acuerdo… Lo siento.

–¿Cómo llegó a conocer al tal Éric?

Sobre sus cabezas, se oyó un ruido. Arrastraban una silla. Sandra se puso rígida y clavó los ojos en el techo; luego se relajó de nuevo y

volvió a recostarse en la silla, con un codo en la mesa.

–No es nada… Siempre tengo miedo de que… ¿Qué decía usted?

–Le preguntaba cómo conoció a ese individuo.

–Por Nadia. Como le he dicho, ellos ya se conocían, y Nadia me había contado lo que hacía para ganar un poco de dinero. Yo estaba pasando una racha muy mala, no tenía un chavo y el niño sufría ataques todos los días, en el centro ya no sabían qué hacer, empezaban a hablarme de hospitalizarlo en psiquiatría para intentar controlar las crisis… Entonces Nadia me habló de una fiesta en la que necesitaban chicas que no fueran demasiado feas ni demasiado ariscas, y estaba bien pagado, unos mil euros, todo, por dejarse sobar por ricachones, gente importante, quiero decir, políticos y gente así, y si me interesaba, podía acompañarla… Yo empecé a gritarle que no era puta, que por quién me tomaba, y ella no insistió, hasta se disculpó, me dijo que para ella no tenía la menor importancia.

–¿Qué es lo que no tenía importancia?

Mientras hablaba, Sandra había cruzado los brazos sobre el pecho y se agarraba los costados. A Vilar le pareció que temblaba ligeramente.

–No sé cómo decirlo. Entonces, me supo mal. Porque las putas siempre son las otras, claro… Hablamos mucho de ello. Para ella, era como si su cuerpo no importara. Decía que estaba paralizada de ahí abajo… Eran sus palabras. Insensible, ya sabe. Como si eso ya no le perteneciera. Además, odiaba a los hombres. Decía que en cuanto un hombre le ponía las manos encima se sentía sucia, así que, cuando tenía que acostarse con uno, figúrese. Decía que un día mataría a alguno, que lo desangraría como a un cerdo. Yo jamás había visto un odio así. Decía que era desde que su padre… Cuando empezaba a hablar de ese modo, no la reconocía.

–En esas condiciones, ¿cómo podía tolerar las visitas de… vaya, de Éric? Y la relación con Thierry Lataste.

–Ni idea… La costumbre… o el dinero.

–Explíquemelo. No lo hacía en su casa, ¿no?… con el niño al lado.

Sandra desvió la mirada.

–No lo sé… No hablábamos de eso.

Vilar se levantó bruscamente, y la chica soltó un respingo, sorprendida y asustada. El policía dio unos pasos por la cocina pensando a toda velocidad en cómo acorralarla.

–Déjese de milongas, ¿quiere? No lo sé… No tengo ni idea… Un paso adelante y dos atrás. No he venido a bailar, ¿se entera? Un tipo al que conoce aparece una noche para despellejarla y usted… usted no sabe por qué, se hace la niñita inocente que acaba de caerse del guindo… Vale que me tome por gilipollas, después de todo, en mi trabajo, estoy acostumbrado. Pero sepa que ahora mismo está obstaculizando una investigación policial, protegiendo quizá a un criminal en busca y captura, y solo por eso puedo crearle problemas muy jodidos.

Sandra intentó decir algo y se levantó. Con un gesto, Vilar le ordenó que volviera a sentarse.

–Déjeme acabar. Creo que usted sabe mucho sobre Nadia y sus actividades, creo incluso que usted hacía lo mismo ocasionalmente, al menos cuando necesitaba pasta, lo que al parecer le ocurre a menudo, ¿me equivoco? Como usted dice, las putas no siempre son las demás. Va a contármelo todo tranquilamente si no quiere que la ponga bajo custodia y entregue a su hijo a los servicios sociales. Piénselo. Otro punto en común entre Nadia y usted: sus hijos, a los que tenían que proteger de toda la mierda que tragaban, ¿verdad?

–Así que esos son sus métodos…

–Puede. Pero hábleme de los suyos. Me está haciendo perder el tiempo y la paciencia.

Sandra se levantó con viveza y dio unos cuantos pasos por la cocina. Cuando pasó junto a él, Vilar percibió su perfume, sin conseguir identificar la fragancia dominante. También renunció a escuchar los insultos que la chica farfullaba a sus espaldas.

Luego, Sandra volvió a sentarse, se encogió de nuevo en la silla y clavó los ojos en la bandeja en la que descansaban los vasos.

–En la SALI, simpatizamos enseguida, porque coincidimos en el mismo equipo el primer mes y habíamos entrado casi a la vez. Teníamos un encargado, Castets, que soñaba con metérnosla, así que nos apoyábamos mutuamente. Él hacía su recorrido con una furgoneta

de la empresa, y todas las noches nos proponía ir a tomar una copa o comer algo por Capucins, como si a las once o las doce, con nuestros hijos en casa, estuviéramos para fiestas. Todas las noches, repito. Le decíamos que no y él no insistía, nunca nos guardó rencor, nunca nos hizo chantaje, nada, era extraño, pero bueno… Lo llamaremos presión amistosa… A lo mejor esperaba que un día una de las dos sintiera un deseo bestial por él, el muy gilipollas, no lo sé… Y luego se le pasó. Nadia, en broma, me decía que si queríamos, con un baboso como aquel podíamos ganar dinero; luego empezó a hablarme de lo que hacía para redondear el sueldo y ahorrar para comprar la casa en la que vivía de alquiler. Un día me dijo que había encontrado un pequeño estudio en el cours Balguerie (en el número 145, por si quiere acercarse a echar un vistazo) e iba allí una o dos veces por semana con clientes que la llamaban a un número de móvil que solo utilizaba para eso, era menos caro que los hoteles de la ronda, que era donde iba antes. A veces pasaba toda la noche, los sábados sobre todo, y con eso sacaba bastante dinero. También tenía una red de contactos que recurrían a ella para cerrar contratos con clientes extranjeros. Se hacía pasar por secretaria durante las reuniones o las comidas y se camelaba a los fulanos, pasaba una o dos noches con ellos mientras estaban en la región, y en general la cosa iba bastante bien… El jefe le pagaba una comisión o algo así…

–¿Eso ocurría a menudo?

–Tres o cuatro veces al año… puede que más, no lo sé. Estaba bien pagado.

–¿Por qué buscó trabajo en la SALI?

–Para tener una nómina y no llamar la atención en la escuela ni en la administración pública… Y por el chico. Quería que tuviera una vida normal, una madre normal, como decía ella. No quería que un asistente social fuera a meter las narices en su vida.

–¿Y Éric? ¿Se llevaba una parte?

Sandra esbozó una sonrisa amarga y se encogió de hombros.

–No. Nadia lo hacía por su cuenta. No era una puta callejera que se pelea con las africanas y las rumanas y tiene al cabrón del macarra siempre encima. Él nunca la agobió con eso, además decía que la

amaba, que nunca le haría daño, ni a ella ni al chico. Digamos que de vez en cuando le pedía dinero prestado que nunca le devolvía.

–¿Ella se lo reclamaba?

–No es el tipo de hombre al que le reclamas nada. Pero sí, ella debió de hacerlo alguna vez, y la cosa no fue bien, según me dijo. Él se enfurecía, y se pegaban.

–¿Dónde? ¿En su casa? ¿En el estudio?

–Dependía. Donde fuera. Luego ella intentaba hacerse perdonar. O él llevaba amigos para que la castigaran, no sé si me entiende.

Vilar la entendía. Pero sobre todo trataba de entender adónde llevaba todo aquello. Tendría que ir a hablar con el chico, Victor, que quizá sabía cosas sobre el hombre que creía ser su padre. Bebió otros dos largos tragos de agua para quitarse el sabor amargo que le llenaba la boca. Tenía ganas de fumar, esperaba vagamente que la chica sacara un paquete para poder pedirle un cigarrillo. Echó un vistazo a las persianas bajadas y sintió no poder distraer la mirada con lo que hubiese detrás de esos listones ciegos. Una ventana iluminada en el edificio de enfrente, el halo de luz que la noche vaporizaba sobre la ciudad… De repente se sentía encerrado. O acorralado al final de un callejón sin salida. El suave rostro de Sandra de Melo y el brillo vivaz de sus ojos negros fueron lo único que le impidió levantarse y salir de allí. Hacía mucho que no miraba la cara de una mujer con tanto placer.

Al mismo tiempo, se preguntaba cómo había podido vender su cuerpo a aquellos individuos, dejar que la tocaran, la penetraran, la ensuciaran. Pese a todo lo que había visto y oído desde que era policía, siempre le costaba concebir la extrema necesidad que empuja a determinadas personas a envilecerse de esa manera. En qué momento se acaba pensando que no hay otra salida que esa negación de uno mismo, ese salto al vacío, ese veneno que se absorbe en cada ocasión y que se cree posible lavar bajo la ducha y eliminar con la ayuda de perfumes, pero que es una muerte más cierta que cualquier enfermedad, porque algo del cuerpo o del alma muere con cada profanación. Nadia ya estaba muerta para sí misma antes de que la asesinaran. Su cuerpo ya no le importaba. Se conformaba con mantener

fuera del alcance de esa necrosis el lugar de su espíritu en el que residía el amor por su hijo, último vestigio de su dignidad. Del mismo modo que alguien salva sus bienes más preciados de una riada de lodo.

Tenía ganas de seguir hablando con Sandra, quizá simplemente por el placer que le producía conversar con ella y la curiosa sensación de debilidad inerme que percibía cuando aquella mujer posaba los ojos en él.

Se le ocurrió una pregunta más que hacerle, sin duda resultaría inútil. De todas formas, encontraría al tal Éric, ya no era cuestión de días, bastaban las horas necesarias para cotejar un par de ficheros.

–Y en esas veladas… especiales… ¿Cuál era la función de Éric en todo eso?

–Él era quien le pasaba la información y la acompañaba. Si lo entendí bien, vigilaba un poco en los alrededores del lugar donde se celebraban. Al parecer, un poli lo ayudaba.

–¿Un poli? ¿Cómo que un poli?

–¿Y a mí qué me dice? Un poli al que conocía. Hasta puede que fueran amigos. A veces los delincuentes conocen a policías, ¿no?

–¿Vio alguna vez a ese policía?

Sandra se encogió de hombros. Sonrió burlonamente.

–Le molesta que haya un poli en toda esta mierda, ¿eh?

Vilar recordó las conversaciones con Marianne y Pradeau. Las posibles filtraciones.

–¿Qué clase de sitio? ¿Le habló Nadia de él?

–Dos o tres veces villas en Cap-Ferret o en Pyla, con gente de la política o la tele. Gilipollas de los que salen en el periódico cuando vienen a pasar las vacaciones o el fin de semana en la zona. Gente conocida, según me dijo ella, pero nunca me dio nombres. Muchos tíos de la tele que buscaban una puta para una noche, pero que no pareciera una puta… Acompañantes nada ariscas que aceptan dejarse follar por mil o dos mil euros esperando que alguno de esos cabrones las llame para proponerles currar en uno de sus programas de mierda. Lo que sobra son zorras que no sueñan más que con aparecer en la caja tonta. Nadia decía que si iba con ella vería a mucha gente guapa, que

no había ningún peligro. Había champán y bandejas con farlopa. Ella no la tocaba, pero vio empolvarse la nariz a todos esos cerdos. También me dijo…

Un móvil soltó un mugido de vaca, y Sandra se levantó de un salto y se sacó de un bolsillo del pantalón un diminuto objeto negro. Había palidecido; sus manos abrieron torpemente el aparato y sus dedos dudaron sobre las teclas. Se limitaba a mirar la pantalla, que despedía un vago resplandor azul. Cuando Vilar se levantó, quedaron frente a frente, con aquel estúpido mugido entre ellos. Vilar reconoció la foto del pequeño José en la pantalla iluminada.

–¿Quién es? –se preguntó Sandra.

–Responda y lo verá. ¿No lo pone en la pantalla?

–No. Es un teléfono nuevo. No me ha dado tiempo a configurarlo del todo. –Se decidió a contestar–. ¿Y si es él?

Había clavado sus despavoridos ojos en los de Vilar, con el torso inclinado hacia él. Vilar pensó una respuesta.

–Si es él, pásemelo. Tranquila.

Sandra aceptó la llamada y, apenas se llevó el aparato al oído, soltó un gritito de sorpresa.

–¿Paola? ¿Qué pasa?

Paola. La hermana de Sandra. Desde donde estaba, Vilar oía crepitar la voz en el auricular. La mujer hablaba deprisa y alto.

–¿Cómo era ese tío? Sí, lo conozco un poco. ¿Cómo dices? Sí, claro.

–Pásemela.

Vilar se presentó y explicó por qué estaba con Sandra. La mujer le contó que, hacia las seis de la tarde, un tipo había ido a preguntarle por Sandra presentándose como un buen amigo, preocupado porque no la encontraba en casa. Amable, educado, con una gran venda en el cuello. Como no podía responderle, él no había insistido; se había despedido dando las buenas tardes a toda la familia. Demasiado cortés para ser honrado.

–Huelo a esa clase de liantes a cincuenta metros –añadió la mujer–. Lo vi subirse a un coche grande, una ranchera de un gris metalizado. Me quedé un momento detrás de la cortina y volví a verlo pasar

despacio por delante de la casa. Como Sandra me ha llamado esta mañana para contarme un poco lo que ocurría… y es que mi hermana, no sé cómo lo hace, pero colecciona los problemas… bueno, pues he pensado que era mejor avisarla. Oiga, ¿quién es ese fulano?

–¿Dice que llevaba una venda en el cuello?

–Sí, muy grande, una especie de collarín. ¿Quién es?

–Un sujeto al que estamos buscando. Va detrás de su hermana, pero la protegeremos. ¿Ha avisado a los gendarmes? ¿Y el coche? ¿Ha podido ver de qué marca era?

–No. No entiendo de coches. Era una de esas rancheras enormes… Recién comprada seguramente, porque estaba reluciente. Y no, no he llamado a los gendarmes. En esta familia solucionamos los problemas sin la policía. Ya estoy acostumbrada a los líos de Sandra. Yo estoy sola aquí con mis hijos. Mi marido es camionero, está de viaje. ¿Cree que ese individuo es peligroso?

–No, no creo que corra usted ningún riesgo. Solo quiere encontrar a su hermana, pero si decide venir, estaremos esperándolo. Es mejor que avise a la gendarmería, irán a patrullar. Y si vuelve a merodear por la zona, llámeme, con un poco de suerte conseguiremos echarle el guante.

Oyó suspirar a la mujer, que parecía aliviada por esa perspectiva; hizo un par de comentarios triviales sobre lo mal que estaba el mundo y le pidió que volviera a pasarle a Sandra.

Vilar se alejó. Dejó que las dos hermanas se hicieran recomendaciones y se mandaran besos sin conseguir despedirse. Por fin, Sandra cortó la comunicación y colocó el teléfono delante de ella con suavidad, encendido, como si su vida dependiera de la siguiente llamada, que se produciría en breve.

–¿Cómo ha conseguido la dirección de mi hermana? ¡Ni siquiera sabía que existía!

–¿Está segura de que nunca le habló de ella?

–Por supuesto que estoy segura. Siempre la dejo al margen de mis gilipolleces. Ya me ayudó bastante cuando era más joven y me fui de casa de mis padres, eso le causó muchos problemas. Y no ha podido encontrarla por internet ni nada por el estilo, ¡se apellida Ménenteau,

no De Melo!

Vilar miró su reloj. Eran casi las nueve.

–Va a venir.

–¿Quién?

–¿Cómo que quién? Éric no sé cuantos. ¿Quién va a ser, Papá Noel? A estas alturas ya habrá imaginado dónde se esconde usted. Hay que largarse de aquí. Vamos a casa de su vecina. Prepare al niño, se irán con un compañero mío. Los pondremos a salvo.

La señora Fadlaui abrió de inmediato, posó en ellos sus grandes ojos grises, los hizo entrar casi corriendo y lanzó una mirada inquieta al rellano antes de volver a cerrar la puerta. Era una mujer alta de rostro alargado y nariz aguileña. Cuando llegaron al salón, lleno de muebles impolutos y decorado con bandejas de cobre, lámparas artesanales, cojines de cuero y divanes, los invitó a sentarse y les ofreció algo de beber. En una esquina, una niña estaba absorta en una gran pantalla plana mientras manejaba con habilidad los mandos de una consola de juegos. Los personajes corrían y brincaban y se arrojaban unos sobre otros.

–Usted es policía, ¿verdad? –preguntó la señora Fadlaui–. Yo me llamo Sihem. Y esta es Amel.

La chiquilla apenas apartó los ojos del juego para saludarlos con un suntuoso pestañeo.

–¿Qué ocurre? –quiso saber Sihem Fadlaui.

–Tenemos que irnos. Ya te contaré más tarde –le dijo Sandra.

La mujer lanzó una mirada interrogativa a Vilar, que le dio la espalda y marcó un número en su móvil.

–Marianne. Hay novedades. No, nada, no tengo tiempo para explicártelo. Lanza una búsqueda sobre un tal Éric, sin apellido conocido, excarcelado en el 93, sin duda domiciliado en Gironda. No. Es lo único que tengo. Podéis descartar los delitos menores y centraros en los graves. Sí, cosas así. Sandra de Melo. La he encontrado, está conmigo. Hay que ponerla a salvo, yo me encargo. ¿De acuerdo? Llamo a Laurent. No quiero que la información circule por la casa. Creo que el tipo está bien informado, parece que hay un poli en el asunto, eso se

confirma. Ya te diré, no tengo tiempo ahora. ¿Sabes dónde anda Laurent? Sí, vale, eso no está lejos. Llegará enseguida. Creo que el tipo puede presentarse aquí. Habrá que poner gente. Sí, yo me quedo hasta que acudan refuerzos. Sí, eso es.

Cortó la comunicación y marcó otro número.

–¿Laurent?

Le explicó la situación y le habló de la identificación en curso de un tal Éric. Le pareció que Pradeau se agobiaba ante el alud de información. Su malestar fue palpable durante unos segundos: no reaccionaba y respiraba con dificultad… Vilar tenía la sensación de estar ante un nadador que, vencido por el agotamiento, se hunde en la silenciosa densidad del océano, o ante alguien que espera que le caiga un misil encima en cualquier momento. Le pidió que se serenara, porque lo necesitaba. Pradeau volvió a animarse y le prometió que estaría allí como mucho al cabo de media hora. Y cumplió su palabra.

José dormitaba acurrucado contra su madre, con el payaso en los brazos, cuando Pradeau llamó a la puerta. Le abrió Vilar, por precaución. Se despidieron de Sihem Fadlaui agradeciéndole su ayuda y recomendándole que cerrara con llave, que no le abriera a nadie y que llamara al menor movimiento sospechoso. De todas formas, el edificio no tardaría en estar bajo vigilancia, por si el tipo que iba detrás de Sandra aparecía por allí, lo que era poco probable. La mujer paseó por los rostros de los dos policías el acero casi suave de sus ojos grises y les dirigió una sonrisa incrédula.

–Mi marido y mi hijo llegarán enseguida –dijo–, entonces me sentiré más segura.

Sandra salió al rellano detrás de Pradeau, que empezó a bajar la escalera y le hizo señas para que lo siguiera, mientras Vilar cerraba la marcha. El pequeño José se había agarrado al cuello de su madre y, con la barbilla apoyada en su hombro, miraba fijamente detrás de ella, sin levantar la vista más que cuando pasaban bajo un plafón. Cuando Vilar entró en su campo visual, el niño alzó la cabeza con la boca entreabierta en una expresión de sorpresa, pero retomó su postura inmóvil enseguida. Como era alto y ya pesaba, Sandra resoplaba debido

al esfuerzo y tenía que subírselo entre los brazos constantemente, porque le costaba sostenerlo bien. Nada se movía en el edificio, eran casi las once de la noche. Solo se oía el sonido confuso de algunos televisores, y las voces y la música los acompañaron hasta la planta baja sin que se cruzaran con nadie. Instalaron a la mujer y el niño en el asiento trasero del coche de Pradeau, que debía trasladarlos a la comisaría hasta que les encontraran sitio para pasar la noche en una casa de acogida. Cuando Vilar se disponía a dejarlos para subir de nuevo al piso de Sandra y quedarse allí vigilando, Pradeau insistió en que cogiera su arma y le puso la pistola en las manos.

–Nunca se sabe… Ese tipo no parece fácil de controlar –dijo, y pisó el embrague sin darle tiempo a responder.

Vilar examinó la pistola, hizo relucir el acero pavonado bajo el resplandor de la farola y se la metió debajo del cinturón.

Acababa de entrar en la vivienda cuando sonó su móvil.

–Así que estás en casa de la portuguesa… ¿Te la ha mamado bien? Es su especialidad, ¿lo sabías?

Vilar corrió a la ventana y maldijo contra los postigos cerrados. Estaba abajo. Estaba allí. ¿Cómo era posible?

–¿Cómo lo sabes?

–¿Que la chupa? ¡Adivina! ¡La tengo hasta grabada! ¡Como a tu mocoso!

Vilar estuvo a punto de arrancar el pomo de la puerta al abrir. Corrió por el rellano y se lanzó escaleras abajo chocando con las paredes y la barandilla, porque llevar el móvil en el oído lo desequilibraba.

–¿Estás corriendo? ¿Quieres cogerme, gilipollas? ¿Te crees que estoy esperándote delante de la puerta? Ni siquiera me habéis puesto una trampa, una ratonera, como decís vosotros, hatajo de cabrones. Joder, me avergüenzo de vosotros.

Salió a la acera, miró alrededor y echó a andar hacia el coche tratando de recuperar el aliento. Oía reír al fulano al otro lado de la línea y no sabía qué decir para herirlo, para hacerle daño de la manera que fuera.

–Ha hablado, ¿eh? ¿Te ha dicho quién soy? En realidad no sabe nada.

¿Qué te ha dicho esa puta?, ¿que me llamo Éric? ¡Pues busca bien! ¡De todos modos me la voy a cargar enseguida! Tengo el coche de tu colega a cincuenta metros delante de mí. ¡Cuando me haya ocupado de ella, tendrá una cara preciosa! Más tarde te enseñaré cosas de tu hijo. He de organizarme un poco, compréndelo… No se puede hacer todo a la vez. Hay que ver la de riesgos que corro con tíos como tú… De todas formas, es lo que me mola, así que no me quejo. Bueno, gilipollas, ¡hasta la próxima!

Vilar hizo los últimos metros corriendo y se puso al volante. Llamó a Pradeau, pero saltó el contestador. Explicó lo que pasaba en pocas palabras, aunque ahora ya no servía de nada, escóndete, o pisa a fondo, haz lo que puedas, porque ese zumbado está detrás de vosotros y es capaz de cualquier salvajada. Luego llamó a la central para informar de que un agente estaba en peligro y pidió que mandaran patrullas a asegurar el supuesto itinerario. El oficial de guardia le prometió hacer lo necesario. Sin duda, Pradeau habría cogido el camino más corto para llegar a comisaría. A esa hora de la noche tardaría unos quince minutos. Vilar condujo con el pie en el acelerador mientras pudo hacerlo sin matar a nadie, con el teléfono en una mano para seguir intentando localizar a Pradeau y la otra mano en el volante. Se saltó todos los semáforos en rojo que encontró y no tardó en llegar a la barrera de Pessac, que tuvo que cruzar al paso debido al tráfico, intenso aún a esa hora. Algunos coches tocaban el claxon en protesta por su forma de conducir. Con el desastre que se avecinaba, solo faltaba que una patrulla de tráfico lo detuviera o intentara darle caza para someterlo a un test de alcoholemia o retirarle el carnet. Volvió a llamar a la central, y mientras comprobaban si Pradeau había llegado, evitó de milagro a un motorista que surgió a su derecha.

–No –dijo al fin el agente–. Ha llevado a la testigo directamente a una casa de acogida.

Vilar tenía a la vista la comisaría central, que se erguía en mitad de la noche, blanca y enorme como un iceberg. Se detuvo junto a la acera y echó el freno de mano.

–¿Cómo dice? ¿Qué casa?

–No lo sé. No me han informado.

–Joder, ¿dónde está? Hace apenas cinco minutos he llamado avisando de que tenía a un tío armado y peligroso pegado al culo… ¿Qué coño hace usted ahí, calentando el asiento? ¿Le dolerán mucho las rótulas si se mueve un poco para evitar que se lo carguen?

El tipo farfulló algo y llamó a alguien. Luego se oyó agitación a su alrededor. Parece que les ha sonado el despertador, pensó Vilar.

–Comandante Castel –dijo de pronto una voz–. Acabamos de localizar a su compañero. Plaza Jacques-Dormoy. Ya tenemos gente allí. Los viandantes han creído que había una pelea entre borrachos o mendigos y han llamado a emergencias de la policía.

–¿Qué ha pasado?

–Aún no lo sabemos. Hemos telefoneado a la capitana Daras.

Tardó siete u ocho minutos en llegar la plaza, a través de un laberinto de calles estrechas y oscuras con la calzada en mal estado, en las que a veces tenía que maniobrar para poder girar sin golpear a los vehículos aparcados a la buena de Dios.

Había polis por todas partes. Una docena de vehículos. Debían de haber mandado allí a todos los equipos de patrulla al saber que un compañero estaba en peligro. El parloteo metálico de las radios se mezclaba con el de los hombres, y ese guirigay llenaba la placita, mientras los curiosos, asomados a las ventanas o formando pequeños grupos en las aceras, callaban y esperaban un anuncio dramático o funesto en medio de aquella cacofonía sorda. Al aproximarse, Vilar vio a un agente de la unidad canina en traje de faena azul oscuro que dejaba orinar a su pastor alemán contra un árbol. Los destellos azules de los faros giratorios, que iluminaban aquel bullicio con flashes convulsos, le helaron la sangre, porque sabía perfectamente lo que suele haber en el centro de ese caos de luces parpadeantes: un espacio en el que ya nada se mueve, en el que, al acercarte, los ruidos y las voces se alejan de pronto o se amortiguan tras una impalpable pared de cristal.

Dejó el coche delante de un furgón de la policía, tras hacer callar al conductor –que había empezado a gritarle que lo quitara de allí–

enseñándole la placa. Al instante vio por la ventanilla trasera el coche de Pradeau: había acabado su carrera contra un Mercedes negro, hundiendo la puerta del conductor y rompiendo el cristal con la violencia del choque.

Las puertas de la izquierda estaban abiertas de par en par. Al acercarse vio a un hombre en bata blanca inclinado sobre el asiento trasero y, al instante, oyó el grito, una especie de ululato continuo que salía de allí dentro, entrecortado por hipidos y estertores. Avivó el paso, se deslizó entre los coches y zigzagueó entre los policías que charlaban formando una especie de semicírculo murmurante alrededor del grito del niño y de los cinco o seis hombres que trabajaban en el escenario. Uno de ellos, Gallin, un tipo rubio y bajito tan ancho como alto, teniente del grupo de Mégrier, se disponía ya a cortarle el paso cuando lo reconoció.

–¿Y Pradeau? ¿Dónde está? ¿Cómo está?

–No se sabe… Solo tenemos al niño. El compañero ha desaparecido.

–¿Cómo? ¿Solo al niño? ¿Dónde se ha metido Pradeau?

–Tenemos a un testigo que dice que los ha visto peleándose y que luego se han subido al coche del tipo.

–¿Han subido sin más? ¿Pradeau se encontraba bien? ¿Dónde está ese testigo? ¿Y la mujer?

–Se ha ido con ellos. El hombre lo ha visto todo. Se ha acercado cuando ha oído el ruido de la colisión con el Mercedes y luego los gritos, pero al ver que la cosa se ponía fea ha dado media vuelta.

Vilar sintió que se le secaba la boca.

–¿Los están buscando?

–No, ¿para qué? –dijo una voz justo detrás de él. Era Mégrier, precisamente. Estaba cerrando la tapa de un móvil–. Solo hemos venido a airearnos y dar una vuelta con los coches. Le ponemos una inyección al chaval para que cierre el pico y nos volvemos a la cama. No vamos a despertar a toda la ciudad a estas horas, ¿no? Te estábamos esperando a ti. Sabíamos que te preocuparías.

Los hombres se rieron en silencio de la ocurrencia de su comandante.

–¿Nos tomas por idiotas o qué? ¿Y la bella Marianne? ¿Adónde ha

ido, a bailar? ¿Vuelve a ponerse el tanga y viene?

A Vilar no se le ocurrió nada que responder; se limitó a negar con la cabeza. Luego rodeó a Mégrier y se acercó al Peugeot, donde José seguía aullando. Alrededor del coche, y en el habitáculo, unos cuantos agentes procedían a la recogida habitual de muestras. Un médico del Samu, arrodillado en el asiento trasero, se irguió suspirando, sacudió la cabeza e, ignorando la mirada interrogativa del policía, salió para dejarle pasar. Vilar pudo ver al pequeño, encogido al pie del asiento, agarrado a un cinturón de seguridad desabrochado y extrañamente enredado a su alrededor, debatiéndose contra cualquier gesto o frase que le dirigían, como un animal aterrorizado. Vilar apoyó una rodilla en el asiento, extendió la mano lentamente y lo llamó por su nombre. Buscó con los ojos al payaso Toto, lo vio en el asiento del acompañante y se lo dio al niño, que al instante lo apretó contra su cuello, lo cubrió de besos y dejó de gemir. Vilar lo observaba. El pequeño alzó hacia él sus enormes ojos y dejó que su mirada atravesara al desconocido inclinado sobre él y se perdiera lejos, en un lugar al que nadie tenía acceso. Volvió a ovillarse, y luego emitió un lamento triste mientras se daba golpes en la cabeza con el muñeco. Vilar apartó la mano y salió del coche. Pese a la camisa empapada en sudor y al calor todavía agobiante de la noche, estaba temblando.

–Creo que no se puede hacer nada más –dijo el médico–. Voy a tener que inyectarle un calmante antes de que empeore. ¿Lo conoce?

–Su madre es testigo en un caso en el que estamos trabajando. Es autista, creo. Parece en estado de shock. Ha debido de pasar mucho miedo…

–Tendremos que ingresarlo en psiquiatría. En el hospital infantil no lo aceptarán.

–¿En psiquiatría?

–¿Se le ocurre otra solución?

El tono era seco, irritado. Ahora José sollozaba, desconsolado.

–No, ninguna.

Miró los ojos del niño, desorbitados, brillantes de terror en la oscuridad del habitáculo.

Pablo. Otras tinieblas, otro terror. Vilar empezó a ahogarse, los objetos se pusieron a flotar a su alrededor. Se apoyó en el capó y negó con la cabeza.

–¿Se encuentra bien? –le preguntó el médico.

–Sí, sí… Ocúpese de él. No lo deje llorando de ese modo en la oscuridad. Haga que se duerma, que al menos descanse.

Notaba el sudor resbalándole por la espalda. El mareo y las lágrimas le nublaron la vista, y permaneció unos segundos con la cabeza agachada y las manos apoyadas en el capó tibio. Ya no oía más que la queja del pequeño, sorda, lancinante, muy cerca, en la oscuridad. Una mujer en bata blanca se acercó con un botiquín de primeros auxilios, que dejó en el techo del vehículo. Abrió con suavidad la puerta contra la que estaba acurrucado José y empezó a hablarle en voz muy baja. El médico también se unió a ella, y ambos iniciaron un confuso conciliábulo bajo el que resonaba el lamento del niño.

Vilar se alejó. Algunos coches patrulla iban abandonando la zona. Una ambulancia arrancaba lentamente. Mégrier daba órdenes a sus hombres hablando por dos móviles a la vez. El de Vilar sonó en su bolsillo. Era Marianne.

–Mégrier me ha dicho lo de Pradeau. Joder… ¡Qué lío habéis montado!

–Queríamos poner a salvo a Sandra de Melo, como te dije. El tipo le seguía los pasos. Luego me ha llamado. Iba pisándole los talones a Pradeau, amenazaba con hacer una salvajada. ¿Qué habrías hecho tú?

La oyó suspirar.

–¿Cómo quieres encontrarlos, sin nada, en plena noche? –dijo–. Podríamos poner un agente en cada esquina, y no serviría de nada. A estas horas ya estarán lejos.

–¿Qué piensas hacer? –le preguntó Vilar.

–Nada. No lo sé. No lo haremos mejor que Mégrier. Ya hay mucha gente sobre el terreno. Ha prometido llamarme en cuanto tenga novedades. Ha avisado a los jefes, comisarios y directores, que le han dicho que haga todo lo posible y que despierte a todos los compañeros a los que pueda despertar. ¡No te fastidia! Creo que voy a tomarme una

pastilla e intentar dormir para volver a empezar mañana temprano. De todas maneras, no hay nada que hacer. La búsqueda de ese Éric está en marcha, no podemos hacer más. Con un poco de suerte, tendremos algo mañana.

–Sí, mañana –repitió Vilar mecánicamente, porque ya no era capaz de pensar con coherencia.

–¿Y tú?

–Voy a dar una vuelta. Para cansarme un poco, porque con todo lo que ha pasado no voy a pegar ojo, y eso no es bueno para lo que tengo.

Se interrumpió al ver que sacaban del coche el frágil cuerpecillo del niño, con tanta precaución como si fuera una imagen sagrada. Rodeado de médicos y policías, parecía a punto de desaparecer. Un sanitario en bata blanca lo cogió en brazos. Ya no pesaba nada, ya casi no existía. Vilar se preguntó si aquel niño tendría algún día una conciencia clara de su propia existencia.

–Si hubieras visto a ese chaval aullando dentro del coche… Los del Samu acaban de sacarlo, anestesiado como un elefante. Ya no sabían qué hacer con él. Ya no era más que un gemido. Lo ha visto todo, le han quitado a su madre y está solo en su oscuridad. ¿Lo recuerdas? Te he hablado de él. Y además, su madre es una buena chica.

Cada uno por su lado, colgaron con un suspiro de desánimo. Vilar dio la espalda al despliegue policial y se subió al coche. Se dirigió a la estación con la mente vacía, incapaz de reflexionar; luego, remontó el cours de la Marne y encontró sitio para aparcar en una calle estrecha que daba a la plaza des Capucins. El calor se había estancado en aquella trinchera con todas las ventanas a oscuras; grandes contenedores de basura en plena fermentación despedían un olor infecto a carroña y pescado que le revolvió el estómago. Caminó hacia el cours de la Marne, y allí los grasientos efluvios de un asador lo obligaron a agacharse entre dos coches, para al final no escupir más que un poco de bilis. Se dirigió a la plaza de la Victoire con la vista nublada por las lágrimas y un sabor agrio en la boca, abriéndose paso entre el gentío que se apelotonaba ante las barras, que exhibían todo tipo de comida. Olía a cebolla frita, carne a la brasa y aceite

recalentado, y Vilar captaba al vuelo retazos de conversaciones que le hacían pensar en una población nocturna que solo se expresaba con monosílabos o borborigmos. Las caras relucían, aleladas, iluminadas como en pleno día, o se teñían de tonos enfermizos bajo fluorescentes chillones. Cedió el paso a cinco grandullones que se tambaleaban a lo ancho de la calle, disfrazados de raperos y tocados con gorras o bandanas, dándoselas estúpidamente de feroces *gangstas* estadounidenses. Se cruzó con una africana envuelta en un bubú rojo y dorado que paseaba en su cochecito a un bebé con los ojos desorbitados ante toda aquella luz cruda y aquella gente que flotaba encima de él. Dos niñas pequeñas con la cabeza repleta de trencitas reticuladas se agarraban a ella, pegadas a sus caderas.

En la plaza, entre las manchas de luz que parecían balizar trayectorias de aterrizaje en el pavimento, vagaban sombras modernas hablando a gritos por el móvil, declamando en público sus conversaciones privadas, a veces con un pequeño resplandor azul de inteligencia virtual enganchado en la oreja, o con la cabeza agachada, a la escucha de lo que les cantaban sus auriculares. De vez en cuando, en aquella noche llena de luces y durmientes en potencia, estallaban gritos o risas. Se detuvo en el centro de la plataforma mineral que arrojaba a las piernas de los viandantes todo el calor del día, y durante unos segundos tuvo la clara sensación de estar rodeado por una muchedumbre de muertos. Muertos que no sabían que lo eran. Despreocupados y negros, rápidamente engullidos por la oscuridad y disueltos en la nada. Se dejó caer en ese vértigo jadeando, con las ganas de llorar atascadas en el fondo de la garganta.

Luego vio a un niño. Diez años quizá, en una bicicleta demasiado grande para él.

Pablo. Vilar se estremeció al pensar que su hijo podía pasar por allí, delante de él, solo en la oscuridad, vagando en el limbo, sin que lo viera ni lo oyera, sin que fuera posible hacer nada para traerlo hacia la luz. Se ahogó, quiso gritar, giró sobre sí mismo. Negó con la cabeza para ahuyentar la alucinación.

Caminó hacia los bares y sus cegadoras terrazas sin atreverse a mirar

alrededor, cruzó la calzada sorteando los coches y entró en el primer sitio que encontró, enorme, abarrotado, insoportablemente ruidoso. Agarró del brazo al camarero, que al principio hizo ademán de soltarse, altanero y hostil, pero que miró con estupor al hombre inclinado por encima de la barra y le sirvió casi de inmediato la cerveza que le pedía. Vilar tenía que obligarse a respirar, so pena de que toda su maquinaria interior se parara. Le parecía que, para seguir con vida, en esos momentos tenía que actuar voluntariamente sobre su reavituallamiento de aire y estar pendiente de que su corazón siguiera latiendo, como en esas situaciones límite en que la supervivencia de una persona en peligro de ahogarse en el fondo de la bodega de un barco –lo había visto en películas– depende del manejo de una bomba de mano que deja sin respiración al tiempo que impide morir ahogado.

Vació media jarra de un par de tragos, sin coger aire; luego volvió a respirar, tras un ataque de tos que lo dejó doblado sobre la barra. Entonces sintió que la algodonosa argolla que lo estrangulaba desaparecía de golpe. Bajo el cinturón, la pistola de Pradeau le mordía los riñones. Volvió a pensar en esa tarde, en Sandra de Melo en alguna parte en plena noche, a merced de aquel loco, separada de su hijo, y en el niño, separado de sí mismo, desgarrado, desgarrador, que a esas horas estaría debatiéndose en un sueño aterrador, atiborrado de calmantes. Se preguntó cómo se las arreglaría el tal Éric para desembarazarse de sus dos rehenes, uno de ellos un policía que no dejaría pasar la menor ocasión de aguarle la fiesta. No podía alejar de su mente la imagen de Pablo en el limbo, esa visión que había estado a punto de dominarlo en la plaza, y se dijo que enloquecería el día que creyera definitivamente en los simulacros e iniciara con ellos un diálogo poblado tan solo por sombras.

Miró alrededor, porque no había otra cosa que hacer.

Aparte de unos cuantos impenitentes que metían la barriga para esconder su hernia de barra e intentaban camelarse a estudiantes achispadas, debía de ser el más viejo del local. Aguzó el oído, pero no consiguió aislar una sola palabra en aquel guirigay, y la tenaz sensación de estar en un país extranjero en el que se hablaba una lengua extraña

volvió a imponerse en su mente, pero fue desapareciendo poco a poco a medida que regresaba a la superficie de las cosas y de sí mismo. Al final logró distinguir palabras sueltas, gritos, la risa gutural, sensual, cálida, de una chica detrás de él.

Todo aquello era la vida. Y nada más. Eso o nada, quizá. Jóvenes vocingleros o petulantes que se habían hacinado allí para exorcizar su jornada de trabajo o su semana de obediencia, de renuncia, de rencores y humillaciones, para olvidar todo lo que habían aceptado con la cabeza gacha y ahogar la insidiosa pena que gobernaba su existencia. Juventud sumisa ya, arrugada bajo el barniz de la piel suave, con el espinazo encorvado demasiado a menudo pese a la flexibilidad de su espalda. Reducida al silencio o al vocerío apenas articulado de las muchedumbres ebrias con poco. Vilar veía las caras risueñas, el rebaño de las cabelleras, los cuerpos de las chicas, sobre todo, desnudas bajo los bodis; sus pechos redondos, sus vientres planos asomando bajo las cortas camisetas de tirantes. Distinguió tres o cuatro rostros de singular belleza y deseó una mujer, allí, en ese instante, y tuvo una erección como no la había tenido en mucho tiempo, y pensó que le habría gustado apoderarse de una y poseerla allí mismo, rápida, brutalmente, lanzarse sobre su cuerpo y gritar de rabia más que de placer.

Vació la jarra, dejó un billete de cinco euros en la barra y se alejó. Mientras se abría paso hacia la salida, rozó a una de aquellas hermosas chicas y sintió contra él las curvas de su cuerpo firme, el volumen de sus pechos. La apartó con suavidad para no meterle la mano entre los muslos y arrastrarla tras él. Aturdido por la violencia de lo que sentía y deseaba, caminó sin rumbo unos instantes por los rincones más oscuros de la plaza, donde merodeaban cuadrillas de tunantes al acecho. Recorrió un trecho del cours Pasteur y luego dio media vuelta y volvió a bajar el cours de la Marne sin ver a nadie, prestando apenas atención a una pelea que estalló en la acera de enfrente, de la que no vio, sin acabar de relacionarlos entre sí, más que los movimientos convulsos y los gritos y la caída de un cuerpo en el asfalto. Solo deseaba llegar a su coche, agobiado por la sensación de estar borracho y pesado y ser lamentable, con el estómago irritado a ratos por una náusea incierta. Se

sentó ante el volante con un gemido de cansancio y alivio, y arrancó con todas las ventanillas bajadas, encantado con el silencio y la soledad. Cruzó la ciudad en una burbuja climatizada, escuchando un concierto de Mozart que había encontrado al azar en la radio. Se dejó invadir por la gracia de aquella música. Por la dicha súbitamente condensada, como el vaho fresco en un vaso cuando se tiene sed.

Estaba ya en la puerta de su casa buscando las llaves en sus bolsillos, cuando dentro sonó el teléfono. Abrió de golpe y entró en el piso empujando con el hombro la oscuridad, jadeando ya.

Reconoció la voz de inmediato.

–Esto acabará pronto –decía el hombre–. Ya verás.

–¿Qué acabará pronto?

–Para todo el mundo. Para ti, para mí. El trecho de camino. El momento en que todo se une.

–¿Y Sandra? ¿Y mi compañero?

–Para ellos también. No te apures. Yo me encargo. Habéis intentado joderme, pero no controláis nada, panda de cabrones. Aquí mando yo, desde el principio. También tengo algo sobre tu hijo. Te va a gustar.

Vilar tuvo que sentarse. Se hundió en el sillón, presa del vértigo. La oscuridad daba vueltas a su alrededor.

–¡Eh! ¿Me oyes?

Vilar buscó un poco de aire en el fondo de sí mismo.

–Sí, te oigo. Algún día te mataré.

–Lo que tú digas. Pero espera, por tu hijo, porque si muero ¡no sabrás nada!

Vilar cerró los ojos. El hombre ya no decía nada. Entre ellos no quedaba más que el zumbido electrónico, un rumor vacío.

Luego la comunicación se cortó.

Vilar dejó caer la cabeza en el respaldo. Las lágrimas le resbalaban por la cara.

Más tarde, en plena noche, el teléfono volvió a sonar, y al instante se formó un sueño en el que Ana le decía que llegarían pronto y que iba a pasarle a Pablo, y Vilar, que vacilaba como un sonámbulo junto a la mesita con el auricular en el oído y sonreía ya esperando oír la voz

aguda de su hijo, no comprendió por qué Marianne Daras le hablaba con una voz sorda, lejana, apenas audible, como si llamara desde el fondo de una sima, y tuvo que hacerle repetir lo que decía.

–Han encontrado a Sandra de Melo en la barriada del Gran-Parc. Es feo. Tienes que venir.

19

Victor se hallaba sentado bajo la bóveda de sombra que formaban la morera y los robles al fondo del jardín, donde a esa hora de la tarde estaba tan oscuro que la noche parecía brotar de allí y extenderse irresistiblemente por toda la superficie terrestre. Su cabeza daba vueltas a las confusas ideas y las caóticas imágenes que supuestamente resumían su situación. La sensación de encontrarse en el fondo de un agujero del que era imposible escapar había vuelto a apoderarse de él. Dependiendo del momento, el pozo estaba lleno de agua o simplemente formado por paredes altas e inconsistentes a las que era imposible agarrarse para trepar.

Luego pensó en Rebecca, en sus manos sobre él, en lo que le había dejado hacer, en lo que había entrevisto. Se pasó el índice por los labios para buscar un rastro del placer que había sentido, pero no encontró nada, solo y tonto en el repentino silencio que se había hecho a su alrededor, sin un soplo de aire siquiera, y alzó los ojos hacia el follaje de los árboles, suspendido en una inmovilidad imposible, e intentó oír el rumor de la televisión en la casa, pero tampoco le llegaba nada, ni siquiera el ruido de los platos entrechocando en el fregadero, nada.

Cuando oyó algo, ya era demasiado tarde. Una mano le aplastaba la boca y la hoja de una navaja le presionaba bajo la mandíbula. Reconoció la voz, pegada a su oído. Percibió el aliento cargado de alcohol, que le recordó el tufo a vinacho que flotaba a veces en los alrededores de las bodegas.

–Cállate. Vas a venir conmigo. ¿Sabes quién soy?

Victor asintió con la cabeza.

–No, no lo sabes. Pero yo sí. Ahora estoy seguro. Soy tu padre, ¿comprendes? Fui yo quien te engendró con esa puta, y ahora vas a venir conmigo.

Victor sintió que le tiraban de la cabeza hacia atrás, porque el hombre no había aflojado la presión sobre su boca, así que decidió no

resistirse y se dejó arrastrar, empujando la tumbona en la que estaba sentado y derribando una silla de plástico. El hombre se encontraba detrás de él, jadeando un poco debido al cansancio o al miedo, y caminaba sobre sus pasos, tan pegado a su espalda que casi tropezaba con sus talones. Mientras avanzaban hacia la casa, pasaron por delante del cobertizo, donde esa tarde Julien había conseguido arrancar el motor de la Mobylette, y Victor se puso a pensar en eso, en los gritos de alegría del chico, que casi se superponían al petardeo del tubo de escape, en el momento en que había salido de su antro al sol, con el torso desnudo reluciente de grasa y sudor, tosiendo y escupiendo a causa de los gases, que parecían de un camión más que de un ciclomotor. Ahora le volvían a la mente todos esos gritos de alegría y el asfixiante tufo que salía de allí dentro, y vio otra vez a Marilou rodeando al chico con los brazos y besándolo como a un hermano pequeño mientras lo felicitaba.

Victor no sentía nada. Ni miedo ni cólera. Intentaba comprender lo que pasaba, pero todo ocurría muy deprisa. Solo sabía que se alejaba. Todo le parecía lejano, pasado. Lamentó que estuviera oscuro, porque le habría gustado ver lo que huía a su alrededor.

Se acercaron lo suficiente a la galería y la claridad dorada que arrojaba la puerta ventana al exterior para que Victor pudiera oír los sonidos habituales de las veladas, incluso la voz de Denis, fuerte y clara, que les decía a los demás: «Venid a ver lo que hace este tío en la tele», y Victor no supo si quería que alguien saliera en ese preciso instante para liberarlo y hacer escapar a aquella basura o prefería que siguieran todos tranquilos, a salvo y felices en ese hermoso anochecer de verano. Los ruidos familiares se fueron apagando a su espalda y no tardó en verse en la penumbra de la calzada, que la débil luz de una lejana farola hacía aún más oscura. El hombre lo empujó hacia una gran ranchera, cuya marca no intentó ver, pero le pareció el mismo vehículo contra el que había arrojado guijarros unos días antes. Se detuvieron ante la puerta del enorme maletero, atestado de cajas, bolsas y bidones; el hombre vaciló, y Victor sintió que la presión sobre su boca y su cuello disminuía un poco, pero no hizo nada que pudiera

irritarlo o reforzar su desconfianza, se obligó a permanecer inmóvil por miedo a que alguien saliera al jardín, Denis, por ejemplo, que por la noche siempre estaba preguntándose dónde se encontraban los niños, y empezara a llamarlo, se acercara a la verja y viera aquello, a un individuo metiendo al chaval en su coche, y se arrojara sobre él y se iniciara una lucha, no, peor aún, que el hombre se volviera en el último momento y le clavara la navaja en el pecho a Denis, así que Victor se quedó quieto e intentó imaginarse a Marilou y Julien delante de la tele, ojipláticos, y a Nicole y Denis con ellos, comentando las imágenes, porque al parecer en la pantalla alguien estaba haciendo cosas extraordinarias, si no imposibles, y supo que toda aquella tranquilidad se había acabado y que él iba a desaparecer, de una forma u otra.

–Como grites o te muevas, te corto el cuello –dijo el hombre detrás de él–. Ahora me la suda todo.

Apartó la mano de la boca de Victor, abrió la puerta posterior y sacó un rollo de cinta de embalar, y entonces tuvo que soltar del todo al chico, sujetándolo contra el parachoques solo con el peso del cuerpo, mientras se peleaba con el rollo, buscando un extremo de la cinta.

Victor no sabía qué había hecho el hombre con la navaja, solo que no tenía más remedio que usar las dos manos para desenrollar la cinta, así que, a ciegas, lanzó el codo hacia atrás. Sorprendido, el hombre retrocedió, y Victor aprovechó ese momento para coger impulso y salir corriendo en línea recta hacia las primeras casas del pueblo. En el momento en que iba a darle la espalda, vio con toda claridad cómo se alejaba la casa, pensó en ellos y se alegró de haber podido mantenerlos al margen de aquello. Oyó al hombre jurar, lanzarse en su persecución y, después, volver al coche. En el instante en que arrancaba, Victor ya había llegado al camino que había seguido con Rebecca hacía unas tardes y se estaba lanzando pendiente abajo en medio de la oscuridad, que cerró sobre él sus inmensas fauces. No intentó orientarse, siguió corriendo por el camino de tierra, endurecido por el paso de los tractores, y, cuando notó que el terreno volvía a subir, se detuvo para recobrar el aliento y escuchar, pero a su alrededor solo había silencio y la noche, salpicada de estrellas, con una luna rosa, que se elevaba sobre

el estuario hacia el este. Advirtió que podía distinguir la masa más densa de las parcelas de vides y la franja oscura del camino, que continuaba en línea recta, ascendiendo suavemente. Como tenía sed, fue a coger un gran racimo, cuyos granos palpó para comerse solo los más tiernos, y, tras saborear aquel jugo dulce que le llenaba la boca, reanudó la marcha despacio, casi tranquilo, sin oír otra cosa que el viento de la noche, que se estremecía en secreto sobre las vides.

Siguió caminando sin tener noción del tiempo, atajando a través de las inmensas parcelas de vides por senderos que se cruzaban en ángulo recto, y la luna, que ascendía a su espalda, iluminaba un poco, entre sombras, los obstáculos que debía franquear, zanjas o taludes en los que a veces tropezaba para caer a cuatro patas, aplastando zarzas o cardos con las manos. Había salido de casa medio descalzo, solo con las alpargatas que Nicole les había impuesto a todos para deambular entre el jardín y el interior de la casa, pero la tela, dada de sí y descosida durante la carrera, ya no se sujetaba bien en sus talones y una alpargata se le salía a menudo, y Victor tenía que recuperarla en la oscuridad a la pata coja.

Solo pensaba en avanzar. La noche lo había vuelto invisible, y eso se ajustaba a sus ganas de desaparecer, de dejar prácticamente de existir, de ver a los demás sin que ellos percibieran su presencia, como quizá hacen los muertos, de oír lo que dicen de uno, de conocer todos sus secretos deslizándose muy cerca de ellos sin que lo sospecharan. Se internaba en esa tibieza nocturna y se sentía ligero.

Al cabo de un rato se detuvo. Pensó en su madre, que había dejado en la casa, y al imaginar la urna sola en el armario de su habitación, se le encogió el corazón.

–Mami… –dijo en voz alta–. Mami, no te dejaré. Volveré a buscarte. Ya has visto a ese. Tenía que irme.

Una vez más, esperó unos segundos a que ella le respondiera, pero solo se oía el viento, que le corría por el cuello. Al cabo de un rato las piernas empezaron a temblarle cuando las necesitaba para saltar una zanja o una acequia, y se preguntó dónde iba a dormir. Subió el talud y se encontró en una estrecha carretera asfaltada que creyó reconocer,

por haberla recorrido en bicicleta dos o tres veces, y que a su derecha llevaba hacia el estuario. Tuvo miedo de esa masa de agua que se deslizaba en la oscuridad, miedo de que se lo tragara o lo arrastrara, y prefirió avanzar en la otra dirección un centenar de metros y después adentrarse de nuevo entre las vides. Avivó el paso, pero empezó a dar traspiés por los surcos jadeando, cansado y súbitamente abatido, tanto que le entraron ganas de tumbarse allí mismo e intentar dormir, pero cuando las hierbas secas se le clavaron en las manos y las rodillas, y el calor acumulado en la tierra durante todo el día volvió a envolverlo de manera insidiosa, reanudó la marcha con un gemido de desaliento.

Poco después, mientras la luna se envolvía en un tenue velo de bruma, casi chocó con un remolque abandonado en mitad de la nada. Se aupó con esfuerzo a la plataforma vacía y, suspirando, se tendió en el basto entablado. Se quitó la camisa, la enrolló para usarla a modo de almohada y cuando, tumbado boca abajo, apoyó la cara en ella, ya estaba dormido.

20

Si Sandra de Melo no estaba muerta era porque una señora mayor que había sacado al perro a pasear hacia la una de la madrugada había empezado a gritar al ver a un individuo golpeando con los puños y los pies algo que la anciana identificó casi de inmediato como un ser humano y luego como una mujer, cuando estuvo más cerca, porque el perro había arrastrado a su dueña, descaderada por la artrosis, hacia aquellos golpes sordos, bajo los que el cuerpo que yacía en el suelo se agitaba sin un gemido, casi muerto ya, como un saco de boxeo abandonado allí. Sin embargo, el perro no era, ni mucho menos, una de esas armas impropias que ciertos bestias pasean por la jungla de hormigón y que a veces devoran a un niño o un anciano el domingo por la tarde: el animal parecía un cruce de rata y galgo, y, aunque obeso, no pesaría más de cinco o seis kilos. El hombre se había dado a la fuga en un coche enorme, una ranchera de marca desconocida, quizá gris. La pobre señora tenía muy mala vista, así que no había podido distinguir el número de la matrícula.

Al llegar el Samu, Sandra estaba inconsciente, ovillada contra el bordillo de una acera, con la cabeza en un charco de sangre. Los médicos apreciaron casi de inmediato el hundimiento de la caja craneal en la región occipital y diversas fracturas en el rostro –nariz, mandíbula y arco superciliar–, y diagnosticaron una hemorragia interna. Su corazón dejó de latir, pero volvió a la vida gracias a una descarga eléctrica. Vilar llegó en el momento en que la transportaban a la ambulancia, y lejos de reconocer el rostro desfigurado, con los ojos negros e hinchados y los labios partidos, tuvo la sensación de volver a ver a Nadia el día en que había aparecido muerta. Una vez más, las dos mujeres parecían querer confundirse. Cuando se lo comentó a Marianne Daras, ella se encogió de hombros y volvió la cabeza con irritación.

–Me traen sin cuidado tus retorcidas reflexiones, Pierre. Hay que parar a ese malnacido y pararlo ya, ¿estamos? Mata, deja medio muerta

a una testigo, secuestra a un policía… ¡Mierda, no se ha convertido en lo que es en un mes! Tiene un pasado, ha estado en la trena, y seguramente no solo por agresión. Antes de mañana por la noche quiero al menos un apellido, joder.

Estaba temblando. Vilar nunca la había visto tan alterada, pese a que habían descubierto juntos escenarios de crímenes especialmente atroces. La capitana se alejó sin esperar respuesta en dirección a Mégrier y sus hombres, que estaban peinando el lugar, y Vilar decidió marcharse a casa, en vista de que ya había un equipo completo trabajando.

Conducía sin ver nada en la masa más o menos caótica de vehículos que lo rodeaban, con la sensación de salir lentamente del espesor de esa pegajosa noche, como quien atraviesa una cortina de telarañas sin conseguir deshacerse de ellas, con su polvorienta viscosidad adherida al pelo y enganchada en las pestañas, los dedos sucios, los gestos inútiles. Durmió dos o tres horas sin sueños ni pesadillas: puede que su pequeño fantasma fuera consciente de su cansancio y, por una vez, hubiera decidido dejarlo en paz. Se dio una ducha casi fría, se tomó media cafetera y vació un paquete de bizcochos, hasta sentirse casi en forma mientras bajaba al garaje y se encontraba otra vez en su coche, en la calle, en aquella ciudad en la que ya no miraba nada. Tenía ganas de fumar, también se habría tomado otro café con algo de comer para acompañarlo, le habría gustado estar en cualquier sitio menos allí, ante aquel volante, pero evitó pensar en el lugar donde habría querido encontrarse, seguramente porque estaba demasiado lejos y era imposible regresar de él.

Llamó al hospital. Sandra seguía en coma. La supervisora de cuidados intensivos, que hablaba con suavidad y un deje de cansancio en la voz, le dijo que no había que perder la fe, que a veces veía mejorar casos desesperados en cuestión de horas. De momento, la paciente estaba estable. El hecho de que no hubiera claudicado durante la noche ya era alentador. Había que esperar. Como la mujer no decía nada más, Vilar aventuró un plazo, sabiendo que eso no quería decir nada.

–¿Cuarenta y ocho horas?

–Sí, eso es. Digamos cuarenta y ocho horas. Bueno, disculpe, me llaman.

Ya había colgado cuando Vilar le dio las gracias y se puso a calcular confusamente, basándose en lo que sabía sobre sus heridas y lesiones, las probabilidades de que Sandra sobreviviera y las secuelas que podían quedarle, si es que salía de aquella. Dejó el móvil en el asiento del acompañante para pasar entre un autobús parado y un camión que maniobraba a la entrada de unas obras que habían convertido aquel punto de las rondas de circunvalación en una zona siniestrada. Torció hacia el cours du Médoc, por el que circuló al paso en medio del caos de la hora punta. Llamó a la unidad y supo que Laurent Pradeau seguía ilocalizable. Estaban removiendo cielo y tierra para encontrarlo.

–Pero a saber en qué estado lo ha dejado ese cabrón, con lo que le ha hecho a la chica –le dijo Ledru, un joven teniente nervioso pero fiable, que le caía bien–. Todo el mundo está angustiado. Aparte de eso, dos compañeros y yo estamos buscando a todos los Éric que figuran en los registros penitenciarios entre el 92 y el 94.

–¿Y?

–De momento tenemos setenta y seis. Estamos comprobando la causa del encarcelamiento.

Vilar le hizo prometer que lo llamaría en cuanto tuvieran algo.

–Daras te estaba buscando hace apenas cinco minutos.

–Me dirijo al cours Balguerie. Estoy llegando en estos momentos. Díselo, lo entenderá.

El estudio que utilizaba Nadia no debía de tener más de veinte metros cuadrados. Vilar se sentó en un rincón para dejar que los técnicos de la policía científica procedieran a la recogida de huellas y muestras. De momento, los oía sorprenderse ante la falta de elementos aprovechables.

–Aquí han hecho limpieza –comentó Lopez al cabo de cinco minutos, con el pincel en la mano–. Ya veremos, pero pinta mal. Esto parece una habitación estéril.

Las pesquisas en el vecindario no habían dado fruto: nadie había visto ni oído nada. No se recordaban idas y venidas llamativas. El estudio estaba en el primer piso, así que era fácil entrar y salir sin que nadie lo notara. Los agentes habían encontrado dos botellas de champán en la nevera, algunos aperitivos en un armario, dos copas de cristal y platos y vasos de plástico. En el cuarto de baño, unas cuantas toallas limpias. Un tubo de dentífrico, pero ningún cepillo, una pastilla de jabón reseca y bastoncillos para los oídos.

Por su parte, Vilar intentaba hablar con el propietario del edificio; en esos momentos, su secretaria trataba de localizarlo en el móvil.

La oyó hablando por otro teléfono, pero no entendió lo que decía, porque debía de proteger el micrófono con la mano o haberse alejado de la mesa con un móvil. Cuando volvió a ponerse con Vilar, se limitó a decirle que podía llamar al número que iba darle, el señor Vacher le respondería de inmediato. Vilar cortó sin ninguna frase de cortesía y marcó.

Se oían máquinas, gritos de hombres, golpes, la caída de una plancha, la aceleración de un motor. Cuando Vilar se presentó, Vacher dijo que iba a buscar un sitio más tranquilo para hablar, porque en ese momento estaba en una obra. De hecho, el estrépito se apagó y él dejo de gritar.

Vilar le explicó que un estudio de su inmueble en el cours Balguerie estaba alquilado a una mujer que se dedicaba a la prostitución, y que necesitaba saber más al respecto, porque entre los papeles de Nadia Fournier no había aparecido ninguno que confirmara el pago de un alquiler.

–Sin duda porque nunca he recibido ningún pago relacionado con ese estudio, señor Vilar.

–¿Puedo saber por qué?

–Porque hace siete u ocho meses que no está alquilado. Tengo intención de hacer obras en él, es viejo y está un poco por debajo de los estándares del barrio. Por eso, no acabo de entender de qué me habla usted.

El tono del tal Vacher no traslucía la menor irritación. Era una

mezcla de cortesía y asombro, y Vilar decidió ser considerado, porque allí había algo que amenazaba con ceder bajo sus pies. Sospechaba que quizá una especie de pozo en cuyo fondo había una verdad poco agradable de ver.

–Ahora mismo estoy en su estudio, señor Vacher, en compañía de la policía científica, porque la persona que lo utilizaba murió asesinada hace dos meses. Razón de más para que encuentre muy sorprendente ese alquiler fantasma.

–¿La asesinaron ahí? –se alarmó Vacher.

–No. Pero utilizó el piso en algunas ocasiones, como le he explicado.

–Lo que me dice es espantoso. Pobre mujer… Pero entonces, ¿no ocupó el estudio ilegalmente, no hubo efracción? ¿Hay destrozos?

–Todo está impecable. No hay ni una huella dactilar.

–Pues… no lo entiendo. ACI no me avisó de nada, y habitualmente, cuando alquilan algo en mi nombre, me llaman antes para comentarlo. Realmente, yo…

–¿ACI, dice usted? ¿Qué es eso?

–Aquitania Consultoría Inmobiliaria. Gente seria a la que confío la gestión de mis bienes. Ya sabe, cuando tienes…

–¿Es Thierry Lataste quien dirige esa asesoría?

–Sí, es el director gerente. ¿Lo conoce?

–Un poco.

Vilar abrevió la conversación para poder pensar con calma. Antes de colgar, Vacher dijo que confiaba en que todo aquello no le acarreara problemas. Vilar lo tranquilizó, dejó caer el móvil en el bolsillo y miró, sin verlos realmente, a los dos técnicos, que guardaban sus bártulos.

–No tenemos gran cosa –dijo Lopez–. Unos cuantos cabellos, media huella de un pulgar… Aquí han pasado el aspirador para recoger lo que aún quedara y, la verdad, me gustaría tener la dirección de la mujer de la limpieza, porque la contrataría unas cuantas horas para mi casa. Han limpiado hasta los desagües, no te digo más.

Cuando se marcharon, Vilar se sentó en el borde de la cama y contempló el decorado impersonal que lo rodeaba, el enorme paisaje de montaña que cubría la pared de la cabecera de la cama, la moqueta

azul real, delgada y rugosa, los dos sillones, tapizados de terciopelo verde botella… Trató de imaginarse a Nadia allí, pero el recuerdo de la mujer lo eludía, así que ni el escenario quería hablar ni se bosquejaba otro guion más que aquel, banal y sórdido, de una chica y un tipo copulando y yéndose una o dos horas después cada uno por su lado.

Se levantó y volvió a cubrir la cama, que sus compañeros habían deshecho para pasar el aspirador. Sonó un teléfono, lejos, largo rato, sin que nadie lo cogiera. Por la ventana, vio un pequeño patio en el que crecía un rosal trepador. Una parra escalaba un muro. En algún sitio zureaba una paloma. Vilar alzó los ojos hacia el brumoso cielo, en el que el sol ya calentaba. En la habitación flotaba un vago olor a polvo, ropa sucia y otras cosas que no supo reconocer. Intentó imaginar cómo se desarrollaría el encuentro con Thierry Lataste, buscó las palabras con las que lo dejaría clavado nada más empezar, a ser posible ante testigos, para que se apeara del burro. Pidió a información el número de ACI, llamó y se aseguró de que Lataste estaba en la oficina.

Se encontraba en su despacho, generosamente acristalado, que daba a una sala dividida por tabiques móviles en cinco o seis compartimentos donde la gente se afanaba en hacer prosperar la empresa. Lataste lo reconoció al instante, se puso rojo y se levantó a toda prisa para ir a su encuentro con la mano tendida y una sonrisa de papel maché pegada a la cara. El policía se disponía a sacar la placa, pero Lataste lo detuvo asegurando que lo recordaba perfectamente, que no era necesario, mientras lanzaba miradas alrededor. Vilar ignoró su gesto y exhibió la cartera.

–Comandante Vilar, policía –anunció, y sintió en torno que una onda recorría la sala y, en cada box, las voces bajaban el volumen o se callaban y en los teclados de los ordenadores el ritmo de las pulsaciones disminuía.

Lataste lo arrastró a su despacho y cerró la puerta. Le ofreció asiento, se sentó, y la sonrisa abandonó su rostro como una máscara súbitamente reducida a polvo.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

Parecía en verdad inquieto. Interpretaba mejor la angustia que la

despreocupación, y a Vilar le dieron ganas de quitarle el maquillaje de la cara.

–¿Y usted me lo pregunta? ¿He oído bien?

–¡Sí, claro que sí! Llega usted aquí sin avisar y hace saber a todo el mundo que es policía, para ponerme en un compromiso, así que creo que tengo derecho a saber por qué, ¿no?

Vilar lo miraba entre perplejo y asombrado. No acababa de saber si aquel fulano tenía la sangre fría de un auténtico maleante o era completamente inconsciente o idiota.

–¿Conoce usted un estudio situado en el número 145 del cours Balguerie, propiedad del señor Jean-Philippe Vacher? Supongo que recuerda a Nadia Fournier, con quien mantuvo una relación durante meses y que fue asesinada a principios de junio… Bueno, pues le diré lo que ocurre: hemos descubierto que Nadia utilizaba ese estudio para recibir allí a sus clientes, porque, como sin duda sabe, la señorita Fournier practicaba la prostitución de forma bastante regular. Y también hemos descubierto que no pagaba alquiler por dicho estudio, porque, según parece, Aquitania Consultoría Inmobiliaria lo había puesto a su disposición. Y como entre el personal de ACI usted era el único que la conocía, deduzco un poco tontamente, lo admito, que usted, por decirlo así, podría haber hecho una excepción respecto a los usos vigentes en su profesión y prestado ese estudio, situado en un inmueble de cuya gestión se encargaba, a Nadia, para que ustedes dos pudieran encontrarse en él y para que ella desarrollara sus actividades con mayor facilidad. ¿Tiene algo que comentar? ¿He cometido algún error u omisión?

Había soltado su parrafada sin tomar aire, sabiendo que así asfixiaba a Lataste, que se había dejado caer en el respaldo y, con los brazos apoyados en los del sillón, miraba fijamente un calendario que colgaba de la pared detrás de Vilar.

–¿Señor Lataste?

–No, ninguno. Todo es exacto. –Cogió un clip de encima del escritorio y empezó a desdoblarlo y doblarlo de todas las maneras posibles–. ¿Cuál es el problema? –preguntó al cabo de unos segundos.

Vilar se estremeció. Un feo escalofrío le recorrió la espalda y las extremidades. Le dieron ganas de levantarse y rodear el escritorio para abofetear a aquel miserable. O incluso partirle la cara. Bien partida. Dejarlo hecho un guiñapo en el suelo, con la boca ensangrentada y la nariz rota. Respiró hondo, y luego se levantó y abrió la puerta.

–El problema –dijo con voz clara y alta– es que a los ojos de la ley es usted un proxeneta. Más en concreto el proxeneta de una mujer asesinada, lo que lo convierte en un sospechoso evidente. Más aún: creo que durante su primera declaración me mintió para ocultar su implicación en ese asesinato. Ese es el problema. Así que ahora va a levantarse y acompañarme a la comisaría, donde lo pondré bajo custodia. Le ruego que me siga sin oponer resistencia, señor Lataste.

Vilar sacó las esposas y se las enseñó a Lataste, que se había levantado, muy pálido y con la cara reluciente.

–¿No puede evitarme eso? –preguntó el hombre en voz baja.

Vilar le ordenó con un gesto que pusiera las manos a la espalda.

–Podría, pero no me apetece. No confío en absoluto en usted y no le debo más que el respeto que impone la ley para con los sospechosos.

Lataste se volvió y le presentó las muñecas. Vilar cerró las esposas.

Cuando llegaron a la unidad, Vilar llevó a Lataste a su despacho, vacío a esa hora, y lo esposó a la pared; luego fue a preguntar dónde podía encontrar a Marianne Daras. Le respondieron que había salido pitando hacia el quai de la Souys, porque habían encontrado en el fango de la orilla el cuerpo sin cabeza de una mujer, la segunda desde enero. Vilar se acordó del cadáver descubierto por el perro de un paseante, también en la margen del río, detrás de un centro comercial de Bègles. La mujer, muy joven, había sido decapitada, seguramente con un hacha, porque se habían encontrado profundas señales del impacto en lo alto de la espalda y los hombros. Todavía no habían conseguido identificarla. Los investigadores coincidían en que probablemente se trataba de una prostituta llegada de Europa del Este, pero las pesquisas realizadas entre los chulos y las busconas asentados en Burdeos solo habían conducido a la expulsión de unos cuantos sin papeles, sin que nada, ni siquiera el argumento de una investigación

criminal en curso, hubiera conseguido impedirlo.

Vilar encontró a Lataste recostado en la pared junto a la argolla a la que estaba esposado, masajeándose las muñecas con una mueca de dolor.

–Bien –empezó diciendo–. Procuraremos abreviar, que bastante tiempo me ha hecho perder ya. Primera pregunta: ¿por qué me mintió la última vez que nos vimos?

–Porque tenía miedo.

–¿Miedo?

–Sí, miedo. ¿A usted no le pasa nunca, nunca tiene miedo?

–No. Nunca. Responda a la pregunta: ¿por qué mintió?

–Cuando supe que Nadia había muerto comprendí que mi vida iba a saltar en pedazos. Mi mujer, mis hijas… Me di cuenta de que la había fastidiado y tuve miedo de que todo se fuera al garete… No sé… quise guardar las apariencias, escurrir el bulto, quizá.

–¿Cuánto años tiene?

–Treinta y seis.

–A los treinta y seis años, razona usted igual que un crío que cree que tapándose los ojos los demás ya no lo ven, ¿no le parece?

Lataste agachó la cabeza. Seguía masajeándose las muñecas. Vilar se levantó, lo soltó y le ofreció un poco de agua. Fue a llenar dos vasos de plástico a una fuente que zumbaba en una esquina del despacho. Lataste vació el suyo de un trago e inspiró a fondo dos o tres veces; luego las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara. Vilar, con la garganta llena de arena, también bebió; luego, volvió al dispensador. Cuando le tendió el segundo vaso, le preguntó qué le pasaba.

–Nada –dijo Lataste con esfuerzo, y tragó saliva penosamente–. Es esta agua fresca. Tan simple, tan buena...

Vilar lo observaba con la clara sensación de estar viendo a un hombre a punto de venirse abajo. Ya había asistido a ese tipo de caídas, pero nunca desde tan alto. Un desmoronamiento a cámara lenta que no acababa de encontrar trágico. Dejó que se acabara el agua y decidió no esperar a que se derrumbara sobre sí mismo, como esas galaxias demasiado brillantes que se transforman en agujeros negros.

–De momento, no le quepa la menor duda de que comparecerá ante el juez por proxenetismo, al menos pasivo, puesto que a los ojos de la ley usted daba alojamiento a una persona que se dedicaba a la prostitución. Además, es usted sospechoso, casi puedo decir que oficialmente, del homicidio de Nadia Fournier, su amante. Cuando dice que su vida se ha ido al carajo, estoy de acuerdo con usted. Si se considera asesinato pueden caerle quince años, porque en tal caso el proxenetismo será una circunstancia agravante. ¿Lo comprende?

Lataste asintió.

–Sé quién mató a Nadia –dijo con voz sorda, muy rápido, tanto que Vilar, que se había erguido en el sillón, le pidió que lo repitiera–. Se llama Éric Sanz. Está casado. Su mujer se llama Céline y su hija, Manon.

Vilar descolgó el teléfono y llamó a Ledru.

–Ya está, creo que lo tenemos. Éric Sanz. SANZ. Sí. Compruébalo enseguida. Lanza también una búsqueda sobre una tal Céline Sanz. –Colgó.

Ahora Lataste lo miraba a los ojos, con los párpados aún enrojecidos.

–Explíqueme eso –dijo Vilar–. Y piense bien lo que va a decir.

No sabía cómo respirar para levantar aquel peso que le oprimía el pecho. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía los golpes hasta en la espalda.

–Era un tipo que la acosaba. Nadia se había acostado con él y decía que entre ellos todo había acabado, pero él no quería entenderlo. Enseguida pensé que la había matado él. Por eso tenía miedo.

–¿Él lo conocía a usted? ¿Sabía de su existencia?

–En principio no. Nadia me dijo que jamás le había hablado de mí. Pero con esa clase de individuos nunca se sabe. Podría haber querido, no sé, borrar rastros, impedir que lo identificaran, a veces ocurre.

–¿Cómo es que le habló de él? Compartimentaba su vida bastante bien, creo.

–Es un poco complicado… Yo… Ella también conocía a su mujer, que bregaba sola con su hija pequeña porque Sanz no se ocupaba de ellas en absoluto. Me preguntó si podía encontrarle alojamiento, ya que vivía

en una caravana en Mérignac. Tenía trabajo, creo que era limpiadora en el aeropuerto. Como tengo un amigo que trabaja en Habitat Girondin, lo llamé y pudo arreglarlo. Precisamente en Mérignac acababan de desalojar a una familia que no pagaba desde hacía dos años, así que, si ella aceptaba el piso tal cual, sin que lo reacondicionaran, se lo daban enseguida. Y…

–¿El nombre de su amigo?

–¿Para qué? ¡No irá a molestarlo!

–Ya se lo he dicho: lo comprobamos todo. ¿Nombre de su amigo?

–Jérôme Fontan.

Vilar lo apuntó en una hoja de papel llena ya de notas entremezcladas.

–¿Qué le contaba Nadia del tal Sanz?

–Que era un individuo muy violento, que ya la había golpeado en el pasado… Que hasta había estado en la cárcel por eso… quiero decir, por cosas así. Decía que tenía inclinaciones un poco sádicas. Le gustaba humillar a la gente, y cuando eso no bastaba, cuando algo lo contrariaba, utilizaba la fuerza. Además, se le había metido en la cabeza llevarla ya no sé adónde, a una isla, para encargarse de un bar o un restaurante, no lo recuerdo bien. Un conocido suyo había invertido dinero allí. En Martinica, creo. No la dejaba en paz con eso. Ella le tenía un miedo cerval, quería irse de la región para escapar de él, pero decía que con su hijo era difícil. Con la excusa del chico, conseguía retrasar la fecha del viaje a Martinica, funcionaba, el tipo no se atrevía a insistir demasiado, pero ella sabía que no podía demorarlo eternamente, porque él siempre encontraba nuevos argumentos. Un día, incluso llegó a decirle que el chaval era hijo suyo. Luego se le metió esa idea en la cabeza, y parece que en los últimos tiempos le hablaba de ello a todas horas.

Vilar trató de recordar la cara del chaval, Victor. Volvió a ver su endeble cuerpo en la cama del hospital, su figura vacilante cerca del ataúd que la cinta transportadora llevaba hacia el horno en medio de un silencio vibrante. Pero en la pantalla en movimiento de su memoria no apareció su rostro.

Pablo. Era Pablo el que iba hacia él con el aire serio y pensativo que adoptaba siempre que tenía que hacerle una pregunta que le resultaba esencial. Vilar tuvo que levantarse para coger un poco de aire y rechazar con suavidad esa presencia, porque su sitio no estaba allí, en aquel sórdido caos. Miró por la ventana el cementerio inundado de sol, sin verlo.

–¿Qué pensaba Nadia de eso? ¿Lo creía posible?

–A mí no me dijo nada. Solo sé que estaba aterrada, decía que se estaba volviendo loco, que se estaba obsesionando con eso. Me ofrecí a ayudarla, en casi todas partes conozco a gente que habría podido encontrarle alojamiento y trabajo, en Bretaña, o en Normandía por ejemplo. Tengo dos o tres amigos bien situados allí que habrían podido echarle una mano. Pero ella dudaba. Quería ahorrar lo suficiente para marcharse y montar algo. Era una chica que soñaba mucho, siempre tenía algún proyecto en la cabeza… Ideas un poco locas, la verdad. Creía que se podía volver a empezar, partir de cero. Es lo que quería para ella y su hijo.

Dejó de hablar, negó con la cabeza con una expresión apenada y la mirada perdida. Había hablado de Nadia con afecto, casi con cariño.

–¿Cómo se sintió cuando supo que la habían matado?

Lataste no respondió de inmediato. Soltó el aire por las fosas nasales y se encogió levemente de hombros.

–Creo que tuve miedo. No por mí en realidad, por mi seguridad, quiero decir, sino por mi vida en general, por lo que he conseguido construir con Mireille, las niñas… Supe que era el principio del fin… que todo ese asunto, de una forma u otra, acabaría pasándome factura.

–¿Por eso empeoró su situación callándose?

–No lo sé. Me entró pánico. Intenté cerrar las vías de agua en mi barca podrida.

Vilar observó a Lataste, hundido en la silla con las manos entre los muslos y se acordó del arrogante ejecutivo que lo había recibido en el pasillo de su casa, la primera vez, como a un vendedor de aspiradoras. Recordó su altivez y su impasibilidad incluso ante la rabia fría y el desprecio de su mujer, y las ganas de agarrarlo de las solapas y lanzarlo

contra la pared se apoderaron de él como hacía un rato, cuando había estado a punto de arrojarlo de la silla para bajarle un poco los humos. Se obligó a respirar hondo y mirar el póster de la pared, en el que una corriente de agua esmeralda se deslizaba por la jungla entre derrumbes vegetales, y se dijo que un día estaría en una piragua en medio de esa exuberancia. Eso hizo retroceder la violencia que crecía en su interior, y pudo encontrar la fuerza para decir sin gritar:

–Si hubiera hablado antes, una mujer no estaría en estos momentos en coma en cuidados intensivos ni un oficial de la policía judicial, desaparecido, tras pasar por las manos de Éric Sanz hace tres días. Prefiero advertirle que, si alguno de los dos muere, tendrá que responder por ello y que será mejor que no me cruce con usted en un pasillo o incluso un calabozo, porque le partiré su cara de gilipollas. ¿Lo ha comprendido? Sea poli o no, sea legal o no, le haré pagar al contado sus mentiras y sus silencios, y haré todo lo que esté en mi mano para que sea imputado por proxenetismo, obstrucción a la justicia e incluso encubrimiento del malhechor, puesto que con su silencio, acaba de decirlo usted, lo ha protegido. A lo que se podría añadir homicidio involuntario, si cualquiera de las dos personas que he mencionado fallece. ¿Le daba miedo mandar su vida al carajo? Bien, pues ya lo ha hecho.

–¿Por qué me habla así? ¿Qué le he hecho yo?

–A mí nada. Me trae sin cuidado. Ya no se me puede hacer nada más. El resto, acabo de decírselo.

Luego, hubo un silencio. Vilar miraba a Lataste, que no miraba nada; tenía los ojos posados en unos papeles clavados desordenadamente en la pared. Estaba derrumbado en la silla, con los hombros caídos, y su traje parecía demasiado grande para él.

Echó un vistazo a su reloj.

–Me gustaría llamar a mi casa. Sé que no tengo derecho, pero…

Vilar empujó hacia él el teléfono del escritorio.

–¿Clem? Soy papá. ¿Cómo está mi mujercita? ¿Qué has comido? ¿Estaba bueno? Y en la escuela, ¿qué tal?

Lataste escuchó las respuestas de la niña con la mirada perdida al

otro lado de la ventana y una sonrisa en la cara. Tenía la expresión un poco estúpida de un santurrón que habla con Dios con los ojos clavados en el cielo. Le preguntó a su hija por su hermana pequeña y volvió a decir cosas cariñosas y tontas, pero Vilar solo oía la fisura en su voz, que la niña también debió de percibir porque en determinado momento Lataste tuvo que convencerla de que estaba bien, de que todo iba bien, para acabar admitiendo que mamá se lo explicaría.

–Anda, pásamela, sí, corazón mío, un beso muy muy fuerte, sí, prometido.

Se secó los ojos con el dorso de la mano y se pasó el auricular al otro oído. Ahora, en su voz había una especie de ahogo que lo dejaba sin aire al final de las frases; sus palabras se debilitaban y se veía obligado a reanimarlas con un carraspeo.

–¿Te ha llamado Caroline? Sí… Desde las once. Aquí, en la comisaría, frente a la pista de patinaje. Sí, eso es. Es el comandante Vilar. Sí… Llama a Sylvain, pregúntale si conoce a un penalista, porque él se ocupa más bien de derecho mercantil… No lo sé… No… Va mal. Me metí en un mal asunto con esa chica que… –Se interrumpió. Escuchó lo que decía su mujer. Cerró los ojos y empezó a asentir despacio, rítmicamente, quizá cada vez que lo alcanzaba un golpe suplementario.

Vilar recordaba la carita de la mujer, dura y firme, abultada por los tensos músculos maxilares.

–Vapuléame, si eso te alivia. ¿Qué quieres que te diga? Además, como no se lo había contado todo a los… a la policía, parece que hay un problema añadido. ¡Ya ves, el premio gordo! Por culpa de mi silencio… Claro que ahora lo he contado todo… No tengo nada que decir en mi defensa, Mireille… ¿Que cuándo saldré? ¿Lo sabes tú? –Soltó el aire por la nariz, con los ojos arrasados en lágrimas–. Escúchame, Mireille… escúchame. Que me odies, que me desprecies, de acuerdo, lo entiendo… Pero no les digas a las niñas que soy un cabrón. Déjales un poco más a su padre casi intacto, porque son pequeñas, ¿comprendes? Probablemente soy un tío penoso, pero no un cabrón. Así que no les digas eso…

Escuchó lo que contestaba ella. Los ojos y la nariz no dejaban de gotearle, pero no hacía nada por secárselos; parecía un niño que siente una gran pena y ya no es más que un torrente de lágrimas más o menos agitado. Balbuceó un «Besos a las tres, os quiero» y luego colgó lentamente y empezó a gemir con la mano todavía en el aparato. Vilar le pidió que se calmara y llamó a un agente para que lo llevara a los calabozos, porque ya había visto y oído suficiente, y también había dejado a aquel tipo que llorara lo suficiente por sí mismo, por su vida arruinada, por su carrera destrozada, por la imagen que iban a tener sus hijas de él. Y además Vilar sabía de sobra que a menudo la gente llora por sí misma, porque le aterroriza morir o porque está obligada a seguir viviendo, y que al verse llorar, a veces disfruta con la dimensión trágica que cree alcanzar en esos casos, como si al fin hubiera encontrado su sitio en el infinito e interminable torbellino de las desgracias del mundo.

Cuando por fin se fue Lataste y el silencio volvió a apoderarse del despacho, intentó ponerse en contacto con Marianne Daras, pero le dijeron que aún no había regresado del tribunal. En cuanto colgó, sonó el teléfono. Era Ledru.

–Hemos localizado a su mujer. Bueno, su mujer… No están casados. Se llama Céline Bosc. Residencia Paul-Éluard, apartamento 28, edificio D, en Mérignac.

Vilar tenía su apellido, una dirección, casi una familia. Alrededor de la voz que lo había perseguido veía formarse una figura a la que pronto podría poner cara. Sentía que lo tenía muy cerca, prácticamente al alcance de la mano. Un día, en París, había tenido esa misma sensación durante un seguimiento en el metro, que el sospechoso, un violador en serie, no había detectado: Vilar se había visto detrás de él, a menos de dos metros, oliendo las vaharadas del perfume con que aquel sujeto solía rociarse.

Releyó la hoja en la que había tomado notas: «Ya voy, basura, ya voy».

21

El cielo se ensanchaba y palidecía, y la claridad dejaba trotar hacia ella, desde el oeste, un enorme rebaño de nubes con los costados dorados, luego rosáceos, y por fin sanguinolentos, que huía de una matanza que acababa de producirse allí abajo. Desde donde estaba tumbado, y en la postura en que se encontraba, boca arriba, con la cabeza apoyada en la camisa enrollada, lo único que veía Victor del mundo era esa inmensa huida. Cuando se incorporó, vio alzarse de golpe la temblorosa masa de un bosquecillo, en el que oyó un rebullir de pájaros. Se sentó en el áspero entablado del remolque, se puso la camisa, porque tenía frío, y se rodeó el cuerpo con los brazos viendo cómo borraba el día los últimos azules de la noche. Los gorjeos y los trinos de los pájaros vestían el silencio. Podía oír los escasos coches que pasaban por la carretera, invisible al pie de la colina, y las rachas de aire fresco que subían del estuario sin tocar nada, sin perturbar nada en la viña, bien alineada entre sus estacas.

Soltó un gran suspiro. Allí, bajo aquel cielo cubierto ahora de luz, se sentía en su sitio, solo por completo, y lejos. Le habría gustado quedarse en ese lugar y no hacer nada, no moverse, esperar únicamente que el calor se derramara sobre él para quitarle de encima el fresco del amanecer, que se le había metido bajo la piel. Se dio cuenta de que, desde que se había despertado, no había pensado en nada ni lo había asaltado ningún recuerdo, como si su mente se hubiera vuelto virgen bajo aquella noche estrellada, que lo había mantenido caliente y cuya claridad pulverizada lo había sorprendido cuando se había despertado un momento, desorientado y cubierto de sudor. Lo único que sabía era quién era. Nunca había sentido aquello, aquella suspensión del tiempo, aquel instante puro de un mundo que perfectamente habría podido dejar de girar.

Volvió a tumbarse con las manos detrás de la cabeza. El pecho se le alzó con dos o tres sollozos que se anudaron en su garganta y que

disipó respirando fuerte por la boca para recuperar el aliento.

A lo lejos sonó una risa. Clara. Una hermosa risa de chica. Y gritos.

Rebecca. Marilou. Todo volvió. Nada había acabado.

Bajó del remolque de un salto y, al golpear el suelo, sus pies levantaron un poco de polvo, y entonces notó el calor, ya pesado, encima de él, humedeciéndole la nuca. Dio la espalda al pueblo y corrió hacia la otra ladera de la colina, en dirección norte. Llegó a una estrecha carretera asfaltada que descendía hacia el estuario y tomó esa dirección, con la lengua fuera, el estómago vacío y unas ganas de tomar chocolate caliente o cereales que le hicieron aflojar el paso al acercarse a una casa aislada, en la que imaginó a gente sentada alrededor de una mesa, mojando pan con mantequilla en sus cuencos. Bordeó un cercado, contra el que un perro se lanzó soltando agrios ladridos, que le hicieron dar un respingo y luego pegarle una patada a la cerca, y el perro, alcanzado en pleno hocico, saltó hacia atrás y huyó sacudiendo la cabeza.

Siguió andando mientras el calor empezaba a ascender del asfalto hacia sus piernas. El aire se había inmovilizado y el cielo tenía ya la blancura deslumbrante de un metal. Antes de verlo, supo que estaba cerca del estuario por el olor a fango que flotaba de vez en cuando a su alrededor. Luego, detrás de la cortina de árboles, distinguió el agua turbia y lisa, y se apresuró a refugiarse en la sombra. Cuando llegó a la orilla se sentó al pie de un talud para que no lo descubrieran desde la carretera, y vio deslizarse con un solo movimiento, sin ondas ni remolinos, aquella gigantesca corriente de crema que fluía lentamente para ir a verterse al mar.

Trató de situarse. La central nuclear estaba un poco a su derecha, muy blanca al sol. Había varias cabañas de pescadores parecidas a aquella desde la que Julien y él les habían disparado piedras a las nutrias, pero recordó que ese día habían ido más lejos con las bicicletas. Sabía que el pueblo estaba a la derecha, hacia el sur. Le gustaba ser capaz de orientarse, poder localizar los puntos cardinales en cualquier momento. Se lo había enseñado su madre. Siempre le preguntaba: «¿Y mi tierra, Marsella, hacia dónde está? ¿Y París? ¡Para

que, si un día vamos, sepas qué dirección hay que tomar!». Y él respondía sin dudar, orgulloso y contento de saber en qué lugar del mundo estaba. La mayoría de las veces, no muy lejos de ella.

En la angosta carretera que pasaba por detrás de él se oían coches de vez en cuando, y pensó que si lo buscaban los gendarmes podían ir a peinar las orillas, así que bajó un poco más por el talud y se quedó cerca del agua, cuyo chapoteo entre las cañas muertas y los desperdicios cubiertos de lodo seco percibió en ese momento. Se sentó en el tronco de un árbol dejado allí por una gran marea y se quedó absorto contemplando la irresistible fuerza del río, que parecía capaz de arrastrar consigo toda la tierra del mundo y lavarlo todo y no dejar más que rocas duras y cortantes. El sueño no tardó en invadirlo suavemente, y se adormeció con la cabeza sobre las rodillas.

El ruido de la puerta de un coche que se cerraba lo despertó, aturdido y vacilante, y le hizo arrojarse boca abajo junto al tronco, entre grandes matas de hierba cortante. Desde allí veía lo alto del talud y la franja de cielo azul que se recortaba detrás, en la que, de pronto, surgió a contraluz la silueta de un hombre que estuvo largos instantes observando la orilla, lanzando miradas a derecha e izquierda, con los brazos en jarras. De pronto, bajó la manos y empezó a orinar, suspirando. Victor se pegó al suelo por miedo a que el líquido lo alcanzara, invadido por el asco que le provocaban aquel chorreo, el crepitar que producía al caer en la tierra y aquel trozo de carne repulsivo y cómico, que ahora el hombre sacudía con una especie de gruñido.

El coche se fue y el chico miró los restos que el río había dejado a su alrededor y que, con cada marea, recubría con una película negruzca de limo. Árboles muertos, ramas, leña menuda, cañas, trozos de plástico, zapatos… Entonces se dio cuenta de que se había visto obligado a esconderse en aquel vertedero después de la noche casi mágica que había pasado al raso, pese al miedo, en una soledad impoluta. Giró dos o tres veces sobre sí mismo y vio que todo aquello estaba muerto y no tardaría en quedar sepultado por el paciente trabajo de soterramiento de las aguas saturadas de limo. Pensó en el cadáver del perro que había

encontrado un día con Marilou y Julien, una osamenta en la que bullían los gusanos, que los había hecho retroceder despavoridos y luego volver a acercarse, pese a que el hedor los abofeteaba, tapándose la boca y la nariz con las manos para contemplar aquella devastación, arrojada allí por la marea alta. De pronto le dio miedo quedarse en aquel lugar. De vez en cuando subían hacia él efluvios dulzones que se le agarraban a la garganta y hacían surgir en su boca un gusto a carne pasada que intentó quitarse escupiendo varias veces. Se alejó un poco a lo largo del talud y escuchó el rumor que ascendía de las aguas. Una queja sorda y continua, casi un lamento. Aquí y allá giraban grandes remolinos. Era la pleamar. El océano empujaba con infinito esfuerzo para rechazar aquel flujo de mierda e impedir que lo mancillara. Victor tuvo la visión de una confusa lucha entre dos gigantes mitológicos, que, según le habían dicho, no eran más que las fuerzas ocultas pero siempre activas de este mundo.

Volvió a subir la pendiente, pero al llegar al borde de la carretera no supo qué hacer. Sentía que estaba huyendo del insidioso peligro de la putrefacción, pero ahora, a pleno sol, se encontraba a merced de quienes lo buscaban. Cruzó la calzada corriendo, saltó la cuneta y penetró en un bosquecillo de acacias lleno de zarzas. Un sendero se dibujaba vagamente, así que lo siguió, al principio paso a paso, por miedo a las serpientes, y luego corriendo para escapar de sus colmillos. Desembocó en un camino de tierra que bordeaba una viña y se adentró con alivio entre dos hileras de vides, de las que cogió unas cuantas uvas casi negras cuyo dulce jugo le sentó bien. Las frotaba contra su camiseta para quitarles el sulfato y, antes de comérselas, examinaba las firmes y relucientes bayas.

Oía el ronroneo de los tractores, el estallido repentino de voces o gritos. Rodeó parcelas de vides, bordeó bodegas aspirando al pasar el olor acre del vino, llegó al pie de la torre de agua que dominaba el pueblo y el estuario. Trató de situar la casa, mientras se preguntaba qué harían en ese momento Marilou y Julien, y si Rebecca habría comido otra vez sola, con su madre dormida en el sofá delante de la tele encendida.

Luego sintió que una mano fría le aferraba el corazón y tan pronto se lo sacudía como le impedía latir.

Pensó en ella, sola en el armario. En el rojizo y secreto lustre de la urna que aquella larga oscuridad quizá habría apagado para siempre.

Echó a correr colina abajo sin ver nada, con los ojos llenos de lágrimas. Antes de llegar a la carretera, torció a la izquierda y avanzó resguardado por las hileras de vides. No muy lejos trabajaba un tractor oruga. Entre la nube azul del sulfato, distinguió la silueta del conductor, con el torso desnudo y un sombrero rojo. Cuando estuvo cerca del pueblo y oyó ladrar a los perros, se agachó junto a la cuneta y esperó a que no pasara ningún coche para cruzar la calzada y correr hasta la primera casa. Se apoyó en la parte posterior de un camión para recobrar el aliento.

Justo cuando subió a la acera, pasaron cuatro furgones de la gendarmería llenos de hombres, seguidos por un camión entoldado. Había visto en las noticias batidas como aquella, organizadas para encontrar a niños desaparecidos. Policías avanzando en línea por los campos y los bosques, con perros atraillados. Comprendió que al cabo de media hora ya no podría circular sin que lo detectaran. La casa de Rebecca estaba muy cerca. Corrió hacia ella, entró y pegó la espalda a la puerta para intentar pensar.

De pronto, la vio en la otra punta del pasillo, con un cigarrillo en la mano. En pantalón corto y camiseta de tirantes, con el pelo caído sobre la cara.

–¡Mierda, me preguntaba quién era! ¿Qué haces? ¡Todo el mundo te está buscando! ¡Ven!

Lo arrastró a su habitación. Desde el fondo del sofá, su madre preguntó qué pasaba.

–¡Nada, duérmete!

Cerró con llave a sus espaldas, se dejó caer en una silla de jardín provista de un cojín y, con un movimiento de la barbilla, le señaló la cama al chico, que se sentó en el borde.

–¿Qué ha pasado? Marilou me ha dicho que un tipo quería secuestrarte, ¡todo el mundo cree que estás con un pedófilo o algo así!

¿Te imaginas? Vio cómo se iba el coche, me lo ha contado llorando hace un momento.

Victor se estremeció.

–¿No tienes nada de comer?

–No te muevas.

Al cabo de tres minutos, Rebecca volvió con una botella de leche y un paquete de galletas en una bandeja. Victor tragó penosamente la saliva que acababa de llenarle la boca. Rebecca cogió una galleta y le tendió el paquete. Él se metió dos de golpe en la boca y las hizo pasar con un buen trago de leche.

–Tengo que ir a recoger la urna de mi madre. No puedo dejarla allí.

–Los gendarmes te buscarán por todas partes, no podrás ni ir al váter sin que te encuentren. Tienes que volver y contarlo todo, ¿no te das cuenta?, Nicole y Denis creen que has muerto o que estás con un pervertido, ¡joder, no puedes dejarlos muertos de preocupación! –Rebecca cogió el móvil–. Voy a llamarlos y que vengan, ¿de acuerdo? Así no tienes que volver allí y pasar vergüenza y todo eso.

–Me piro.

Victor se levantó y dio un paso hacia la puerta, pero Rebecca lo agarró del brazo, y a él le gustó sentir su mano alrededor de la muñeca. Ella estaba de pie a su lado.

–Solo necesito ir a buscarla –dijo él en un susurro–. No me traiciones, Rebecca. ¡Por favor!

La chica cerró el móvil y lo miró con cara seria. Victor volvió a sentarse, secándose con el dorso de la mano una lágrima que asomaba, y le dio un trago a la botella. Como la leche le dejó un bigote blanco, Rebecca se acercó para limpiarle el labio superior con la yema del dedo, luego posó la boca encima y lo besó con suavidad.

–Eres muy bueno, y además guapo.

Le cogió la cabeza con las dos manos y le introdujo la lengua entre los labios. Lo hizo caer de espaldas en la cama, se tumbó encima y, aprisionándole las piernas con los muslos, se frotó contra él, que no sabía qué hacer con las manos, casi asfixiado por el peso de aquel cuerpo que se movía lentamente encima de él, hasta que, al cabo de

unos instantes, ella se retorció, se tendió boca arriba a su lado y guio sus dedos bajo su pantalón diciéndole:

–Ahí, sí…

Victor encontró enseguida aquel calor húmedo y simple en el que sus dedos iban y venían por pliegues y repliegues que le costaba imaginar, pero algunos de cuyos secretos le parecía conocer ya, porque Rebecca gemía suavemente con los ojos cerrados mordiéndose el labio inferior. Entonces, tuvo ganas de que ella lo tocara a él, aunque estaba seguro de que no resistiría el menor roce, y se estremeció cuando notó que ella posaba la mano en su entrepierna y se la masajeaba con suavidad. Estuvo a punto de decirle que no, pero se había quedado sin aire y no sabía si ella debía seguir o parar, acabar o cesar.

Flotaba en una burbuja, ya no sabía ni quién era, ignoraba incluso si en el mundo existía algo más que aquel cuerpo pegado al suyo. Sentía cada uno de los besos con los que Rebecca le recorría la cara y el cuello, notaba cada uno de sus dedos mientras le palpaban el miembro a través de la tela, oía su propia respiración, los gritos que se le quedaban en la garganta como una nidada de polluelos al calor, sentía fluir las sensaciones más intensas y las más insignificantes, aquellas cabezas de alfiler, aquellos granos de arena, cuyos maravillosos impactos notaba en todo el cuerpo.

Luego, Rebecca se incorporó y, casi con brusquedad, se levantó de la cama, y él intentó leer en su cara, reluciente de sudor, cubierta de mechones adheridos, el reproche que iba a hacerle, pero la chica se desabrochó el pantalón y, con un solo movimiento, se quedó desnuda y, aprovechando la estupefacción del chico, agarró la cinturilla de su bermuda mientras él levantaba el trasero y se dejaba desnudar, casi inconsciente, inerte. Ahora la pequeña habitación estaba llena de luz. Todo era amarillo. El rostro de Rebecca se había inmovilizado, estaba serio, inexpresivo, con los ojos entrecerrados, y Victor no sabía si estaba concentrada o pensando en otra cosa. Se sentó a horcajadas sobre él, lo ayudó a penetrarla y, de pronto, hundió el rostro y toda la masa nocturna de sus cabellos en el cuello del chico y le pidió que no se moviera.

Cuando acabaron, con la piel del uno adherida a la del otro por el sudor, no se movieron ni hablaron. Tenían la boca pegada al cuello del otro, con los labios entreabiertos y húmedos. Después Rebecca se sentó lentamente en el borde de la cama y se quedó quieta, con la cabeza agachada, la espalda encorvada y el pelo colgándole delante de la cara. Cuando se levantó en silencio para vestirse y él pudo ver de nuevo, después de lo que habían hecho, todo su cuerpo, sus piernas, su culo, la elasticidad de sus pechos, Victor sintió que algo lo inundaba y que una dulce electricidad le recorría la nuca, mientras un enorme suspiro le henchía el pecho.

Se sentía como borracho, y cuando se puso de pie se tambaleó un poco. De espaldas a él, Rebecca rebuscaba en un cajón de la cómoda, así que Victor se vistió a toda prisa, porque le daba vergüenza mostrar delante de ella su cuerpo delgado, sin músculos, y su miembro, que ahora le estorbaba, inútil y pesado y desmesurado. En cuanto estuvo vestido, Rebecca se volvió hacia él, le dirigió una mirada casi sorprendida y le sonrió, y en ese momento él se dio cuenta de que era la primera vez que la veía sonreír.

–Voy a ducharme. Si quieres, puedes ducharte después. Mi madre debe de estar durmiendo, no te preocupes. Anoche volvió pedo otra vez. Dormirá la mona hasta mediodía, como de costumbre.

Victor se sentó en la cama deshecha y deslizó la mano por la sábana para buscar la huella caliente de sus cuerpos. Se sentía aturdido, casi un extraño para sí mismo. Aquello no le había pasado a él. Quizá a otro, a un doble suyo. Una criatura fantástica que había ido a interponerse entre esa felicidad y él. Y sin embargo, notaba que aquello se iba secando entre sus piernas y tirándole un poco de la piel en algunos sitios. Iba a comprobarlo con la yema de los dedos cuando la puerta se abrió de par de par.

De un salto, se puso en pie delante de la madre de Rebecca, envuelto en el olor a tabaco que parecía desplazarse con ella.

–¿Quién eres tú? ¿Dónde está Rebecca? ¿Qué haces aquí?

Durante dos o tres segundos, Victor no fue capaz de responder ni de hacer nada. La mujer estaba rígida en el umbral, vestida con un

pantalón de talle bajo y una especie de bolero fucsia, con el abdomen desnudo desde el estómago hasta el pubis. Parecía buscar algo en la habitación, fisgando con la mirada en cada rincón, fijándose en todos los detalles.

–Eh, yo a ti te conozco, ¿no? –dijo de pronto agitando el índice en su dirección.

Victor saltó hacia ella y la apartó empujándola con las dos manos. La mujer soltó un grito, y su cabeza golpeó el tabique con un ruido sordo. Se quedó apoyada en él, frotándose la parte posterior del cráneo, atontada, mientras en su cara se iba formando una mueca de miedo o de dolor, como si el golpe la hubiera vuelto más lenta. El chico salió rápidamente, pero volvió de inmediato y buscó con la mirada el móvil de Rebecca. Lo encontró encima de la cómoda en el instante en que la mujer empezaba a bramar pidiendo auxilio y maldiciéndolo. Victor echó a correr por el pasillo, tropezó en las cajas de cartón que rodaban por allí y salió al exterior, donde la intensa luz blanca lo obligó a bajar la cabeza y avanzar con los ojos casi cerrados hacia la verja del jardín. Oía a la mujer gritando detrás de él, pero en cuanto estuvo en la calle las voces cesaron, y siguió caminando por la franja de sombra que aún bordeaba las casas, sin atreverse a mirar a su espalda. Mientras estuvo en el pueblo, resistió la tentación de correr por miedo a que se fijaran en él, pero no tardó en darse cuenta de que la gente con la que se cruzaba no parecía verlo. En cuanto rebasó las últimas casas, saltó la cuneta y se adentró una vez más entre las hileras de vides. Se preguntó qué hora sería, y por la posición del sol calculó que debía de faltar poco para mediodía; luego se le ocurrió comprobarlo en el móvil de Rebecca. No eran más que las diez y media. El tiempo ya no transcurría. Siguió alejándose de la carretera y del pueblo, evitó a un grupo de trabajadoras que, inclinadas sobre las cepas, con la cara entre el espeso follaje, hablaban a gritos y reían. Por fin, al llegar a un bosquecillo, se sentó al pie de un árbol. En la lista de contactos del móvil figuraba el número de Marilou.

La chica contestó de inmediato y, al reconocer su voz, ahogó un grito.

–¡Creía que era Rebecca! ¿Estás con ella?

–No. Solo tengo su teléfono.

–¿La has visto?

–¿Y eso qué más da?

–¿Cuándo vuelves?

–No vuelvo. Se acabó.

–¿Cómo que se acabó? Todos te están buscando, la policía, todo el mundo… Creen que estás con ese pedófilo, o que te has fugado. Cuando vi que el coche se iba, ¡creí que ese hombre te había secuestrado! Julien dice que ya había venido otra vez. No paran de hacernos preguntas a los dos. ¿Dónde estás?

–No puedo decírtelo. Necesito que me ayudes.

–No tienes más que venir. Estamos preocupados. Sobre todo yo. –Victor oyó prolongarse el susurro con el que Marilou había dicho eso. La chica suspiró–. ¿Adónde vas a ir?

–No tengo ni idea.

–¿Quién es ese tipo?

–Uno que conocía a mi madre. Un chiflado.

–¿Es el mismo al que tiraste piedras aquella vez?

–Sí, es él.

–¿Y qué quiere de ti ese cerdo?

–No puedo decírtelo. Necesito que me hagas un favor. ¿Dónde estás?

–En mi habitación. Ordenando. A mamá le ha dado un ataque, no puedo salir con Julien. Él está jugando con la consola.

A la mente de Victor acudieron las imágenes de esa vida tranquila y segura, y sonrió sin poder evitarlo.

–¿Qué han dicho ellos?

–¿Quiénes?

–Tus padres.

–Nada. Ella no para de llorar, están preocupadísimos.

–Tienes que venir aquí.

–No puedo, ya te lo he dicho. Además, para hacer ¿qué? Te has ido tú, si quieres verme no tienes más que volver.

–Necesito la urna de mi madre. Quiero tenerla conmigo. ¿Puedes

traérmela? En una mochila. Y algo de comer.

Hubo un silencio. Victor oyó, lejana, la voz de Nicole, que le preguntaba a Marilou qué hacía. «Nada –contestaba ella–. La cama».

–Sí. ¿Dónde me esperas?

–En la tumba. No le digas nada a Julien.

–Pero yo no puedo tocar la urna, me da repelús. Julien no dirá nada.

–¿Esta tarde?

–Sí, pero no sé a qué hora.

–Esperaré. Acuérdate de traerme agua.

Marilou cortó. Al instante, Victor hundió la cabeza entre los hombros y se acurrucó contra el tronco del árbol. Se acercaba un helicóptero. Lo vio pasar sobre las copas de los árboles, lentamente, y luego alejarse, descendiendo aún más cuando sobrevolaba las viñas. Se estremeció pese al aire caliente que soplaba a través del follaje, se agachó aún más y se quedó mirando largo rato el helicóptero, que describía amplios círculos en lo alto del cielo o barría el terreno en vuelo rasante. Cuando ya no era más que un punto negro que iba desapareciendo hacia el oeste, Victor oyó los ladridos de un perro y a un hombre, gritándole órdenes.

22

Nadie respondió a los golpes que Vilar tuvo que dar a la puerta porque el timbre no funcionaba. Pegó el oído a la hoja para intentar percibir algo, pero en el interior el silencio era total, en la medida en que los ruidos del edificio permitían saberlo. La puerta del ascensor se abrió y una mujer acompañada por dos niños pequeños salió resoplando con una gran bolsa azul de provisiones en cada mano. Vilar esperó a que recorriera el descansillo y dejara su carga en el suelo para buscar las llaves en el bolso, luego le mostró la placa y le dijo su nombre y graduación.

–Busco a Céline Bosc.

La joven, con las redondeces embutidas en unos vaqueros y los opulentos pechos bamboleándose en una camiseta amplia de tirantes, apenas miró la placa, pero asintió jadeando. Los pequeños, un niño y una niña muy rubios que parecían de la misma edad, tenían sed, y hambre, y calor. Pidieron de beber, y su madre les dijo que se tranquilizaran y esperaran un poco, pero ellos insistieron con sus voces agudas y empezaron a revolver en las bolsas buscando los zumos de fruta. La mujer decidió ocuparse de ellos antes de atender al policía, que asintió, cogió una de las bolsas y la dejó en el pasillo del piso. Luego, esperó en el rellano a que la mujer acabara de darles de beber a sus hijos. Les hablaba alzando la voz, seguramente para dominar su incesante parloteo. Tras gritarles que vieran la tele y se estuvieran quietos, volvió a la puerta y se detuvo ante Vilar.

–Disculpe, estos críos siempre necesitan algo. Sí, mire, Céline ya no vive aquí. Desde hace dos meses.

–¿Sabe dónde puedo encontrarla?

La mujer se volvió hacia el pasillo para oír qué hacían los niños.

–Creo que no quiere que la encuentren, ¿sabe?

–¿Por qué? ¿Se fue sin pagar el alquiler?

–Sí, más o menos. Bueno, yo tengo que ocuparme de mis hijos, así

que, si no tiene más preguntas…

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Vilar detuvo la hoja con el pie. Pegado encima del timbre, vio el apellido Rayet.

–Señora Rayet… ¿Su nombre de pila?

La mujer, que parecía sorprendida, soltó la puerta.

–¿Qué quiere usted?

–Que responda a mis preguntas y deje de tomarme por idiota. Actúo en el marco de una investigación criminal, y obstaculizar su buen desarrollo es un delito, para decirlo oficialmente. También se lo puedo hacer entender de otra manera, pero no me gustaría causarle problemas. Estar sola con dos niños no es fácil, puede que no merezca la pena añadir dificultades. Además, tengo bastante prisa. ¿Entonces? ¿Cuál es su nombre?

La mujer suspiró, apoyó el hombro en el marco de la puerta y cruzó los brazos.

–Caroline.

–¿Casada?

Caroline Rayet esbozó una media sonrisa.

–Qué más quisiera yo… No. Crío sola a mis gemelos. Como Céline también tenía que apañárselas sola, simpatizamos enseguida, si es lo que quiere saber.

–Lo que quiero saber es dónde está actualmente. Ha afirmado usted que no desea que la encuentren. ¿Qué quería decir?

–Es por él. Por ese cerdo.

–¿Qué cerdo?

–Su ex. Éric. El padre de su hija.

Vilar sintió en la nuca el hormigueo de una quemazón que le recorría los nervios.

–¿Usted lo ha visto? ¿Venía a menudo?

–No, pero con las dos o tres veces que vino hubo bastante. La última casi la mata. De hecho, fui yo quien llamó a los maderos… bueno, quiero decir…

–¿Vinieron? ¿Ella puso una denuncia?

–Sí, vinieron, pero demasiado tarde, como de costumbre… Una

ambulancia se la llevó a urgencias, tenía un brazo y dos costillas rotos.

–¿Cuándo ocurrió eso?

–A principios de marzo.

El pequeño llamó a su madre quejándose de que Mélissa le había robado su galleta. Se oían gritos y golpes contra los tabiques. La mujer volvió la cabeza y tendió el oído hacia el interior del piso. Gritó a los niños que se calmaran.

Soltó un suspiro y negó con la cabeza.

–¿Le importa entrar? Así los vigilo de cerca…

Vilar cerró la puerta a su espalda y la siguió hasta la cocina, donde los chavales miraban boquiabiertos, con asombro, un pequeño televisor tomándose un refresco. Caroline Rayet volvió junto a Vilar.

–¿Cómo es él, físicamente?

–Alto, moreno, manos grandes… Ojos verdes. No está mal, si no fuera… Venía a dormir de vez en cuando, pero si bebía o consumía alguna cosa se ponía violento. Quería seguir acostándose con ella, pero Céline se negaba, ya no dejaba que la tocara. Decía que era un enfermo. De modo que al final siempre había bronca. Y Céline no se parece a mí, es muy poquita cosa, así que, claro…

–Después de que interviniera la policía, ¿volvió?

–No. De todas formas, ella estaba tan aterrorizada que dos semanas después ya había encontrado una solución. Además, aquí ya no podía pagar el alquiler. Encontró una caravana para alquilar en Beutre, donde Cristo perdió el gorro, en la rue de la Princesse, nada menos. Imagínese las condiciones, con Alexia… Ya veremos en invierno cuando haga frío… Fui a verla, y me dejó la moral por los suelos.

–¿Qué edad tiene la pequeña?

–Siete años. Es un encanto de niña. Si no la tuviera, no sé cómo saldría adelante.

Vilar asintió. No era la primera vez que oía eso. Nadia, y Sandra, y ahora Céline, mujeres que solo seguían en la brecha porque sus hijos estaban ahí, con toda la vida por delante, como ellas procuraban imaginársela, considerando que su propio futuro, a los treinta años, se parecía a un callejón sin salida. Quiso alejarse de ese mal fario, pensó

en algo que decir para despedirse de aquella mujer, que ahora estaba dispuesta a contarle su vida y, sin duda, la de las demás, porque por fin alguien escuchaba lo que tenía que decir, aunque fuera un poli pálido y sudoroso con cara de pasmo.

–Tengo que irme –dijo casi con brusquedad, mientras ella seguía hablando de lo dura que era la vida, que no te regalaba nada.

Caroline se interrumpió en mitad de la frase, lo miró sorprendida y luego asintió con la cabeza.

–Disculpe –añadió Vilar–. Es importante que encuentre a Céline, ¿comprende?

Le dio la sensación de que huía. Ya solo hacía esas dos cosas: huir y perseguir, como buen guardián de las leyes de la jungla.

Debía de haber estado un par de veces en aquel barrio de Mérignac alejado de las autopistas y las vías de circunvalación, y necesitó un plano para encontrar la rue de la Princesse, que parecía una carretera rural y discurría por una tierra de nadie en la que alternaban bosquecillos, prados invadidos por las zarzas y vertederos ilegales. Había algunas casas, aquí y allí, vigiladas por perrazos y flanqueadas por cobertizos torcidos hechos con tablas en equilibrio precario.

El parque de caravanas estaba al final de un camino asfaltado bordeado de acacias. Bajo los árboles, en la luz atenuada de primera hora de la tarde, parecía uno de tantos campings. Vilar dejó el coche en la entrada y echó a andar. Una quincena de caravanas más o menos vetustas y de tamaño variado, desde la casa sobre ruedas hasta la caja de cerillas, se alineaban a ambos lados de un paseo central. Al fondo del terreno se veía una construcción sólida, seguramente el bloque sanitario, del que salieron dos mujeres con baldes llenos de ropa. Al verlo acercarse, se detuvieron. Les preguntó dónde podía encontrar a Céline Bosc, y la más joven, alta, delgada y con la cara huesuda, quiso saber quién se interesaba por ella. Vilar les enseñó la placa.

–El avance a rayas azules y verdes –dijo al fin la chica señalando con el dedo una caravana bastante larga con el techo cubierto de verdín.

Vilar se alejó sintiendo en la nuca las miradas inquietas de las dos mujeres. Un poco más adelante, tres chavales se columpiaban bajo un

pórtico malva y rosa riendo a carcajadas. Aquellas risas infantiles sonaban de un modo extraño en el opresivo silencio que reinaba en la sombra, bajo el denso follaje de los robles.

Se limpió los pies en la entrada del avance, en un felpudo raído en el que aún podía leerse HOME, SWEET HOME, y a continuación dio unos pasos por un linóleo que imitaba el parquet. Había un sofá de terciopelo marrón arrimado a la caravana, bajo una ventana abierta. Una mesa de camping y tres sillas plegables ocupaban el centro de aquella especie de salón de lona, en el que hacía un calor sofocante. En una esquina, había un sillón de mimbre con dos cojines frente a un televisor apagado. En el otro extremo, un armario de contrachapado descansaba sobre un palé de madera. No tuvo que llamar, porque la puerta se abrió y una mujer apareció al mismo tiempo que una nube de humo de cigarrillo. Llevaba una camiseta azul marino de los Girondins de Burdeos y unos vaqueros cortados por encima de las rodillas. Su pelo revuelto, negro con mechas rojas, y su cara abotagada hacían pensar que había estado durmiendo o bebiendo. O ambas cosas.

–¿Céline Bosc?

–Sí, soy yo, ¿y usted?

Vilar se presentó y nombró a Éric Sanz de inmediato. Al instante, Céline lanzó una mirada circular a través de las ventanas de PVC transparente del avance.

–Pase –se apresuró a decir–. Estaremos mejor sentados dentro, hace menos calor.

Al entrar, Vilar sintió que el suelo temblaba o quizá se hundía un poco bajo sus pies. La mujer le indicó un banco corrido protegido con una funda burdeos.

–¿Quiere tomar algo? ¿Una cerveza? ¿Un agua con gas?

Vilar salivó. Optó por la cerveza. En el otro extremo de la caravana los bancos formaban una cama fija cubierta con una colcha estampada con personajes de dibujos animados. Encima, en un estante, había unos cuantos libros infantiles, junto a unas pilas de ropa cuidadosamente doblada. En el diminuto fregadero de aluminio se secaban un plato y un vaso.

La mujer se sentó frente a él y abrió dos botellas con movimientos rápidos y precisos. Le tendió la cerveza y bebió un largo trago de agua mineral. Luego encendió un cigarrillo y le ofreció otro a Vilar, que lo rechazó.

–Busco a su expareja, Éric Sanz. Lo…

–¿Cómo me ha encontrado? ¿Por Caroline?

–Sí. No se lo tenga en cuenta, le he insistido bastante.

–Sí, me lo imagino…

Esbozó una sonrisa burlona fingiendo examinar la botella de agua.

–Bueno, ¿qué ha hecho esta vez ese desgraciado?

–Es sospechoso de asesinato.

Céline soltó el humo del cigarrillo con un suspiro y miró por la ventana negando con la cabeza.

–Tenía que pasar. Ya estuvo en la trena por eso, o poco menos.

–Por agresión con agravantes.

–Si, sobre todo para la chica que recibió la paliza. Ahora está en una silla de ruedas. Paralítica. Para el caso, muerta, ¿no le parece?

Vilar decidió no contestar. Observaba a Céline, que gesticulaba con vehemencia hasta cuando no hablaba. Sacudía la ceniza del cigarrillo como si quisiera vaciarlo de todo el tabaco y movía los hombros a la manera de un boxeador que está calentando. La máscara de cansancio que le cubría el rostro impedía ver de inmediato sus grandes ojos grises y sus finas facciones, que la nariz aguileña hacía parecer afiladas.

–Ese hijo de puta… –masculló.

–Háble me de él. Dígame dónde puedo encontrarlo, para que lo paremos.

–¿Cómo? ¿Le pegarán un tiro? Porque es lo que habría que hacer, joder. Librar al mundo de ese canalla. Pero no… Usted le pondrá las esposas, y luego estará detenido hasta el juicio y le caerán quince años máximo, ¿no es eso? Y dentro de siete u ocho volverá a cargarse a alguna pobre mujer y a reclutar putas para fiestorros de ricos. Es lo único que sabe hacer. Eso es lo que pasará.

–Cuando usted lo conoció, ¿era diferente?

–Era el tío más guapo y más amable del mundo. Trabajaba en la

barra de una discoteca a la que yo iba a veces con mis amigas, para reír un poco y desahogarnos. Teníamos veinticinco años, éramos cajeras en Carrefour, así que, para olvidarnos un rato de esa porquería de curro, de los jefes y los horarios de mierda, los sábados íbamos tres o cuatro a la boîte, a ponernos a tono, y no nos daba miedo nada, quizá porque sabíamos que ya habíamos empezado con mal pie. No sé… Él servía las consumiciones con su gran sonrisa, y empezamos a hablar. Y ya está. Durante dos años fue genial. Sabía que había salido de la cárcel, él me lo contó, fue claro. A veces no venía a dormir, yo sospechaba que aún estaba metido en cosas, pero lo dejaba tranquilo porque, aparte de eso, a su lado era feliz como una tonta. –La sombra de una sonrisa se deslizó por su rostro; luego sus rasgos recuperaron la dureza–. Llegó Alexia, y eso lo cambió. Nunca ha aceptado a la niña. Una vez, furioso, me dijo que no era suya. Pero bueno…

Dejó de hablar y se recostó en el respaldo con los ojos bajos. Se oían las risas de los niños.

–¿Su hija no está?

–La he mandado a un campamento. Para una cría no es bueno estar siempre en una caravana. Véalo usted mismo: intento mantener esto limpio, pero es como vivir en una caja de zapatos. Allí se ocupan de ella, se divierte. Gracias a la asistente social, es casi gratuito. Más lo que me ahorro en comida. Y cuando trabajo, al menos sé dónde está. Una vecina se la queda hasta que salgo del curro.

De pronto se levantó, cogió el paquete de cigarrillos y encendió uno.

–Hay un sitio en el que podría encontrar a Éric. En casa de sus padres adoptivos. En Saint-Martin-du-Puy, un pueblo de Entre-Deux-Mers. Viven cerca de una tía mía que es de Sauveterre, por eso me acuerdo. Éric va regularmente, está muy unido a ellos. Se las hizo pasar canutas cuando era joven, y después, pero siempre vuelve, y ellos lo reciben con los brazos abiertos. Él era cartero. Y ella se ocupaba de chavales que le confiaban los servicios sociales. Por eso tuvieron la custodia de Éric hasta su mayoría de edad.

–¿Cómo se llaman?

–Debió de decírmelo, pero ya no me acuerdo… Pralon o algo así…

¡Ah, sí! ¡Pradeau! Y la madre se llama Irène.

Un doloroso estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Vilar.

–¿Tiene Éric algún hermano?

–Sí, pero están peleados. El hijo de los Pradeau, vaya, su verdadero hijo. No sé cómo se llama. Éric nunca lo mencionaba, como si se avergonzara de él. Cualquiera habría dicho que quería esconderlo. Y tampoco permitía que se lo nombraran. Prohibido.

Vilar se levantó y, al instante, sintió un mareo y tuvo que apoyarse en un armario para mantener el equilibrio. La mujer se dio cuenta e interrumpió el gesto de llevarse el cigarrillo a los labios, pero no dijo nada. Vilar farfulló algo parecido a un adiós o una disculpa y salió. Miró el tranquilo follaje de los árboles sobre su cabeza, agujereado por el sol y recorrido por tenues estremecimientos, y se dirigió hacia el coche con la mente en blanco y el calor agarrado a sus hombros como un agresor que se deja arrastrar para vencerte por agotamiento.

Condujo hasta Langon con el faro giratorio en el techo y la sirena de doble tono sonando casi todo el rato, a ciento cincuenta por hora la mayor parte del trayecto. Había abierto las ventanillas delanteras, y el estruendo del aire acabó de aturdirlo. Ni siquiera intentó reflexionar sobre la traición de Laurent Pradeau. Sabía que lo habían traicionado, y eso le bastaba para rodar a toda velocidad hacia un pueblo minúsculo de cuya existencia acababa de enterarse, presentarse en casa de esa gente, ver qué pasaba e improvisar. Tenía la sensación de estar atravesando un túnel. No envuelto en tinieblas, sino cegado por la claridad. Acababan de encender la luz en su oscuridad, y era insoportable. Y lo único que podía ver era su obligada trayectoria.

En una gasolinera, compró un mapa de la zona y lo estudió fumándose un cigarrillo, porque había encontrado un paquete olvidado en la guantera. Le costó localizar el pueblo, que rodeó con un trazo de bolígrafo, y reanudó la marcha con la sensación casi infantil, mezcla de excitación y aprensión, de moverse en territorio enemigo por aquella campiña apacible y reverdecida. Se equivocó dos veces, y tuvo que maniobrar en caminos que se internaban en densos bosques. Luego dejó el coche a la entrada del pueblo, en el cruce de dos estrechas carreteras,

en el sentido de la partida, y continuó a pie. Vio a una anciana con un gran sombrero de paja sentada a la sombra de una catalpa en una silla de jardín.

Al oír su voz, la mujer se despertó sobresaltada y sus ojillos azabache lo miraron mientras el agujero negro de su boca se redondeaba con una expresión de sorpresa. Vilar repitió la pregunta, y ella pareció pensar y luego alzó un brazo vacilante hacia su derecha.

–Allí, sí, la última casa, la que tiene los postigos azules y el coche delante.

Le habría gustado que se calmaran los caóticos golpes que el corazón le daba en el pecho. Le habría gustado respirar sin dificultad y que el calor se le despegara de la piel. Se preguntó si no se derrumbaría allí mismo, en mitad de la calzada, de golpe. Rodeó el coche, un viejo Renault 12 familiar con las puertas del lado derecho abolladas. En el interior había un revoltijo de cajas de cartón, botellas de agua mineral vacías y bolsas de plástico. Y en el maletero, inmenso, un saco de dormir desplegado. Alguien había dormido en aquel coche. Éric Sanz había dormido allí. Vivía allí dentro, se desplazaba sin cesar, solitario, imposible de localizar, entre otras cosas porque su hermano poli lo mantenía al corriente de todas las investigaciones. Y ahora, sencillamente estaba en casa de sus padres. Vilar siguió avanzando por el camino, que, tras pasar ante la vivienda, descendía hacia los campos y las viñas, que se extendían hasta unos grandes árboles oscuros, para tratar de pensar en lo que iba a hacer, solo y sin arma. Se planteó avisar a Marianne Daras, y se imaginó el follón, los gendarmes acudiendo al rescate, Sanz subiendo al furgón esposado y llevándose a su celda todo lo que sabía sobre Pablo y sobre lo que había sido de él. Se vio a sí mismo en medio del despliegue policial, mientras aquel hombre se alejaba sin haber dicho una palabra, porque los tipos como él, que hablan por los codos y lanzan insultos y amenazas a los cuatro vientos, se convierten en una tumba en cuanto los trincan; de vez en cuando, hacen perder el tiempo al juez con revelaciones parciales o pistas falsas, pero jamás cuentan la verdad. Peor aún, podía marcharse montado en su cafetera en cualquier momento, y Vilar no tendría

ninguna posibilidad de pararlo.

Volvió sobre sus pasos y llamó a la puerta.

El hombre que apareció en el umbral lo miró al instante con los ojos desorbitados, y su barbilla tembló y su boca se abrió para decir algo, porque era evidente que había comprendido a quién tenía delante, así que Vilar ni siquiera sintió la necesidad de enseñarle la placa.

–Mi hijo acaba de irse –farfulló el anciano.

Era alto y flaco. Su largo cuello no era más que un haz de tendones en cuyo centro la manzana de Adán se agitaba como una pelota sobre un chorro de agua. En el fondo de su atezado rostro brillaban unos ojos muy azules, prisioneros de una apretada red de arrugas.

–Déjeme entrar –dijo Vilar–. De todas maneras van a llegar refuerzos.

Pradeau padre dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y lo precedió por un pasillo adornado con cuadritos, cuyo contenido Vilar no intentó distinguir. Entraron en un cuarto de estar en el que un aparato de televisión hacía bastante ruido.

Vilar vio a la anciana, sentada en un sillón con un gran cojín debajo de la cabeza, en el momento en que su marido se acercaba a ella para quitarle el mando a distancia y bajar el volumen. Ella hizo un gesto malhumorado y luego fijó sus negros ojos en el policía.

–Le presento a Irène, mi mujer. Está enferma desde hace cinco años. Siempre dice que no oye bien la tele, así que me birla el mando y sube el sonido. Ya no sabe lavarse, pero eso aún es capaz de hacerlo, ya ve… Todo el mundo se sorprende. ¡A este señor le gustaría hablar con Éric! –dijo el hombre.

Había alzado la voz, y Vilar comprendió que la información no iba dirigida solo a la anciana. Aguzó el oído. El resto de la casa estaba en silencio.

–Pues dale el dinero del pan –dijo la mujer–. Lo he dejado en la encimera. El martes estaba demasiado cocido. A los chicos no les gusta. Y mira que os lo tengo dicho…

Se calló y siguió asintiendo con la cabeza, luego su mirada volvió a inmovilizarse, perdida en la pantalla del televisor. Cogió el mando y subió el volumen, pero Vilar pudo oír un débil chirrido al fondo del

pasillo que habían recorrido para llegar al cuarto de estar. Salió disparado de la habitación, pero no le dio tiempo a volverse. Embestido por un hombro, golpeó con la cadera una especie de cómoda, y al instante notó que lo agarraban y lo lanzaban contra el suelo. Dio con la cabeza en el zócalo y sintió un estallido de dolor en toda la parte superior del cuerpo. Una arcada le contrajo el estómago cuando la primera patada se hundió en él.

–Pero ¿qué pasa? –chillaba la anciana.

Vilar vomitó un poco de bilis mientras intentaba pensar en coger aire, porque tenía la sensación de estar hundiéndose en una especie de penumbra borrosa. Inspiró casi gritando, y acto seguido notó que una mano lo agarraba de debajo del mentón. En ese momento, oyó un aullido continuo que llenaba toda la casa y comprendió que la voz, aguda hasta romperse, pero que renacía una y otra vez de su propia rotura, gritaba:

–¡Socorro! ¡Mi hijo! ¡Socorro!

Después una cara se acercó a la suya hasta casi pegarse a ella, y vio los ojos verdes muy cerca, la indecisión de esa mirada, la angustia que la atravesaba con cada repetición del grito. Y la mezcla sin brillo de odio y estupidez bestial. Percibió el aliento mentolado. El tipo mascaba chicle. Vilar se concentró en eso, porque no podía pensar en nada más.

–Has conseguido encontrarme, y eso es un buen trabajo de poli, joder, estoy impresionado. Me habían advertido que eras bueno, pero esto… ¡Chapó! No te voy a matar. Aquí no. Delante de ellos no. Ya has asustado a mi madre, y debería destriparte por eso, cabrón. Aquí no, pero pronto irás adonde yo te diga, y entonces veremos. Además, no has acabado. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! ¡Pablo! Piensa bien en él. Pronto te diré.

Sanz le golpeó la cabeza contra el suelo y Vilar ya solo vio que pasaba por encima de él, pero no oyó cerrarse la puerta ni arrancar el coche. Permaneció casi inconsciente hasta el momento en que el anciano le aplicó una bolsa de hielo en la frente. Cuando volvió en sí fue incapaz de calcular cuánto tiempo había estado fuera de combate, pero pudo sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared y

sujetar la bolsa de hielo en lo alto del cráneo. El anciano no decía nada. Iba y venía entre el cuarto de estar y el pasillo, y se afanaba alrededor de Vilar con cara de preocupación, arrastrando las alpargatas. Le trajo un vaso de agua, que Vilar vació de un trago. La anciana gemía en el sillón.

–¡Oh, Dios mío! –repetía con voz quejumbrosa.

Vilar se incorporó lentamente y se quedó sorprendido al ver sangre en las baldosas. Se preguntó de dónde salía, y entonces notó en los dedos la humedad de una herida en la parte posterior del cráneo y también un corte en el pómulo y sangre en la barbilla, que goteaba sobre la camisa y el suelo.

–Lo estoy poniendo todo perdido… –le dijo al hombre, que se acercó con una bayeta y se arrodilló para limpiar.

El anciano volvió a levantarse jadeando y desapareció en la cocina. Vilar lo siguió, pese al dolor de cabeza y el mareo, que no consiguieron derribarlo. Cogió papel de cocina de un rollo colocado en un soporte, se lo aplicó al pómulo y dejó la bolsa de hielo en el fregadero.

–Señor Pradeau, tengo que llamar a Laurent.

El señor Pradeau volvió hacia él su triste rostro.

–¿Qué cambiará eso? Ya ve qué situación… Qué catástrofe. Mis hijos…

–Yo no sabía nada. Laurent me hablaba de la enfermedad de su mujer y decía que a veces no tenía valor para venir a verlos.

–Lo sé. Ahora ya no viene tanto. De todas formas ella no lo reconoce, desde hace casi dos años… Y él y yo nunca hemos sabido muy bien qué decirnos… Hace un mes que no lo veo. No sé nada de él. Ni una llamada de teléfono, nada. El otro día lo llamé al móvil y no me contestó. No sé. Pero Éric sí, él viene a menudo. Es la única persona a la que Irène aún reconoce. Es realmente extraño. No lo trajo al mundo, cuando nos lo dieron ya tenía cuatro años, pero en cuanto llega, ella se levanta y da unos cuantos pasos para estrecharlo en sus brazos. Y cuando se va, se echa a llorar. Cinco minutos después ni se acuerda de que ha venido, pero siempre le da una pena enorme que se vaya.

Acercó una silla y se sentó pesadamente. Clavó sus ojos azules en los

de Vilar y le preguntó por qué estaba allí.

–Para detener a su hijo Éric.

–¿Qué ha hecho?

El anciano se agarraba a la mesa con las dos manos, pendiente de la respuesta de Vilar.

–Con toda seguridad, mató a una mujer.

Pradeau padre cerró los ojos. Asía el borde de la mesa con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

–No puede ser verdad… –murmuró. Negaba con la cabeza lentamente. Luego volvió a abrir los ojos y miró a Vilar a través de las lágrimas que los llenaban pero no caían–. Lo escucho –dijo con un hilo de voz.

–Hemos necesitado tres meses para llegar hasta él, hasta aquí. También he venido para intentar comprender por qué Laurent me ha estado traicionando durante todo este tiempo y por qué se volatilizó hace ocho días. Hay otras cosas que me gustaría comprender, pero no está claro que lo consiga.

Vilar se sentó, porque, decididamente, aquella cocina tenía tendencia a bailar a su alrededor.

El anciano se sacó de un bolsillo un paquete de pañuelos de papel, se secó los ojos y se sonó. Le costaba respirar. La voz le temblaba un poco.

–Eran auténticos hermanos, ¿sabe? Se querían de verdad. Laurent protegía a Éric, lo defendía en la escuela cuando los demás lo molestaban, porque él casi no hablaba, durante años, hasta sexto de primaria apenas abrió la boca, solo se comunicaba con su hermano mayor… Con nosotros era cariñoso, venía a acurrucarse a nuestro lado en el sofá. Conservó esa costumbre mucho tiempo…. Y cuando empezó a hacer estupideces, en la adolescencia, Laurent lo cubrió, como suele decirse… Mentía por él. Hasta debió de participar en alguna de las fechorías de su hermano… Pero no pudimos hacer nada. Ni Laurent ni nosotros. Había algo roto en él, incluso antes de que nos lo entregaran, seguramente. En cuanto cumplió la mayoría de edad se marchó, no pudimos o no supimos retenerlo. Nos prometió que vendría a vernos… En realidad, estuvimos tres años sin noticias suyas… En esa época,

Laurent estudiaba derecho. Ya quería entrar en la policía, no hablaba de otra cosa.

–¿Se veían ellos dos? Fuera de aquí, quiero decir.

–Yo creo que sí. Me di cuenta hace unas semanas. Laurent estaba al corriente de un problema de salud que había tenido su madre y del que yo no le había hablado. Y ese día Éric había estado aquí. Así que supuse que hablaban o se veían de vez en cuando. Cuando Éric entró en prisión, Laurent dijo que no quería volver a oír hablar de él. Durante toda la condena de su hermano, nos hacía callar en cuanto lo mencionábamos, y eso, esa situación, destrozaba a mi mujer… La cárcel, que nuestros hijos no se hablaran…

–¿Sabe que Éric tiene una hija, que vivió dos años con una mujer?

–Sí… Lo mencionaba a veces. Pero decía que era su vida, que no nos concernía. Y nosotros teníamos que conformarnos. –El señor Pradeau se levantó para ir a echar un vistazo al cuarto de estar.

–¿Cómo está? –preguntó Vilar–. Todo esto la ha conmocionado…

El anciano se encogió de hombros y volvió a sentarse.

–Dormida. Le he dado una pastilla. Una de las ventajas de esta enfermedad es que se olvidan los problemas. Dudo que su cerebro conserve alguna huella de lo que ha pasado. Como mucho, tendrá una pesadilla, quizá, o un ataque de angustia, pero tiene tantos, por nada, o a veces porque se da cuenta de que está desapareciendo… No me explico cómo puede tener esos momentos de lucidez… En ocasiones, me mira, me coge la mano, me la aprieta hasta hacerme daño y me pregunta: «¿Qué me pasa? ¿Qué pasa?». Tengo la sensación de ver cómo se hunde en arenas movedizas. No sé cómo explicarlo. Está tan lejos y al mismo tiempo tan cerca… Viva y muerta a la vez. Aún está aquí, pero lo único que me queda de ella son mis recuerdos. –Se calló un instante, casi sin aliento–. Todos se van, y yo no puedo hacer nada para retenerlos. Ni siquiera a ella… Como cuando tienes agarrada la mano de alguien que se está cayendo y sientes que resbala sin que puedas evitarlo, ¿comprende?

–Por lo menos puede tocarla, hablarle…

El anciano negó con la cabeza con amargura.

–Usted no puede entenderlo. Ya no es la que fue, ni siquiera sabe quién era. No sé cómo explicarlo… No se toca o se besa a alguien solo por el propio placer… Eso no funciona. Pero a ella las caricias no le hacen ningún efecto, absolutamente ninguno. A veces, cuando me acercó demasiado, se asusta y se pone a gritar. O, si no, lo que estrecho entre mis brazos es una gran muñeca inerte. Hay momentos en que preferiría estar solo a vivir con alguien que ya no existe más que por sus funciones vitales, como dice el médico. A veces, cuando tengo que cambiarla y lavarla, me vienen a la cabeza ideas que no son nada bonitas. No debería contarle esto a usted, que es policía. No se lo he dicho ni a mi propio hijo. Él finge no comprender. Se protege de esa manera.

Vilar trató de convocar la imagen de Laurent Pradeau ante el reflejo de él que le devolvía su padre. Le costaba hacer coincidir los dos avatares. Buscó aire con el ansia de un nadador exhausto que pugna por mantenerse a flote.

–¿Qué pasará ahora? –preguntó el anciano.

–Pondremos la casa bajo vigilancia e intervendremos su teléfono, por si Éric da señales de vida. Nada más. De todas formas, conseguirá que lo detengamos. Le gusta demasiado ese juego y acabará perdiendo. Necesito una foto de él, la más reciente que tenga. En nuestros archivos debe de haberlas, pero con las caras que les sacan no los reconocerían ni sus hijos.

Vilar no mencionó a Laurent: no sabía lo que pasaría y no quería agobiar a aquel hombre hundido en su silla. Al levantarse, se dio cuenta de que se aguantaba de pie sin marearse y de que las piernas parecían querer llevarlo.

–¿Está bien? –preguntó Pradeau padre, preocupado.

Vilar asintió.

–La foto, por favor.

Oyó que el anciano abría un cajón en el comedor y revolvía en él unos instantes. Luego volvió y le tendió una foto.

–Esta es de hace tres años.

–Servirá.

Vilar se dirigió a la puerta de entrada. Al pasar por delante del cuarto de estar, echó un vistazo a la anciana, que dormitaba con la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta. Se volvió hacia su marido.

–No se preocupe. Es decir… cuide de ella, señor Pradeau.

Regresó a Burdeos siguiendo el mismo itinerario que a la ida, aturdido por la velocidad, el ruido y el dolor de cabeza. Cuando estuvo en las calles del centro, le costó creer que aquellos lugares le eran familiares y que llevaba años recorriéndolos. Se sentía casi extranjero, o como si acabara de volver de un largo viaje. Al entrar en el aparcamiento de la comisaría, saludó al vigilante maquinalmente, y cuando bajó del coche se sorprendió al oír las voces, los portazos y los chirridos de neumáticos de un equipo que salía a una emergencia.

Al ver que tenía la camisa ensangrentada y la cara tumefacta, la gente se volvía. Él saludaba como si tal cosa y aseguraba que no era nada. Al preguntar por Marianne Daras, le dijeron que precisamente lo estaba buscando.

La capitana estaba en su despacho.

–Cierra la puerta –le dijo al verlo entrar.

Se sentó frente a ella, que lo miró fingiendo no ver las heridas y los hematomas que le habían hinchado, amoratado o ennegrecido la cara.

–No voy a preguntarte qué te ha pasado. Prefiero pensar que te has comido una puerta con la cara porque eres un tío muy despistado. Tan despistado que en el calabozo tengo a un fulano, Thierry Lataste por más señas, sobre el que me pregunto qué hace ahí exactamente. ¿Está bajo custodia? ¿Esperando la expulsión? O a lo mejor lo encerraste para comprobar si las celdas son cómodas… Y la declaración, ¿dónde está? Vas y detienes a ese tío en su puesto de trabajo, te lo traes aquí, lo interrogas tú solo, lo enchironas, solicitas una búsqueda sobre un tal Éric Sanz, y todo a tu bola, sin informar a nadie. ¿Quién te crees que eres, Harry el Sucio? ¿El inspector Chapuzas? ¿Qué coño es esto? Tengo a la jueza echando fuego por el teléfono porque un abogado le habla de arresto y detención arbitrarios, tengo a Garnaud tocándome las pelotas porque se pregunta dónde están mis hombres, el uno desaparecido desde hace ocho días y el otro ilocalizable… ¡Conque, joder, vas a irte a

tu casa mientras decidimos qué hacer contigo! ¿Entendido? Sales de aquí, vas a que te cosan y te abstienes de hacer de policía hasta nueva orden. ¿Estamos?

Vilar la miraba fijamente. La rabia le había puesto colorete en las mejillas, y estaba favorecido.

–¿Me piro ya, o quieres enterarte? Eso podría ayudarte a hacer tu trabajo.

–Venga, escupe… Mierda, ¿no tienes un pitillo?

Vilar encontró el paquete arrugado en uno de sus bolsillos y lo lanzó a la mesa.

–Estás de suerte, no he sangrado encima.

–Para, que me vas a hacer llorar. Bueno… ¿Qué tienes que contarme?

Marianne fumaba con evidente placer, aspirando profundamente el humo y soltándolo con fuerza. Quizá intentaba calmar así su exasperación.

Con la respiración entrecortada, Vilar le contó con detalle el día que acababa de vivir y lo que había descubierto. Llegó un momento en que la capitana, no sabiendo qué hacer con la colilla, la aplastó con el zapato para no interrumpir a Vilar –que hablaba sin quitarle ojo, pero seguramente sin verla– ni perturbar el silencio que los rodeaba y caía sobre cada frase como para placarla contra el suelo e impedir que produjera su efecto, o incluso que se oyera. Cuando Vilar se calló, Marianne no dijo nada ni se movió; miró el plano de la ciudad que adornaba la pared como si buscara una salida a todo aquello en aquel laberinto. Al cabo de unos instantes se recostó en el sillón y dijo con voz suave:

–Lo que no consigo entender, ni imaginar, es dónde está Laurent en estos momentos ni qué coño está haciendo. Solo espero que…

–Yo también lo he pensado. Si es así, nunca encontraremos el cuerpo. Sería muy propio de él desaparecer sin dejar rastro y tocar las narices hasta el final.

–Joder, lleva meses informando de tu vida y milagros al hermano, y todo ¿para impedir que lo detengas? Me preguntaba cómo se las había arreglado para no acertarle a tres metros, la noche en que te cazó en el

parque infantil, sin conseguir siquiera inmovilizarlo con un disparo un poco preciso. ¿Recuerdas? ¡Casi ponemos dinero para pagarle unas clases! No caímos en la cuenta de que debió de apuntar al pelo con la intención de rozarlo lo justo para que tú pudieras atestiguar que le había dado.

–Por no hablar del secuestro de Morvan. Siempre hemos pensado que tuvieron que llevarlo a cabo dos tíos, y luego la limpieza que habían hecho en su casa, ni una fibra, ni un pelo… Y en el estudio de Nadia lo mismo…

Marianne se levantó, rodeó el escritorio y se quedó medio sentada en el borde, frente a Vilar.

–¿Cómo ha sido capaz? ¡A Morvan lo torturaron! No puedo imaginar a Laurent haciendo eso, ¡no es posible! ¿Y el acoso con el asunto de Pablo? ¡Joder, erais amigos, conocía al chico!

–No sé. Puede que haya perdido el control.

–Pero ¿por qué, hostias? ¿Por qué correr todos esos riegos, por qué tomarla contigo, su amigo, sobre todo jugando con algo tan delicado como tu hijo, joder? ¿Cómo se puede cambiar tanto en tan poco tiempo? Hay algo que une a esos dos cabrones, algo que va más allá de la complicidad entre hermanos. Tiene que haber otra cosa. Habrá que investigar. Remontarse en el tiempo para hurgar en el pasado de los dos a la vez, ahora que conocemos su relación. Hay un hueso enterrado en algún sitio.

–Había un poli que merodeaba alrededor de los saraos que montaban los ricachones, ¿sabes? Sandra de Melo lo mencionó. Sanz hacía de gancho, pero no sé cuál era el papel del otro en todo aquello. Estoy seguro de que ese poli era Pradeau.

–¿Y qué iba a hacer allí, vigilar a su hermanito? ¿Evitar que hiciera estupideces?

–Puedo imaginar juegos eróticos que acaban mal, una sesión un poco extrema y una chica que la palma en ella.

–Imaginar no sirve de nada. Siempre hay rumores, chismes sucios. Además, ¿cuándo fueron esas fiestas? Habría que revisar todas las desapariciones o todos los homicidios no resueltos. Figúrate. Ahora

mismo tenemos a un asesino de mujeres paseándose por la ciudad. Ya ha decapitado a dos, más una que se le puede atribuir… ¿Cómo quieres que, sin pruebas, solo fiándonos de nuestra intuición, reabramos casos archivados o nos chupemos el fichero de las personas desaparecidas años después? Además, te lo repito, ¡no veo a Laurent en el papel de psicópata, joder!

Vilar no respondió. Intentaba asimilar lo que acababa de decir Marianne y trataba de imaginar la cantidad de investigaciones necesarias. Sabía que el pasado nunca muere. Que solo muere con la memoria.

–Yo sí, sí lo veo. Ahora sí.

Quiso enderezarse un poco en la silla, pero un dolor terrible le atravesó el costado derecho. Hizo una mueca e intentó respirar.

–¿Y si fueras a que te curaran un poco? ¿Quieres que alguien te acompañe a urgencias? Ese malnacido te ha partido una costilla, como mínimo.

Vilar rechazó la oferta con un gesto de la mano y se puso en pie. Los dolores se le despertaron por casi todo el cuerpo, y se quedó inmóvil unos instantes esperando que se le pasaran. Marianne, que se había puesto a buscar en un cajón, sacó una caja de pastillas, se levantó y fue a llenar un vaso de plástico al surtidor.

–Tómate dos de una vez, para que al menos te tengas en pie.

Vilar se tragó las pastillas y bebió otro trago de agua. Le pareció que habría podido beber litros.

–Vete a casa, descansa, duerme si puedes. En cuanto haya algo, te llamo. En ese estado no puedes hacer nada. Ya vale por hoy, ¿no crees? Sabemos cómo se llama y por dónde se mueve. Después de tres meses estancados no está mal, ¿no? Voy a ver cómo organizo el dispositivo de vigilancia en casa de los padres de Pradeau y en los alrededores de la caravana, aunque no creo que sirva de nada. Si sigue las instrucciones de su hermano, no caerá en esa trampa. Haré que busquen también el coche. Es casi nuestra única baza.

Vilar volvió a casa y se duchó enjabonándose con cuidado el dolorido cuerpo. Las dos pastillas que le había dado Marianne le permitían

moverse y respirar sin sufrir demasiado, pero los dolores se le encendían bajos los dedos como si su piel fuera una pantalla táctil que reaccionara al menor roce. Intentó recordar dónde lo había golpeado Sanz, y le costó comprender que le hubiera sacudido tanto en tan poco tiempo. ¿O es que había seguido ensañándose con él mientras estaba inconsciente?

Se ocupó de la herida del cráneo, un corte de dos centímetros en lo alto de un enorme chichón que le pareció poco profundo. Se aplicó un poco de Betadine y espolvoreó la zona dolorida con un polvo antiséptico que encontró en el botiquín. Luego, se untó las abrasiones con una pomada que olía a alcanfor y menta, y se acordó de Pablo: cuando había que ponerle ese tipo de ungüentos le gustaba olisquearlos pegando la nariz a la boca del tubo con los ojos cerrados.

Acababa de vestirse cuando sonó el teléfono. Por supuesto, el corazón le dio un vuelco y luego pareció negarse a latir de nuevo. Por supuesto, cuando fue hacia el aparato, a su alrededor ya no existía nada más: caminaba en mitad de la noche sobre una viga de hierro suspendida en medio del cielo.

Era Marianne.

–Acaban de llamar del hospital. Sandra de Melo ha muerto hace una hora.

La viga se balanceaba en su cable. Vilar buscó en el fondo de su pecho el aire que le faltaba.

–¿Y el niño? –Se le había quebrado la voz. Se aclaró la garganta.

–¿Cómo? –preguntó Marianne.

–Su hijo. José. Un niño autista. Lo ingresaron en psiquiatría la otra noche, y ahora… No es sitio para él.

Colgó sin añadir nada. Se sacó de la chaqueta una copia de la foto de Éric Sanz y la examinó esperando tener, como por arte de magia, una visión de aquel hombre al volante de su coche y del sitio en el que se encontraba, pero no vio más que su fino rostro de ojos grises, que sonreía al objetivo con una expresión tímida y dulce delante de la bahía de Arcachon en marea baja, con las embarcaciones varadas descansando sobre un lado en el arenal reluciente de sol.

23

Los perros habían dejado de ladrar, y eso le preocupaba todavía más, porque podían aparecer en cualquier momento y saltarle encima y agarrarlo de la camisa para derribarlo y mantenerlo en el suelo hasta que los polis se abalanzaran sobre él. Corrió en línea recta deslumbrado por el sol, con las cansadas piernas luchando con cada pendiente y los inseguros tobillos torciéndose en el suelo accidentado. Se detuvo para orientarse y localizar el camino de la tumba, y aprovechó para coger aire. Ya no oía nada, ni siquiera el ronquido de los tractores o el tráfico en la carretera, y por un instante imaginó que el pueblo había interrumpido toda su actividad para buscarlo. Ese silencio le pareció amenazador, así que decidió reanudar la marcha sin pérdida de tiempo hacia el lugar de la cita, confiando en que Marilou no le hiciera esperar demasiado.

Se escondió en el monte bajo, desde donde podía verla llegar. Sentado con la barbilla en las rodillas y las manos entrelazadas sobre ellas, se olisqueó el cuerpo, que empezaba a apestar a sudor y suciedad. Se dijo que al cabo de dos o tres días olería tan mal como el mendigo junto al que su madre y él habían pasado una tarde: estaba tumbado en la acera cerca del palacio de los deportes, vestido con harapos de un color indefinido, entre gris y marrón, cuyo tufo a queso rancio o agua estancada había tenido impregnado a las fosas nasales mucho tiempo. Vio de nuevo el bulto oscuro tendido en el suelo, inmóvil, que se había vuelto para mirar con miedo y asco, mientras su madre, tirándole de la mano con suavidad, apretaba el paso. Cuando él le comentó lo mal que olía aquel hombre, ella sin detenerse se limitó a decir: «Es el olor de alguien que ya no sabe si está vivo».

Ahora sabía cómo olía alguien muerto. Su madre muerta. Le parecía que era lo único que sabía.

Cerró los ojos y empezó a contar mentalmente: si Marilou llegaba antes de alcanzar tal número, sería un buen augurio, y si llegaba

después, un presagio de desgracias. Así pasó el rato, haciendo lo mismo cada cierto tiempo, porque Marilou no llegaba y él no acababa de creerse que semejantes tonterías pudieran doblegar el azar. Mientras, se quitaba la mugre que el polvo y el sudor le habían dejado entre los dedos de los pies. Luego se levantó de su puesto de observación y empezó a recoger leña menuda, que amontonó con cuidado. Arrancó la hierba alrededor y rodeó la leña con piedras que encontró en un hoyo donde había crecido una acacia. Mientras lo hacía, pensaba en Robinsón Crusoe, en la vida salvaje. Se imaginaba convirtiéndose en una leyenda viviente, el niño de los bosques al que nunca habían encontrado, y se dijo que debería dirigirse hacia el norte del Médoc, para perderse en las ciénagas y los bosques, donde nadie volvería a verlo.

Acababa de sentarse en el centro de aquella especie de campamento cuando, a través del follaje, vio surgir el vestido rojo de Marilou en lo alto de la cuesta. La chica se detuvo, arrancó unos cuantos granos de uva y dejó la mochila delante de ella. Se puso la mano sobre los ojos a modo de visera para otear las inmediaciones de la tumba, y en cuanto distinguió a Victor corrió hasta él, lo estrechó en sus brazos y, cogiéndole la cara con las dos manos, se la besó por todas partes, en la frente, las mejillas y la boca, jadeando. Al principio, sorprendido, la dejó hacer, sin saber dónde poner las manos, sin atreverse a tocarla; luego la rodeó a su vez con los brazos, de manera que durante unos instantes permanecieron pegados el uno al otro sin decir nada, muy cerca del rectángulo de tierra en el que estaba sepultado el secreto de Rebecca.

Entraron en el bosque y Marilou abrió la mochila, pero de pronto se apartó asustada, porque, en la sombra en la que estaban, el carmín de la urna había lanzado un destello insólito y suave, que los dos contemplaron como si fuera un prodigio. Después Victor se acuclilló, sacó el recipiente de la mochila y, tras examinarlo, lo dejó en el suelo y acarició su redondeada superficie. La chica lo observaba en silencio, inmóvil a unos pasos de él. Victor empezó a rebuscar en la mochila y sacó dos latas de paté y una bolsa de pan de molde, junto con dos

botellas grandes de agua. Abrió una chasqueando la lengua y bebió un largo trago.

En el fondo de la mochila encontró su navaja y dos paquetes de pañuelos de papel. Le dio las gracias a Marilou por la navaja, la abrió e hizo relucir la hoja cerca de sus ojos.

–Gracias también por eso –dijo señalando la urna.

–Yo no la he tocado. Ha sido Julien. No puedo hacerlo, me siento muy rara.

–¿Qué hace Julien?

–Se ha puesto a pintar la moto. Dice que te la enseñará cuando vuelvas.

Victor sonrió. Parecía pensativo. Marilou se acercó y se inclinó hacia él.

–¿Dónde has dormido? –le preguntó poniéndole una mano en el brazo.

–Por ahí, en las viñas, en un remolque.

–¿No has tenido miedo?

–No. Miedo ¿de qué?

–No sé. Esto, de noche, da miedo. Hay animales… ¿Por qué no vuelves? A casa, conmigo, tranquilo…

Victor hundió la cabeza entre los hombros.

–No.

Se miraba los pies, que jugaban con una ramita. Como el follaje ya no podía soportar su propio peso, ahora el calor les caía encima de lleno.

–¿Por qué no?

–No lo sé. No puedo quedarme. Estoy mejor aquí.

–¿Y si llueve? ¿Y cuando haga frío, en invierno? ¡No puedes convertirte en un vagabundo! ¡Tienes que quedarte con nosotros, ir a clase! Además, mis padres te quieren muchísimo, lo sé. Mi padre no dice nada, pero sé que le caes bien.

Victor se levantó con esfuerzo y empezó a guardar otra vez la urna en la mochila. Luego introdujo la comida y se metió la navaja en un bolsillo. En ese momento sintió que Marilou le daba unas palmaditas en

la pantorrilla.

–Mira… ¿No es él?

El hombre bajaba la cuesta directo hacia ellos bordeando una viña. Llevaba una camiseta blanca y encima un chaleco lleno de bolsillos. Andaba deprisa.

Victor se tomó el tiempo necesario para cerrar la mochila cuidadosamente y se la puso a la espalda. Marilou lo interrogaba con la mirada, esperando que tomara una decisión.

–Por allí.

Se deslizaron por el único hueco que había entre las zarzas, salieron del bosque y, casi de inmediato, se encontraron ante dos hileras de vides, entre las que corrieron en dirección oeste. Victor llevaba de la mano a la chica, cuyas sandalias de cuero tropezaban en los terrones.

–¿Adónde vamos? –le preguntó a Victor.

Él no respondió. Con la cintura doblada, corría en línea recta a toda velocidad y luego torcía de pronto hacia una vereda entre dos viñas, a veces, tirando bruscamente de Marilou, que gemía de dolor o sorpresa pero no decía nada, no se quejaba. Llegaron sin fuerzas ni aliento ante una casucha de piedra con un tejado puntiagudo y una especie de tronera. En el otro lado había un vano sin puerta. El suelo estaba lleno de bolsas de plástico que habían contenido sulfato y, con el tiempo, el piso, pero también las paredes se habían teñido de azul. Desde allí no se veía más que el trazado rectilíneo de las hileras de vides y ninguna otra cosa, y tampoco se oía nada.

Apoyado contra una esquina, había un viejo binador de hierro mellado y cubierto de herrumbre. Victor aferró el mango, palpó la dura y reluciente madera y decidió quedarse la herramienta. Se sentaron con la espalda apoyada en la pared y bebieron cada uno un trago de agua jadeando, sin decir nada. Tenían los pies y los tobillos grises de polvo, y Marilou dijo que parecía que llevaran calcetines o medias. Se humedeció un dedo con saliva y se entretuvo dibujándose líneas más oscuras en la bronceada piel. Luego, como llevaban un rato sin decir nada, atentos sin duda al silencio, Victor susurró:

–No nos encontrará. Es gilipollas.

–Sí, pero para llegar a la tumba ha tenido que seguirme, y se enteró de que vivías en casa. Según tú, ¿cómo lo averiguó? No será tan gilipollas…

–¿Tienes miedo?

Marilou negó con la cabeza.

–No hay peligro –dijo ella tras pensar un momento–. Somos dos contra uno.

Victor se levantó.

–Vámonos. Tienes que volver a casa.

Se pusieron de nuevo en marcha por un camino lleno de surcos en cuyo fondo se habían solidificado las rodadas de un tractor. Antes de tomar la dirección del pueblo dieron un gran rodeo, pasaron no muy lejos de un castillo y oyeron ruido de máquinas y botellas que entrechocaban procedente de las bodegas. Divisaron una carretilla elevadora que maniobraba en el patio, y se agacharon para que no los vieran, diminutos en aquel mar de vides verde oscuro. Cruzaron dos carreteras sin saber adónde llevaban. Victor se orientaba por el estuario, que ahora tenían a la derecha, puesto que regresaban al pueblo.

–A lo mejor nos topamos con los gendarmes… –dijo Marilou.

Victor se encogió de hombros. Avivó un poco el paso, sosteniendo el mango de madera con las dos manos, como si fuera una escopeta. Divisaron la rotonda que formaba la carretera. En el arcén, bajo un sol que caía a plomo, había un coche de la gendarmería con todas las puertas abiertas.

–Ven conmigo –dijo Marilou–. Ya no hay peligro.

–No, ve tú. Yo tengo que irme. No puedo quedarme.

Marilou avanzó hacia la carretera y saltó la cuneta. Luego se volvió.

Victor había retrocedido en el surco y se había tendido boca abajo bajo las hojas de una vid. La vio buscarlo con la mirada, inmóvil con su vestido rojo sobre el asfalto recalentado. Marilou se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja, bajó la cabeza como si se preguntara qué hacer y luego se encogió de hombros y echó a andar hacia el pueblo por el centro de la carretera. Victor se levantó y, por encima de las

hojas, la vio hacerse cada vez más pequeña y, poco después, desaparecer entre las casas.

Con la sensación de que no volvería a verla nunca, se quedó largo rato mirando el punto en que la había perdido de vista, justo delante de unos postigos azules, allá lejos. Le habría gustado poder explicarle lo vacío que se sentía, allí, en el vientre, y también que ese vacío lo aprisionaba y lo acompañaba adondequiera que iba, manteniéndolo dentro de una burbuja que no lograba hacer desaparecer o estallar. Pero ella no podía saberlo, y menos aún comprenderlo. No podía ver la sombra que él distinguía a veces por las noches, en la oscuridad de su habitación. Ni oír aquella voz. Hacía un rato, cuando la había estrechado en sus brazos, había sentido su cuerpo delgado, duro y suave imprimiéndose en el suyo en el sitio exacto en el que residía esa carencia, acurrucándose en el hueco de la ausencia, pero eso solo había durado un instante, enseguida le había estorbado y le habían dado ganas de rechazarla, sin atreverse a hacerlo porque le gustaba la sensación de su pelo en el cuello.

Caminó en paralelo al estuario por senderos estrechos que se internaban en los cañaverales o atravesaban extensiones de fango seco y duro agrietado por el calor. Conocía aquel lugar en mitad de la nada, en el que Julien y él habían estado toda una tarde acechando a las nutrias y los peces que saltaban pesadamente en el agua. Durante más de una hora recorrió veredas mal trazadas que se perdían en eriales achicharrados por el sol o bordeaban viñas bien cuidadas con las hojas teñidas de azul por el sulfato. De vez en cuando veía el estuario entre los árboles, a su derecha, y se decía que habría podido seguir andando así hasta el mar y, a la mañana siguiente, despertarse en la duna y ver hundirse la noche en el horizonte.

Pasó junto a tres caravanas apiñadas bajo un grupo de árboles, mugrientas, cubiertas de churretones marrones, que creyó abandonadas hasta que oyó los vagidos de un recién nacido y los ladridos de un perro, seguramente grande, que lo asustaron y lo obligaron a dar un rodeo. Se decía que siempre podía defenderse con el viejo binador roñoso, pero el sitio en el que se encontraba parecía tan dejado de la

mano del hombre que una angustia sorda lo empujaba a alejarse, sin saber qué hacer ni dónde detenerse.

Pasó cerca de un pueblo cuya iglesia divisó a lo lejos, y poco a poco fue acercándose al estuario, hasta que reconoció el pontón pintado de azul, cuyo techo de chapa ondulada relucía al sol. Se acercó un poco más. La barca seguía allí, encadenada a un pilote, tumbada de costado en el limo. Un camino, o más bien un rastro de ruedas que se habían hundido en la tierra, desembocaba unos cincuenta metros más adelante en una especie de explanada que debía de servir para que los pescadores dieran media vuelta. La carrocería de un coche, sostenida por cuatro bloques de hormigón, se pudría rodeada de chatarra y neumáticos viejos. Recorrió el sendero en dirección opuesta para ver si llevaba a la parte posterior de una casa o una bodega, y comprobó que moría en otro camino más ancho de tierra batida, el mismo que habían tomado ellos para ir allí con las bicicletas. Le pareció que las huellas eran antiguas, porque en algunos puntos desaparecían bajo la hierba, que había vuelto a crecer.

Allí no iría nadie. Tenía la sensación de haber llegado al fin del mundo. Se preguntó qué hora era y encendió el móvil de Rebecca, que indicaba un poco más de las cuatro de la tarde. Lamentó que faltara tanto para la noche y, de pronto, agobiado, caminó hacia la sombra de los árboles que crecían pegados al pontón. Allí se sentó, abrió la mochila y bebió un poco, procurando dosificar lo que le quedaba. Estaba ante el agua marrón y, oyéndola gemir contra la orilla, apoyó la espalda en el tronco de un árbol y estiró las piernas. Cerró los ojos y dejó que su respiración se sosegara escuchando todo lo que murmuraba a su alrededor.

Comprendió que iba a quedarse dormido allí mismo, así que se levantó y subió al pontón. La puerta de la cabaña era un tablero reciclado con el barniz descascarillado, cerrada con un cerrojo y dos candados. Estaba torcida y el extremo superior no llegaba al dintel, así que introdujo el mango del binador por debajo del tablero y, haciendo palanca, lo sacó de los goznes sin demasiado esfuerzo. No tuvo más que empujar para que la puerta se soltara y cayera dentro de la cabaña,

donde volcó una mesa de camping y dos sillas plegables. Abrió los postigos a ambos lados del mecanismo que permitía manejar la red: una imponente rueda dentada movida por una manivela conectada a un cabrestante en el que se enrollaba un cable de acero. Se dejó acariciar por la brisa que penetraba por la abertura y pudo ver el estuario en toda su extensión.

El agua parecía amarilla a la luz del sol y el azul del cielo se reflejaba en ella en forma de jirones grises mecidos por la corriente. No muy lejos, un pez saltó en la superficie, y Victor permaneció al acecho por si lo hacía algún otro. La orilla opuesta no era más que una línea oscura sobre la que se extendía una inmensidad como nunca había visto. Hasta las cúpulas de la central nuclear parecían insignificantes, grandes guijarros dejados allí. Se estremeció al sentirse solo ante al anchuroso horizonte, orgulloso de hacerle frente y al mismo tiempo abrumado por sus proporciones y el peso que notaba sobre él. Se volvió hacia el interior de la cabaña y levantó del suelo las sillas y la mesa de camping. Luego abrió las puertas de un viejo aparador de formica: había platos, unos cuantos cubiertos, una botella de pastís, cuatro o cinco vasos apilados, sal, pimienta, una botella de aceite y dos latas de sardinas. En los cajones encontró cordel, unas tijeras oxidadas y todo un revoltijo de clavos, tornillos y trozos de alambre. En los estantes de abajo no vio nada interesante, aparte de una sierra para metales.

Se quedó en el centro de la cabaña, girando lentamente sobre sí mismo mientras se preguntaba si sería posible sobrevivir allí, en especial en invierno. No tenía una respuesta clara para esa pregunta. Colocó las sillas una frente a otra y se sentó en la primera con los pies apoyados en la segunda; luego cogió la mochila, se la puso sobre las piernas y empezó a buscar en su interior. Primero sacó la urna, se la apoyó en el estómago y la sostuvo entre las manos. Cerró los ojos. Estaba caliente. Cogió uno de los clínex que le había llevado Marilou, frotó el recipiente para borrar las marcas de los dedos y sacó brillo a la superficie roja humedeciendo un poco el pañuelo con saliva.

–Ya está, mami –murmuró.

Permaneció largos instantes sumido en ensoñaciones en las que se

mezclaban sin orden ni concierto recuerdos antiguos con otros protagonizados por Marilou, Rebecca y Julien, pero también Nicole y Denis, sin conseguir separar claramente su vida de antes de aquella otra. Había seguido existiendo sin saber muy bien cómo. Pero siempre estaba aquel dolor, aquella opresión en el corazón, aquel vacío insalvable. Aquel desierto lo seguía como una sombra.

Le costaba respirar, así que se levantó y contempló las aguas del río, agitadas por un poderoso remolino, e inspiró y resopló y negó con la cabeza soltando un gruñido. De repente sintió el calor sobre él. Salió de la cabaña a toda prisa y fuera encontró un aire más fresco que canturreaba en el follaje. Bajó hasta la barca y vio que estaba encadenada a uno de los pilotes del pontón. Se sentó dentro de ella con los pies apoyados en un revoltijo de cordajes. Buscó los remos a su alrededor, volvió a la cabaña por si estaban allí y no los había visto, y luego se dijo que el dueño debía de llevárselos a casa para que no se los robaran, como había querido hacer él. Se preguntó qué podía utilizar para impulsar la barca. Ahora el estuario bullía con miles de chapoteos y el agua se alzaba contra sí misma y se rompía sin cesar en un sinfín de jirones terrosos que a veces refulgían al sol. La marea alta empujaba bajo ella y arrugaba la superficie con su poderoso brazo.

Victor regresó a la orilla y fue a echar un vistazo alrededor de los restos del coche. Allí había todo un vertedero: neumáticos viejos, chatarra, cascotes y unas cuantas tablas largas que arrastró hasta su refugio. Luego empezó a trabajar en ellas con el binador oxidado y la sierra para metales. No seguía ningún método ni tenía suficiente fuerza. No tardó en chorrear sudor, que le escocía en los ojos y le dejaba un sabor salado en los resecos labios. De vez en cuando hacía un alto para beber un sorbo de agua, hasta que se acabó la primera botella. Estudiaba la marea creciente, observaba su inexorable paciencia, que ganaba terreno a la tierra seca.

Acabó obteniendo un trozo de madera más o menos manejable, con uno de los extremos achatado. Lo arrojó al interior de la barca e intentó serrar el primer eslabón de la cadena. El aceró resbalaba bajo los dientes, que no conseguían penetrar en él, mientras el chico gemía y

gruñía en la barca, que hacía oscilar con sus movimientos.

Cuando volvió a comprobar la hora en el teléfono de Rebecca, eran casi las siete y media. Decidió comer en la barca, que había atado al pontón con el cordaje. En la cabaña, cogió una manta vieja que apestaba a fuel y la echó sobre el asiento. Abrió una lata de sardinas, que devoró con la punta de la navaja, y rebañó todo el aceite con pan de molde. No se comió todo el paté, solo unas cuantas rebanadas untadas. Por último, se bebió a pequeños sorbos la mitad de la otra botella de agua.

Estaba contento y exhausto. Se tumbó en el fondo de la barca y miró las hojas de los árboles, que se agitaban sobre su cabeza. En la orilla se oían ruidos, crujidos de cañas secas, nutrias seguramente. También oía saltar en el agua a los peces arrastrados por la corriente, menos turbulenta ahora que el océano había ganado la partida.

Luego sonó un grito. Era Julien. Y una voz sorda. La puerta de un coche, que se cerraba. Subió a la cabaña a toda prisa para coger la mochila. Le costó volver a meter dentro la urna, se hizo un lío soltando los cordones, cogió el binador.

Al cruzar la puerta, vio al hombre corriendo hacia él, y detrás a Julien, trotando y chillando cosas confusas. El hombre ya no le prestaba atención, así que el chaval torció a la derecha para llegar al borde del agua. Con la navaja en la mano, Victor echó todo su peso sobre la barca para impulsarla hacia la corriente, pero olvidó que estaba amarrada, así que tuvo que forcejear con los nudos que él mismo había hecho. Estaba empujando la barca con los pies ya en el agua cuando la mano del hombre lo agarró del pelo, tiró de él y le tapó la boca con la mano, temiendo sin duda que alguien se alarmara si oía un grito en aquel sitio solitario, y le rodeó el cuello con el otro brazo. El chico sintió que la cara se le congestionaba, y con la boca totalmente abierta, tragó todo el aire que aún podía coger. Seguía sujetando la navaja, pero no sabía dónde ni cómo golpear, y era consciente de que el hombre lo desarmaría sin dificultad, así que clavó la hoja al azar detrás de él, en algo duro, la retiró y volvió a hundirla. Notó en el puño, aferrado al mango, una humedad que le repugnó. La mano se

apartó de su boca, y Victor se dio cuenta de que el hombre retrocedía tambaleándose. Al volverse, vio que su agresor se había repuesto y, erguido de nuevo, avanzaba otra vez hacia él sin decir palabra, con el pantalón lleno de sangre. Su pálida y reluciente cara no mostraba ninguna emoción. Parecía una criatura artificial cumpliendo la misión para la que la habían programado. La idea de que tal vez era inmortal, de que renacía una y otra vez de su propia destrucción, atravesó la mente de Victor cuando lo vio acercarse arrastrando la pierna con la cabeza agachada. En ese momento, Julien, que se había lanzado sobre él, recibió tal puñetazo que salió despedido, aterrizó sobre la espalda y se quedó inmóvil en el suelo, como muerto. Victor soltó un grito. Llamó al chico y luego dio media vuelta y corrió hacia la barca, que empezaba a alejarse corriente abajo. Se zambulló para coger la amarra, pero sus manos se hundieron en el cieno y se clavaron objetos duros y puntiagudos que le hicieron pensar en huesos. Cuando pudo asir la cuerda, tiró de la barca hacia él, hundiéndose en el agua a medida que avanzaba, y luego se aupó a la borda y se dejó caer al interior, en el que aterrizó casi boca abajo.

El hombre, con el agua hasta la cintura, se había agarrado a la popa e intentaba subir a bordo. A cuatro patas, Victor cogió el binador, se irguió y lo descargó con todas sus fuerzas, pero solo consiguió golpear en el hombro a su perseguidor con la parte superior del mango; el hierro mellado únicamente le rozó el omoplato. El hombre se rehízo y aferró la borda con las dos manos, pero parecía resbalar y hundirse en el fondo. El chico se puso de pie, desequilibrado por el balanceo que imprimía el hombre a la embarcación, y alzó la herramienta con las dos manos. Esta vez procuró mantener los ojos bien abiertos, pero, en el último momento, tuvo que agarrarse a la regala para no caer, y el binador resbaló en un lado de la cabeza, y Victor vio que el hierro arañaba el cuero cabelludo y, sin duda, arrancaba la oreja, porque ya no pudo distinguir nada entre la sangre que empezó a brotar. El hombre se llevó la mano a la herida aullando y tambaleándose en el agua, torpe y pesado, ahora con toda la mitad superior del cuerpo salpicada de escarlata, atascado en mitad de la corriente que

chapoteaba a su alrededor.

Victor paleteó como pudo con su rudimentario remo y se alejó del hombre, que, atontado, sacudía la cabeza y luego se daba la vuelta lentamente para regresar la orilla. Arrastrada por la corriente, la barca se alejó rápidamente de la margen en línea oblicua, de modo que Victor, con los brazos entumecidos y la espalda abrasada por el dolor, dejó de remar. Aún veía el pontón, pero ya no distinguía al hombre. Se preguntó si Julien habría vuelto en sí y recordó la espantosa violencia del puñetazo, capaz de parar en seco a un perro rabioso. Se sentía cobarde por huir de ese modo, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Sabía que tenía que desaparecer. Y ahora, en mitad del estuario, empujado aguas arriba, hacia Saint-Estèphe y Burdeos, remontaba el curso del tiempo y volvía al lugar del que había partido, sin poder hacer nada por evitarlo, porque, exhausto en su barquichuela, sería incapaz de luchar contra la fuerza de las mareas que mañana quizá lo arrojaran al océano y su fragor.

24

El teléfono. Vilar no se atrevió a moverse, como si el aparato, capaz de detectar su presencia, fuera a dejar de sonar creyéndolo ausente. También deseó que no fuera más que otro sueño. Vuelve a dormirte. Pasará. Es lo que Ana y él solían decirle a Pablo. Pablo solía tener miedo por la noche. Miedo de la noche, quizá.

Su móvil. Salió lentamente de los delirantes razonamientos del sueño. Eran casi las dos. Encontró el aparato. Lo llamaban de un fijo.

–¿Estabas durmiendo?

Vilar no había encendido la luz, pero la oscuridad había emblanquecido a su alrededor hasta el punto de que la habitación parecía pulverizada con fósforo. Cuando parpadeó, las manchas luminosas se agitaron en las tinieblas al ritmo de los latidos de su corazón.

–¿Qué quieres?

–Que acabemos con esto. Ya no me apetece jugar.

–¿Es que era un juego?

–A ratos, sí. Y creo que para ti también. Al menos te mantiene ocupada la mente. Todas esas chorradas de polis, las investigaciones, los fiambres, toda esa mierda. Te mantienen en pie, mi querido gilipollas. Si no, ya te habrías pegado un tiro, ¿verdad?

Una especie de hipido lo obligó a interrumpirse. Vilar lo oía resoplar.

–¿Desde dónde llamas? ¿Has abierto un consultorio psiquiátrico?

–Estoy en el Médoc, figúrate. Quería recuperar a mi hijo, pero ese bastardo no quiere escucharme.

–¿Tu hijo?

–Sí, mi hijo Victor, ¿te suena? Al menos sabrás que se lo han entregado a una familia de acogida, como las llaman ellos… Igual que a su padre, ¡igualito! ¡Deberíamos entendernos de maravilla! Pero qué va, ya es la segunda vez que se me escapa, así que ¡a la mierda, que reviente como la puta de su madre! De todas formas, el viaje está a

punto de acabar.

Vilar trataba de reflexionar, pero no llegaba a ninguna parte. Toda su atención se centraba en aquella voz, en la que creía percibir algo roto, un ligero temblor.

–¿Dónde está el chico? ¿Lo tienes contigo?

Sanz suspiró.

–Te… ¿Eres gilipollas o qué? Te acabo de decir que se me ha escapado. No tengo ni idea de dónde está. Y me la trae floja, ¿comprendes?

–¿Dónde estás? ¿En casa de quién?

–Te lo diré. Ven a buscarme.

Vilar se preguntó si era un ruego o una orden. La voz se había debilitado al final de la frase. La excitación maniaca, el énfasis que Sanz solía poner en cada palabra había desaparecido.

–¿Que vaya a buscarte? ¿No tienes coche?

Sanz suspiró.

–No tengo gasolina –farfulló confusamente–. Y no voy a arriesgarme a salir en plena noche, esto está infestado de gendarmes.

–¿Gendarmes? ¿Te están buscando?

–No. El único que me busca eres tú. No, buscan a los chavales. Deben de creer que los he violado, matado o vete a saber qué, joder. Ven a sacarme de aquí. Con tu placa de madero podré pasar los controles.

–Has hablado de unos chavales. ¿Qué chavales? Victor ¿y quién más?

–Nadie, ya te lo he dicho. Te lo explicaré. Ven, y después te llevaré adonde querías ir.

Vilar sintió que una corriente dolorosa le atravesaba el cuerpo. Los golpes que le había propinado Sanz le dolían de nuevo como si acabara de dárselos.

–¿Y adónde crees que quería ir?

–Lo sabes perfectamente. Hace cinco años que lo sabes.

–Estoy cansado. ¿Por qué iba a ir ningún sitio contigo? ¡Tú qué sabes lo que yo quiero! Te abriré en canal por lo que has dicho y hecho a propósito de mi hijo. Te… –Le faltaba el aire y el sofoco le agitó el pecho.

–Yo también estoy cansado. Cálmate. No abrirás en canal a nadie, porque no eres un tipo como yo, no tienes esa basura en la cabeza.

Vilar trataba de ordenar sus ideas. Era como intentar coger la lluvia y estrecharla entre los brazos. Está engatusándome con su palabrería. Todos los psicópatas lo hacen. Pero lo tengo. Y él a mí.

–Dime dónde estás. Si no lo encuentro, les preguntaré a los gendarmes.

Dio la luz para coger papel y bolígrafo. La claridad hizo surgir de las tinieblas una realidad familiar, y Vilar temió que su pesadilla se disolviera. Vertheuil. Una casa aislada en la carretera que iba a Cissac, con una verja azul. Un Golf blanco aparcado delante. Una especie de abeto en el jardín. A Vilar le pareció haber leído los nombres de esos pueblos, por casualidad, en etiquetas de botellas de vino. En el caos de su escritorio, encontró un mapa lo bastante detallado.

No sabía qué haría una vez allí. No sabía qué valor tenía la promesa de Sanz. Las ganas de pegarle un tiro en el vientre y verlo sufrir y morir poco a poco habían desaparecido, quizá porque en aquel tipo había algo agotado. Como un filón que ya no da más de sí. Iba a encontrarse cara a cara con él, después de todos aquellos meses en los que, con el llanto atascado en la garganta, no había deseado otra cosa que matarlo, y ahora se disponía a dejarse guiar por él, como un ciego conducido en la oscuridad por un perro rabioso. Se preguntó si no deseaba asistir a su caída. Puede que al final lo viera morir sin necesidad de tocarlo, viera apagarse solo aquel furioso incendio que lo había arrasado todo. Y sucedería en las profundidades de la noche, allá, prácticamente donde acababa la tierra, en aquel Médoc que iba afilándose para hundirse en el agua a medida que te adentrabas en él.

Se llevó la pistola que le había dado Pradeau antes de desaparecer. Comprobó la munición. Quince balas. Dejó el arma a su lado, en el asiento del acompañante, y mientras rodaba por aquella carretera oscura y recta, en la que se cruzaba con escasos coches que iban a toda velocidad, igual que él, acariciaba con las yemas de los dedos el acero tranquilo y tibio.

Poco después de Paillac encontró un retén de la gendarmería. Se

guardó el arma en un bolsillo de la cazadora y pasó el control de carretera sin mencionar que era policía. Los gendarmes llevaban chalecos antibalas, y algunos, que permanecían apartados, sostenían fusiles con la culata sujeta bajo la axila y el dedo en el guardamonte. Les dejó abrir el maletero y pasear el haz de su linterna por él. Esa tarde debían de haberles comunicado el número de matrícula de la ranchera Renault de Sanz a todas las unidades, y de momento buscaban un coche y sin duda a unos niños, sin saber realmente quién iría al volante: era poco probable que el historial y la foto del fugitivo hubieran sido enviados a todos los controles y las patrullas.

A continuación, se perdió por carreteras estrechas en medio de una oscuridad total horadada únicamente por las farolas de pueblos desiertos, bajo las que tuvo que parar tres veces para consultar el mapa. Cuando llegó a Vertheuil, dio una vuelta por el pueblo para orientarse y pasó una primera vez por delante de la casa en la que lo esperaba Sanz. Aparcó a unos cincuenta metros y, con el motor y los faros apagados, quedó envuelto en unas tinieblas tan opacas y densas como la nada. De repente sintió aquel peso en el pecho, y tuvo que respirar hondo dos o tres veces para recobrar un poco el aliento. A través de las ventanillas bajadas se oían unos cuantos grillos. La noche era templada, sin un soplo de brisa. No se movía nada, todo parecía haber dejado de existir. Vilar advirtió que ni siquiera veía sus propias manos, y fue asaltado por la súbita idea de que su cuerpo ya no existía, de que se había disuelto en el ciego vacío que lo rodeaba, de que estaba muerto y no se había dado cuenta hasta ese momento.

Abrió la puerta del vehículo, salió y se quedó quieto, jadeando estúpidamente en la claridad de la luz interior, que se había encendido y le permitía distinguir la herbosa cuneta. Pensó que Sanz quizá lo observaba y podía verlo, así que cerró la puerta sin hacer ruido y avanzó hacia la casa. Sobre su cabeza, la bóveda estrellada no iluminaba nada.

La verja se abrió sin chirriar. Las ventanas tenían los postigos abiertos y estaban a oscuras. Vilar se preguntó si Sanz lo veía. Y también qué habría sido de la gente que vivía allí. Empuñó la pistola y

dio una vuelta alrededor de la casa guardando cierta distancia para intentar ver algo a través de los cristales, que parecían espiarlo con sus miradas ciegas. De vez en cuando distinguía un diodo rojo o verde, el piloto de algún aparato enchufado. Poco a poco llegó a la conclusión de que caminaba alrededor de una casa muerta, no dormida.

Se detuvo de nuevo ante la puerta de entrada y decidió abrirla. La hoja giró sobre los goznes sin hacer ruido. Vilar esperó dos o tres segundos, pero en el silencio solo percibió el débil tictac de un reloj eléctrico, así que entró al fin, apuntando a todas partes, como si el arma pudiera iluminar algo, sintiéndose ridículo por gesticular de ese modo en aquellas tinieblas impenetrables. Encontró un interruptor y, al instante, la luz alivió la opresión que sentía en el pecho, y pudo respirar con normalidad. Se acercó a una puerta tras la que se adivinaba la presencia maciza de un sofá y entró lentamente en la habitación. Le llegó un olor a tabaco. Temía que Sanz le hubiera tendido una trampa y esperaba que se arrojara sobre él en cualquier momento. Avanzó por la habitación deslizándose los pies por el suelo, rodeó el sofá guiado por la claridad procedente de la entrada, y al llegar junto a la chimenea, un movimiento pesado, acompañado de un crujido de madera, le hizo dar un respingo y volverse hacia el sofá, que de pronto pareció hablar.

–Ah, joder, estás ahí…

Vilar buscó la luz y encendió una lámpara de pie.

Sanz, deslumbrado, se estaba incorporando. En el lado derecho de la cabeza llevaba un enorme vendaje de gasa empapada en Betadine sujeto con un esparadrapo que le cruzaba la frente en diagonal y casi le tapaba un ojo. Toda la parte superior de su polo estaba ennegrecida por la sangre coagulada, igual que la pernera derecha del pantalón, manchada hasta debajo de la rodilla. A su lado tenía una escopeta de caza y una cartuchera. Miraba a Vilar asintiendo mientras sonreía con la boca torcida.

–¿Qué coño haces en la oscuridad con esa pipa? ¿Vas a detenerme?

Tenía la voz pastosa. No dejaba de parpadear, aunque la luz era suave.

–¿Quiénes son?

–¿Quiénes?

–Las personas que viven aquí. ¿Qué les has hecho?

–Darles un susto. Cuando me han visto en este estado se han llevado un buen susto. Conque he aprovechado para birlarles la escopeta antes de que estuviera demasiado hecho polvo y luego me he asegurado de que no me tocaran más los cojones.

–¿Dónde están?

Sanz se llevó una mano al muslo y apretó los dientes. Luego se dejó caer contra el respaldo del sofá.

–Los he enterrado en el jardín. –Una risa forzada gorgoteó en su garganta–. Soy un verdadero asesino –dijo en medio de un ataque de tos–. Y tú un jodido superpoli… Y sé de qué hablo, tengo uno en la familia…

–Voy a coger esa escopeta –dijo Vilar–. No se te ocurra moverte.

Metió una bala en la recámara, levantó el percutor y dio un paso hacia Sanz.

–Adelante. Ya no la necesito. Ahora quien tiene las armas eres tú. Tú verás lo que haces con ellas y si eso sirve de algo.

Se tocó un lado de la cabeza; cuando apartó los dedos, estaban cubiertos de sangre.

–Mierda, otra vez estoy sangrando… Joder, ese cabrón me ha arrancado la oreja.

Permaneció inmóvil mientras Vilar se colgaba la escopeta del hombro y cogía la cartuchera.

–¿Quién te ha arrancado la oreja?

–El cabrón de mi hijo.

–¿Cómo sabes que es tu hijo?

–Lo sé. Mis cojones lo saben, que es lo mismo.

–¿Y desde cuándo te preocupas por él? ¿Y por tu hija? No piensas en ella muy a menudo, por lo que sé…

Sanz había vuelto a recostarse en el sofá y tenía los ojos cerrados. Su pecho se agitaba con lo que podía ser una risa burlona o una tos silenciosa.

–Has hablado con esa zorra… Así es como has sabido… como has llegado hasta mí… Me la traen floja ella y su mocosa. Yo no la quería. Fue ella quien se empeñó en tenerla cuando supo que estaba preñada. Se lo advertí…

Vilar miraba al hombre que en aquellos últimos cuatro meses había matado con las manos desnudas a dos mujeres y degollado a un joven. Que había manchado el recuerdo de Pablo, ensuciado su nombre, hurgado en heridas abiertas. Su deber habría sido pegarle una paliza y llevárselo a Burdeos para que lo encerraran, y cuanto más tiempo mejor, desde esa misma noche. En lugar de eso se limitaba, sin sentir siquiera curiosidad, a observarlo mientras hacía muecas de dolor y sangraba repantigado en aquel sofá.

Y sin embargo estaba delante del tipo de ser humano capaz de aquel tipo de crímenes, movido por esa forma de perversidad. Tenía rostro, y ojos que cerraba de vez en cuando, somnoliento, ya sin fuerza ni defensa alguna, a merced de cualquier policía que lo inmovilizara y le pusiera las esposas, sin que quizá se despertara siquiera. Sus heridas sangraban. Podías herirlo, hacerle sufrir, matarlo. Vilar quizá creyera en los fantasmas, pero no creía en los monstruos. A los monstruos los combaten y los matan héroes. Pero con hombres como aquel, que extendían su propio caos por todas partes, tenían que lidiar otros hombres, que se enfrentaban a ellos sin la menor certeza de vencerlos. Lo miraba. Había deseado hacerle sufrir y matarlo hasta el punto de despertarse algunas noches en medio de sueños angustiosos durante los cuales, estando a su merced, los golpes con los que quería machacarlo no tenían la menor fuerza ni efecto alguno, y las mismas balas, lentas como bolitas de papel, rebotaban en aquel cuerpo, cuya falta de rostro, entonces, impedía al sueño engañar al durmiente y lo despertaba, decepcionado, con el corazón enloquecido por una rabia impotente.

Mientras miraba a aquel hombre, Vilar buscaba en vano en su interior un poco de cólera u odio. Habría preferido estar poseído por el ansia de venganza, porque habría sido más fácil abalanzarse sobre él y disfrutar con cada golpe propinado, hasta el definitivo, el llamado «de gracia». Pero no sentía nada. En su interior ya no había más que una

espera a la que no se atrevía a poner nombre.

–¿Adónde quieres que vayamos al salir de aquí?

Sanz abrió los ojos. Miró a Vilar con cara seria, como si reflexionara sobre la pregunta o sobre la respuesta que iba a dar.

–Ya te lo he dicho. Lo sabes muy bien. Sabes lo que vamos a encontrar allí. Está casi en Dordoña. A dos horas en coche. Mi hermano nos espera allí. Fue el gendarme quien lo descubrió todo. Él no ha tenido más que comprobarlo. Me llamó ayer, aunque iba a avisarte igualmente. Dice que al menos te debía eso.

–¿Por qué lo matasteis?

–¿A quién?

–A Morvan. El gendarme.

Sanz se encogió de hombros suspirando, como si la pregunta fuera ociosa.

–Ya no lo sé muy bien… A mi hermano le parecía peligroso. Cuando vio lo que había en los ordenadores, dijo que no podíamos dejar ese cabo suelto. Parece que había dosieres sobre todas las fiestas guarras de la región, con los nombres de los peces gordos implicados, montones de cabrones podridos de dinero, presentadores de la tele, escritores y cantantes hasta las trancas de coca, incluso políticos… Mi hermanito no tenía ganas de que el tema le explotara en la cara, porque en esa época nos habíamos movido un poco en eso, hasta que me enchironaron. Él se ocupaba de mantener a distancia a los paparazzi, un favor que le hacía a un madero de Toulouse con el que había currado. Bueno, el caso es que hicimos hablar un poco al gendarme y lo despachamos. Un problema menos.

–¿Los dos?

–¿Por qué? ¿Te sorprende? ¿Aún no has entendido que tu colega probó toda esa mierda una vez y que le gusta mucho? Cuando empiezas a corromperte, no hay vuelta atrás. Vives para eso y te mueres por eso, mi querido gilipollas. No somos hermanos de sangre, pero nos parecemos. Además, no te hagas la virgen escandalizada: si no me necesitaras para llevarte allí, ¿cómo me lo habrías hecho pagar? Te habrías corrido machacándome la jeta, ¿o no?

Sanz se interrumpió y, jadeando, se llevó la mano al vendaje que le cubría la oreja y se quedó unos instantes así, con los ojos cerrados, soltando por la boca el dolor, que le tiraba de la cara hacia un lado. Chasqueó la lengua y agitó un brazo con un gesto vago y desganado.

–Vete a tomar por culo. No responderé a más preguntas. Tengo sed.

Se levantó penosamente y se quedó inmóvil, casi tambaleándose, antes de poder dar un paso. Luego caminó hacia la cocina. Vilar lo siguió, pero se detuvo en la puerta. Sanz tenía unas pastillas en la palma de la mano y estaba llenando un vaso de agua para tomárselas.

–Ese hijo de puta me ha jodido bien. –Se echó agua en la cara y volvió a beber del grifo.

–¿Dónde está esa gente? –insistió Vilar–. ¿Qué les has hecho?

–En el garaje, joder. ¿Qué crees, que los he matado y me he hecho un collar con sus ojos? ¡Ves demasiadas películas!

Vilar dudó un instante en dejar solo a Sanz, pero, viéndolo apoyado pesadamente en el fregadero con la cabeza gacha, se convenció de que ya no iría muy lejos.

Antes de encontrar el interruptor, percibió un fuerte olor a orina y oyó gemidos ahogados. Al encenderse, la bombilla le descubrió en primer lugar a dos chiquillas sentadas en el suelo delante de un gran congelador, atadas espalda con espalda con una maraña de cable eléctrico y amordazadas con cinta adhesiva. Cuando vieron acercarse a Vilar pistola en mano y escopeta al hombro, el terror les desorbitó los ojos, y empezaron a agitarse en todas direcciones, en la medida en que se lo permitían las ataduras. Se habían orinado encima. Las tranquilizó, les dijo que era policía, que todo había acabado, que no tenían nada que temer. Sus padres, que estaban en el otro extremo del garaje, atados del mismo modo, le dirigieron vehementes borborigmos. Les repitió que ya no había peligro y buscó algo para cortar las ligaduras entre las herramientas colocadas en estanterías encima de un banco de trabajo. Encontró unos alicates de corte y se acercó al padre, que alzó hacia él unos ojos llenos de pánico y odio, pero en lugar de soltarlo volvió a erguirse y bajó la mano que sostenía la herramienta. El hombre lo miró con estupor y gruñó algo sacudiendo la cabeza y

agitándose como un poseso, mientras su mujer se movía con él e intentaba ver qué ocurría torciendo el cuello. Tenían los implorantes ojos llenos de lágrimas, y sus caras, rojas e hinchadas, hacían muecas.

Vilar dejó los alicates a sus pies y les explicó que tenía algo urgente que hacer antes de liberarlos. También les dijo que la gendarmería estaba en camino. Encontró un cúter y un paquete de bridas de plástico para cables. Preparó dos para no tener más que cerrarlas y se lo metió todo en los bolsillos.

El hombre soltó un grito ahogado; tenía las venas del cuello hinchadas y los tendones tensos, a punto de romperse. Vilar le dijo que se calmara, que les enviaría ayuda, y dejó la puerta entreabierta a su espalda.

Regresó a la cocina, pero Sanz ya no estaba. Volvió a sacar la pistola, aunque no necesitó escudriñar la penumbra mucho tiempo: Sanz había vuelto al sofá y se había tumbado en él con un brazo sobre los ojos.

–Vámonos.

Como no reaccionaba, le clavó el cañón del arma en las costillas. Sanz dio un respingo y lo miró con los ojos desorbitados, atontado.

–Venga, espabila. Tenemos un largo camino por delante.

No se movió. Al contrario: empezó a respirar con la tranquila regularidad previa al sueño. Vilar lo agarró del cuello del polo y lo levantó. Sanz lo insultó y se debatió débilmente, pero Vilar lo tiró del sofá, del que cayó a cuatro patas a la alfombra, y empezó a arrastrarlo tras él agarrándolo de la cintura del pantalón. Chocaron contra la mesita y contra un sillón, y derribaron un taburete alto que sostenía una planta. Cuando llegaron al vestíbulo, Sanz gritó que era suficiente, que podía andar.

Vilar lo lanzó hacia delante, y Sanz cayó al suelo de bruces y luego se levantó con dificultad.

Cuando estuvieron fuera, con la puerta cerrada tras ellos, la oscuridad se los tragó al instante, y, por un momento, Vilar fue presa del pánico y tuvo que respirar por la boca para no ahogarse. Ordenó a Sanz que caminara delante de él y en la medida en que podía hacerlo en aquellas tinieblas, se mantuvo a dos o tres metros de él apuntándole

a la espalda con la escopeta, con un dedo en uno de los dos gatillos. La carrocería del coche relucía con no se sabía qué luz fósil, y Vilar empujó a Sanz contra el capó y le ató las manos a la espalda con una de las bridas que había preparado. Sanz lo insultaba y lo amenazaba confusamente, sin duda atontado por las pastillas que había ingerido, mientras Vilar le repetía en voz baja que cerrara el pico, que ya no tenía nada que decir. Luego lo empujó al asiento trasero y le ató los tobillos. A continuación, descargó la escopeta y la guardó en el maletero, con la cartuchera.

Cuando estuvo ante el volante, preguntó adónde iban. Como Sanz no respondía, repitió la pregunta.

–A ninguna parte. Déjame dormir.

Vilar apagó el motor y los faros, y se quedó inmóvil en la oscuridad, con los ojos dilatados frente a la noche. Ciego. Fuera, ya no existía nada. Oía su corazón, que le brincaba en el pecho. La cólera le impedía respirar.

–¿Qué has dicho?

El otro farfulló una obscenidad con voz estropajosa.

Vilar sacó una pequeña linterna de la guantera, la encendió, bajó del coche y abrió la puerta trasera. Levantó a Sanz, aturdido por los calmantes, y le golpeó la nariz con el extremo de la linterna.

–¡Eh, dime adónde vamos! Dime adónde se supone que quiero ir desde hace años, como tú dices, o te arranco la piel a tiras. –Tumbado en el asiento, Sanz parpadeaba bajo la luz de la linterna y hacía muecas, pero de pronto una sonrisa le deformó la cara todavía más–. Dímelo –repetía Vilar agarrándolo por el cuello del polo.

–¿Buscas a tu hijo? Yo también. Solo que yo he encontrado al mío vivo y el mariconcete me ha clavado una navaja en el muslo y me ha arrancado la oreja. No pasa nada, lo he captado. Y tú al tuyo, ¿en qué estado crees que vas a encontrarlo?

Vilar levantó la venda con dos dedos y le pegó un tirón. La gasa, pegada a la piel por la sangre seca, se soltó con un chasquido y Vilar vio brillar la herida a la luz de la linterna: un tajo sanguinolento y profundo que empezaba en lo alto del cráneo y había seccionado el

pabellón de la oreja, arrancando la mitad. Sanz aullaba e intentaba debatirse, pero Vilar lo sujetaba tratando de clavarlo al asiento con el brazo extendido y tenso.

–¡Habla, o te arranco el resto de la cara!

Ahora Sanz gemía, agitando débilmente las piernas atadas y pateando la puerta sin fuerza. Vilar lo golpeó encima de la oreja herida, y Sanz hipó y luego emitió una queja aguda, casi como un niño, mientras las lágrimas empezaban a resbalarle por la cara. A Vilar le entraron ganas de seguir golpeándolo, porque, ahora que estaba encima de aquel fulano y lo tenía a su merced, la furia que creía haber dominado se había apoderado de él, ¡oh, sí, hacerle sufrir y darle muerte! Ver apagarse el brillo fangoso de aquella mirada. Asió la costrosa oreja de Sanz, que gritaba «¡No! ¡No!» y castañeteaba los dientes.

–Ve hasta Castillon. Después ya te diré. No puedo más.

Se hizo un ovillo y se apretó lo que quedaba de la venda contra la herida.

Vilar condujo a toda velocidad y llegó a la autovía de Burdeos sin encontrar ningún control ni cruzarse con ningún coche. En la vía de cuatro carriles, a veces unos faros se aproximaban de frente y luego desaparecían en la noche como objetos abstractos que perfectamente podían no haber existido nunca. Llamó a la gendarmería para que fueran a liberar a la familia atada en el garaje. Le habría gustado saber qué había sido de Victor y del otro chico que había mencionado Sanz. Le preguntó, pero este, atontado por las pastillas, no respondió. Trató de convencerse de que no les habría hecho nada, simplemente porque nunca había atacado a niños. Sanz estaba obsesionado con aquella repentina paternidad y parecía haber adoptado el papel de padre incomprendido. Seguramente era imposible recorrer todas las ramificaciones de su locura. Vilar procuró dejar de pensar en aquellos chavales, puesto que no tenía alternativa. Aceleró para salir del Médoc cuanto antes y dejar atrás aquello. Circuló a toda velocidad por las autovías, cortó sus nudos de enlaces viarios, cruzó el río por el puente colgante sin ver la ciudad, cubierta por su manto de luz, abajo.

Ya voy, hombrecito. Estoy cerca, no tengas miedo.

Los ojos se le llenaban de lágrimas. La bola dura y amarga había vuelto a atascársele en la garganta. Se sentía agotado por la tristeza, la rabia, la soledad. Intentaba imaginar lo que encontraría allí, en vano. Solo sabía que llegaría en lo más oscuro y profundo de la noche, el abismo original de todos los terrores.

Pronunciaba mentalmente el nombre de Pablo solo para dar sentido a aquel siniestro viaje y continuar y no detenerse al borde de la carretera y dormir o morir después de haberle pegado un tiro en el estómago a aquel tipo que dormía detrás, herido por un chaval aterrorizado. Pero a veces la invocación, despojada de su magia por el silencio, no tenía efecto ni eco.

Miraba a menudo el retrovisor, en el que titilaban los faros de los coches que adelantaba a más de ciento cincuenta por hora, para ver si Sanz se despertaba o se incorporaba. Rodeó Libourne pegado al culo de un camión español sin poder adelantarlo en aquella estrecha ronda de doble sentido y pasó Saint-Émilion sin aminorar, con las manos crispadas sobre el volante. Cuando estuvo cerca de Castillon, le gritó a Sanz que despertara, porque casi habían llegado. Como no respondía, se planteó parar para zarandearlo un poco, pero al cabo de unos instantes vio dibujarse su silueta a la luz de los faros que los seguían, frotándose los ojos, chasqueando la lengua y quejándose de la sed.

25

La marea lo empujaba.

El pánico lo había abandonado a medida que se alejaba del pontón y los detalles se difuminaban en un borrón oscuro y tembloroso contra la luz. El hombre se había debatido contra el dolor, vacilando en el agua, retorciendo el torso y los brazos cubiertos de sangre, y sus alaridos y maldiciones habían perseguido al chico largo rato sobre el rumor del río. Su silueta había desaparecido de repente, y Victor no sabía si había caído al agua o regresado a la orilla.

Había tratado de ver si Julien se levantaba, pero pronto no distinguió más que la silueta del pontón flotando sobre el agua. No podía hacer nada contra aquella fuerza, contra aquella lentitud inexorable. La corriente lo había dejado en medio del estuario y las orillas ya no eran más que dos líneas borrosas sobre las que el cielo parecía echar todo su peso para hundirlas bajo el agua y ahogarlas. Un árbol desnudo y torcido que conservaba algunas ramas flotaba junto a él, y de vez en cuando rodaba y sumergía sus brazos cortados, como una criatura ciega que quisiera atrapar las cosas agazapadas en el espesor del agua.

Victor se preguntaba si los caprichos de la corriente le darían la ventaja a la barca o al árbol muerto. Distraía la mente con interrogantes de ese tipo para conjurar el vértigo angustiado que había hecho presa en él al verse perdido en aquella fragorosa inmensidad, que se deslizaba a su alrededor con toda su imperturbable fuerza.

El sol poniente arrojaba un fuego cegador sobre la turbulenta corriente, y por un momento, el chico se sintió aturdido, perdido en medio de un incendio de fósforo más allá del cual ya no podía ver nada. Se sentó en el suelo de la barca abrazado a la mochila para escapar de aquel fulgor que habría podido consumirlo, reducirlo a cenizas que el agua absorbería al instante, como insignificante polvo. Metió una mano en la mochila, la posó en la fría urna y le susurró a su madre sus pensamientos más dulces y más desesperados.

–Mami…

Después, todo se extinguió. Ya no hubo más que luz dorada y el cielo, de un azul cada vez más profundo hacia el este. Dos olas recorrieron la superficie del agua susurrando. Lo alzaron con suavidad, y vio aquellas líneas onduladas alejarse y las siguió con los ojos, hasta que la distancia absorbió toda su energía.

Remontaba el curso del río. Pasó delante de un pueblo, reconoció la campana de la iglesia, trató de distinguir detalles de la orilla con la absurda esperanza de que Rebecca o Marilou se encontraran allí y lo vieran pasar y le hicieran grandes gestos, pero estaba demasiado lejos, era demasiado pequeño en medio de aquella inmensidad para que alguien pudiera verlo o pensara siquiera en buscarlo allí. Ribeteada de árboles, deslizándose imperceptiblemente hacia atrás, la orilla, impenetrable, se oscurecía por momentos, mientras debajo de él la marea arreciaba y, a veces, lo zarandeaba excavando ante la proa agujeros de agua.

Se preguntó qué estarían haciendo todos, mientras buscaba en su memoria los ojos de Marilou y sus labios recordaban los besos de Rebecca. Pensando en todo eso no podía evitar sonreír. Luego se acordó de Julien, y un estremecimiento le sacudió el pecho y le hizo volverse hacia el lugar del que venía. Recordó la violencia del puñetazo y oyó de nuevo aquel ruido seco, sordo, antes de que el delgado cuerpecillo cayera al suelo de golpe, como una tabla. Nadie muere de un puñetazo. De varios, sí. Además, el chico había recibido otros, guantazos de los que te tumban en el suelo, puños y pies golpeándolo donde más daño podían hacer. Se lo había contado él mismo una noche en la galería, mientras miraban las estrellas y nombraban las constelaciones, que Julien nunca conseguía reconocer. Había hablado con voz serena, con la cara alzada hacia el cielo, fingiendo la indiferencia del duro, recordando unas veces a su madre, encogida debajo de la mesa para escapar de los golpes, y otras a su padre, ensañándose con él, o bien su aterrador cadáver, tendido en la bañera con la cabeza medio arrancada y los sesos esparcidos por los azulejos del cuarto de baño, tal como lo había encontrado un día al volver de la escuela.

El chico se lo había contado y luego, agachando la cabeza con un gran suspiro, había enmudecido de golpe y permanecido así, inmóvil, largo rato, mientras Victor pensaba qué decirle y veía desfilar por su mente imágenes macabras de sangre y restos humanos y cadáveres derrumbados en posturas imposibles, y se preguntaba cómo habría reaccionado si hubiera visto a su madre de ese modo. Había intentado compartir el horror que aún aterrorizaba al chaval, pero sus propias obsesiones no habían tardado en invadirlo y alejarlo de aquella otra desgracia. Se habían quedado callados, cada uno con sus fantasmas.

De pronto, Victor quiso volver a verlos. Sentir de nuevo que estaban a su alrededor. Oír su parloteo y sus risas. Notar las miradas furtivas de Marilou posadas en él y ver vacilar entre las sillas del jardín, inclinado y precario, el endeble cuerpo de Julien. Intentó remar con el trozo de madera en dirección a la orilla, gimiendo por el esfuerzo, golpeando el agua con el remo improvisado para romper el flujo de la pleamar, para romperle el espinazo a aquel monstruo. Consiguió orientar la proa hacia la orilla, pero entonces la corriente y las olas embistieron la embarcación por un lado y amenazaron con volcarla. Siguió luchando unos minutos, zarandeado y cayéndose de vez en cuando; luego se derrumbó en el fondo de la barca gritando de rabia y se hundió en una especie de estupor exhausto.

Vio acercarse hacia él los muelles de carga de la antigua refinería de Pauillac. Las señales ya estaban encendidas. Aguas arriba, una baliza roja se balanceaba sobre una boya. No tenía reloj, pero supo que era tarde. Quizá las nueve. Un faro se encendió justo enfrente de él, y entonces vio la isla en medio del agua, ya oscura y cubierta de árboles con las copas todavía iluminadas por el sol bajo. El estuario se estrechaba y, poco a poco, se llenaba de puntos luminosos y luces parpadeantes o fijas. Victor veía la noche llegar, extenderse y posarse. Se instalaba en oquedades y luego se derramaba y borraba gradualmente todos los relieves, difuminando los colores, hasta el instante azul en que la bóveda estrellada acababa encendiéndose hacia el oeste. Victor aguardaba el momento en que todo estuviera oscuro y hubiera que abrir los ojos completamente y absorber toda esa densidad

para distinguir los restos de alguna claridad dejada sobre alguna cosa.

Pasaba tan cerca de la isla que oía a los últimos pájaros que se acostaban piando. Volvió a coger el remo y viró hacia un grupo de árboles que parecían refrescarse en el agua. Sin duda, la corriente se había debilitado, porque pudo acercarse y agarrarse a una rama baja e inmovilizar la barca contra un tocón para amarrarla.

Se hizo totalmente de noche. El río canturreaba contra el casco. De vez en cuando, una luz caía de la orilla y rielaba en el agua negra. A lo lejos se divisaban los muelles de Paillac y las farolas del puerto deportivo. Los faros de un coche. La vida cotidiana de los demás. Y él, tan lejos de todo aquello, tan solo... quizá feliz por primera vez desde que ella había muerto. Sabía que sería posible volver a experimentar esa plenitud. Habría otros momentos parecidos a aquel, sencillos y misteriosos. La noche y el murmullo de las cosas. Se sentía fuerte y seguro como en un refugio inexpugnable.

Sacó la urna de la mochila y la estrechó contra su pecho.

Mami… Mira qué bonito que es todo esto, y nosotros estamos aquí, tranquilos. Mira allí. Y además, a veces los peces saltan en el aire. ¿Me oyes?

Sintió que se ahogaba y, casi gimiendo, tuvo que llenarse los pulmones de aire.

Sé que estás ahí, y que al mismo tiempo nunca volverás. Te hablo, pero ya no respondes, aunque sé que me oyes.

Cenó en aquellas tinieblas, a tientas, sin verse las manos. Dejó que sus dedos se las apañaran, manejaran la navaja, abrieran una lata, cogieran porciones, que masticó lentamente, con solemnidad, saboreando el momento tanto como la comida.

Luego se tumbó en el fondo de la barca bajo la manta que había cogido en la cabaña y se puso a escrutar el cielo esperando que una estrella se encendiera solo para él, hasta que el sueño lo invadió sin violencia e hizo huir al cansancio, y de allá arriba no llegó nada, ninguna señal, salvo aquella luz pulverizada e inútil, quizá ya muerta.

26

Se detuvieron a la entrada de Castillon, en el aparcamiento de un hipermercado, cerca de la gasolinera. Vilar salió del coche de inmediato, se metió la pistola debajo del cinturón y estiró los brazos para distender los hombros, que tenía agarrotados. Abrió la puerta trasera y liberó a Sanz de las ligaduras con el cúter, pero Sanz se quedó sentado, con la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta. Vilar lo observó, comprendió que no se encontraba bien y se preguntó si la herida de la cabeza no sería grave. Se sorprendió a sí mismo temiendo que muriera o entrara en coma antes de que todo hubiera acabado. Suponiendo que aquello acabara pronto, si acababa alguna vez. Se dio cuenta de que la muerte de Sanz podía ser un fracaso o un error definitivo por su parte.

Dio unos cuantos pasos atenazado por las ganas de fumar, miró la enorme extensión asfaltada, jalonada por las marquesinas bajo las que se alineaban los carros de la compra. Era un sitio triste y feo. El calor acumulado durante el día ascendía insidiosamente del suelo con efluvios de alquitrán y aceite de motor. Oyó voces y risas a su espalda. Se volvió y vio a un individuo que estaba llenando el depósito del coche y hablaba alzando la voz hacia el habitáculo. Dos o tres cabezas se agitaban y varios pasajeros armaban jaleo dentro del vehículo, que se balanceaba sobre los amortiguadores. Se les oía reír. Era viernes. Vilar supuso que sería un grupo de amigos que se dirigían a la discoteca. Por una ventanilla abierta asomó un brazo que ofreció al que sostenía la manguera del surtidor una botella cuadrada, quizá ginebra, se dijo Vilar. El tipo la rechazó aconsejando al otro que la tapara con la polla y cerrara el pico. Unas risas estruendosas sacudieron literalmente el coche.

Salieron disparados haciendo chirriar los neumáticos, luego volvió a reinar el silencio.

–Bueno, ¿qué hacemos? ¿Quieres esperar a que abran? ¿Cuándo llega

tu hermano?

–Cuando lo llamemos. Hazlo tú. Toma.

Sanz le tendió un trozo de papel en el que había escrito un número de móvil. Vilar marcó. Contestaron enseguida.

–Estamos en el aparcamiento del hipermercado. Junto a la gasolinera.

–En tres minutos estoy ahí.

–¿Qué has encontrado exactamente?

–Te he dicho que llego enseguida. ¿Éric está contigo?

–Por supuesto que sí. Jamás lo habría dejado atrás. Al menos vivo.

–Sí, lo sé.

Cortaron la comunicación al mismo tiempo. Vilar se alejó del coche, se llenó los pulmones para sacudirse el peso que tenía en el pecho y contempló la fachada del establecimiento, con los letreros de neón apagados. No podía pensar, preparar el menor plan ni entrever ninguna perspectiva. Veía agujeros llenos de agua y cuerpos arrojados a su interior. Sabía que estaba al borde de uno de ellos. Veía huir una silueta, inalcanzable. Volvió sobre sus pasos, vigilando la carretera para ver llegar a Pradeau. Sanz fumaba.

–Dame uno.

Sanz dejó los cigarrillos y el mechero en el asiento, a su lado. El paquete estaba manchado de sangre.

–Los pitos están secos, no te preocupes. –Tosió. La misma tos que por teléfono, cuando se ahogaba con las porquerías que farfullaba.

La primera bocanada le produjo a Vilar una especie de mareo. Dio unos cuantos pasos más. No conseguía reflexionar, imaginar el sitio al que iba a llevarlo Pradeau. Tenía la sensación de que todas sus actividades vitales se habían interrumpido: el pensamiento, los latidos del corazón, la respiración…

Escrutó la extensión vacía a la luz inútil de las farolas y se dijo que Pablo iba a aparecer allí, en la otra punta del aparcamiento, una pequeña silueta confusamente dibujada entre la noche y la claridad eléctrica, retenida todavía por la oscuridad, de la que saldría de pronto caminando con paso lento y vacilante. Concentró en esa visión toda la

fuerza mental que le quedaba pese a la apnea en la que flotaba desde que se habían detenido allí, porque a veces se dejaba llevar, por un instante, por la penosa ilusión de una voluntad mágica capaz de hacerse realidad materialmente. Miraba una puerta y soñaba que se abría y por ella entraba su hijo; acechaba las profundidades del silencio apostando a que el teléfono sonaría y oiría su voz. Soñaba con imposibles y se decía que Pablo seguiría vivo tanto tiempo como él pudiera hacerlo. Los dos faros se deslizaron hacia él casi sin ruido. Al verlos, se estremeció. Se llevó la mano al bolsillo, palpó el acero tibio de la pistola y se sintió miserable por tranquilizarse tocando un arma.

Pradeau detuvo el coche detrás del suyo, en perpendicular. Abrió la puerta, pareció dudar un segundo, y luego salió. Echó un vistazo a Vilar y luego se acercó a Sanz, se inclinó hacia él y le preguntó qué le había pasado y cómo se encontraba.

–Ha sido mi hijo, me ha golpeado con un pico o algo así. Me ha arrancado la oreja, ese hijo de mala madre.

–¿Tu hijo? ¿Qué hijo?

–Victor. El de Nadia.

–Hay que llevarte a un hospital. ¿Te duele?

–Un poco. No te preocupes por eso. Tengo pastillas para el dolor. De todas formas, me la suda. Tienes que ir ahí con ese. Haz lo que tienes que hacer.

Vilar se había acercado y los escuchaba.

–¿Qué coño hacemos aquí?

Con un gesto vago de la mano, Pradeau le pidió que esperara o se callara. Seguía inclinado sobre su hermano y trataba de convencerlo de que fuera el médico. Sanz soltaba juramentos confusos y le decía que lo dejara en paz. Sus voces graves gruñían sordamente en el habitáculo. Sanz alzó el tono.

–De todas formas, se acabó, ¿no? Tú mismo lo has dicho… No sé si tengo ganas de seguir…

Pradeau se irguió. Por primera vez desde su llegada miró directamente a Vilar, que pudo verlo mejor. Había adelgazado, la piel de su cara parecía papel crepé. Sus ojos tan pronto se desorbitaban

como parpadeaban pesadamente. Vilar se dijo que había tomado algo o llevaba días funcionando a base de pastillas, sin saber lo que significaba dormir. Pradeau empezó a hablar en tono monocorde, sin emoción, como si se dirigiera a un equipo de intervención antes de una misión.

–Está a diez minutos. No sé qué encontraremos. El tipo que vive allí se llama Jean-Luc Lafon. Es su casa de campo. Empezó como perito contable y asesor fiscal en los años setenta. La clase de curro que te abre todas las puertas y te permite tener información sobre todo el mundo. Era muy conocido en el mundo de los negocios de la región. Empresarios, bodegueros y grandes fortunas confiaban ciegamente en él. Ese tío debe de tener aún muchos trapos sucios en su lavadora. He investigado un poco: era fácil, Morvan había desbrozado el camino. En el 95 lo dejó todo para hacer negocios con los países del Este. No sé más sobre eso. Morvan había redactado un memorando para pedir que se abriera una investigación sobre las actividades de Lafon. Sospechaba que estaba implicado en la trata de personas: trabajadores clandestinos, putas y niños.

–Entonces avisaremos a la Interpol. Les mandaremos el memorando de Morvan.

–Me parece que no lo has entendido bien. Es él quien tiene las fotos en las que parece reconocerse a tu hijo. En los discos duros de Morvan había más. Lafon intercambiaba archivos con un montón de gente. Si quieres verlas, he traído algunas. Morvan había conseguido hacerse con ellas y había seguido el rastro hasta ese fulano. Mi hermano te las mandó sin decírmelo, no pude hacer nada para impedírselo y parar todo esto.

Vilar sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Abrió la boca para tragar todo el aire posible.

–Como con Morvan, supongo. Como no pudiste hacer nada para impedirle a ese cabrón que lo matara, le echaste una mano, ¿no es eso?

Pradeau lo miraba sin reaccionar, igual que si no comprendiera lo que le decía. Vilar se acercó al coche, agarró a Sanz del cuello del polo, pegajoso de sangre y lo sacó fuera a rastras. Sanz gimió, agitó los brazos débilmente y aterrizó a cuatro patas en el asfalto.

–Recoge tu mierda antes de que la atropelle. Lo pone todo perdido. Y no tengo ganas de que la palme en mi coche. Creo que prefiero ir solo. Dime dónde es.

Pradeau ayudó a su hermano a levantarse y lo sujetó mientras iban hacia el coche, donde solo pudo dejar que se derrumbara en el asiento trasero. Cerró la puerta despacio, como si no quisiera despertar al herido, volvió junto a Vilar y se detuvo más cerca de él de lo que había estado desde que había llegado.

–Voy contigo. Te lo debo. No sabes cómo van a reaccionar si ven que actúas solo, por tu cuenta. Éric y yo tratamos con ese tío entre el 98 y el 2000. Montaba orgías en Cap-Ferret y en Pyla con un hatajo de gilipollas forrados. Ya te lo habrá dicho.

–Sandra de Melo me había contado todo eso. Y tu puto hermano acabó con ella.

–Lo sé.

–Sí, lo sabes. Lo sabes desde el principio, y yo estoy aquí hablando contigo en vez de saltarte la tapa de los sesos, joder. Ya ni siquiera sé qué está pasando, qué hago con dos cabrones semejantes en plena noche, a lo mejor con mi hijo no muy lejos, Dios sabe en qué estado, ¡mierda, ya no lo sé! ¿Por qué no paraste a Sanz?

–Ya no lo controlaba. Sabía que, escarbando alrededor de Nadia, acabarías descubriéndolo todo, lo suyo, lo mío y todos los asuntos en los que estuvimos metidos. Y él decidió joderte con lo de tu hijo. Eso lo volvió majareta, le pareció el medio de presión perfecto para hacerte perder el control. No pude impedirlo.

–Podías haber hablado conmigo. Éramos amigos, ¿no?

–Entonces habría tenido que contártelo todo, y eso estaba descartado. Además, si lo hubiera entregado, Éric lo habría soltado todo. Me encontraba entre la espada y la pared. Y estaba mi madre… Ya solo lo reconocía a él. Era lo único que la unía un poco a su pasado, que le devolvía la conciencia de sí misma de vez en cuando. Jamás habría podido privarla de eso, ¿comprendes?

Vilar negó con la cabeza. Dio un paso atrás, se sacó la pistola y apuntó a la cabeza de Pradeau.

–Yo no comprendo nada. Esto es lo que debería hacer. Y después pegarme yo otro.

Se le caían las lágrimas. Su voz se apagó en medio de un ataque de tos seca.

Pradeau no se había movido.

–Cuando se sienten atrapados, están dispuestos a lo que sea para salvar el culo –dijo en el mismo tono monocorde–. Mataron a dos chicas que querían chantajear a un juez. Lo habían reconocido, había metido en el trullo a un amigo de ellas por un asunto de drogas.

–¿Cómo sabes eso? ¿Fue tu hermano? Fue él quien las…

Pradeau se encogió de hombros.

–Hizo desaparecer los cuerpos. Fue a arrojarlos al mar, frente a Hendaya. Un mes más tarde encontraron a una en la playa de Hossegor. Después de eso, yo dejé toda esa mierda. Ya no era posible.

–Sin duda porque tienes buen corazón. En el fondo eres bueno, ¿es eso? Apuesto a que eras tú quien pilotaba el barco. ¿Hablabas con las gaviotas?

–No seas gilipollas. Cuando las chicas desaparecieron con un mes de diferencia, lo comprendí. Salí de todo ello. Fue en esa época cuando Éric y yo dejamos de vernos. Después estuvo en el talego, y yo no quería saber nada de él. Ni siquiera iba a casa de mis padres, para no encontrármelo.

Vilar echó un vistazo al coche en el que dormía Sanz. Volvió a guardar la pistola.

–Tus historias familiares me la sudan. Llévame allí y cierra el pico. Creo que no puedes decir nada más en tu defensa.

Pradeau se volvió suspirando. Se sentó al volante y arrancó de inmediato.

Atravesaron el centro de Castillon para tomar una carretera trazada sobre un antiguo camino de sirga a lo largo del Dordoña. El río discurría unos metros más abajo, pero no se veía: su absoluta negrura cegaba la mirada. Al cabo de uno o dos kilómetros, Pradeau torció hacia un camino, se detuvo casi enseguida y apagó los faros. Vilar lo imitó, y la noche volvió a cerrarse sobre él. Bajó del coche, ofreció a la

brisa que soplaba allí la cara y se obligó a respirar profundamente, porque una vez más la oscuridad le aplastaba el pecho. Intentó distinguir algo, pero a su alrededor no se veía la menor claridad, ninguna forma. Los árboles se adivinaban por el murmullo del aire en sus hojas. El río, por el chapoteo de la orilla. Apenas sabía dónde estaba el coche de Pradeau, por un leve reflejo de la carrocería.

Susurró «Pablo», pero esta vez el nombre, engullido por las tinieblas, quedó sin eco, cuando habitualmente el aire parecía vibrar a su alrededor en cuanto lo pronunciaba.

Oyó que Pradeau accionaba el cerrojo de un arma y luego la deslizaba en la pistolera. Lo vio probar una linterna contra la mano.

–Está a cien metros, al final del camino. Lafon, su mujer y otro tío más joven. Llevo cuatro días vigilándolos. No he visto a nadie más.

Vilar abrió el maletero, sacó la escopeta, sopesó la cartuchera y luego renunció a llevárselos.

Pradeau caminaba delante.

–¿Y él? –preguntó Vilar al pasar junto a su coche.

–¿Lo echas de menos? Está durmiendo, creo. Luego me ocuparé de él. Vamos. Podemos ir a oscuras por el camino, es llano. No está lejos. Una casa grande, tipo mansión. Veremos las luces.

–¿No hay perro?

–No. Que yo sepa.

Siguieron avanzando en silencio. Solo se oían sus respiraciones y los crujidos de sus pisadas sobre la gravilla. Por encima de los árboles, a su izquierda, se distinguía el halo azulado de las luces del pueblo. La casa apareció, alta y blanquecina, débilmente iluminada por dos pequeños faroles que flanqueaban una escalinata. Un poco más lejos, en el límite de la zona clara, había cuatro coches aparcados.

Pradeau se detuvo. Vilar, que le pisaba los talones, casi chocó con él.

–¿Qué te pasa?

–La gravilla. Nos van a oír.

Vilar lo dejó atrás. El ruido de sus pasos repercutía en la fachada produciendo una especie de pesada crepitación que debía de oírse desde la carretera. Un perro ladró en la casa. Soltaba unos gañidos

acres. Vilar se imaginó al animal, el tipo de chucho al que podías matar de una patada. Subió los peldaños de la escalinata. Pradeau lo siguió. El perro no paraba de alborotar. La puerta no tenía echado el cerrojo. Vilar empuñó la pistola y abrió lentamente. Ya no pensaba en nada. Solo sabía que la angustiosa arena de esos minutos, que caía en su interior con una lentitud inexorable, pesaba más que toda su vida junta. Sabía que cargaría para siempre con ese peso o quedaría sepultado bajo él. Sabía eso. Lo sabían sus pies, que ahora no podían dejar de avanzar en aquella oscuridad, y también sus pulmones, que respiraban tranquila y profundamente, y su corazón, calmado, y todo su cuerpo, que le obedecía sin cansancio ni tensión. Cruzó el amplio vestíbulo y llegó al pie de una escalera; se volvió y vio que la silueta de Pradeau lo seguía. De pronto, el perro se calló.

A la derecha se oía una televisión con el volumen bajo. Las voces de una película estadounidense.

Vilar se dirigió allí con la pistola pegada al muslo. Cuando abrió la puerta, solo vio la pantalla, enorme, a cuyo alrededor danzaba la penumbra. Avanzó y distinguió un bulto tendido de través sobre una mesita baja, pero no comprendió de inmediato qué yacía allí, así que siguió acercándose y pudo ver que se trataba del cuerpo desnudo de un hombre con la cabeza arrancada, o más bien desintegrada, porque la pared de enfrente y el cuadro contemporáneo colgado en ella estaban cubiertos de churretones sanguinolentos y grumosos. Vilar se agachó y reprimió una arcada al constatar que la mandíbula inferior del muerto, en la que se alineaban unos dientes aterradoramente blancos, seguía allí, unida a la base del cráneo. Se levantó para intentar tragar todo el aire posible por la boca, contener la náusea y conjurar el sordo estupor en el que sentía que se estaba deslizando. Pradeau, que acababa de entrar, soltó una exclamación de asco, ahogada por el parloteo de la televisión, pero Vilar, sin prestarle atención, se volvió hacia la pared para buscar lo que estaba seguro de encontrar, es decir, los impactos de las postas, que se habían incrustado en el tabique y habían desgarrado el lienzo en dos sitios. La pared estaba acribillada. El yeso había saltado aquí y allí, y pequeños cráteres de bordes irregulares salpicaban el

muro entre los restos orgánicos. Vilar supuso que le habían disparado los dos cartuchos al mismo tiempo, de ahí los destrozos causados al cuerpo. Le pareció que ya olía. La muerte se remontaba a dos días, quizá.

Evitó mirar el cadáver de nuevo y se volvió hacia Pradeau, que había encendido dos lámparas colocadas sobre aparadores antiguos. Se había enfundado unos guantes de goma, como si se dispusiera a examinar el escenario de un crimen.

–¿Puedes explicar esto?

–No he estado aquí día y noche, como puedes imaginar. No entiendo nada.

–¿Quién es?

Pradeau se acercó a la mesita baja, lanzó una mirada indiferente al cuerpo mientras rodeaba el sofá y apagó la televisión.

–El chico joven que vivía con ellos.

–¿Se los follaba a los dos?

Pradeau esbozó una media sonrisa y negó con la cabeza.

–A mí no me invitaron a mirar. Pero sin duda es el estilo de la casa.

–Hay que encontrar a los otros dos.

Vilar salió al vestíbulo y se preguntó qué puerta abrir primero. Se le habían pasado las náuseas, pero una migraña empezaba a propinarle golpes sordos en los tímpanos. Tenía la sensación de moverse en una realidad paralela. Su pesadilla proseguía con cada uno de sus pasos y no acabaría hasta que cayera, agotado, en un sueño comatoso. Encontró la cocina, donde había cacharros sucios en el fregadero y sobras de una comida en la mesa. De una cafetera eléctrica encendida salía un repugnante olor a café quemado. A continuación recorrió un salón de cuero negro y acero, decorado con grandes cuadros de colores vivos, y un comedor iluminado por una araña de cristal y lleno de muebles antiguos. Pradeau lo seguía. A veces sentía su respiración en el cuello.

El perro se puso otra vez a ladrar y luego emitió una especie de aullido prolongado. Estaba en la planta de arriba.

Vilar echó a correr por la escalera y empezó a abrir puertas empujándolas con el hombro.

El olor a excrementos y putrefacción lo abofeteó al mismo tiempo que la claridad blanca lo cegaba. Iluminados como si fuera de día por tres focos esféricos, los cuerpos de un hombre y una mujer yacían acoplados en una cama enorme. Él estaba tendido entre los muslos de su compañera. Vilar vio su ancha y rolliza espalda y su culo fofo, con una pierna de la mujer flexionada. El aire caliente, saturado por la pestilencia, era irrespirable.

El perro había corrido hasta Vilar, y sus agudos ladridos le taladraban los tímpanos. Era uno de esos chuchos minúsculos e hirsutos que suelen gustarles a las señoras mayores y que parecen felpudos, con pelos que les cuelgan del vientre en mechones sospechosos. Esquivó los dos puntapiés que le lanzó Vilar, pero el tercero, que sin duda lo dejó sin aire, lo levantó del suelo y lo mandó a la otra punta de la habitación, donde se acurrucó contra la pared temblando y con las orejas gachas.

Sangre por todas partes. En las sábanas, en la moqueta, en la pared y en la mesilla de noche, volcada.

Vilar se acercó a los cuerpos y vio el torso agujereado de la mujer, con el pecho y el hombro izquierdo hechos trizas por la descarga. En cuanto al hombre, ya no tenía rostro, y Vilar tardó en comprender adónde había ido a parar toda su cara: frente, ojos, nariz, maxilares… Supuso que el disparo, bien agrupado, casi a bocajarro, lo había cogido de perfil. Parte del contenido del cráneo había caído sobre el rostro de la mujer y lo había cubierto con una máscara viscosa, negruzca, inmunda. Una súbita arcada lanzó a Vilar hacia atrás y lo dobló en dos. Retorcido por los espasmos, escupió bilis, tosió y tragó grandes bocanadas de aire caliente y fétido.

En ese momento, vio una videocámara sobre un trípode, y, no muy lejos, en una mesita, la pantalla de un ordenador coronada por una webcam. Al levantar la cabeza, aporreada por la migraña, descubrió a Pradeau en el umbral de la puerta, con una escopeta de bombeo en la mano.

–¿Qué coño pasa? –farfulló Vilar–. ¿Qué es esto, joder?

–La casa de un tipo que sabía demasiado. Como tú. Estoy haciendo

limpieza, nada más. ¿Crees que aún me importa algo?

Pradeau accionó la corredera del arma y Vilar se arrojó al suelo en el instante en que, justo encima de él, el respaldo de un sillón explotaba y caía al suelo. Consiguió sacar de debajo del cuerpo la mano y la pistola que seguía empuñando, disparó dos veces a bulto y vio que Pradeau saltaba hacia atrás y desaparecía. El aire estaba lleno de polvo de yeso. Una nube que olía a pólvora, producida por los disparos, flotaba sobre los cadáveres. Salió de la habitación, se agachó y, en ese preciso instante, la pared estalló detrás de él en pedazos de yeso y ladrillo entre el estruendo del disparo, cuyo fogonazo vio en la escalera. Corrió encorvado hasta la barandilla y se tendió en el suelo boca abajo, atónito, intentando confusamente convencerse de que todo aquello iba a acabar para dar paso al fin a la realidad y de que el curso de los acontecimientos retornaría al momento en el que había avanzado por la gravilla y empujado la puerta. Escrutó la oscuridad de la planta baja, acentuada por el intenso resplandor que salía de la habitación, y no distinguió nada. Trató de respirar con calma para oír mejor, pero no percibió el menor suspiro. Luego oyó una especie de tintineo procedente de la habitación. El perro apareció en el umbral, se detuvo un instante mirándolo y luego trotó hacia él sacudiendo la cabeza, como si estuviera contento de encontrar por fin a alguien. Cuando llegó a su altura, acercó el hocico a la cara de Vilar, que lo rechazó con el brazo.

Advirtió que el perro transportaba consigo, adherido al pelaje, el olor a cadáver. De pronto, lo vio como un animal maléfico, sentado a dos metros de él, portador de parásitos y desgracias, y manoteó para ahuyentarlo. La bestezuela se alejó trotando sobre las endebles patas y despareció en la escalera. Vilar oyó el débil ruido de sus uñas arañando el suelo y después el chirrido de una puerta.

Se levantó y empezó a bajar la escalera con la espalda pegada a la pared y el brazo armado extendido ante él. Cuando llegó abajo, alzó los ojos hacia el rectángulo luminoso, que arrojaba una claridad lívida absorbida de inmediato por la oscuridad. Se orientó y volvió a pasar ante las puertas que había abierto minutos antes. No pudo hacer nada

contra la mano que le aferró el hombro y lo lanzó al interior de una habitación sumida en la oscuridad.

Bajó rodando tres escalones, se torció un tobillo y aterrizó a cuatro patas en un embaldosado basto, por el que oyó deslizarse la pistola, que se le había escapado de la mano. En el techo se encendió una bombilla. Pradeau le apuntaba con la escopeta.

–Tiene que parecer real, ¿no crees?

El cuarto era una especie de lavadero con las paredes encaladas y un techo bajo revestido con tablas oscuras, algunas mal ensambladas. En un rincón había una pila de piedra y una artesa para la ropa. Al pie de tres tragaluces se veía un banco de trabajo provisto de un torno y lleno de herramientas, bajo un tablero del que colgaban otros útiles, pero también rollos de alambre, cable eléctrico y cuerda. Unas sillas colocadas del revés sobre una mesa de madera. Pradeau se acercó. Sonreía, apuntándole con la escopeta.

–Disparar al tuntún no sirve de nada. No somos cowboys, joder. Además, es muy importante que te suicides… Importante para mí, quiero decir… Tú, el policía desesperado que busca a su hijo, has matado a ese pobre gilipollas pedófilo, y yo elimino a la vez dos pistas y dos testigos que empezaban a resultar realmente molestos. Porque ese cabrón habría acabado contando mis secretitos, por el simple gusto de hacer caer a un poli. Creo que no está mal pensado. Debería haber sido guionista. Además, tú eres buen público: ¡te lo tragas todo como un gilipollas!

Tenía la voz pastosa y sus ojos parpadeaban bajo la luz cruda. Su torso oscilaba de forma imperceptible adelante y atrás.

Vilar se esforzaba en comprender la situación. Las palabras pronunciadas por Pradeau se enlazaban lentamente unas con otras para adquirir significado en su mente bloqueada.

–Pablo… –murmuró.

Se dejó invadir por la tristeza y la cólera. Iba a morir sin haber averiguado nada, sin saber nada, sin comprender nada. El nombre de su hijo, allí, en aquel pestilente estercolero, ya no significaba nada.

En el vestíbulo, se oyó el ruido de una puerta que se abría de golpe y

un estrépito de cristales rotos. La voz de Sanz gritó el nombre de su hermano. Una voz exasperada, jadeante. Pradeau pareció dudar. No quitaba ojo a Vilar, pero se notaba que aguzaba el oído. Los pasos vacilantes de Sanz se acercaban. Se le oía resoplar y gemir. Insultaba y amenazaba confusamente a su hermano.

Pradeau se situó detrás de Vilar y encaró la escopeta. Accionó la corredera en el momento en que Sanz aparecía en el umbral. Vilar saltó hacia atrás contando con que Pradeau no le estaba apuntando a él, le dio de lleno y cayó de espaldas con él, mientras Sanz cojeaba penosamente hacia ellos, navaja en mano. La cabeza de Pradeau golpeó el embaldosado con un ruido seco, y Vilar tuvo tiempo de soltarse y rodar sobre un costado. Cogió la escopeta por el cañón, sorprendido de poder hacerlo sin resistencia. Pradeau, con el antebrazo sobre los ojos y una rodilla doblada, se movía despacio, visiblemente aturdido.

Vilar se irguió y apoyó una rodilla en el suelo, pero Sanz se había dejado caer sobre él blandiendo la navaja. Vilar apretó el gatillo y vio que el cuerpo giraba sobre sí mismo, inmenso y negro bajo la cegadora bombilla, rotaba una vez más y, tras tambalearse en mitad del cuarto, se derrumbaba en el suelo.

Se puso de pie, pero necesitó unos segundos para que el abrasador deslumbramiento con el que la migraña le incendiaba los ojos y el cerebro disminuyera. Miró a Sanz, tendido boca abajo con un hombro destrozado en el que ya no se distinguían más que jirones de tela y carne. A su alrededor, la sangre formaba regueros desordenados. Pradeau, con el brazo sobre la cara, parecía dormir. Vilar lo golpeó con suavidad en las costillas con la punta del zapato. Apenas reaccionó. Vilar vio la pistola debajo de la mesa y fue a cogerla. Accionó la corredera de la escopeta para expulsar todos los cartuchos, disparó con la cámara ya vacía y arrojó el arma a una esquina del lavadero.

Pradeau se dejó atar sin ofrecer resistencia. Cuando Vilar le puso las manos a la espalda, se dio cuenta de que aquel lloraba. Pensó en algo que decirle, pero no se le ocurrió nada, nada que pudiera hacerle sufrir más que aquel desastre. Le rodeó los codos con alambre, le sujetó los tobillos con cordel, y luego le ató los unos a los otros para impedir que

se moviera. Repitió la operación con Sanz, que aullaba con cada movimiento que le obligaba a hacer. Vilar no pretendía que gritara, pero cada vez que lo hacía algo en su interior sentía satisfacción. Se dio cuenta de que salivaba, pese a que el calor y la sed lo torturaban.

Cuando acabó y volvió a la cocina, eran casi las tres de la mañana. Bebió largo rato directamente del grifo, se enjuagó la boca y se sonó, sin conseguir eliminar el olor a putrefacción que tenía pegado a las mucosas, con la sensación precisa de estar empezando a pudrirse él mismo. Se sentó un momento ante los restos de comida en medio de aquel desbarajuste doméstico, que se habría solucionado con una hora de limpieza, pensando en el irremediable caos que lo rodeaba, en aquellos muertos en proceso de descomposición, en aquella casa que quizá escondía otros terrores.

Se agarró al borde de la mesa para levantarse. Un mareo lo obligó a apoyarse en el respaldo de la silla. La migraña lo mantenía en un estado de estupor y abatimiento. Se secó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas sin que tuviera la sensación de llorar y salió al vestíbulo. Buscó la puerta de la bodega, porque las casas como aquella solían tenerla. La encontró a la izquierda de la escalera, cerrada con llave y asegurada con un candado. Regresó al lavadero, cogió la escopeta y volvió a cargarla. Los hermanos no reaccionaron. Sanz no se movía; quizá estaba muerto. Pradeau, tendido sobre un costado, lo seguía con los ojos, desorbitados por el miedo o el estupor, con la boca abierta.

Tuvo que disparar dos cartuchos para hacer saltar el candado y el pasador. Pulsó un interruptor y bajó la escalera de piedra, iluminada por una luz de emergencia. Allí dentro reinaban el olor habitual a piedra húmeda y moho, y un fresco que lo sorprendió. Del suelo de tierra batida surgían dos gruesos pilares que sostenían el techo abovedado. Avanzó por un pasillo emparrillado entre botelleros que contenían miles de botellas. Los vinos estaban clasificados por denominaciones y añadas, indicadas mediante etiquetas o letreros. La iluminación consistía en una serie de pequeños focos halógenos que creaban un ambiente elegante pero relajado. Vilar se detuvo y

contempló el lugar. Supuso que allí abajo se reuniría un grupo de amigos para degustar caldos raros o muy añejos e intercambiar trivialidades de buen tono sobre el vino, disfrutando en aquel refugio el placer nunca abolido de los auténticos privilegios basados en la complicidad y el buen gusto. Intentó imaginarse a la pareja que se pudría arriba extasiándose con un puñado de burgueses ante el buqué de un Médoc. Vio la cara arrancada paseándose entre su fortuna líquida y de pronto aquel lugar se transformó en una cripta macabra.

A la derecha había un puerta estrecha y baja que no había visto hasta ese momento. Rompió el cerrojo a patadas, y la hoja, muy gruesa, se abrió a base de empujones. Había que bajar un escalón. El olor era el mismo, pero le pareció percibir otros componentes, que atribuyó al confinamiento. No había luz.

Poco a poco, sus ojos se habituaron a la oscuridad, atenuada por la claridad que llegaba de la bodega.

Distinguió un colchón. Una silla. Su corazón no sabía si detenerse o latir hasta romperse. Volvió a la bodega y rebuscó en un arcón que contenía copas y frascas. En un cajón, encontró una linterna.

Una palangana azul. Un orinal volcado. Arrimados a pared, había un montón de trastos: maletas, baúles, una estantería llena de libros viejos con las cubiertas ennegrecidas…

Se acercó al colchón y se dio cuenta de que estaba temblando y respiraba con dificultad a través del nudo que le apretaba la garganta. El haz de la linterna se debilitaba, pero pudo ver una cuerda fina sobre un revoltijo de trapos. Rozó con la yema de los dedos las telas de colores vivos y advirtió que la mayoría procedían de sábanas viejas cortadas burdamente en largas tiras. Empezó a rebuscar y acercó a la linterna una camiseta con la imagen de un personaje de dibujos animados, luego una camiseta interior y, por fin, unas bermudas. Había otras prendas infantiles.

Se secó el sudor que le resbalaba por la cara y la espalda, como una lluvia.

Se volvió, porque acababa de notar un movimiento a su espalda. En ese preciso instante la pila de la linterna pasó a mejor vida, y ya no

hubo más que un poco de luz inútil que, a veces, le hacía creer que las tinieblas se movían entre los trastos amontonados. Escudriñaba la oscuridad esperando ver fantasmas.

–¿Pablo?

Vilar no vio amanecer. Cuando volvió arriba, el sol entraba por todas partes, iluminaba todas las ventanas, hacía brotar colores por doquier. No reconocía la casa en la que había entrado la noche anterior. De pronto, todo parecía tranquilo y hermoso.

Era insoportable. Llamó a Marianne Daras y le explicó la situación con palabras que le costaba encontrar y luego pronunciar. La oyó soltar una exclamación y horrorizarse, a ella, que siempre procuraba mantener la calma. La capitana le dijo que avisaría al fiscal y la gendarmería, y que le mandaba ayuda. Le preguntó cómo estaba, pero él no supo qué decir, así que respondió que lo superaría. Cuando colgaron, fue a sentarse a la escalinata, al sol, para esperarlos.

27

Se despertó porque tenía la sensación de que lo estaban mirando. Al principio solo vio el chisporroteo de las estrellas, pero un ruido de agua removida lo hizo levantarse. Era una silueta oscura erguida en la corriente, a diez metros de él. Con la cabeza oculta bajo una gran capucha, sin rostro. Al refluir, el sueño dejaba en la mente de Victor visiones fantásticas. La Muerte estaba frente a él, inmóvil en el agua. Sin duda, sujetaba con una mano invisible la amarra de la barca, y le impediría irse. Luego la criatura se movió y adquirió forma.

Unas orejas tiesas. La luna hizo relucir un ojo. Un caballo. El animal avanzó sin hacer ruido. Con el agua hasta la panza, tendió el hocico al muchacho. Una franja blanca le listaba la cara desde la frente hasta los ollares. Era negro, quizá castaño, del color de la noche. No se movía.

Sin embargo, se sentía el esfuerzo del río, su respiración de agua contra la orilla, contra el casco de la barca, tensando la amarra. Se retorcía entre las patas del caballo, y el animal resistía, impasible, y miraba a aquel chico dejado allí por la corriente, y parecía lleno de asombro.

Victor se acercó, y el animal resopló ante los ruidos sordos que resonaban en el fondo de la barca. El chico chasqueó la lengua con suavidad y, estirando todo el cuerpo, extendió la mano y rozó el hocico del caballo, que bajó un poco el cuello y permaneció inmóvil bajo la caricia. Victor sentía en los dedos su cálido aliento, el temblor de los ollares, la tibia suavidad del pelaje.

–¿Qué haces tú aquí?

Tenía ganas de rodearle el cuello con los brazos y pegar la cara a aquella gran cabeza afable. El caballo se acercó un poco más. Victor pudo apoyar la frente en el hocico del animal, que se quedó quieto, y oír el fuelle tranquilo de su respiración, toda aquella fuerza en aquel pecho en el que el río chocaba y se partía en silencio.

El caballo hizo un movimiento imperceptible y se soltó. Olisqueó el

agua y la golpeó con la pezuña. Ahora Victor lo veía mejor, distinguía el brillo de sus ojos, el flequillo negro, caído sobre la frente. Una claridad había teñido el cielo, y todo aparecía poco a poco. El río azuleaba. El caballo dio media vuelta y subió a la orilla impulsándose con los cuartos traseros. Cuando estuvo en tierra firme, volvió a mirar al chico, luego desapareció entre los árboles.

El río corría hacia el océano. Victor empezaba a ver la masa de agua deslizarse lentamente en toda su anchura, densa y apacible, sin los remolinos de la pleamar. Una armonía universal parecía velar por todo. Desató la cuerda y se impulsó con el remo para entrar en la corriente. Veía alejarse la isla, su masa de árboles esmeralda sobre el fondo claro del cielo, en el que las estrellas se apagaban.

Vio al caballo entre unos matorrales. Pacía en un prado, negro sobre la palidez móvil de la hierba alta. Victor no apartó los ojos de él mientras pudo verlo; después se sentó en la proa y, sin tratar de saber dónde estaba, contempló el paisaje, que se ensanchaba frente a él a medida que el sol ascendía. Esperaba ver pronto, delante de él, una barrera de espuma en el lugar donde el río y el mar se embestían. Tenía la sensación de ir hacia rápidos que lo precipitarían al vacío o a remolinos letales. Instintivamente, se agarró a la borda. Sentía en la cara el desplazamiento del aire.

La corriente lo había arrastrado hasta el centro del estuario. Las orillas se deslizaban con rapidez y se alejaban subrayando con su trazo aquel horizonte, mientras frente a él el cielo se volvía infinito. No pensaba en nada, totalmente absorto en la contemplación de aquella soledad. Tocó detrás de él, en la mochila, la fría superficie de la urna, y en ese momento pegó un brinco, asustado por el aullido que había rasgado el aire.

La blanca proa del paquebote estaba doscientos metros más atrás, acerada y cortante, y se abatía inexorablemente sobre él como una espada gigantesca. Cogió el remo e intentó virar, pero la barca se colocó de lado, sin apartarse de la trayectoria del navío. La sirena volvió a aullar. Victor oía la queja del agua, hendida por la roda, y veía la ola marrón que lanzaba hacia delante, tan densa como la tierra que

levanta la reja de un arado. Tenía los brazos agarrotados de tanto remar, pero la barca parecía pegada a la corriente, que la arrastraba y le impedía maniobrarla. Victor vio el cuchillo blanco caer sobre él y pasar a apenas veinte metros de la barca. Asomada a la borda, la gente agitaba la mano y gritaba, como grandes pájaros idiotas. La barca levantó una ola enorme y proyectó a babor a Victor, que solo tuvo tiempo para saltar al agua cuando esta se inclinó sobre un lado y volcó.

El agua terrosa le llenó la boca. El borboteo lo ensordeció. Se llenó de aquel estruendo, que intentaba reventarle los tímpanos. Subió a la superficie, y el sol lo cegó y el agua le inundó los bronquios, así que volvió a sumergirse tosiendo y braceando en busca de un asidero, donde ya no había ninguno. Volvió a sacar la cabeza del agua y vio la barca, boca abajo a unos metros de él. Intentó nadar, golpeó el agua sin orden ni concierto, pero al menos conseguía flotar, pese a las bocanadas de agua turbia que se le metían en la boca y quedaban estancadas en su garganta hasta que las escupía. Su mano resbaló en la curva del casco y Victor volvió a hundirse, pero consiguió agarrarse al fin a la tablazón para sacar la cabeza fuera del agua y escupir y coger un poco de aire. Gritaba entre toses, y cada vez que lo hacía, su cabeza golpeaba la madera. Entonces se acordó de la mochila, de la urna.

–¡Mami!

Se sumergió esforzándose en mantener los ojos abiertos, pero al instante, en medio del zumbido de sus oídos taponados, se vio rodeado por una densidad opaca y fría en la que hasta la luz moría a medida que él buceaba hacia el fondo. No pudo alcanzarlo; tuvo que volver a subir, cegado por el fango, con la boca llena de agua sucia. Se aupó al casco gimiendo y consiguió mantenerse boca abajo en él, resollando. Escupía y respiraba entre estertores y sollozos. El sol y el viento le secaban el pelo y la piel, cubiertos de polvo gris, mientras mantenía las piernas y los brazos separados para no volver a caer al agua, porque, de pronto, aquella cosa inmensa que se lanzaba con todo su ímpetu hacia el océano le daba miedo. Porque morir le parecía más terrible que vivir.

Cuando recobró el aliento y sus ojos ya no estuvieron llenos de tierra, pensó en su madre, que había caído en el fondo de aquella suciedad, y

le pidió perdón llorando. Por primera vez, no tuvo la certeza de que lo escuchaba ni fue capaz de imaginar la respuesta que le habría dado. Ella ya no estaba allí. Su ausencia se extendía alrededor de él en aquella inmensidad inundada de sol.

Se dejó adormecer por el cansancio y la pena.

Alzó la cabeza al oír gritar su nombre entre los rugidos de un motor. El sol ya estaba alto. Inclinado sobre la borda de una lancha, un hombre le tendía la mano. Otro sostenía un salvavidas rojo. Notó otras manos, otros brazos que se movían a su alrededor, y oyó voces que le preguntaban si estaba bien. Caras bajo viseras. Uniformes.

Consiguió explicarles que quizá su mochila seguía enganchada debajo de la barca. Dos hombres dieron la vuelta al casco con un rezón, mientras él los observaba conteniendo la respiración. En el fondo de la barca no había más que un poco de agua marrón.

Le ofrecieron agua y un sándwich. Se lo tragó todo sin ganas, pero recuperó fuerzas. El cansancio iba dando paso a la tristeza.

Instalado en un estrecho camarote, no vio nada durante el regreso. El tripulante que se había quedado con él le dio chocolate. Victor no decía nada. Pensaba en Ella, en el fondo del estuario. Lloró en silencio. Las lágrimas trazaron regueros claros en la piel cubierta de barro seco. Subió a la cabina del piloto para presenciar la llegada a Pauillac. El muelle estaba lleno de gendarmes y bomberos. Volvieron a rodearlo y preguntarle si estaba bien. Oía a gente dando órdenes. Notaba manos que se posaban en él.

Sentía el río seco tirándole de la piel.

Siguió avanzando entre toda aquella gente y de pronto los vio, y una dulce punzada le atravesó el corazón. Primero a Nicole y Denis, pegados el uno al otro, con los ojos rojos y caras de cansancio. Luego a Marilou, que sonreía con el rostro azotado por el viento y por su pelo. Y allí estaba Julien, con la cara hinchada, un ojo cerrado y la barbilla cubierta con una venda. Victor agitó la mano en su dirección y avanzó hacia ellos.

Un poco más lejos, entre el pequeño grupo de curiosos, Rebecca gritó su nombre. Agitaba el bronceado brazo, y ese movimiento hacía

ondular todo su cuerpo. Sonreía como nunca la había visto sonreír.

En la casa de Castillon se hallaron restos de tres niños: dos chicos y una chica de nueve o diez años, enterrados al fondo del parque, cerca de antiguas dependencias en las que se descubrió un habitáculo acondicionado que pudo haberse utilizado como zulo. Dos argollas fijadas a una pared sirvieron probablemente para inmovilizar a alguien, pero las instalaciones son antiguas y no han podido obtenerse otras evidencias. En la bodega que visitó Vilar, la tierra batida conservaba bastantes más indicios: un diente de leche, un pendiente, cabellos… Un análisis del suelo hace pensar que un rincón de la bodega fue utilizado por al menos uno de los pequeños cautivos para hacer sus necesidades. Probablemente, durante muchas semanas. Las pruebas de ADN revelaron que la niña era Sonia, desaparecida en la región de Caen en 1998 a la edad de nueve años. No se sabe nada sobre los dos varones. El cotejo con el fichero de menores desaparecidos en territorio francés en los últimos quince años no ha dado ningún resultado. Se sospecha que fueron secuestrados, o incluso comprados, en el extranjero, quizá en un país del Este, lo que hace casi imposible cualquier identificación. Los forenses datan el último fallecimiento hace cinco años, aproximadamente.

Por supuesto, se investigó el pasado de Jean-Luc Lafon y su compañera, Marie-Hélène Cassou. Todo lo que averiguó Vilar durante sus indagaciones –fiestas privadas, orgías– fue comprobado, fechado y confirmado por diversos testigos. Se dio incluso con los proveedores de la cocaína y de los canapés. Circularon nombres, en algunos casos famosos. Presentadores, políticos, incluso un escritor de prestigio. Habituales de los platós de televisión. Los roles del comandante de policía Pradeau y de Éric Sanz se aclararon, y un antiguo comisario de división, que les había encargado trabajos menores relacionados con la vigilancia de esas fiestas, tuvo que declarar ante la Inspección General de la Policía.

Se desmanteló una red de intercambio de imágenes a través de internet, pero no se pudo averiguar mucho más sobre las actividades pedófilas de la pareja Lafon, a la que ya nadie podía hacer hablar y con la que, de un día para otro, nadie admitía haberse relacionado realmente. La identidad del joven con la cabeza arrancada sigue siendo un misterio a día de hoy. Ningún documento de identidad. Imposible establecer, por motivos obvios, el menor retrato robot. Sobre todos esos aspectos, las investigaciones prosiguen, como suele decirse.

Ahora, todos están muertos. Nadia. Sandra.

Muerto, Éric Sanz, cuando llegaron los gendarmes, que dieron por sentado que el comandante Pradeau le había disparado tras una violenta discusión. No se hicieron más esfuerzos para determinar la realidad de los hechos, y dada la complejidad del sumario y las sorpresas que sigue deparando, el juez de instrucción se conforma con las primeras constataciones establecidas por los investigadores.

Muerto, Laurent Pradeau, que apareció ahorcado en su celda de la prisión de Gradignan, tras su segunda declaración ante el juez, durante la que una vez más se negó a responder cualquier pregunta. Ninguna carta. Ninguna explicación. Nada.

Vilar deja que la lluvia de noviembre chorree por el parabrisas mientras piensa en todo eso. Sobre todo en los muertos.

Está enfrente de la escuela, sentado al volante. No tiene prisa. Ya nadie lo espera. Le han recomendado con insistencia que se tome un largo permiso, para que él pueda reponerse y sus jefes quizá meditar qué otras misiones podrían confiarle, en la policía o fuera de ella. El mundo tiembla y se rompe en decenas de fragmentos blandos y cambiantes a través del agua que cae. De vez en cuando, una pasada del limpiaparabrisas vuelve a fijarlo todo, y, de nuevo, todo parece a punto de disolverse.

Cuando la excavadora se detuvo de repente y los técnicos de la policía científica bajaron a la zanja para terminar el trabajo, él estaba allí. Corrió hacia ellos resbalando en el barro. Vio lo que sacaban con movimientos cautelosos en medio del silencio de todas las miradas clavadas en aquel agujero y aquellas manchas blancas que asomaban entre la tierra. Apareció un cráneo, y Vilar creyó que en esos instantes el suelo se deslizaba bajo sus

pies para arrastrarlo hasta el agujero. Parece ser que alguien soltó un grito.

Cuando volvió en sí, un sanitario le explicó que había estado inconsciente más de una hora, pero que todo iba bien.

–¿Han acabado?

El hombre negó con la cabeza. Tardarían. No querían mezclar los huesos.

Diez días después, Vilar supo que Pablo no estaba enterrado allí. Llamó a Ana para comunicárselo. Ella no dijo nada. Por su respiración, a Vilar le pareció que lloraba. Colgaron sin decirse nada más.

El chaparrón acaba, y Vilar se dice que los niños podrán volver a casa sin mojarse. Ve las luces del aula, que ha habido que encender debido al mal tiempo, y los dibujos colgados aquí y allá. Son las once y veintitrés. La puerta de la escuela sigue cerrada, pero ya hay gente esperando fuera, la misma de siempre más o menos, a la que ya reconoce. Posa la mano en la pistola, oculta bajo un paño en el asiento del acompañante. El sol sale entre dos nubes, todo se vuelve cegador. Detrás del parabrisas, Vilar ya no ve más que un resplandor insoportable, así que se apea y le da la espalda al sol para ver mejor la calle tranquila, en la que gorgotean los canalones y dos mujeres jóvenes charlan delante de la puerta de la escuela.

Mira la hora en su reloj. Dos minutos.

No puede más. Pablo está muerto, como los pequeños enterrados allí. No era él, pero lo vio. Más allá de la distancia y el tiempo. Lo sabe. Hace semanas que esa idea se abre camino en su mente. Y ahora reaparece bajo ese sol mojado. El depredador ya está al acecho o merodeando. Desde hace días, quizá meses. En algún otro sitio, naturalmente.

Vilar empieza a sollozar. Sube al coche, arranca y acciona el limpiaparabrisas, que no puede hacer nada contra sus lágrimas.

Sale de la ciudad y sigue conduciendo durante cerca de una hora. Se detiene bajo unos pinos, en medio del fragor del viento del oeste. Baja la duna torciendo el gesto ante las ráfagas cargadas de arena y gotas de agua.

Por fin, corre hacia el océano, emblanquecido por la cólera.

El thriller más oscuro del maestro del *noir* francés.

GANADOR DEL GRAN PREMIO DE LA LITERATURA POLICIACA, EL PREMIO MYSTÈRE DE LA CRÍTICA Y EL PREMIO NOUVEL OBS DE NOVELA NEGRA.

«Un clásico vivo del género».
Juan Carlos Galindo, *El País*

El inspector de policía Pierre Vilar es un hombre al que le han arrebatado todo. Su hijo Pablo, de diez años, desapareció a la salida del colegio sin dejar rastro. La historia de Pierre se entrelaza con la de Victor, un niño que descubre el cadáver desfigurado de su madre al volver de la escuela. Mientras el chico entra en el mecanismo burocrático de la acogida con las cenizas de su madre como única

compañía, Vilar investiga la muerte de la mujer y sus vínculos con una trama de prostitución. Pero a medida que la investigación va tomando forma, el pasado vuelve con fuerza: Vilar empieza a recibir siniestras llamadas telefónicas de un hombre que afirma saber qué pasó con Pablo.

Ambientada en un Burdeos macabro y asfixiante, Hervé Le Corre firma una novela negrísima, conmovedora y despiadada, que trasciende el género y nos arroja a un submundo de violencia infantil, prostitución y heridas abiertas.

La crítica ha dicho:

«Todos los personajes de Hervé Le Corre tienen en común que o duermen poco o duermen escondidos. Algunos son esclavos de un trabajo infernal, otros viven en alerta por temor a ser sacrificados, los hay seguro a los que atormentan ciertos recuerdos... Le Corre, sin duda, es un pintor de aguafuertes».
Le Monde des Libres

«Es sobre todo la escritura precisa, paciente y sensible, junto con la mirada profundamente humana que el autor pone en cada personaje, lo que evita que la historia sea meramente sórdida y le otorga una extraña belleza».
Le Télégramme

«Un libro conmovedor, lleno de emoción y tensión».
Franck Bouysse

«Una obra maestra».
Le Magazine Littéraire

«En el género policiaco francés —tan estandarizado y a menudo aséptico— Hervé Le Corre ocupa un lugar aparte».

Le Nouveau Magazine Littéraire

«Le Corre es un escritor extraordinario, un poeta malhumorado y lírico, a menudo incisivo y brutal y, por encima de todo, un observador increíble de los gestos que desnudan las emociones ocultas».
Alibi

Hervé Le Corre (Burdeos, 1955) es un reconocido autor de novela policiaca. Le Corre comenzó a escribir a los treinta años siendo profesor de lengua y literatura en un colegio de las afueras de Burdeos. En 1990 se publicó su primera novela, *La douleur des morts*, en la prestigiosa Série Noire de Gallimard. En 2009 recibió el Gran Premio de Literatura Policiaca francés y en 2010 el Premio Mystère de la crítica por *Descenso a la noche* (Roja & Negra, 2022). En 2014, por su novela *Después de la guerra* (Roja & Negra, 2021), obtuvo el Premio Landerneau Polar, el Premio Michel-Lebrun y el Premio Le Point de Novela Negra Europea. En 2016 publicó *Perros y lobos* (Roja & Negra, 2018), que la crítica y los lectores acogieron con verdadero entusiasmo. En 2019 apareció *Bajo las llamas* (Roja & Negra, 2020), su consagración definitiva como el gran maestro de la novela negra francesa.

[1] Prisión situada en la localidad del mismo nombre, en la periferia de Burdeos.

Título original: *Les coeurs déchiquetés*

Primera edición: octubre de 2022

© 2009, 2012, Payot & Rivages
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, José Antonio Soriano Marco, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial;
adaptación de © Editions Payot & Rivages
Fotografía de portada: © Robert Llewellyn / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18897-57-3

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinCrimen
Twitter: @PenguinCrimen
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Descenso a la noche

A menudo, por la mañana...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Sobre este libro

Sobre Hervé Le Corre

Créditos

Nota